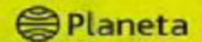
ALFREDO ZAIAT

ECONOMÍA A CONTRAMANO

Cómo entender la economía política



Economía a contramano

ALFREDO ZAIAT

Economía a contramano

Cómo entender la economía política



Zaiat, Alfredo
La economía a contramano. - 1a ed. - Buenos Aires : Planeta, 2012.
E-Book.
ISBN 978-950-49-2834-8
1. Historia Económica Argentina.
CDD 330.982

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial Planeta
Diseño de interior: Ana D'Agostino

Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Digitalización: Proyecto451
Primera edición en formato digital: noviembre de 2012

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-2834-8

A Fabi, por el ayer, el hoy y el mañana.

A mis hijos, Natasha y Damián, por la alegría de ser.

A mis viejos, Morris y Lili, por todo.

Introducción

La economía es política. Ambas caminan juntas en el análisis y comprensión de los procesos históricos y sociales. Por eso la economía es economía política. La carrera de Licenciatura en Economía Política fue creada en 1958 en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires con el objetivo de formar profesionales para reflexionar y participar en la sociedad. Las autoridades universitarias que irrumpieron con el golpe de Estado de 1976 eliminaron la palabra política del título de grado, restringiéndolo a Licenciatura en Economía.

Suprimir «Política» tuvo, precisamente, el motivo político de eliminar uno de los aspectos esenciales del encuentro con el saber económico para aprender conocimientos y herramientas necesarias para intervenir y transformar la realidad. Fue el comienzo de la hegemonía de la ortodoxia, de la ola neoliberal a nivel mundial, en la formación de economistas bajo la influencia de la corriente de pensamiento neoclásica y sus modelos explicativos técnico-matemáticos. Desde entonces, la cosmovisión conservadora del mundo ha sido la dominante para la interpretación de los acontecimientos económicos, locales e internacionales. Dispuso de facto el divorcio de la economía y la política, con la falsa pretensión de neutralidad de la enseñanza, el discurso y la acción de los economistas y de la política económica de los gobiernos.

La debacle argentina de 2001, y años más tarde la profunda crisis de Estados Unidos y Europa sin un horizonte cercano de resolución, ha puesto bajo cuestionamiento a la economía ortodoxa y ha abierto una ventana para empezar a revisar sus postulados, en la teoría y en la práctica. Ofrece a la academia y también a gobiernos la opción de caminar a contramano del saber convencional, que no puede explicar por qué se desarrollan las crisis y no conoce soluciones sin agudizar la desigualdad. El derrumbe y posterior recuperación de la economía argentina, el apasionante proceso político que se desarrolla en Latinoamérica, y la crisis de las potencias mundiales han puesto en jaque a la economía ortodoxa. Esos sucesos exhiben en toda dimensión el matrimonio existente entre economía y política.

Uno de los más destacados economistas académicos argentinos Julio H. G. Olivera enseña que el economista debe ser un filósofo y un reformador social. Para estar en condiciones de serlo, debe

rechazar la idea de la ciencia económica como un modelo predictivo. Aceptarla como una ciencia de la interpretación, que no es una mera hipótesis ni un modelo descriptivo o predictivo, sino un modo de traducir la realidad para que pueda ser entendida. No ofrece herramientas técnicas para saber lo que va a pasar, como engañan algunos economistas. Es, en definitiva, una ciencia social; no exacta.

Recorriendo la lectura de los clásicos del pensamiento económico, Adam Smith, David Ricardo, Carlos Marx, hasta el gran economista del siglo pasado, John Maynard Keynes, descubrirán que la economía es economía política. Es interpretación sobre diversos fenómenos económicos y sociales, y sobre el funcionamiento de la sociedad capitalista. ¿Por qué la formación de los economistas no incluye entonces el estudio de los clásicos y, en cambio, predominan los textos que formalizaron a la economía como una ciencia exacta?

Cualquier modelo con fórmulas matemáticas es un componente indispensable del razonamiento científico. Sin embargo su abuso en la ciencia económica ha derivado en la supremacía de la definición ortodoxa de modelo para interpretar la economía. Pretende ser una doctrina abarcadora y excluyente. Conquista lo más alto del altar de la racionalidad, como si la economía fuera una sucesión de ecuaciones matemáticas sin que puedan afectarla factores sociales y políticos imprevistos, como sucede. La concepción de modelo ortodoxo es estática y rígida, basada en supuestos arbitrarios para alcanzar determinados objetivos. Desarrolla una economía abstracta. Por eso, muchos de los principios de la economía comienzan con la proposición, «supongamos…» Cualquier alteración de algunas de las variables prefijadas significaría la profanación del modelo. Tiene incorporada la noción de equilibrio general de la economía, cuyo objetivo es alcanzarlo para estar en estado de bonanza y estabilidad. En esa instancia, nada debe alterarlo, o sea la intervención estatal, dejando que funcione en círculo virtuoso con reglas conocidas, institucionalizadas. El mercado libre es la situación ideal. Es un universo económico inexistente.

La ortodoxia concibe el orden natural en el mercado libre. Es una religión con sus sacerdotes. El predominio de los dictados de la economía sobre el poder político durante décadas ha provocado la incorporación del concepto celestial de modelo al discurso habitual en el espacio público.

La realidad económica es más compleja que esquemas de ecuaciones matemáticas, y el desequilibrio es el rasgo dominante de las sociedades debido a la intervención de factores imprevistos.

Los fenómenos sociales y políticos no pueden ser encapsulados en modelos inflexibles. En estos momentos históricos de turbulencia mundial, de crisis de paradigmas del pensamiento conservador, de desafío de gobiernos latinoamericanos, entre ellos el argentino, al saber económico convencional impulsando estrategias heterodoxas en territorio hostil, proclamar la existencia de otro modelo al neoliberal no facilita la comprensión de los cambios y tensiones. Es más revelador hablar de proyectos políticos con objetivos económicos.

El neoliberalismo popularizó el sentido de modelo económico para, en realidad, proponer un plan político al gobierno de turno, como lo hicieron la Fundación Mediterránea (Cavallo), el CEMA (Roque Fernández) o FIEL (López Murphy). Estos casos muestran, precisamente, que la política económica no es un modelo. Fueron proyectos políticos con objetivos económicos muy claros, algo bastante distinto a la definición teórica de modelo. Esta forma de abordar la economía no es tranquilizadora de los espíritus de quienes se ilusionan con el inalcanzable equilibrio de la economía.

Para no quedar enredados en debates circulares sobre tipos de modelos, es más sencillo hablar de procesos políticos en la economía. Así pensada, la economía política emerge con toda fuerza. No es un modelo, como pretende encerrarlo en forma mezquina el saber convencional, como tampoco lo fue en su momento el despliegue del Estado de Bienestar, el peronismo o el desarrollismo. O el Consenso de Washington, con el decálogo de medidas económicas neoliberales exigido por los organismos financieros internacionales a los países latinoamericanos endeudados durante la década del noventa. Todos fueron proyectos políticos. No eran modelos inalterables, sino que tenían objetivos e instrumentos de política económica en función a cumplir las metas propuestas.

La economía política plantea objetivos dentro de un proyecto político, por ejemplo impulsar el crecimiento de la economía a tasas elevadas para generar condiciones de más empleos e inclusión social. No es un catálogo de medidas, ni un compendio preestablecido para aplicar por gobiernos. Es la proyección de un rumbo para el país, donde se identifican los principales problemas sociales de cada momento histórico, como las diferentes posibilidades económicas para superarlos, de acuerdo a las necesidades coyunturales, valores y prioridades definidas en la acción política.

Uno de los sucesos más relevantes de la realidad argentina en estos años ha sido el desplazamiento de la ortodoxia y sus

economistas de los centros de decisión. La transformación conceptual sobre lo que es la economía, un espacio donde se dirimen intereses y poder, y sobre la política, como ordenador del mundo económico, es un aporte esencial para abordar el complejo y apasionante momento presente. Definir los procesos políticos y económicos simplemente como modelos es acotarlos frente a la riqueza de sus matices, debilidades y fortalezas.

El paradigma de la economía ortodoxa mostró ser un fiasco, y está en crisis. El desafío es interpelarlo desde la economía política. La propuesta es atreverse a cuestionar postulados tradicionales de la economía convencional, el lugar de los economistas en la sociedad, las causas de la inflación, la relevancia de las estadísticas, el dólar, la deuda, el poder financiero y el rol del Estado en la economía y el papel de la burguesía en el desarrollo nacional. Este libro tiene el objetivo de ser un aporte en esa tarea de transitar la economía a contramano.

ALFREDO ZAIAT

Octubre de 2012

UNO
La economía

La economía no es complicada ni existen motivos para que sea un espacio exclusivo para quienes son considerados especialistas. No sólo es cuestión de apelar a la reflexión que si no se entiende lo que dicen los economistas, pese a la reiteración de la explicación, es que nada bueno puede pasar porque lo más probable es que haya algo oculto o sea un engaño. Avanzar sobre ese concepto implica interpelar cómo se presentan, exponen, explican los temas económicos. En forma cerrada, con una jerga específica, sombría, como fue denominado ese saber hace dos siglos. (1) De ese modo se excluye a la mayoría de la comprensión de acontecimientos económicos relevantes de la vida cotidiana.

Cada uno de nosotros participa diariamente, sin saberlo, en decenas de movimientos económicos. En transacciones comunes, sabemos de qué se trata la restricción presupuestaria, cuando el dinero no alcanza; o qué pasa en el vínculo capital-trabajo, cuando intervenimos en cualquier negociación salarial; o lo que significa la propensión a consumir o a invertir, cuando calculamos el dinero excedente en nuestras cuentas y las previsiones que hacemos sobre los años venideros.

Ocultar en un lenguaje encriptado la comprensión de los fenómenos económicos, o peor aún, considerar que existen expertos con títulos de Licenciados en Economía, y si son otorgados por universidades extranjeras, de Estados Unidos, mejor, que dicen que saben lo que va a pasar pronosticando la evolución de variables macroeconómicas, es el método más eficaz para lograr que aceptemos sumisa o resignadamente que los intereses del poder económico se encuentran por encima del interés general.

La base fundacional para esa economía racional, correcta, que publicita el saber convencional es la frase «lo bueno para General Motors es bueno para Estados Unidos», (2) del *American way of life* diseminada por el mundo occidental. Vincula el destino de una corporación con la identidad nacional como hecho simbólico de unidad, de pobres con ricos, de trabajadores y dueños del capital.

Para alcanzar ese estado de armonía, el poder económico tiene que ser protegido, cuidado, porque su éxito se traduce en

beneficio para todos. No importa si General Motors reduce su plantilla porque elige localizar parte de su producción en otros países con trabajadores que cobran salarios más bajos que los estadounidenses. O es un conglomerado al que el Estado le otorga beneficios fiscales, o favorece para que pueda obtener financiamiento a tasas bajas en el mercado de capitales. Toda la sociedad tiene que sentirse satisfecha porque con sus recursos provenientes de los impuestos que recauda el Estado, o con el sacrificio de trabajadores de capacidad adquisitiva declinante por salarios que suben por debajo de la evolución de los precios, o directamente por la pérdida de sus puestos en la fábrica, permite el enriquecimiento de los accionistas de GM.

Adaptada la frase de GM a la realidad local, lo bueno para cualquier conglomerado económico o financiero es bueno para Argentina. Es una fantasía, un mundo ideal donde se evaporan las tensiones, las disputas, las clases sociales. En definitiva, donde desaparece el conflicto. Desaparece sólo cuando no se alteran los privilegios del poder económico, y aparece en el momento que son cuestionados o están en riesgo de perderlos.

La economía convencional es el marco teórico de protección de esos intereses y los economistas ortodoxos, los encargados de ser ejecutores y, en especial, encargados de convencer a la sociedad que lo mejor para todos es preservar privilegios del poder económico. No lo dicen en forma directa, sino que con jerga bastante incomprensible, haciendo creer que hablan del beneficio colectivo, se ocupan de cuidar el terreno de unos pocos.

Los miembros más destacados de la profesión… se han integrado en una especie de Politburó del correcto pensamiento económico. En regla general —como se podría esperar de un club de caballeros— esto los ha colocado del lado equivocado en todas las cuestiones importantes de política y no sólo recientemente, sino por décadas. Ellos predicen desastres donde no los hay. Niegan la posibilidad de eventos que después acontecen. (3)

¿Por qué tanta gente, en tantos países, reverencia entonces a economistas como gurúes? La credibilidad de esos sacerdotes proviene de la sistemática promoción de la ignorancia. Comprender cómo la sociedad se organiza para producir y distribuir bienes y servicios no es sencillo. Sin embargo, no es más difícil que entender cualquier otra disciplina.

Como en todos los temas de la vida cotidiana que requieren apropiación de saberes exige un esfuerzo para entenderlos, luego analizarlos con rigurosidad y, posteriormente, intervenir en la sociedad. Así es con la economía, como en cualquier otra disciplina. Para observar y luego opinar con fundamentos de un partido de fútbol, básquet o tenis hay que conocer las reglas de

juego. Para cocinar una rica comida hay que leer una receta para saber qué condimentos utilizar, a qué temperatura y durante cuánto tiempo tiene que estar en el horno o en la cacerola. Para aprovechar programas informáticos de las computadoras o navegar por Internet se necesita de una dedicación mínima para aprender aplicaciones y realizarlo con mínima aptitud. Con la economía pasa lo mismo. Tiene que haber voluntad y deseo para romper el cerco tan bien cuidado por los denominados expertos.

Ceder el conocimiento, ignorancia que resulta funcional a la existencia de falsos profetas de la economía, es entregarse al sometimiento. Es convertirse en reproductor de palabras de otros, supuestamente técnicos.

Existe un consenso bastante extendido acerca de que los temas económicos son complicados, complejos. Es necesario desafiar esa trampa. La cuestión económica no es difícil de abordar; sólo requiere de un poco de dedicación. Pensar con criterio propio; no prestado. Tienen que saber que no se necesita la habilidad de un cirujano porque no van a ingresar a un quirófano a operar. Sólo tienen que tener la vocación de adquirir herramientas básicas para evitar ser engañados o, peor aún, encontrarse defendiendo intereses que no son propios.

Situaciones de la vida cotidiana aportan experiencias útiles para generar aprendizajes. Para ello necesitan apropiarse de algunos principios básicos, que, si se comparten, nos permitirán un acompañamiento amigable en la tarea de reflexionar sobre el dinámico proceso político, económico y social de los últimos años.

1) *La economía no es una ciencia exacta.*

Si es una ciencia, debate atractivo para epistemólogos, (4) es una ciencia social. Algunos economistas reconocen que el abordaje de los temas convencionales viene mostrando signos de agotamiento. Debaten si la economía entendida como ciencia ha llegado a la frontera del conocimiento. Por ese motivo han empezado a aparecer muchísimas investigaciones académicas que conectan la economía con otras disciplinas, como la biología, la psicología, la física y hasta la vinculación con la conducta del comportamiento de sectores sociales en relación con el sexo, la violencia criminal, fecundidad, obesidad o con esa idea simple conocida como la felicidad. La apertura epistemológica de la economía emerge al conocimiento público con el best seller internacional «Freakonomics». (5)

2) *La economía no necesita conocimientos especiales de matemática.*

Los economistas no tienen necesariamente una habilidad superlativa en el manejo de la matemática. ¡Cuántas veces he escuchado que por ser economista tengo que ser bueno con los números! En las obras de los pensadores fundamentales de la economía, Adam Smith, Carlos Marx, David Ricardo y John Keynes, hay muy pocos números. (6)

3) *La economía no enseña a los economistas a hacer pronósticos.*

Los pronósticos es la actividad más rentable de economistas del poder económico. Se han convertidos en hombres de negocios dedicados a la comercialización de información económica. En cuanto a la medición precisa de las variables, la economía se acerca a las ciencias ocultas. Ellos poseen una seducción secreta que es momento de develarla. Presentan la cantidad incalculable de sus errores como la prueba contundente de lo complicado de su trabajo. Cuanto más se equivocan, más necesidad dicen que tenemos de sus ilustradas opiniones. Este tipo de economista tiene la cualidad de ser el único experto cuya utilidad se refuerza, vaya absurdo, con los errores que comete.

4) *La economía se puede explicar sin tecnicismos incomprensibles.*

El lenguaje cerrado de economistas es la manera de construir una cofradía para subordinar al resto a sus predicciones e interpretaciones de la realidad. Desde los primeros economistas clásicos hasta Keynes, el lenguaje económico era complejo pero amigable, exigente y a la vez de lectura placentera. La producción económica posterior, con pocas excepciones, ha sido con una prosa árida en la que se traducen de manera poco atractiva las ambiciones desmesuradas del contenido. Lo podemos llamar el «estilo experto». Discursos formalmente correctos pero semánticamente vacíos.

5) *La economía no es más importante que la política.*

Ha-Joon Chang, economista coreano, doctorado en Cambridge, autor del libro *¿Qué fue del buen Samaritano? Naciones ricas, políticas pobres*, uno de los más destacados economistas heterodoxos de la actualidad, escribió:

> […] el ejercicio de buenas políticas económicas no requiere de buenos economistas. (7)

Esta definición tiene un componente eminentemente político que no reniega del aporte técnico de profesionales del saber económico. Sólo enfatiza la necesidad de la supremacía de la conducción del poder político sobre la labor de los economistas. Es lo que ha empezado a desplegarse en Argentina incomodando hasta la exasperación a los conservadores que consideran que la

economía tiene una única forma de ser entendida, y que no es otra que la ortodoxa, conocida como neoliberal. Por ese motivo no se permiten reconocer que una economía pueda crecer en forma sostenida sin seguir sus recetas. Esta notable carencia conceptual explica los reiterados errores de diagnósticos y pronósticos sobre la evolución de la economía argentina.

6) *La economía de un país no se asemeja a una economía familiar.*

No tiene nada que ver con la forma en que se administra el presupuesto de una familia. Es una de las distorsiones analíticas más arraigada en el saber popular gracias a que la reiteran hasta el cansancio políticos y economistas conservadores. La frase dice que los gobiernos, como los hogares, deben vivir con sus propios recursos. Esta analogía resuena fuerte entre los ciudadanos porque comprenden el funcionamiento de las finanzas en sus hogares. Quienes administran el presupuesto de una familia saben que no pueden endeudarse en forma permanente. Pero los países emiten sus propias monedas y pueden gastar más de lo que recaudan cuando lo hacen en forma consistente. Las familias administran su presupuesto destinando dinero al consumo inmediato y, cuando pueden, ahorran para poder gastar más en el fututo. En cambio, los gobiernos pueden adquirir todos los bienes y servicios que quieran siempre y cuando los puedan comprar con la moneda que ellos emiten. Los gobiernos nunca se pueden quedar sin dinero porque lo emiten; las familias no emiten dinero. Es una diferencia sustancial para destruir el argumento de la austeridad, que está construido sobre falsedades. Ese discurso lo padecen ahora los europeos, como aquí lo sufrimos en los noventa. El aumento del gasto público y la emisión monetaria con objetivos de expansión y en forma sustentable no provoca una crisis, sino que, por el contrario, la evita, si la economía no utiliza en plenitud su capacidad productiva.

Los problemas de deuda de una economía nacional no son equiparables con los problemas de deuda de una familia individual. El cuentito de la ortodoxia dice que una familia que ha acumulado una deuda excesiva debe apretarse el cinturón y, por lo tanto, el Estado en una situación similar debe hacer lo mismo. ¿Por qué es una mala comparación? La respuesta es que una economía no es como una familia endeudada. El premio Nobel Paul Krugman lo explica.

> Nuestra deuda es en su mayoría dinero que nos debemos unos a otros; y lo que es aún más importante, nuestros ingresos provienen principalmente de lo que nos vendemos unos a otros. Sus gastos son mis ingresos y mis gastos son sus ingresos. ¿Y qué pasa si todo el mundo simultáneamente reduce drásticamente el gasto en un intento de pagar lo que debe? La respuesta es que los ingresos de todo el mundo se reducen; mis ingresos

disminuyen porque ustedes están gastando menos, y sus ingresos disminuyen porque yo estoy gastando menos. Y, a medida que nuestros ingresos se hunden, nuestro problema de deuda se agrava, no mejora. (8)

7) *La economía interviene en la disputa por el poder.*

En el espacio de la economía se expresa una relación de poder entre diferentes sujetos sociales en un momento histórico determinado.

La economía no es «la asignación de recursos escasos para satisfacer deseos ilimitados». La economía es el estudio de cómo la sociedad moviliza la totalidad de sus recursos para mejorar el nivel de vida de toda la población. (9)

Cuando se introduce el tema del bienestar social aparece el debate de cómo se distribuye la riqueza. Al abordarlo necesariamente se interpela al poder, que no es otro que el económico.

Estas siete definiciones brindan el marco conceptual general para perder el miedo a la economía y, en especial, para empezar a intervenir corriendo el velo a la ciencia sombría.

Un primer paso es saber que el discurso económico convencional se ha construido sobre metáforas que naturalizan y personifican a la economía, a los sujetos sociales e instituciones. Cualquier alteración de los mismos lo narra en términos de catástrofes de la naturaleza y enfermedades propias de las personas. Sus economistas mencionan situaciones de crisis afirmando que una «tormenta» sacude al mundo, que los mercados se «agitan», o que las Bolsas «sufren» brutales «sacudidas». Advierten sobre la existencia de una «sequía» crediticia, o informan que un «tsunami» financiero provoca el desplome de los precios. Poco importa que las metáforas sean incongruentes entre sí; por ejemplo «tormentas» y «sequías». Lo significativo es que la crisis es una catástrofe natural que, por tanto, se desencadena por sí misma y a todos nos pone en peligro. No hay, pues, responsables, sólo damnificados. Instituciones económicas que fueron dotadas de vida natural y, por lo tanto, se humanizan, generan lamentos en gran parte de la población cuando, en realidad, las padecen por sus acciones.

Detrás de metáforas médicas o meteorológicas, los causantes de daños económicos, por ejemplo banqueros durante una crisis financiera o grandes empresas en períodos de suba de precios, quedan ocultos. Esas metáforas inducen a una mezcla de miedo y compasión, de anonadamiento ante el desastre provocado por las fuerzas de una naturaleza desatada y de solidaridad ante sus víctimas. Por ejemplo, en la actual crisis financiera global, ese

proceso de engaño colectivo

> […] no puede dejar de haber contribuido a la sorprendente resignación con que la población del planeta ha asumido sin rechistar, salvo excepciones, que su dinero se desviara gratuitamente hacia bancos que después se negarían a devolvérselo, siquiera en forma de onerosos créditos. (10)

Los discursos económicos van moldeando la sociedad bajo el criterio de las emociones y las creencias, ocultando la tensión de los intereses de los grupos sociales. Es decir, transforman unos hechos económicos que serían muy fáciles de comprender, por ejemplo, quiénes son los responsables del alza de precios, en acontecimientos que adquieren autonomía de sus principales protagonistas. Con su palabra dominante articulada en un discurso económico amplificado en el espacio público obtienen legitimidad social, logrando que sus propios intereses, que son de una minoría privilegiada, terminen asociados al bienestar general.

El sociólogo y periodista estadounidense Micah Uetricht estudió el conflicto de intereses de esos economistas. (11) Miembro de la redacción de la revista electrónica de Chicago *Gapers Block* y *Campus Progress*, pregunta si los norteamericanos estarían preocupados por la desregulación financiera que ayudó a desencadenar la crisis de 2008 si supieran que algunos de los economistas que la defienden públicamente se beneficiaron de su aplicación.

Este interrogante lo podemos reformular del siguiente modo: si los argentinos estarían hoy tan atentos a escuchar las críticas a la evolución de la economía local de un grupo de economistas si supieran que algunos de ellos se beneficiaron de las políticas que desencadenaron la crisis del 2001-2002.

Uetricht responde:

> […] es difícil saberlo, porque en los editoriales y apariciones públicas, esos economistas no suelen revelar sus inversiones en, o contratos con, instituciones financieras privadas, que podrían influir en sus recomendaciones políticas. (12)

En la Argentina, ocultan o minimizan su participación en la historia de los ajustes con profundos costos sociales, como también el estrecho vínculo que los une con grupos empresarios favorecidos por las políticas neoliberales.

Una investigación de los economistas Gerald Epstein y Jessica Carrick-Hagenbarth propone una causa de la crisis poco explorada: los economistas no vieron venir el colapso porque muchos de ellos se estaban beneficiando de las políticas que llevaron al desastre.

> […] los economistas, como muchos otros, tenían incentivos perversos para no reconocer

la crisis. (13)

Esos economistas a menudo ocupan puestos no sólo en la universidad, sino también en los medios de comunicación y en la política. Son presentados como expertos. Ellos escriben artículos de opinión para periódicos, dan testimonio en paneles públicos, toman posiciones como asesores de políticos y son entrevistados por la prensa. Dan la impresión de que ocupan esos lugares como técnicos independientes y objetivos. Al mismo tiempo, algunos de esos economistas trabajan en instituciones financieras o empresas privadas.

Su objetividad puede verse comprometida por su trabajo en el sector privado o, al menos, plantear preguntas sobre la posibilidad de ese sesgo. En este caso, aquellos que dependen de las evaluaciones de esos economistas para la toma de decisiones sobre cuestiones económicas o de política tienen derecho a saber que ese sesgo potencial existe. (14)

Los resultados de esa investigación son notables. El estudio examinó a diecinueve economistas financieros y académicos cuyas opiniones han sido destacadas en los medios de comunicación de Estados Unidos durante la promoción de la desregulación financiera, antes y después del colapso del mercado. Revisó los escritos y apariciones en la prensa, así como los trabajos académicos de ese grupo de economistas entre 2005 y 2009, para determinar las veces que identificaron su vinculación con instituciones privadas al escribir o comentar sobre la desregulación financiera. Epstein y Carrick-Hagenbarth concluyeron que trece de los diecinueve tenían intereses o contratos con entidades que no informaron. Ocultaron que con sus opiniones podían influir para aumentar el valor de las inversiones de esas compañías, que a la vez los contrataban por sumas millonarias. El silencio de los economistas acerca de los peligros de la desregulación puede atribuirse a sus propios intereses económicos.

Uetricht menciona un caso asombroso. En 2006, la Cámara de Comercio de Islandia contrató a Frederic Mishkin, profesor de la Columbia Business School y ex gobernador del Consejo de Administración de la Reserva Federal, por 124.000 dólares, para que realizara un estudio sobre la situación financiera de Islandia con el objetivo de alabar las bondades del sistema desregulado y abierto, que luego estalló. Mishkin cumplió su tarea. El documental Inside Job (15) revela que, en su currículum vitae, Mishkin cambió el título del estudio «Estabilidad financiera en Islandia» por el de «Inestabilidad financiera en Islandia».

Pese a la evidencia de ese conflicto de intereses persiste la idea

general acerca de que el cargo de ministro de Economía debe ser ocupado por un «profesional», como se autodefinen los economistas de la vertiente ortodoxa, forma de descalificar al resto de sus colegas que no piensa como ellos. Técnico, con conocimientos académicos, y abundantes credenciales de aprobación del establishment es el perfil de seriedad aceptado por el sentido común. Ese tipo de especialista sería el que sabe cómo conducir la economía a la prosperidad en un sendero de estabilidad.

Una referencia cercana de esa descripción la ofreció la Europa en crisis en 2012, al ocupar el lugar de experto Mario Draghi, como titular del Banco Central Europeo; Lucas Papademos, en el cargo de primer ministro griego; y Mario Monti, como premier italiano que reemplazó a Silvio Berlusconi. A ellos tres los unía una misma correa de transmisión: el banco de inversión Goldman Sachs. Draghi fue vicepresidente para Europa de esa entidad financiera estadounidense de 2002 a 2006; Papademos fue gobernador de la banca central griega de 1994 a 2002 y desde ese cargo participó en el maquillaje de las finanzas helenas que facilitó la colocación de deuda por parte de Goldman Sachs; y Monti fue empleado de esa misma entidad financiera como consejero internacional en 2005.

Correas de transmisión semejantes es posible encontrar también en el listado de los candidatos a ministro de Economía preferidos del establishment. Lo que pasa en Europa ya se vivió en Argentina. El alquiler del manejo de la economía al mundo empresario y de las finanzas. Por el Palacio de Hacienda transitó un equipo liderado por un delegado de la Fundación Mediterránea (Domingo Cavallo), otro de la ultraortodoxa CEMA (Roque Fernández), uno de la liberal FIEL (Ricardo López Murphy), de un grupo económico (Miguel Angel Roig y Néstor Rapanelli, de Bunge & Born) y un conspicuo miembro de la Sociedad Rural y director de Acindar (José Alfredo Martínez de Hoz).

La existencia de un poder paralelo en Economía ha significado uno de los principales disciplinadores de los gobiernos.

Los ministros de Economía han tenido históricamente un lugar relevante en los gabinetes nacionales. Las periódicas crisis los colocaban encima de sus colegas de la administración, hasta llegar a niveles de compartir espacios de poder con el mismísimo presidente de la Nación. Esta distorsión ha sido una manifestación más de los profundos desequilibrios de las variables de la economía. A la vez, el poder político reflejaba su debilidad al aceptar «profesionales» ofrecidos por diversos grupos económicos.

La labor de esos economistas está asociada a la de un técnico insensible, preocupado fundamentalmente en congraciarse con el poder económico. La de una persona que habla de cosas que a la mayoría no le interesa ni entiende. Se erigieron en voceros de intereses del poder económico que dicen lo que los bancos y grupos económicos quieren que diga. Se constituyeron en una sociedad de cuentapropistas con diploma de licenciados en Economía reunidos en un centro de estudios financiado por grandes empresas para influir en la sociedad y en gobiernos.

Una de las contribuciones del ciclo político kirchnerista ha sido el desplazamiento de los centros de decisión de la administración central del «economista rey», figura que establece qué es lo que se puede hacer y no hacer en materia económica, con un supuesto saber técnico pero eminentemente político e ideológico conservador. No es pecado tener posición política e ideológica, lo que sucede es que las niegan bajo el velo de la neutralidad técnica. Esto no significa que variados lobbies no busquen tener influencia ni que no haya empresarios cortesanos del poder siempre bien posicionados para conseguir oportunidades de negocios. Pero ese cambio conceptual sobre lo que significa la economía y el ministro a cargo, espacio donde se dirimen intereses y poder, y la acción política, como ordenador del rumbo económico, es lo que permite comprender con mayor complejidad diversas iniciativas de estos años.

El vínculo del saber técnico con el ejercicio político no implica desconocer lo primero, sino colocarlo en un lugar adecuado, sin menospreciarlo, pero sin que sobrepase el necesario espacio de los aportes específicos. Las soluciones técnicas a problemas económicos no sirven si no están subordinadas a un programa global dominado por la orientación política de un gobierno. Lo relevante son las decisiones estratégicas, el rumbo que se define y la acumulación de fuerzas sociales para implementarlas más que el aporte tecnocrático de los economistas. Éstos no están en condiciones de definir las políticas centrales de un gobierno. Deben ser técnicos sometidos a esos objetivos. La clave es que en esa tarea deben ser lo suficientemente capaces para colaborar con iniciativas efectivas, al tiempo de contar con sensibilidad para moverse en el laberinto de la política.

En la Facultad de Economía se enseña que existen identidades que son básicas y que ignorarlas significa equivocar el rumbo para comprender la dinámica del proceso económico. Dicen que son equilibrios que permiten ordenar el entendimiento de fenómenos complejos. Así, el Ahorro es igual a la Inversión, o el Ingreso (producción) es igual al Consumo más la Inversión. Son

ecuaciones para una economía sencilla, que se va haciendo más compleja con la incorporación de otras variables, como el gasto del sector público, los impuestos y el comercio exterior. Identidades que van construyendo esquemas analíticos cada vez más sofisticados con la incorporación de la tasa de interés, la demanda y oferta de dinero y el flujo de capitales del exterior. Esas equivalencias derivan en la afirmación de que la gestión económica no tiene misterios, y, como en la matemática, $1 + 1 = 2$.

Esta concepción mágica de la economía es la que ha provocado la profunda distorsión en la comprensión y el posterior manejo de los problemas que enfrenta esta ciencia. En el área de estudio y de acción de la economía intervienen cuestiones que no son simples números, sino que expresan intereses enfrentados de sectores sociales y que tienen su manifestación en pujas políticas.

Sin tomar en cuenta esos factores, las identidades que ofrece la economía son sólo un bálsamo para la angustia que provoca la incertidumbre. Para obtener ese equilibrio mágico del mercado no debe haber conflictos sociales ni reclamos sectoriales ni existir, en definitiva, la política. Pero la realidad, como desafío provocador a los postulados clásicos de la ciencia, se empecina en alterar esa tranquilidad de fantasía.

Las identidades fundamentales de la economía son herramientas ordenadoras para entender reglas básicas de funcionamiento. Pero si no son subordinadas a los diferentes escenarios sociales y políticos derivan en lecturas equivocadas.

No existe un solo camino a transitar en la economía puesto que la forma en que se alcancen determinados objetivos encierra una determinada concepción sobre la sociedad y, por lo tanto, sobre qué sectores son privilegiados y cuáles son afectados. Por esa sencilla razón, las políticas económicas no son neutrales.

Desarrollemos un ejemplo.

Una de las explicaciones más sencillas de las razones del alza de precios es que la economía está desequilibrada porque no se cumple una identidad fundamental: la oferta no iguala a la demanda. Es decir, la inversión en el sector privado para proveer bienes y servicios es insuficiente para satisfacer a una población que los requiere en forma creciente. Entonces, como si fuera una medida neutral sin tener ninguna ideología detrás y solamente como una «verdad» incontrastable que ofrece el $1 + 1 = 2$ de la economía, economistas ortodoxos proponen desacelerar el ritmo de crecimiento de la demanda. Naturalizan como si diera lo mismo subir o bajar los salarios o las jubilaciones. En cambio, la mayor o menor propensión de las empresas a invertir queda en un

segundo plano. En los hechos, esos economistas custodian a uno de los factores de esa identidad (la oferta-las empresas) sin exigirle nada ni cargándole la responsabilidad por el alza de precios. Dirigen la culpa a la demanda que crece mucho.

Las grandes firmas usualmente manifiestan que les «preocupa la inflación» y que hay que «contenerla». Una pregunta rústica resuelve dudas que parecen existenciales: ¿quiénes suben los precios? La respuesta a este interrogante descoloca a la ortodoxia. Aquí es donde aparece otro factor que distorsiona ese mundo feliz de las identidades económicas clásicas: la puja por la apropiación de la riqueza generada. Si las empresas líderes pretenden mantener y hasta incrementar sus márgenes de ganancias, el edificio teórico construido sobre la base de equivalencias elementales empieza a mostrar grietas.

El tema de la inflación lo desarrollaremos en extenso en el capítulo cinco.

Las fisuras conceptuales igualmente no inhiben a la ortodoxia. Como si la experiencia pasada no hubiera dejado ninguna enseñanza, irrumpe en la escena con recetas mágicas, como el ajuste fiscal para ganar la confianza de los inversores. La economía no se explica con una ecuación matemática. Existen pujas de intereses, tensión de ideologías y batallas políticas que no se reflejan en las identidades básicas que se enseñan en la carrera de Economía.

Amit Bhaduri es uno de los economistas heterodoxos más reconocidos del mundo, especialista en crecimiento, nació en la India y estudió en la Universidad de Cambridge. Desafía a líderes políticos y economistas enrolados en la ortodoxia señalando que, como un cuerpo de conocimiento inexacto, la economía exige que seamos intelectualmente modestos, y eso deja poco lugar para visiones inflexibles. En la práctica, sucede exactamente lo contrario.

- Es sorprendente que a pesar de la inexactitud de la economía como cuerpo de conocimientos, que debería dejar lugar suficiente para ideologías económicas en disputa, pretendan la convergencia a un punto de vista similar sobre la política económica.
- El síndrome NHA (No Hay Alternativa) se apoderó tanto de la acción como de su imaginación en materia económica.
- Esos economistas estudian las propiedades de la organización del mercado tomando como punto de referencia un mercado de competencia perfecta.

- Con supuestos irreales, que eliminan toda forma de incertidumbre, ya que al desconocer el futuro lo destierran del análisis, pretenden demostrar que existe un conjunto de precios de equilibrio en los mercados igualando oferta y demanda.
- El mainstream de los medios, propiedad o controlados en gran parte por las grandes corporaciones, nos condicionan continuamente a hacer la vista gorda y creer que la economía virtual de las fluctuaciones en el mercado bursátil son noticias más valiosas que la desigualdad social. (16)

La historia económica pocas veces da respuestas inequívocas. Por ese motivo la teoría económica tiene que desempeñar un rol crítico que impida que nuestro inexacto conocimiento sea utilizado al servicio de la ideología económica dominante. Estamos en un momento de transición del debate económico con el neoliberalismo cuestionado por su fracaso, pero no fuera de las cabezas en un sentido más fundamental en las sociedades. Bhaduri ofrece el consejo que

> […] algún conocimiento económico es útil, aunque sea para evitar ser engañados por otros economistas. (17)

En esta instancia nos aparece el interrogante sobre ¿qué es la economía? Son conocidas las definiciones sobre recursos y escasez. «La economía se ocupa de la asignación de los recursos escasos», les enseñan a los alumnos que inician la carrera de Economía. Con un poco más de precisión sentencian que «es el estudio del modo en que la sociedad gestiona sus recursos escasos». Es la versión neoclásica.

Instituciones académicas, organismos internacionales y economistas han orientado su labor a la producción de sentido común neoliberal en circuitos socio-comunicacionales, apuntando con ello a la formación de opinión pública a escalas lo más amplias posible.

> Las ideas (neo)liberales son parte del sentido común de grupos de población y, eventualmente, incluso de mayorías electorales y no sólo de ciertos partidos políticos, grupos empresarios y otros grupos de interés. (18)

Si no fuera así, sería difícil comprender la aceptación que alcanzaron, en ciertas coyunturas, esas ideas y quienes las preconizaron. Basta recordar la popularidad de Carlos Menem y Domingo Felipe Cavallo durante los noventa.

El trabajo de las consultoras de la city, sus economistas y la amplificación en los medios de comunicación de esa concepción

sobre temas económicos, pero también sobre cuestiones políticas y sociales en general, van construyendo hegemonía en torno a sus representaciones, a través de su naturalización, por la producción de un cierto sentido común; y esto se lleva a cabo en forma paciente y perseverante, no por la vía de la imposición.

Nos propusimos cuestionarlos, desafiar ese sentido común. El contexto local, regional e internacional es propicio para la misión. Sólo con ojos vendados se puede afirmar que las medidas aplicadas bajo los postulados del pensamiento económico ortodoxo, cuya representación política es el liberalismo, han tenido éxito en el objetivo de crecimiento y equidad. Fueron un fiasco, para Argentina y Latinoamérica, en los noventa, y son un fracaso hoy para rescatar a Europa del declive y la desocupación.

John Weeks es profesor emérito de la Universidad de Londres. Visitó el país en 2012 y escribió en *Página/12*:

> […] imaginen alquimistas tomando el poder de los laboratorios de química, astrólogos persiguiendo a científicos en los observatorios y a los creacionistas apoderándose de la genética. Eso mismo sucedió en la economía. (19)

A lo largo de los últimos cuarenta años, esos economistas se apoderaron de la profesión y desde ahí predicaron su propia versión, donde el libre mercado y la desregulación son las únicas formas viables de organizar la sociedad y la libre competencia hace las veces de «Piedra Filosofal». Falsos gurúes respaldados y financiados por los sectores dominantes para fundamentar, de forma falaz, el desmantelamiento del Estado de Bienestar —los sistemas de seguridad social, seguros de salud— y así imponer la tiranía de las finanzas y la austeridad.

> En su miopía ideológica la libre competencia de los mercados es la única forma de asignar recursos y, por lo tanto, la intervención del Estado es diabólica. La economía neoclásica no es lógicamente poderosa, técnicamente fuerte y empíricamente válida. Por el contrario, su lógica es contradictoria, las técnicas son desprolijas y la economía real refuta sus generalizaciones bastante seguidas. La alconomía es una basura total y nosotros debemos rechazar sus posturas reaccionarias. (20)

El profesor Manuel Fernández López escribió que en la ciencia económica, unos tipos llamados «economistas» estudian e interpretan la «realidad económica» a través de ciertos esquemas o fórmulas. (21) Un chiste ilustra esa tarea. Naufragan un químico, un físico y un economista, y rescatan latas de conserva. ¿Cómo abrirlas? Cada cual sugiere procedimientos conformes a su profesión. El economista propone: «supongamos que existe un abrelatas». El economista da por existente algo sin antes demostrar su existencia. La ciencia económica convencional se convierte así en un conjunto de sistemas hipotético-deductivos.

Esquemas de razonamientos que parten de ciertos axiomas o supuestos, operan sobre ellos con la matemática y obtienen enunciados que pueden compararse con los hechos reales.

Un economista inglés del siglo pasado, que de este tema sabía bastante, escribió:

> […] la Teoría de la Economía no proporciona un cuerpo de conclusiones establecidas, aplicables directamente a la política. Es un método, más que una doctrina, un aparato de la mente, una técnica para pensar, que ayuda a su poseedor a extraer conclusiones correctas. (22)

Durante muchos años la formación e investigación en economía, como la gestión económica, ha tenido la supremacía de la escuela de pensamiento neoclásico, la ortodoxia. Las corrientes críticas en el área académica, financiera y política fueron marginadas. Se empobreció el debate económico quedando como única referencia la ortodoxia económica.

Gran parte de los economistas se autocelebraban repitiendo y justificando las reformas liberales que demostraron muchas limitaciones a la hora de brindar soluciones para la mayoría de las demandas de la sociedad. Esas recetas hoy están siendo discutidas abriendo nuevos espacios de debate que abren las puertas a la producción de conocimiento crítico, cuestionando el pensamiento económico dominante.

La economía es mucho más que cifras y gráficos. Es una construcción colectiva porque es un proceso político y social donde intervienen diversos sujetos económicos. Proceso político y social que pasa a ser hegemónico según la acumulación política y legitimidad social para orientar el rumbo económico en determinada dirección. Ésta no es una definición clásica de la economía. Pero sirve para apropiarse del conocimiento y la acción en el terreno de la economía, y permite transitar a contramano del saber convencional.

1 «Maldita» también es usada, aunque una traducción más precisa sería «deprimente». «Dismal science» fue definida por Thomas Carlyle en 1849 en su ensayo «Occasional Discourse on the Negro Question» para criticar las opiniones de Thomas Malthus, a las que juzgaba excesivamente pesimistas. En el libro de Robert Mundell, *El hombre y la economía*, explica que la economía ha sido llamada «la ciencia sombría» porque tres economistas del siglo XIX tenían una visión pesimista: Ricardo, que los salarios igualaban el nivel de la mera subsistencia y que poco podía hacerse al respecto; Malthus, que el aumento de la población superaba la oferta de alimentos, cosa que no podría evitarse; y Marx, que el sistema capitalista se encaminaba de cualquier manera a su descomposición y no debía hacerse mucho para evitarlo.

2 Frase de Charles Wilson, presidente de General Motors en los años cincuenta.

3 Galbraith, James K., «How The Economists Got it Wrong», *The American Prospect*, febrero de 2000.

4 —¿Y cuál es la pseudociencia más peligrosa?
—La teoría económica estándar, ortodoxa, porque sustenta las políticas económicas de los gobiernos conservadores y reaccionarios, que son enemigos del bienestar de la gente común. Entrevista al filósofo Mario Bunge, diario español *El Mundo*, 11 de marzo 2011.

5 «…pero las herramientas de la economía pueden aplicarse con la misma facilidad a cuestiones que resultan más… bueno, más interesantes», afirman Steven Levitt y Stephen Dubner en la introducción de *Freakonomics*.

6 *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las Naciones*, Adam Smith. *El capital*, tomo 1, 2 y 3, Carlos Marx. *Principios de Economía política y tributación*, David Ricardo. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, John Maynard Keynes.

7 Chang, Ha-Joon, *23 things they don't tell you about capitalistm*, Penguing Group, 2010.

8 Krugman, Paul, El programa de la austeridad, *El País* de Madrid, 3 de junio 2012.

9 Weeks, John, Los astrólogos de la economía, *Página/12*, 23 de abril 2012.

10 Lizcano, Emmánuel, «La economía como ideología. Un análisis sociometafórico de los discursos sobre "la crisis"», *Revista de Ciencias Sociales*, segunda época, Universidad Nacional de Quilmes, 2009.

11 La vida secreta de los economistas del sistema, Micah Uetricht. 27 de marzo de 2011, publicado en www.sinpermiso.info.

12 Ibíd.

13 Epstein, Gerald y Jessica Carrick-Hagenbarth, *Los economistas financieros, los intereses financieros y rincones oscuros de la crisis: ¡Es hora de establecer normas éticas para la profesión de Economía!*, Instituto de Investigación de Economía Política de la Universidad de Massachussets, octubre de 2010.

14 Ibíd.

15 *Inside Job* es un documental sobre la crisis financiera de 2008 dirigido por Charles Ferguson. Estrenado el 16 de mayo de 2010 en el Festival de Cannes, recibió el Premio Óscar Mejor Documental en 2011. Ferguson ha dicho que el film trata sobre «la sistemática corrupción de la industria de servicios financieros y las consecuencias de dicha corrupción en Estados Unidos».

16 Bhaduri, Amit, «Neoliberalismo: una visión del mundo fracasada», ensayo publicado en *Repensar la economía política*, 2011, Manantial, págs. 17 y 18.

17 Ibíd., pág. 16.

18 Matos, Daniel, «Think Tanks, fundaciones y profesionales en la promoción de ideas (neo)liberales en América Latina», artículo en *Cultura y neoliberalismo*, de Clacso, 2007.

19 «Los astrólogos de la economía», *Página/12*, 23 de abril de 2012.

20 John, Weeks, Alconomía como en la alquimia, teoría y política en la «Economía» neoclásica, Jornada de Economía Política UNQ, Congreso de economistas heterodoxos, 20-23 de marzo de 2012.

21 «El baúl de Manuel», suplemento económico de *Página/12*, Cash, 13 de febrero de 2000.

22 Keynes, John Maynard, Introducción a la serie de Manuales Económicos de Cambridge, 1922.

DOS
Los economistas

El Fondo Monetario Internacional organiza dos veces al año una asamblea conjunta con el Banco Mundial. Abril y septiembre son los meses del encuentro de banqueros y funcionarios del área económica de todos los países. El informe más importante del evento es «Perspectivas de la Economía Mundial». Análisis y proyecciones forman parte integral de la supervisión que ejerce el FMI sobre la evolución y las políticas económicas de los países, los acontecimientos en los mercados financieros internacionales y el sistema económico mundial. En la presentación dice que el documento es producto de un minucioso examen de la economía mundial realizado por varios departamentos del FMI. La base de información es recabada por funcionarios de la institución, principalmente, en consulta con los países miembros. (1)

El Government Accountability Office es una agencia independiente del Gobierno de Estados Unidos, no está vinculado ni al Partido Republicano ni al Demócrata. Se lo denomina el «perro guardián del Congreso». (2) Investiga cómo el gobierno federal gasta el dinero de los contribuyentes. El jefe de la GAO es nombrado por un plazo de 15 años por el presidente de los Estados Unidos de una terna de candidatos que le propone el propio Congreso.

El GAO decidió estudiar «Perspectivas de la Economía Mundial», el documento de pronósticos económicos de la institución financiera internacional más influyente del mundo. Presentó sus conclusiones en 2003. En esos años el FMI estaba sumergido en una crisis profunda de credibilidad y legitimidad por la sucesión de debacles económicas desde la mexicana de 1995, hasta el estallido de la convertibilidad argentina en 2001. Estados Unidos también figuraba en la lista con el crac bursátil provocado por el derrumbe de las empresas puntocom y la escandalosa quiebra del gigante energético Enron.

Los republicanos, en ese momento en el poder con George W. Bush como Presidente, tienen una obsesión con el destino del dinero de los contribuyentes. En esos meses turbulentos, Bush tenía un secretario del Tesoro proveniente de *Main Street,* como se denomina a los ejecutivos del mundo de la industria, en oposición a los financistas de Wall Street. Se llamaba Paul Henry O'Neill,

presidente del gigante de la industria del aluminio Alcoa, quien pronunció la célebre frase «los plomeros y carpinteros norteamericanos no deben pagar por los errores de Wall Street» (3) en Argentina. La administración Bush negó la asistencia financiera a la Argentina durante la crisis. El argumento era que la inflexibilidad pudiera servir para aleccionar a los inversores internacionales, quienes compran bonos de países emergentes, sin importar los riesgos, porque si les iba bien la ganancia era para ellos, y si les iba mal, el FMI acudía en su ayuda a través de rescates financiados por sus contribuyentes. Argentina fue el caso testigo de esa nueva línea de acción, que no duró mucho. Ante la presión de la banca, Washington abandonó la dureza de esa posición. Igual los republicanos no querían que Estados Unidos siguiera aportando al FMI, institución a la que consideraban inservible y burocrática al servicio de los financistas. Por eso impulsaron el informe de la GAO.

La motivación ideológica y política conservadora de los republicanos impulsó la elaboración de esa investigación. Pero lo relevante fue el resultado del trabajo de evaluación de los pronósticos de «Perspectivas de la Economía Mundial», base utilizada por el FMI para proponer medidas a los países. La conclusión fue contundente.

No es un instrumento confiable para anticipar las crisis. (4)

En el documento del FMI trabajan decenas de economistas formados en la escuela de pensamiento ortodoxo, neoliberal en su expresión política, que postula al mercado como ordenador natural de la economía. Ese informe es la prueba más contundente del fiasco de los economistas pronosticadores.

Los números del informe de la GAO son impactantes.

La muestra alcanzó 87 países emergentes.

El período de estudio fue de 1991 a 2001.

En esos años, esos países atravesaron 134 recesiones.

¿Cuántas crisis, recesiones, predijo el FMI en su documento de pronósticos «Perspectivas de la Economía Mundial»?

Sólo 15.

Apenas el 11 por ciento del total de las crisis. (5)

Cualquier otro trabajo de cualquier otra disciplina en cualquiera otra institución que ofrezca un resultado semejante recibiría el título de fracaso y dejaría de hacerlo. No fue el caso del FMI.

La entonces número dos del Fondo, Anne Krueger, salió a defender la institución y dijo que «Perspectivas Económicas Mundiales» no prevén crisis porque

[…] si lo hicieran, esas predicciones podrían acarrear su propio cumplimiento, lo que mejoraría nuestra aparente precisión, pero claramente sería irresponsable. (6)

Parece una broma, pero no lo es.

Krueger, estudiosa de la economía internacional, incluida en 2011 entre los cuatro candidatos al Premio Nobel de Economía, justificaba la inutilidad del FMI por miedo a la profecía autocumplida. Conducta que el sistema financiero global, integrado por el Fondo, calificadoras de riesgo, economistas y bancos, promueve, en forma permanente, para preservar sus privilegios.

El informe de la GAO refuta la autodefensa de Krueger. Dice que el FMI tiene un mecanismo diseñado específicamente para prever las crisis, denominado «Sistema de Alertas Avanzadas» (EWS, en inglés). La GAO constató que el 80 por ciento de las alarmas que originó ese sistema fue falso, y destaca que se le escaparon las crisis más severas, como la argentina.

Si hay que encontrar un espacio físico donde se concentra la mayor densidad por metro cuadrado de economistas pronosticadores, el edificio del FMI es el lugar adecuado. El resultado empírico de la labor realizada durante años es prueba irrefutable que ese tipo de economista es un fiasco. Más cercanos a la astrología que a la economía.

Mario Bunge, físico, filósofo, desde que la Noche de los Bastones Largos lo expulsó del país, vive en Canadá, despachó una quirúrgica afirmación sobre ellos.

[…] la desgracia es que los gobernantes casi nunca consultan a los científicos; consultan a los economistas, y casi siempre a los malos. Por ejemplo, Obama, a pesar de sus buenas intenciones, está rodeado de economistas de la época de Bush o de Clinton, que son responsables de la crisis actual… Ronald Reagan se hizo asesorar por Milton Friedman quien dio recomendaciones que hicieron que la economía norteamericana cayera en crisis. En cambio, en la gran recesión que empezó en 1929, el gobierno de Roosevelt se asesoró por discípulos de Keynes. Es decir, esa vez sí consultaron a un buen economista, uno de los pocos que no era enemigo del pueblo. La mayor parte de los economistas son enemigos del pueblo. Como dijo Nassim Nicholas Taleb: son como astrólogos pero mucho más peligrosos. (7)

En la Argentina, hombres de negocios dedicados a comercializar información económica hicieron tantos o más papelones que los economistas del FMI. Uno de los más notorios fue con el precio de la soja. En la última mitad de 2011 pronosticaban la caída del valor de la oleaginosa.

La realidad los desmintió.

En 2012, la soja en el Mercado de Chicago alcanzó precios records, hasta 655 dólares la tonelada. Ese valor superó el máximo de 610 dólares del 3 de julio de 2008. La cotización de la soja es importante porque impacta en las finanzas del sector

público, actúa de referencia para orientar expectativas económicas y porque es clave en el hipersensible mundo del campo.

Revisar los pronósticos que hicieron no fue complicado debido a que la vidriera de exposición son los medios de comunicación. Tienen la fortuna de no padecer reclamos de sus clientes por vender fallidos. La investigación abarcó de agosto a diciembre de 2011, cuando el precio de la soja oscilaba de 400 a 500 dólares. Meses de elección presidencial, de decisiones de inversión en el campo y de definir proyecciones económicas de las empresas. En ese período, los supuestos especialistas afirmaban un panorama negro sobre la soja.

Ricardo Arriazu decía en una charla en el Instituto Petroquímico Argentino que divisaba una tendencia a la caída en los precios de los granos para 2012. (8)

En el mismo encuentro, Carlos Melconian explicó los motivos. Por un lado afirmaba que había factores estructurales para que siguieran firmes, pero por el otro su deseo era más fuerte y aseguraba que la corrección de los desequilibrios globales impactaría negativamente sobre los commodities. En otra oportunidad estimó que la caída de la soja era apenas una de las manifestaciones de la crisis mundial en curso. (9)

Miguel Angel Broda escribió que en 2012 ingresarían 3.500 millones de dólares menos que en 2011 por la caída de los precios de los commodities agrarios. (10)

Nadín Argañaraz, director del Instituto Argentino de Análisis Fiscal, afirmaba que existía una alta probabilidad de tener precios internacionales más bajos para los commodities que exporta la Argentina y que ambos fenómenos afectarían las exportaciones y por esa vía el ingreso de dólares comerciales. (11)

Juan Luis Bour, de FIEL, preveía para 2012 un precio promedio de la soja de 400 dólares por tonelada, es decir, un nivel similar al promedio de 2010 (405 dólares) pero inferior al de 2011 (500 dólares). Aseguraba entonces que la pérdida de ingresos de exportación para 2012 sería de unos 4.000 millones de dólares y el fisco dejaría de recaudar unos 1.200 millones. (12)

La consultora Ecolatina planteó los riesgos de la economía 2012, detallando que se encontraban en la caída del precio de la soja, la depreciación del real, el estancamiento mundial y los desequilibrios acumulados. (13)

Nicolás Bridger, uno de los economistas de la consultora Prefinex, decía que «creemos que el precio promedio de los granos caerá 10 por ciento» y, por ese motivo, bajarán las exportaciones. (14)

Miguel Kiguel sentenció que por la caída del precio de la soja y depreciación del real, Argentina iba a tener que duplicar la tasa de devaluación. Su consultora, Econviews, estimó un retroceso en los precios internacionales en torno de 15 por ciento en promedio y en los volúmenes totales de cosecha, 5 por ciento promedio, lo que representaría una merma de las exportaciones agrícolas de casi 6.000 millones de dólares anuales respecto a 2011. (15)

La consultora LCG, de Martín Lousteau, pronosticó que las exportaciones del complejo sojero caerían en 1.000 millones de dólares en 2012 como consecuencia de que el precio de la soja se mantendría cerca de los 430 dólares la tonelada. En uno de sus informes afirmaba que la Argentina tendrá una producción mayor con peores precios. Sucedió lo opuesto. (16)

Para la consultora Econométrica de Mario Brodersohn, las perspectivas de 2012 no eran alentadoras por la caída del precio de la soja estimando un valor de 430 dólares la tonelada, depreciación del real, estancamiento mundial y desequilibrios acumulados. (17)

Javier González Fraga había aseverado que la crisis internacional iba a generar un menor precio de la soja, y que eso tendría un costo fiscal que impactaría en el nivel de reservas. (18)

Martín Redrado vaticinaba que la cotización de la soja perdería entre un 10 y un 15 por ciento. (19)

En la ronda de reuniones para el análisis y debate del Presupuesto 2012, en la primera de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, Alfonso Prat Gay sostenía que el precio de la soja entraba en una peligrosa curva descendiente al cuestionar el precio promedio de 484 dólares definido por el Gobierno. (20)

Hubo una excepción. En el Congreso de AEDA, realizado en la Facultad de Ciencias Económicas, Miguel Bein descartó la posibilidad de que el precio de la soja descendiera como consecuencia de una reducción en la tasa de crecimiento de China, y comentó en forma irónica que «en los modelos de crecimiento para el año que viene casi ningún economista tiene incorporado que el precio de la soja suba». (21)

¿Qué pasó en realidad con el precio de la soja?

La soja llegó a acumular un alza de casi 60 por ciento desde el 9 de diciembre de 2011, cuando había tocado un mínimo de 406,7 dólares en la plaza de Chicago. Esta última cotización precipitó la agudización de pronósticos sombríos sobre la economía argentina, a lo que se le sumó la sequía que provocó un descenso en el rinde de la cosecha. La de soja en 2012 sumó 40 millones de toneladas, 20 por ciento menos que el año anterior.

Los precios empezaron a subir porque la sequía en Estados

Unidos, uno de los principales productores mundiales, hizo estragos y por la intervención de fondos especulativos que exacerbaron la tendencia al alza. Hacer pronósticos sobre la evolución de las commodities es de aventureros, y un grupo de economistas, gran parte de ellos miembros de la corriente ortodoxa, no se sienten inhibidos porque, en general, no son cuestionados por sus fallidos.

> Cuando finalmente sienten que una de sus posiciones ya no puede ser defendida, no son capaces de re-examinar sus ideas. No pueden concebir la posibilidad de una falla en su lógica o en su teoría. Lo que hacen es cambiar de tema de conversación. En ese club nadie pierde prestigio por haber estado equivocado. (22)

El programa de estudio de la Facultad de Ciencias Económicas tiene más de 30 materias, y para recibirse los alumnos deben presentar una tesina sobre un tema específico con su respectivo tutor. El plan de la carrera se ha modificado en varias oportunidades. Ni antes ni ahora existe una sola materia que enseñe a realizar pronósticos. No estudian proyecciones ni estimaciones de variables macroeconómicas. Nadie instruye a los alumnos el método para saber qué va a pasar. Sin embargo, apenas cruzan el umbral de la facultad con el título, la demanda a esos profesionales con conocimientos básicos de economía es que diga lo que va a pasar.

No existe un solo tipo de economista. Los conocidos son aquellos que no ejercen de economistas. Son hombres de negocios que se dedican a comercializar información económica. Se dedican a la futurología abusando de la inocencia de la opinión pública. Los temas de economía en los medios de comunicación son el paraíso de los lobbies. Se dedican a señalar con mandato autodelegado qué es lo que se debe hacer en la economía. En realidad, están influyendo, ejerciendo lobby, presionando. Sostienen un discurso que exponen como técnico pero resulta fundamentalmente político e ideológico. La economía no es una ciencia exacta como muchos de esos profesionales hacen creer a la mayoría. Las recetas que ofrecen siempre son sencillas y prácticas con resultados inmediatos y efectivos. Esas pócimas se bebieron en muchos países con consecuencias sociolaborales desastrosas. Pero no se rinden y siguen con el mismo libreto. A esta altura hay que pensar que se trata solamente de un instinto de supervivencia existencial: dejarían de ser lo que son si admiten que han transitado el camino equivocado en el campo de las ideas; obviamente, no en el del dinero.

Un caso notable de ejercicio de lobby de esos hombres de negocios fue el canje de deuda en cesación de pagos de Argentina. El resultado de la primera ronda fue una masiva participación.

(23) La aceptación del trueque de papeles impagos por otros de menor valor, tasas más bajas y extensión del plazo de vencimiento de 30, 35 y 42 años, según el bono, descolocó a los falsos profetas.

¿Por qué los financistas que criticaban con dureza a la Argentina adhirieron finalmente a esa transacción financiera?

Para encontrar una respuesta es necesario ignorar lo que decían o publicaban economistas y banqueros. Más que las palabras, vale observar lo que hicieron.

El ejercicio es sencillo. Pregunta y respuesta, sin prejuicios o sentencias admonitorias.

—*¿Cuál es la moral que existe en el mundo financiero?*

—Ninguna.

—*¿Quién se ofende por haber realizado un mal negocio y renuncia a seguir jugando en el casino financiero?*

—Nadie.

—*¿Cuántos levantan banderas ideológicas irrenunciables para rechazar una oportunidad de hacer una buena diferencia?*

—Muy pocos.

—*¿Cuándo se olvidan que hicieron una pésima apuesta y contabilizaron quebrantos elevados?*

—Muy rápido, si aparece una nueva chance de multiplicar el dinero con dinero.

—*¿Qué los motiva a seguir participando en una partida que se gana y se pierde?*

—La ambición.

Este test orienta a aquellos que todavía siguen buscando motivos para entender el comportamiento de inversores especulativos, financistas y banqueros con el canje de deuda en cesación de pagos. O el de grandes empresas que durante años se dedicaron a cuestionar las bases del crecimiento económico argentino que les permitió contabilizar importantes ganancias.

A las personas que viven lejos de la histérica adrenalina que fluye en la city o en el mundo de los negocios les parecen conductas irracionales. Durante los tres años que se prolongó el default, banqueros y lobbistas no se cansaron de denostar el sendero de la política económica, que Argentina era un paria del sistema financiero y preanunciaban el fracaso del canje, para luego intervenir con entusiasmo en la operación, saludando el posterior éxito.

La supuesta irracionalidad, sin embargo, es de una potente racionalidad. La lógica de funcionamiento del negocio financiero no tiene ni moral ni ideología. Por eso la adhesión al canje fue elevada. En el mundo de bonos y acciones lo único relevante es la

maximización de las ganancias estudiando los costos de oportunidad, y tras ese objetivo no hay reglas que respetar más que la propia aversión al riesgo. La estrategia de financistas consiste en exigir lo máximo posible hasta el nivel del riesgo tolerable a perder la partida, instancia que depende de la audacia de cada uno de los participantes. En este juego los inversores acumulan ganancias como contabilizan pérdidas, reordenando en cada circunstancia el plan de inversiones en una rueda especulativa interminable. Economistas de bancos y del Fondo Monetario Internacional, que trabajaron para el fracaso del canje de deuda en default, se equivocaron en los pronósticos. ¿Por qué pusieron en juego su poco o mucho prestigio con estimaciones, que al final, fueron erradas? No son masoquistas en búsqueda del escarnio público, que además no los alcanza por el espacio privilegiado que ocupan. Tienen impunidad. Lo hacen porque su tarea en la distribución de roles en el mundo de los negocios es la de ser actores de presión, lobbistas, en este caso sobre el gobierno argentino para que presente una mejor oferta a los dueños de los bonos en cesación de pagos. Presionaron con todas sus armas para conseguir mejoras, hasta el instante de la definición de las reglas de juego, para continuar luego la rueda del juego especulativo.

En definitiva, se trata de un negocio. Son contratados. Les pagan sus honorarios, difunden sus pronósticos y después no reciben reclamos por los resultados. Sorprende ese privilegio de no rendir cuentas por sus equivocaciones, que son muchas. Han travestido el trabajo del economista. Son hombres de negocios que se dedican a comercializar información económica. Dicen qué va a pasar en la economía. Absurda pretensión. La tarea de adivinar el futuro es realizada con más autoridad —y puede ser que con más éxito— por brujas, tarotistas y astrólogas.

Esos economistas recorren medios de comunicación, despachos de bancos y empresas, y llegan a ocupar puestos relevantes en gobiernos y en instituciones financieras internacionales. Por cierto, no sirven para predecir el futuro, que es, precisamente, lo que pretenden hacernos creer. Sus parlamentos, explicaciones contradictorias, tecnicismos incomprensibles, sucesivos cambios en los números de sus estimaciones, no pueden ocultar el hecho de que se equivocan y, en no pocas ocasiones, han arrastrado a equivocarse a sociedades enteras.

La expansión de los medios de comunicación en un mundo económico dominado por la incertidumbre de las finanzas globales, que aceleró los ciclos de auge y crisis, exacerbó la excitación por conocer la palabra de los denominados gurúes de la economía.

Bernard Maris es profesor de Economía de la Universidad de Toulouse y vicepresidente del Consejo Científico de la asociación ATTAC. (24) Pregunta para qué sirven los economistas en un entretenido ensayo, (25) lleno de ironías.

> Los medios comprendieron muy rápidamente el beneficio que podían obtener de que la «ciencia» económica fuera la única donde el debate sea casi permanente, en el sentido interminable y escolástico. ¿Imagináis a físicos discutiendo incansablemente, día tras día, acerca de la caída de los cuerpos o la redondez de la Tierra? (26)

La omnipresencia en los medios de comunicación y en ámbitos empresarios de esos profesionales del devenir esquivo desorienta, confunde, demora el análisis profundo de los procesos económicos.

Las sociedades atraviesan diversos traumas económicos y por ese motivo tienen el reflejo de pensar el presente con miedos, prejuicios y esquemas del pasado. Es lo que sucedió en la primera mitad de la década del 90, con la convertibilidad, cuando una y otra vez los expertos remitían a la hiperinflación y a los desbordes monetarios y fiscales, cuando la economía ya había dejado atrás esos desajustes. Perdían de vista las transformaciones que se estaban generando con la desestructuración industrial. Cuando ese esquema empezó a agotarse fue el tiempo de su exaltación, hasta provocar un desbarranco de proporciones.

Ahora sucede algo parecido, con protagonistas cambiados. Es como si existiera un gap —argot técnico de economista, un término en inglés que se podría traducir en diferencia, brecha, déficit— de análisis. Un gap de expectativas es, por ejemplo, la diferencia entre lo que un usuario espera de un bien o servicio y lo que realmente acontece tras la compra o prestación del mismo.

En el gap de análisis de los economistas mediáticos existe un déficit en la interpretación de las etapas económicas. Se caracterizan por la escasez de matices, ideas originales y, fundamentalmente, por la carencia de información relevante para entender la dinámica de los procesos. Muchas consignas, lugares comunes y pocos datos estadísticos sólidos constituyen el corazón de sus exposiciones.

Vamos a elegir uno de los últimos años para dejar en evidencia los errores de diagnóstico y de pronósticos. La elección es el año 2008, pero puede ser cualquier otro que arrojará igual resultado. La pobre performance de los economistas dedicados a prever el futuro no implicó que quedaran desocupados. El ocultamiento de sus desatinos tiene una raíz ideológica y política en función de preservar los intereses del poder, lo que les permite a esos simuladores del saber económico continuar como si nada hubiera pasado. Lo pueden hacer, además, por la aceptación social por ser

los hechiceros de ese mundo oscuro del pronóstico, instrumento valioso para hipnotizar a una sociedad del miedo.

A lo largo de 2008 no menos de siete sentencias terminantes y estimaciones infalibles, potentes factores de desestabilización social y confusión para los agentes económicos, fueron expresadas por los mercaderes del pánico económico.

Ninguna se verificó.

1) «La Resolución 125 que fija Derechos de Exportación móviles para cuatro cultivos clave implica la muerte del campo.»

Los productores agrarios, bendecidos por la extraordinaria renta diferencial de la tierra fértil de Argentina, hubieran estado en una situación mejor con un esquema de retenciones móviles durante los tres años siguientes. La sequía fue el principal componente que definió en 2008-2009 el rumbo productivo del sector agropecuario. Los precios bajaron y las retenciones también hubieran bajado, pero quedaron fijas porque los dirigentes reunidos en la Mesa de Enlace se dedicaron a presentar escenarios de catástrofes y a incentivar cortes de rutas que afectaron la actividad productiva y provocaron un shock inflacionario.

2) *«La economía argentina va rumbo a un escenario de estanflación (estancamiento con inflación) y para evitarla debe desacelerar su crecimiento.»*

Esa situación no sucedió. No se cansaron de advertir que Argentina tenía que crecer menos y enfriar la economía porque el riesgo de no aceptar esa receta era el estancamiento con inflación. Si se hubiese seguido ese consejo, la desaceleración de 2009 hubiera ubicado a la economía en varios escalones menores en ritmo de producción, lo que habría implicado enfrentar una fuerte recesión. Instancia que se pudo eludir precisamente por no haber desacelerado la economía antes.

3) «La corrida financiera provocará una pérdida de reservas que el Banco Central no podrá recuperar.»

La entidad monetaria perdió unos 6.000 millones de dólares a lo largo de 2008 en tres episodios de estrés financiero: el conflicto con el campo, la crisis internacional y la reacción del poder financiero ante el fin del negocio especulativo con el dinero previsional de los trabajadores de las AFJP. Teniendo en cuenta esos shocks, la merma fue de «apenas» casi el 12 por ciento del total máximo acumulado por el BCRA, porcentaje más bajo que el registrado por otros países de la región, como Brasil. Superadas esas crisis, el Banco Central volvió a comprar dólares en cantidad.

4) «La inflación está desbocada y terminará el año cerca del 30 por ciento.»

En la última mitad de 2008 se verificó una desaceleración en el alza de precios. La intervención del Gobierno en el Indec es un factor de distorsión en el análisis de la inflación.

5) «El camino a un nuevo default de la deuda ya ha comenzado, con probabilidad de ocurrencia en 2009.»

Ésta fue una de las afirmaciones más temerarias, que ha llevado a una serie de análisis erróneos sobre la situación financiera del Tesoro. La percepción de default fue alimentada por la colocación de bonos al 15 por ciento anual a Venezuela y por la estrategia desacertada de intervención de compra de bonos en el mercado por parte del Banco Central conducido por Martín Redrado, que explicaremos en detalle en el capítulo seis. En ese año y en los siguientes se pagaron todos los vencimientos de deuda.

6) «El dólar a fin de 2008 se ubicará en un rango de 4,00 a 4,10 pesos.»

En medio de la tormenta cambiaria por la crisis internacional, la furia del poder financiero por el fin de las AFJP y el fuerte ajuste cambiario en Brasil, los pronósticos sobre la evolución del tipo de cambio fueron dramáticos, además de la presión por una fuerte devaluación de grandes industrias exportadoras. La cotización dólar en el último día hábil de 2008 fue de 3,45 pesos.

7) «El fin de las AFJP es la muerte del mercado de capitales y la desaparición del crédito en Argentina.»

Algo no puede morir si antes no nació, y esto le corresponde a la supuesta existencia de un mercado de capitales en Argentina. Lo que sí murió fue el negocio de comisiones abusivas, maniobras fraudulentas y ganancias para agentes bursátiles por la compraventa de acciones y bonos de las AFJP. El insignificante mercado bursátil siguió funcionando y el crédito siguió siendo tan escaso como antes.

Ha habido otras sentencias fulminantes que no se verificaron, como la posibilidad de la instauración de otro corralito, la inminencia de déficit comercial por la caída de las exportaciones y los precios internacionales de los commodities. También asustaron con despidos y suspensiones masivas. No faltó el pronunciamiento de una crisis energética, entendida como apagón, que nunca se terminó de concretar.

No hubo año en que no hayan anunciado la inminencia de una crisis de proporciones.

El papelón más reciente fue la sentencia que el 2012 será un año de recesión económica en Argentina, pronóstico-deseo que no se verificó.

La explicación sobre por qué no pasó lo que ellos piensan que debería haber pasado no deja de llamar la atención. La defensa más creativa la proporcionó Juan José Llach, miembro del equipo económico de Domingo Cavallo en el gobierno de Carlos Menem, y ministro de Educación del gobierno de Fernando de la Rúa, para luego trabajar en el ámbito universitario privado.

Los pronósticos fallan porque suponemos que la política económica va a ser más racional de lo que es. Con políticas menos discrecionales, los pronósticos serían más acertados. (27)

Es fuerte semejante confesión. Es el reconocimiento de la carencia de capacidad analítica. Los pronósticos los hacen según lo que ellos consideran que la realidad debe ser, y no sobre como es. Como no se ajusta a los parámetros que ellos consideran racionales, a su cosmovisión del mundo, o a sus deseos, la realidad está equivocada y no ellos.

Es un caso de estudio de psicología más que un tema económico.

Los economistas mediáticos provocan incomodidad por la impudorosa revisión permanente de las estimaciones de las principales variables. El aspecto más notable es que lo explican con naturalidad.

Todas las proyecciones tienen un margen de error, y cuanto más a futuro son, mayor suele ser esa diferencia. Para armar un pronóstico hay que hacer supuestos sobre el comportamiento de algunas variables que a priori se desconocen, y a veces pueden resultar errados. Si te equivocas en uno de esos supuestos, el pronóstico difiere de la realidad. (28)

La sucesión de yerros no sería relevante si no fuera que tiene repercusión en medios de comunicación, en tomadores de decisiones y en futuros economistas. Son importantes formadores de expectativas. Un ejercicio contrafáctico sería determinar cuánto influyó en los agentes económicos tantos pronósticos pesimistas —y equivocados— de los últimos años y, por lo tanto, en el costo asociado a ese escepticismo.

En los hechos manifiestan limitaciones en abordar las raíces de los acontecimientos de la historia reciente y relacionarlos desde el análisis económico con los procesos sociales, políticos y culturales. Fueron así funcionales a la política económica del kirchnerismo porque los pronósticos fallidos fueron más groseros que debilidades de la gestión de gobierno.

La estrategia para minimizar sus errores, además de la supuesta

falta de racionalidad de la política oficial, fue adjudicar a la suerte el factor que alteró el cuadro de situación. El viento de cola que benefició a la economía argentina en todos estos años. Existe una elevada probabilidad de que gran parte de los analistas que hacen referencia a los efectos del viento en la economía doméstica desconozcan las principales características de la navegación a vela.

Una explicación básica de expertos en el tema permite a ignorantes en la materia saber las dificultades que provoca el viento. La navegación es complicada y requiere de mucha habilidad para desplegar las velas. Esto es, el trimado de velas, que establece la posición frente al viento. También resulta relevante estar atento al rendimiento, el equilibrio y el exceso de peso en la embarcación. La navegación es un arte porque el viento es para todos, sólo que algunos lo aprovechan, a veces en contra de él, en otras ocasiones en el borde y otras a favor para ir a mayor velocidad. Quienes se apasionan y viven obsesionados por la navegación aseguran que la habilidad, destreza y conocimiento son fundamentales para llegar a puerto. Si los economistas de la city supieran las cualidades necesarias para la navegación no sentenciarían en forma tan liviana que la economía argentina se benefició «por el viento de cola» debido al alza de los precios internacionales de las materias primas. No es la intención de los voceros de la ortodoxia, pero esa afirmación sería un elogio en términos estrictos sobre el control de la embarcación, o sea de la economía, porque el viento de cola es uno de los más complicados.

La superficialidad en los análisis, al resumir la complejidad de ese ciclo político-económico a la orientación del viento, fue el mejor terreno para que se mueva el kirchnerismo. Así pudo eludir el debate sobre debilidades estructurales de la economía, como la concentración industrial o el aumento de precios por el ejercicio de posición dominante de grandes empresas. A la corriente conservadora no le interesaba avanzar en esas cuestiones. Apuntaron sus críticas a aspectos fiscales o financieros que fueron, precisamente, los frentes más sólidos. Dentro de la propia trama discursiva en que cayeron, esos analistas indicaban el crecimiento o la fase recesiva del ciclo por «el viento de cola» o por «el viento de frente», para brindar un mensaje de la inexistencia de bases de la macroeconomía doméstica. Pero quedaron descolocados cuando la caída de la economía en 2009 no fue tan pronunciada en el período de la peor crisis global desde la depresión de la década del 30, y también cuando el crecimiento fue más rápido e intenso en el momento de la

recuperación de 2010 y 2011. Lo mismo sucedió en 2012 y las perspectivas económicas favorables de 2013.

En un escenario de desaciertos conceptuales y de pronósticos de la ortodoxia, la gestión de la economía kirchnerista se ha movido con comodidad. Aunque parezca paradójico, el mejor aliado del Gobierno han sido esas críticas inconsistentes que han puesto en ridículo a los denominados gurúes.

Jóvenes economistas se rebelaron al destino de pronosticadores que un sector de la sociedad le tiene reservado. En una efímera experiencia editorial, «*Época*. Revista argentina de economía política», (29) un grupo de la nueva generación de economistas, alejado de vicios de la ortodoxia, expuso en la carta de presentación:

> […] esta oposición entre la visión de largo plazo de la «elite» esclarecida y las pulsiones de corto plazo del pueblo o de sus representantes, es típica del pensamiento reaccionario de todos los tiempos y de todos los países. Uno de los rasgos en que se expresan —y que ha contribuido a hacer posible— las transformaciones sociales, políticas y económicas experimentadas en la Argentina de los 90 es la consolidación de la figura del economista rey. Se trata de la preeminencia de un discurso que establece qué es lo que se puede y qué no se puede hacer en materia de política económica. (30)

En definitiva, es un discurso acerca de lo económico pretendidamente técnico, pero eminentemente político e ideológico. Los economistas neoliberales y la teoría ortodoxa se han convertido en una secta religiosa.

> La economía es un anestésico del mismo tipo que el latín en la iglesia, y sin duda ha ganado mucho allí donde la religión ha perdido mucho. Hay una dimensión de trance en la oración común, que se encuentra en la alabanza económica a la Confianza, cantada en canon en las reuniones del G7 y en otras.
> No hace falta ser clérigo para ver una utopía en la economía ortodoxa, la ley de la oferta y la demanda y el liberalismo idealizado, como en el comunismo; y como en él, una religión con sus fieles, sus Papas, sus inquisidores, sus sectas, su ritual, su latín (las matemáticas), sus apóstatas, y quizás un día su Pascal y su Chateaubriand. (31)

El economista neoliberal explica sus fracasos en que la realidad no se ajusta a la teoría. A su teoría, a la que consideran la correcta. Por eso los pronósticos fallan, porque la economía no funciona como ellos piensan que debería funcionar.

La exageración de la situación, la sensación de caos y el irremediable destino de futuro negro colabora para consolidar el poder económico. La incertidumbre y el peligro a caer al precipicio son acentuados por el constante mensaje de una crisis inminente. El miedo paraliza, el statu quo es el mejor escenario para los poderes fácticos. Eso pasó, por ejemplo, con ahorristas que tuvieron sus depósitos atrapados en el corralito de 2002 que no aceptaron las sucesivas propuestas de canje por bonos, atormentados por ser estafados nuevamente, permitiendo así el

enriquecimiento de abogados y magistrados especializados en lucrar con la desesperación. En cambio, los grandes inversores aceptaron el canje y contabilizaron abultadas utilidades con los nuevos títulos.

Situación similar sucedió con el default. Pequeños y medianos inversores no ingresaron en el trueque o directamente vendieron antes sus papeles a valores de remate porque le auguraban un porvenir aún peor. Otra vez, los grandes sí ingresaron en el canje, además de comprar los bonos que se liquidaban por miedo, obteniendo ganancias extraordinarias.

El pánico, la desinformación y la creación de un escenario de callejón sin salida operan en función de aumentar aún más la concentración de la economía y las oportunidades de negocios de aquellos con mayor disponibilidad de capital. La descripción de esta dinámica alentada por los mercaderes de la angustia se traduce en dinero. El Mercado Abierto Electrónico calculó que los inversores que compraron títulos públicos, con corralito y default en el medio, acumularon ganancias inmediatas de hasta 35 por ciento en dólares si ingresaron cuando fue anunciada la reestructuración de la deuda.

Lo mismo sucedió con la hacienda vacuna en el peor momento de sequía y precios deprimidos en 2008-2009, cuando ocultaban las perspectivas favorables del negocio, verificadas en el ciclo ganadero 2011-2012.

> Déjeme decirle que yo desconfío de los mercaderes de la angustia. El riesgo, el temor, la sociedad del miedo, se ha transformado en valores mercantiles y no tengo la intención de soplar para avivar el fuego. Yo trato de construir un mundo mejor para mis nietos y el miedo no los ayudará. (32)

Es una conducta que la definimos como pornoeconomía.

La pornoeconomía es una adaptación del concepto de pornopolítica.

En el discurso económico predomina el riesgo a la explosión y el temor a la crisis, o sea, al desastre. De ese modo se instala la sociedad del miedo económico. El filósofo Tomás Abraham (33) lo señala en el pensamiento político, en referencia a Alain Badiou y Antonio Negri, para quienes el mundo es una guerra total e interminable. El pensamiento político así se vuelve obsceno, porno. Es pornopolítica.

Eso mismo sucede con la información económica. El lugar de los políticos lo ocupan los economistas que preanuncian tempestades si no se hace lo que ellos dicen que hay que hacer. Hablan de un futuro peligroso o de problemas inminentes. Este tipo de advertencias, dicen, es para prevenir la inevitabilidad de la caída. Se parecen a los comentarios de los marxistas sobre la

caída del capitalismo. Es entendible que un marxista quiera que desaparezca el capitalismo, pero esos economistas desean, convocan, quieren la crisis para la Argentina. No se trata de analizar los deseos desde una cuestión moral. Esas posiciones esconden que intervienen para proteger intereses de grupos de poder. No debaten sólo la orientación de la política económica, sino que detrás de esa fachada ocultan la defensa de privilegios.

La pornoeconomía tiene como promotores sacerdotes del neoliberalismo. La mayoría de sus exponentes no admiten dudas. Dicen que los problemas tienen una única solución. Este desvío conceptual sobre el saber científico fue alimentado por muchos economistas que se ven a sí mismos como portadores de verdades absolutas. Se consideran dueños del conocimiento sobre el sendero único que debe transitar un país para orientarse hacia el crecimiento. La economía parece así capturada por una secta religiosa más que un desafiante campo de indagación científica y, fundamentalmente, de interpretación de apasionantes acontecimientos sociales y políticos.

Hay muchos otros ejemplos de la economía del miedo. Los promotores se autodefinen como economistas profesionales para diferenciarse de colegas que no comulgan con la fe ortodoxa. No muestran dudas y piensan que existe una única receta para cuestiones complejas. Saben que si exponen alguna vacilación, el interlocutor ocasional va a descartarlo como consultor. Decir «no sé» significaría su entierro en el mundo de profecías. Tienen que responder a la demanda de un público que deposita en él la cualidad de experto de la ciencia oscura y que le reclama lo imposible: capturar el futuro de la economía. Su misión es entregar sentencias inapelables sobre lo que va a pasar, ya sea la cotización del dólar, el crecimiento del PIB o la estimación de la cosecha de trigo.

El vínculo del gurú con sus feligreses, ansiosos del mensaje salvador para alejar el fantasma de la incertidumbre económica, provoca no pocos malos entendidos. El pecado original se descubre cuando el economista comienza con la construcción gramatical «si…». Basan toda la argumentación en un supuesto, que puede ser válido o no, pero que, en última instancia, resulta una presunción arbitraria sobre cómo evolucionarán determinadas variables sociales, no matemáticas, frente a un conjunto de imponderables.

El recorrido de la economía argentina en la primera década del nuevo siglo los ha puesto en ridículo en más de una ocasión. Los economistas devenidos en pitonisas hablan, sugieren, recomiendan, exigen, ordenan, prescriben lo que hay que hacer.

No se trata de un grupo de especialistas aislados en laboratorios de investigación, sino que irrumpen en el escenario del debate público como batallón de lobby del poder económico. La angustia por el devenir económico es aprovechada por el establishment ofreciendo su elenco de economistas para orientar a los gobiernos. Este desvarío político alcanzó el clímax con el gobierno de la Alianza 1999-2001 integrando el gabinete con seis economistas: José Luis Machinea (Economía), Juan José Llach (Educación), Ricardo López Murphy (Defensa), Adalberto Rodríguez Giavarini (Cancillería), Chrystian Colombo (Jefe de Gabinete) y Fernando de Santibañes (Side). Cargos clave de la administración en manos de economistas, para depositar su suerte final en manos de otro: Domingo Felipe Cavallo.

Así le fue al gobierno de Fernando de la Rúa. Renunció el 20 de diciembre de 2001 en medio de un caos social y de violencia.

Domingo Felipe Cavallo es el símbolo del vínculo promiscuo de economistas con el establishment, hacedores de políticas para preservar e incrementar privilegios del poder económico. Un grupo de argentinos residentes en París realizó un relevante aporte para que Cavallo volviera al lugar que le corresponde en la historia, y no el que aspira a ocupar. (34)

Sólo la impunidad del poder ha permitido que Cavallo, uno de los responsables de la estatización de deudas privadas (1982), la renegociación del Plan Brady, las privatizaciones y la convertibilidad (década del 90) y el megacanje y el corralito (2001), regresara a los medios de comunicación a realizar pronósticos de catástrofes y a brindar consejos sobre lo que se debe hacer en materia económica.

Es fundamental develar la compleja trama de complicidades, negocios y financiamiento entre el poder y lo que denominamos «economista rey». Esos economistas son parte importante de la construcción de la sociedad del miedo, que convierte a las mayorías en masas ansiosas por saber qué va a pasar en un mundo lleno de incertidumbre. De ese modo, son protagonistas principales de un inmenso engaño colectivo.

Para desencanto de la grey incrédula que busca lo imposible —conocer el futuro—, es conveniente señalar que esos economistas no saben qué va a pasar. Más bien, no tienen la menor idea sobre qué puede suceder en la economía, y han dado muestras de esa ignorancia con análisis y estimaciones fallidos. Pese a los fracasos tienen la peculiar ventaja de la que carecen arquitectos o médicos, que cuando se equivocan son expulsados en la consideración de sus colegas y quedan excluidos del ejercicio activo de sus respectivas profesiones. Ellos, en cambio, no

padecen el ostracismo, que merecerían, pese a sus reiterados pronósticos-deseos fallidos.

El gran desafío es desacralizar el carácter pretendidamente científico de los enunciados de los economistas, desnudándolos en su carácter de producción ideológica. Toda economía es política. El discurso que prevalece en el espacio público afirma que el economista posee el conocimiento para hacer pronósticos sobre lo que sucederá en la economía. Establece que no hay economía sin predicción, además que la economía no sirve si no es capaz de brindar indicaciones precisas sobre las decisiones que, el Estado o el sector privado, debe poner en práctica. Predecir entonces es el imperativo fundamental del economista y no es de ningún modo una actividad conexa a su objeto de estudio. Los políticos y las empresas no deberían tener entonces problemas para moverse en las aguas turbulentas de la coyuntura porque el economista ofrece un instrumental sofisticado y un ejército de técnicos y de estadísticas para saber lo que se debe hacer porque sabe lo que va a pasar.

Aquí es donde se empecinan más ostensiblemente en el error. Como dice Michel Godet, que ha trabajado muchos años en el Observatorio Francés de Coyunturas Económicas, los constantes errores de predicción han dejado su huella en la historia económica de la sociedad industrial. Lo grave no es tanto la existencia de éstos, sino el olvido sistemático de los errores pasados cuando se establece la predicción. Cuanto más estrepitosos son sus fracasos, más triunfante se muestran. El error es tan frecuente que bien podría acabar por presentarse como una de las principales características de la predicción. (35)

La debilidad de las sociedades modernas es que están atrapadas de los discursos de economistas que, en forma permanente, emiten mensajes de que algo malo puede suceder si no se hace lo que ellos dicen. Colaboran en el disciplinamiento social presentando escenarios de fatalismos inmediatos.

Saberes académicos difundidos hasta alcanzar un uso cotidiano en el análisis han sido sus aliados fundamentales. Se han presentado innovaciones teóricas que la experiencia empírica ha demostrado su inutilidad para comprender ciclos políticos, económicos y sociales. La economía ortodoxa construyó, por ejemplo, la teoría de las «expectativas racionales». Se basa en que todos los agentes poseen el mejor conocimiento del funcionamiento de la economía y toda la información necesaria para definir sus expectativas y comportamientos. Pueden evaluar riesgos y decidir en consecuencia su conducta. Por eso afirman que es muy difícil confundir a los agentes económicos. La economía tiene una lógica natural de funcionamiento, el mercado libre y desregulado, y sobre esa base se toman decisiones. Cuando el Estado o la «política» intervienen para entorpecer ese

movimiento dicen que la reacción negativa es inmediata porque actúan las «expectativas racionales».

El mercado financiero, con protagonistas muy competitivos y muy bien informados, se convirtió en el modelo predilecto para confirmar la hipótesis de las «expectativas racionales». Deriva en la teoría de los mercados eficientes que requieren, para desenvolverse, de amplia libertad y escasa regulación pública para que los precios de activos bursátiles y tipos de cambio reflejen los fundamentos de la economía. Pese a que a lo largo de las últimas dos décadas los resultados han estado mostrando una y otra vez el fracaso de esa teoría, el poder económico detrás de esa concepción ha sido lo suficientemente convincente para seguir dominando el pensamiento económico.

Desde el crac de Wall Street de 1987, pasando por el estallido de mercados emergentes en la década del 90, hasta el derrumbe del Muro de Wall Street en 2008 dejaron expuesto que la teoría de las «expectativas racionales» y los mercados financieros eficientes no se ajusta a la realidad.

El Premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz ha sido uno de los críticos más notables de las «expectativas racionales».

El fundamentalismo de mercado ha muerto definitivamente como paradigma para explicar la realidad y para actuar sobre ella. No ha muerto desde el punto de vista de los intereses que lo defienden, pero sí en su validez explicativa. (36)

El mundo financiero es el principal abanderado de la teoría de las «expectativas racionales», pese a que, en la práctica, la violan en sus fundamentos. El fraude, la utilización de información privilegiada y lobby para capturar la voluntad de los reguladores del mercado son conductas habituales en la actividad financiera global, como quedó en evidencia con los impresionantes escándalos de los últimos años. Nada de «expectativas racionales» desarrollan con sus negocios.

Por el contrario, confunden en forma permanente sobre aspectos básicos y concretos de la economía buscando la profecía autocumplida. Ésta es una predicción que directa o indirectamente conduce a convertirse en realidad. (37) Si se afirma que va a escasear determinado alimento o combustible, muchos probablemente salgan a comprarlo. El previsible comportamiento de acopio contribuirá a que aquella sentencia se convierta en realidad.

La profecía autocumplida es, en sus comienzos, una definición falsa de una situación que conduce a un nuevo comportamiento que convierte en «verdadera» la concepción inicialmente falsa. Esta validez engañosa de la profecía autocumplida perpetúa un predominio del error. El profeta citará el desarrollo de los acontecimientos como prueba que desde el principio estaba en lo cierto. (38)

Una profecía declarada verdadera cuando no lo es puede influir sobre las personas, ya sea por miedo o confusión, de modo que sus reacciones conviertan finalmente en verdadera la falsa profecía.

La profecía autocumplida se ubica en el otro extremo de la teoría de las expectativas racionales. Las personas no reaccionan simplemente a cómo se presentan las situaciones, sino también, y a menudo principalmente, a la manera en que percibe tales situaciones, y al significado que le da a las mismas. Por tanto, su comportamiento está determinado en parte por su percepción y el significado que atribuyen a las situaciones en las que se encuentran, más que a las situaciones en sí mismas. Una vez que una persona se convence a sí misma de que una situación tiene un cierto significado, y al margen de que realmente lo tenga o no, adecuará su conducta a esa percepción, con consecuencias en el mundo real.

Roberto Frenkel, investigador titular en el Centro de Estudios de Estado y Sociedad, miembro del Board del World Institute for Development Economic Research de la Universidad de Naciones Unidas, interpela a la teoría de las expectativas racionales, al preguntar,

> ¿Puede explicar toda esa hojarasca informativa, abundantemente citada por consultores y destacados economistas, el precio de los activos financieros argentinos y las decisiones de inversión? ¿Es necesario apelar a difusas consideraciones para interpretar los miles de decisiones de las cuales resultan los flujos de capital privado y los precios de los bonos? Rotundamente no. (39)

John Kenneth Galbraith es uno de los grandes economistas de la era moderna. Entre su valiosa obra se encuentra el libro *La era de la incertidumbre*, material que fue utilizado de base para realizar una serie de televisión de la BBC, que ofrece claves para entender muchos de los interrogantes de la actual época económica y la imposibilidad de hacer predicciones seguras sobre su evolución.

La revolución conservadora a mediados de los setenta y el predominio neoliberal en los noventa definieron que el libre mercado sin intervención del Estado disminuiría hasta casi eliminar la incertidumbre, puesto que esa fuerza aseguraría el crecimiento económico y el desarrollo de las sociedades. La sucesión de crisis, la última con epicentro en Estados Unidos y Europa, ha castigado ese triunfalismo y derrumbado la certeza de que son incuestionables los postulados de desregulación y reducción de la intervención del Estado. Hoy esa seguridad ha sido sustituida por una gran duda sobre la evolución de la economía mundial.

La información imperfecta implica que cualquiera que hable de economía o se ocupe de la política económica se moverá en un escenario de incertidumbre. Enfrenta la inestabilidad de la naturaleza y de imprevistos shocks externos, como puede ser un aumento o disminución brusca de los precios de las materias primas, o una recesión en las potencias mundiales. Existe, además, la incertidumbre acerca de la estructura de la economía, puesto que los parámetros fundamentales de cualquier economía muchas veces se ven alterados por innovaciones tecnológicas, cambios en la estructura institucional o en el comportamiento de los diferentes protagonistas de la sociedad.

La incertidumbre genera discrepancias entre el funcionamiento efectivo de la economía y el estimado, tanto por errores de medición en las variables como por errores de especificación (derivados del desconocimiento del carácter de los shocks) o por la inestabilidad de los parámetros en momentos de cambio estructural. (40)

Dado que la incertidumbre no tiende a ser la excepción, sino la regla, vale la pena preguntarse si una regla considerada óptima bajo determinadas circunstancias continúa siéndolo si la estructura de la economía cambia o si una perturbación que se juzgó transitoria resulta ser más persistente. Éste es un concepto que erosiona la base de sustentación de la construcción del pensamiento económico convencional. No se puede saber entonces qué va a pasar. Un grupo de economistas igual sigue empecinado en hacer predicciones.

Un sinsentido desde la misma enunciación.

Los matemáticos y los físicos expresan admiración por su ciencia, por los misterios que aún encierra su objeto de estudio.

Los psicólogos afirman que la mente humana es un campo incierto y desconcertante, y por eso dicen que su profesión sigue guardando secretos.

Los sociólogos responden que los comportamientos sociales son imprevisibles, según condiciones específicas de diversos grupos humanos.

Los antropólogos dicen que mucho o casi todo está por descubrirse.

En las ciencias médicas, pese a los extraordinarios avances, todavía se mantienen incógnitas que todavía no encuentran respuestas.

En el universo de la economía, en cambio, todo se sabe. O, al menos, eso dicen la mayoría de los integrantes de la «ciencia sombría».

Adrián Paenza enseña que «la matemática anda por la vida como la mayoría de las ciencias: sabiendo algunas cosas, pocas, e ignorando otras, muchísimas».

Pese a la soberbia que la rodea, en la ciencia económica pasa lo mismo.

La negación de las propias limitaciones de la ciencia económica oculta las debilidades de sus postulados, expuestos como absolutos. O porque sirven para orientar la política económica hacia el cuidado de intereses del poder económico. La ciencia económica ha dado respuesta a muchos interrogantes pero no ha encontrado todos. Debería haber sido ya un aprendizaje por variadas experiencias traumáticas que ha vivido la economía mundial, como también por diversos casos de países de crecimiento y desarrollo sin responder a un canon único.

Luego de investigar los más relevantes textos, autores y literatura, Daniel Chudnovsky y Diego Ubfal llegaron a la conclusión que las causas del crecimiento económico siguen siendo, en esencia, un misterio. (41) Esta sentencia es una provocación al saber convencional. Descoloca a la mayoría de los economistas dedicados a recomendar recetas de imitación de experiencias evaluadas como exitosas, como si fuera un objeto sometido a una producción en serie en una línea de montaje.

Economistas y políticos enrolados en la cofradía de «todo lo de afuera es mejor» expusieron al «milagro español» durante años como el modelo a seguir. También el éxito del «tigre celta», por Irlanda. Las potencias, Estados Unidos y Europa, son siempre el ejemplo a imitar. Todo para desanimar la posibilidad de elaborar un camino propio, con normas y criterios que respondan a las propias características sociales, económicas y políticas.

La crisis global iniciada en 2007 desmoronó la economía de países-modelos y dejó en evidencia la pobreza analítica de los profetas de espejitos de colores.

Una importante cantidad de modelos se ha desarrollado buscando explicar los determinantes del crecimiento económico. Tratan de responder al mayor enigma de la teoría económica: ¿Por qué unos países son ricos y otros son pobres? Dicho de otra manera: ¿Por qué la enorme riqueza que los hombres han creado, y más, que son capaces de crear, no alcanza para eliminar las formas más extremas de pobreza en el mundo? El misterio del crecimiento económico todavía no ha sido resuelto.

> Sólo alrededor de la mitad de las variaciones en el ingreso per cápita y en las tasas de crecimiento de dicho indicador en los países estudiados surgen de la acumulación de capital físico y humano y de los gastos de investigación y desarrollo. (42)

La pregunta siguiente es cómo se explica la otra mitad de las variaciones en el ingreso per cápita y, a su vez, por qué algunos países pueden acumular más capital y desarrollar más tecnología

que otros.

El economista nacido en Estambul, Turquía, profesor de política económica internacional en la John F. Kennedy School of Government, Universidad de Harvard, Dani Rodrik, responde que los países en desarrollo exitosos en las últimas décadas son los que siguieron sus propios lineamientos sin copiar o seguir recetas uniformes, como propone la ortodoxia. Brinda además una definición aún más contundente: esos lineamientos no necesariamente sirven para otros países, sino que cada uno debe diseñar estrategias de desarrollo particulares. (43)

Otros determinantes fundamentales para el crecimiento de las economías son:

> […] la capacidad social de una nación, entre ellos la geografía, las instituciones y la integración económica junto con la cultura (valores y normas de la sociedad) y las políticas. La participación de cada uno de esos factores lleva a la conclusión de que el crecimiento no puede ser determinado por un único factor, sino que debe basarse en la interrelación exitosa entre distintos determinantes. (44)

Economías presentadas como exitosas, como la española o la irlandesa, expuestas por el neoliberalismo, estallaron en crisis de proporciones. Otros países que no siguieron la propuesta ortodoxa, y difícilmente serían sus modelos, registraron tasas de crecimiento muy elevadas, como China, Vietnam, India. Los tres violaron virtualmente todas las reglas de la guía neoliberal.

Lo mismo hizo la Argentina.

Este marco analítico ofrece pistas para empezar a encontrar por qué el intenso ciclo de crecimiento de Argentina de la primera década del nuevo siglo sigue siendo un misterio para los economistas neoliberales. Lo es, precisamente, porque los lineamientos de la política económica no han sido los que ellos postulan.

Los pronósticos fallidos de crecimiento año a año los dejan en evidencia.

En el inicio del capítulo explicamos que el Fondo Monetario Internacional elabora el documento World Economic Outlook. (45) Analiza cada uno de los países miembros para presentar su evaluación sobre el desempeño económico esperado. Si el ejército de economistas encargados de elaborar el informe arriba a la conclusión de que la política económica del país auditado es la adecuada, estimarán un crecimiento vigoroso. El resultado será el opuesto en caso contrario. Para realizar esa tarea trabajan sobre la base de un conjunto de ideas sobre cuál es el mejor grupo de medidas económicas que se debería aplicar. Esas medidas integran el manual económico ortodoxo. Por ese motivo expresan en sus pronósticos una mejor perspectiva para los países que

siguen ese camino.

Es ilustrativo entonces cotejar el pronóstico del FMI, en línea con los de economistas del establishment local, con el resultado efectivo del crecimiento económico de Argentina. Este examen prueba que si existe el misterio del crecimiento, para ellos el ciclo argentino ha sido un enigma atormentador.

La secuencia de los pronósticos del FMI y la verificada tasa de aumento del PBI argentino fue la siguiente:

3,0 por ciento, y fue 8,8.	2003:
5,5 por ciento, y fue 9,0.	2004:
6,0 por ciento, y fue 9,2.	2005:
7,3 por ciento, y fue 8,5.	2006:
7,5 por ciento, y fue 8,7.	2007:
6,5 por ciento, y fue 6,8.	2008:
–1,5 por ciento, y fue 0,9.	2009:
6,0 por ciento, y fue 9,2.	2010:
4,0 por ciento, y fue 8,9.	2011:

NOTA: Elaboración propia sobre la base del informe de Argentina de septiembre-octubre de cada año de Perspectivas de la Economía Mundial, FMI, y datos del Ministerio de Economía.

El FMI subestimó siempre los motores de crecimiento argentino, con un grado aún mayor de inconsistencia en el informe sobre el 2011. Para ese año preveía crecimiento del Producto Bruto Interno junto a un alza en el desempleo del 7,3 al 9,0 por ciento, lo que revelaba escasa rigurosidad analítica. Para el Fondo, mayor crecimiento implicaba mayor desempleo. Un absurdo.

El recorrido por estos números reviste importancia porque las observaciones críticas del Fondo Monetario se extienden desde las estadísticas hasta la evaluación de las perspectivas de la economía, acompañadas de recomendaciones de una serie de medidas. Una política de matriz ortodoxa, como impuso para la crisis europea, lo que terminó profundizándola.

El concepto básico de los economistas del FMI es que cuando la demanda tiene mucho vigor («recalentamiento», lo denominan) genera tensiones inflacionarias y para enfrentarlas se debe subir la tasa de interés y apreciar el tipo de cambio (dólar barato). En documentos del Fondo presentan esa receta con el siguiente lenguaje:

> El endurecimiento de la política monetaria y la apreciación del tipo de cambio son necesarios para mantener el equilibrio interno, poniendo freno a la presión inflacionaria y a la expansión excesiva del crédito. (46)

Es un caso con pocos antecedentes a nivel mundial. Los economistas del FMI han acumulado nueve años ininterrumpidos

de vaticinios equivocados sobre la economía argentina. El mismo resultado registran los argentinos dedicados a vaticinios.

Domingo Cavallo y el ejecutivo del Banco JP Morgan, después diputado nacional, Alfonso Prat Gay, aseguraban con seguridad que 2010 sería un año de estanflación: estancamiento más inflación. El crecimiento registrado en ese año fue de 9,2 por ciento, dejándolos en ridículo. Repitieron el mismo pronóstico para 2012, al que se sumó el ex ministro de Economía, Roberto Lavagna. Nuevamente se equivocaron. El crecimiento fue mediocre, pero no hubo estancamiento.

No fueron los únicos. En ese mismo nivel de superficialidad se ha ubicado el ex presidente del Banco Central durante cinco años de administración kirchnerista, Martín Redrado, con sus pronósticos de catástrofes en la economía después del pago de deuda pública con reservas internacionales del BCRA. No pasó nada de lo que había estimado con escaso rigor técnico, sino que pese a las cancelaciones por unos 6.500 millones de dólares, el stock total de reservas aumentó poco más de 4.000 millones de dólares en 2011.

Cuando lo que dicen que va a pasar no sucede, el atajo para justificar los errores es la suerte que ha tenido la economía argentina. Ha sido el principal argumento para ocultar sus fracasos. Para ellos el ciclo de crecimiento elevado de 2003 a 2008 y la recuperación luego del período recesivo 2009 tiene como origen exclusivo a la suerte. Lo reiteraron luego de la recuperación de la economía en el segundo semestre de 2012, con perspectivas favorables en 2013.

De esa forma minimizan factores propios que explican el inédito crecimiento de la economía argentina, induciendo a considerar que el dinamismo doméstico se debe solamente a favorables condiciones externas. Analizan la economía con expresiones teológicas («estuvo bendecida») o si fuera un ser viviente («se deprimió») o con lenguaje meteorológico («tormenta» bursátil). Definiciones que sólo sirven para confundir. Existen cuestiones internas y provenientes del exterior que influyen en la definición del rumbo de la economía. Cuando se habla solamente del factor «suerte» queda desplazada de la evaluación la capacidad de generar políticas propias y de la gestión en aplicarlas. Por consiguiente se ignora la calidad de intervención de los sujetos sociales involucrados.

En la construcción analítica de los mercaderes de la información económica existiría algo superior, abstracto, externo a la voluntad política que dictaminaría el destino de las sociedades. Del mismo modo que la mano invisible del mercado

ordena a una sociedad, una fuerza ajena denominada «suerte» es la que predetermina la trayectoria económica de un país. Resulta tan rústico este análisis como popular en el debate económico. Una investigación de la Cepal ofrece datos para precisar cuánta «suerte» tuvo Argentina en relación a otros países de la región.

El informe «Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe 2009-2010, Crisis originada en el centro y recuperación impulsada por las economías emergentes» de la Cepal relativiza el postulado de la ortodoxia sobre la «suerte» argentina. Toda la región transitó el mismo sendero de firme crecimiento sin crisis financiera, cuenta corriente con saldo positivo, desempleo moderado y reservas monetarias en niveles récord. Este proceso coincidió con un ciclo muy bueno en los precios de las materias primas. La coincidencia de fuerte crecimiento y commodities en alza es una tentación para relacionar ambos fenómenos en forma lineal. Pero la incidencia del boom de los commodities en la región muestra un mosaico de impactos heterogéneo, tanto entre los países como en las estructuras productivas internas.

La Cepal evaluó el impacto positivo de los precios de las materias primas exportadas en la tasa de crecimiento de las cantidades exportadas. Argentina se ubicó por debajo del promedio regional. Este comportamiento se verificó tanto en el período 2000-2008 como en el año de la recuperación (2010). Incluso en 2009, durante la recesión global, el impacto negativo por precios fue mayor en Argentina que la media regional. Esto no significó que no haya contado con un escenario externo favorable, sino que no fue tanto como en Brasil, Chile y Perú, países elogiados por el establishment sin mencionar que han tenido un extraordinario shock positivo por el lado de los precios de los productos que exportan. Mucho más positivo que el recibido por Argentina. Pero la economía argentina creció más que la de esos países.

No fue entonces sólo por la «suerte».

El informe de la Cepal detalla que la descomposición del valor en precio y en volumen de las exportaciones de la región durante la primera década de 2000 revela el gran empuje provocado por el alza de los precios, que favoreció en gran medida a los productores de materias primas básicas. Tal es el caso de los petroleros y productores de minerales (Venezuela, Perú y Chile). Entre 2000 y 2008 la tasa media de crecimiento del precio de las exportaciones de estos países fue del 22 por ciento, en tanto que la del volumen fue únicamente del 6 por ciento. Los productos que tuvieron las mayores tasas de crecimiento en sus precios

fueron el petróleo crudo, el cobre, el mineral de hierro, las semillas de soja, el gas natural y las carnes. La región alcanzó una notable mejora de los términos de intercambio entre 2000 y 2008, de un 20 por ciento en promedio, aunque diferenciada entre regiones. Los países andinos y Chile alcanzaron tasas medias de aumento de la relación de intercambio de poco más del 70 y el 60 por ciento, respectivamente.

Pese a la evidencia de las cifras, el crecimiento argentino para la ortodoxia se debe exclusivamente a un contexto internacional muy favorable, ajeno a decisiones de política doméstica.

El rechazo a comprender los motores internos del desempeño de la economía es por la resistencia de admitir la existencia de una conducción política en la definición de objetivos y de herramientas aplicadas al servicio de su cumplimiento.

La resistencia ortodoxa fue porque se dio vuelta el dogma establecido en el «arte de gobernar». El dogma afirmaba que el poder político debía estar al servicio de los economistas preferidos del establishment, con buena llegada al mundo de los negocios globalizados y vínculo directo con el FMI. Nada debía hacerse para inquietar a las corporaciones y a los financistas internacionales. Por eso lo decisivo en un gobierno era elegir un ministro de Economía que fuera miembro del selecto club de los confiables para el poder económico. Este orden fue alterado por el kirchnerismo, que recibió como respuesta pronósticos pesimistas sobre el nivel de actividad, deformando el estado de situación de la cuestión social y minimizando o hasta eliminando en los análisis los lineamientos básicos del esquema macroeconómico que permitió un ciclo prolongado de expansión.

Una de las características de la ortodoxia es la sucesión de falacias de sus comentarios sobre la economía. Falacias que van repitiendo incansablemente hasta lograr incorporarlas en el saber cotidiano como verdades absolutas. Así van moldeando un estilo de hacer política, de emprender negocios y de definición de prioridades económicas. Han planteado que un ritmo de crecimiento elevado conduce a la economía a transitar zonas riesgosas.

Esta propuesta colisiona con todas las experiencias exitosas de desarrollo de los países, desde las actuales potencias hasta las que han emergido en Asia. La tasa anual promedio de crecimiento del PIB de Corea del Sur en el período 1970-1979 fue de 9,3 por ciento; de Malasia, 8,0; de Singapur, 9,4 y de China, 7,5. Para el ciclo 1980-1989, Corea creció 8,0 por ciento promedio anual; Malasia, 5,7; Singapur 7,2 y China, 9,3. En los noventa, hasta la crisis financiera, y luego de la recuperación hasta la actualidad,

esos países continuaron con esa performance. Japón creció de 9 a 10 por ciento por año entre 1959 y 1980.

Si ya es bastante arriesgado asumir el papel de profeta de la economía, transitarlo con soberbia deposita a gran parte de esos economistas en el mundo de la chantocracia. Son amantes del ajuste y de crecer a un ritmo más pausado. Si bien se refiere a la organización de una empresa, a nivel conceptual es valiosa la idea del francés Bernard Girard para pensar el crecimiento económico de los países.

> Como todas las empresas nuevas de rápido desarrollo, Google aprendió muy pronto que el camino del crecimiento está lleno de todo tipo de obstáculos. De todos lados llegan presiones para la normalización. Las enfermedades del crecimiento rara vez son fatales, pero casi siempre conducen a las empresas a abandonar aquello que las hizo originales y exitosas. (47)

Los economistas ortodoxos son fanáticos del ajuste. Ese fanatismo lo enseña la economía convencional. En la carrera de licenciatura de Economía una de las principales materias de introducción es Macroeconomía. Para muchos actúa como una puerta de entrada a la ciencia; para otros representa la de salida al descubrir que no era su destino de estudio. Macroeconomía es uno de los pilares básicos de la currícula y es donde comienza a expresarse con nitidez la divisoria de aguas en términos ideológicos, la orientación de la política económica. Se discuten las estrategias monetaria y fiscal y sus efectos en el crecimiento económico. En la actual etapa del desarrollo económico, la ciencia económica tal como se la difunde ha llegado a la frontera del conocimiento, síntoma que se expone cada año con los premios Nobel a esa disciplina, entregados por reconocimiento a una trayectoria o a dúos de investigadores que sofisticaron postulados económicos ya conocidos, la mayoría de la corriente ortodoxa.

En el cuerpo de ideas de la economía existen matices según la ideología del hacedor de la política. En ese campo es donde hoy se presenta la batalla entre los economistas, una puja en la cual ya se conoce las armas de cada uno. Uno de los grupos tiene una obsesión: el ajuste. Tienen fascinación por el ajuste en casi todos los temas vinculados a la economía. Pocas medidas o iniciativas económicas quedan fuera de esa categoría. Lo proponen como parte fundamental de su concepción porque consideran que la economía debe alcanzar el equilibrio. Como el equilibrio es un objetivo ilusorio, el ajuste debe ser permanente, en diferentes variables, aunque implique costos sociales.

La receta de la ortodoxia frente a supuestos desequilibrios es el ajuste. El proyecto político de la economía kirchnerista fue a

contramano. Apostó a un crecimiento acelerado, como han registrado en su momento países que emergieron de guerras y depresiones que habían arrasado la estructura productiva y social. Durante ese proceso hubo fases de caída, en el 2009 y 2012, por restricciones en los motores domésticos de crecimiento y por la desaceleración de la economía internacional.

La fuente keynesiana brinda antídotos a las propuestas del ajuste. Cuando no era viceministro de Economía, Axel Kicillof explicó que existen muchas confusiones sobre las ideas del gran economista británico.

La absorción de los aportes de Keynes estuvo principalmente en manos de sus adversarios, es decir, de los economistas pertenecientes a la escuela teórica que él criticaba y pretendía desplazar. (48)

El concepto de divulgación más común respecto de la propuesta keynesiana consiste en creer que el papel de la política económica es amortiguar o suavizar el ciclo económico, fomentando el nivel de actividad cuando hay recesión y, a la inversa, enfriando la economía a través de políticas recesivas cuando, a su juicio, se encuentra recalentada.

Esta idea es enseñada en la facultad como una máxima keynesiana. Tenía curiosidad sobre qué opinaba Kicillof teniendo en cuenta su estudio profundo de la obra de Keynes, y por la observación crítica que había expuesto respecto a la apropiación de ideas keynesianas por parte de la ortodoxia. Kicillof me contestó por mail:

De esta estirpe son las recomendaciones que ofrecen los presuntos keynesianos cuando, ante el aumento de los precios, diagnostican un exceso de crecimiento del Producto y proponen reducir el consumo, la inversión y (si se los dejara hablar lo suficiente) seguramente también el salario. En general, la medida adecuada según esta óptica es la de restringir el crédito o, lo que es lo mismo, incrementar la tasa de interés. De esta manera pretenden combatir la inflación, pero lo hacen apelando a la medida ortodoxa por excelencia, puramente monetaria, aunque disimulada como si fuera un sabio «manejo» de la demanda keynesiana.

Ante esa definición insistí y le solicité si podía encontrar en la obra fundamental de Keynes la refutación a esa interpretación de la receta habitual de keynesianos que proponen aplicar políticas monetarias expansivas y, sobre todo, fiscales para salir de la recesión, y que deducen entonces el signo contrario para el período de auge.

Kicillof respondió que Keynes le dedicó varios párrafos, en el capítulo 22 en *La Teoría General*, referidos al ciclo económico:

Puede parecer que el análisis precedente está de acuerdo con el punto de vista de quienes sostienen que la sobreinversión es la característica del auge, que el único remedio posible para la siguiente depresión es evadir esta sobreinversión y que, si bien,

por las razones dadas antes, ésta no puede impedirse por medio de una baja tasa de interés, sin embargo, el auge puede evitarse por una tasa alta de interés [...]. Pero inferir estas conclusiones de lo anterior llevaría a una mala interpretación de mi análisis; y a mi modo de ver, supondría un serio error. (49)

Kicillof aclaró en el mail que Keynes habla de sobreinversión pero podría estar hablando igualmente de sobreconsumo porque en la teoría general se supone que hay siempre una relación estable entre inversión y consumo dado por la propensión marginal a consumir y porque la tasa de interés afecta a la inversión y no al consumo. Sigue Keynes:

Así ¡el remedio para el auge no es una tasa más alta de interés, sino una más baja!, porque ésta puede hacer que perdure el llamado auge. El remedio correcto para el ciclo económico no puede encontrarse en evitar los auges y conservarnos así en semidepresiones permanentes, sino en evitar las depresiones y conservarnos de este modo en un cuasi auge continuo. (50)

Keynes concluye:

Así, un aumento de la tasa de interés como alivio para el estado de cosas derivado de un prolongado período de inversiones anormalmente fuertes, pertenece a esa clase de remedios que curan la enfermedad matando al paciente. (51)

La enorme volatilidad macroeconómica de las últimas décadas en Argentina ha dejado a los agentes económicos y políticos sin una clara percepción de las tendencias de mediano y largo plazo. En ese contexto, no está claro que el sendero de crecimiento tenga que ser del 4 al 5 por ciento, y no del 7 al 8 por ciento anual, o viceversa. Definir a priori la primera opción, por el temor de lo vivido en el pasado o por supuestos conservadores de cómo responderá la inversión a futuro, implica resignar generación de riquezas adicional sólo por prevención. O elegir la segunda alternativa sin generar condiciones de reinversión y modificación del patrón de especialización industrial es arriesgado.

Argentina tiene varios motores reales y sectoriales para crecer en el mediano plazo. Para este fin necesita buenas instituciones macroeconómicas, buenas instituciones políticas, respetar los derechos de todos incorporando como verdaderos ciudadanos a los excluidos, y también requiere avanzar en la construcción de nuevos consensos, más democráticos, menos dogmáticos y altisonantes, y más autocríticos que el de Washington. (52)

Una de las patologías más difundidas en la actualidad es el trastorno bipolar. Desorden emocional que se manifiesta en conductas ciclotímicas o maníaco-depresivas. La ciencia economía busca ayuda en otras disciplinas para ampliar su área de influencia. Con la psicología podría avanzar en la creación de la categoría «economía bipolar». Con la sociología podría construir el concepto «economía del miedo», complemento de la anterior.

El establecimiento de una fecha en el calendario para el estallido económico es la exteriorización más contundente de la economía del miedo. El objetivo es el disciplinamiento de la sociedad para que acepte condiciones que serían rechazadas si fueran ofrecidas en una situación normal. El miedo es el vehículo para someter el comportamiento colectivo.

El aporte de esas categorías, propias de la psicología y la sociología, permite comprender debates que se desarrollan en el escenario económico. La ampliación de la frontera del saber económico es un camino obligado por la presencia mediática de los gurúes de la city. Todos sus análisis inducen a pensar que el abismo está próximo. La exageración, la inminencia de la caída al precipicio, la proximidad de la recesión, peligros que acechan, es el común denominador de la exposición que hacen diariamente de acontecimientos económicos, insignificantes o relevantes. No importa. La cercanía del desborde siempre está presente.

En los últimos años, el temor fue introducido en varios debates o conflictos donde se dirimían intereses del poder económico. La economía del miedo quedó en evidencia

- en la negociación con los acreedores de la deuda en default. Si no se aceptaban las condiciones de los bancos, la Argentina quedaba «fuera del mundo»;
- en la necesidad de establecer reglas que favorecieran el gaseoso concepto «clima de negocios», porque en caso contrario no habría inversiones;
- en que los aumentos de salarios derivarían en una espiral inflacionaria de difícil control;
- en la estatización de empresas, como el Correo, Aguas Argentinas y Aerolíneas Argentinas, YPF, que provocaría el colapso de la prestación de esos servicios;
- en el pago con reservas del Banco Central del total de la deuda con el FMI y de los vencimientos de capital e intereses de bonos de la deuda, que provocaría un incremento de la vulnerabilidad externa del país;
- en la insistencia con que la economía crecía por rebote, que era un veranito, que ingresaba en una meseta y que se está desacelerando, alarmas todas para orientar la política hacia la receta ortodoxa del ajuste.

Cada una de esas predicciones de la economía del miedo no sucedieron. Argentina siguió siendo parte del mundo, participando en foros internacionales, integrando el G-20, ampliando las fronteras comerciales y profundizando la

integración regional. La tasa de inversión se ubicó en rangos del 22 al 25 por ciento del PBI, magnitud récord en términos históricos, lo que permitió un crecimiento sostenido. El alza de salarios no disparó una inflación descontrolada. El Correo, AySA, Aerolíneas Argentinas e YPF siguieron brindando servicios con mejor calidad que los privados. El nivel de reservas se recuperó luego de cada pago de deudas y la economía no detuvo su ritmo de crecimiento elevado.

La apelación al miedo en una era de incertidumbre tiene como objeto imponer políticas impopulares. Carlos Menem convocaba el recuerdo de la hiperinflación para aplicar las reformas de los 90. Fernando de la Rúa advertía sobre el riesgo de romper la convertibilidad si no se aplicaba un brutal ajuste, temor que se remitía al índice riesgo país.

El filósofo italiano Paolo Virno reflexiona sobre el lenguaje, y en referencia al miedo señala que es una característica de la presente época, en la cual se mezclan dos cosas antes separadas: por un lado, el miedo por peligros concretos (a perder el puesto de trabajo), y por otro, uno mucho más general, una angustia, que no tiene un objeto preciso y que es el sentido de la propia precariedad. Esos dos aspectos estaban normalmente separados. El primer miedo era socialmente gobernable, mientras el otro era asistido por las religiones o la filosofía.

> Ahora, en cambio, en la globalización, las dos cosas son una sola. Vale decir: cuando tengo miedo por un peligro concreto siento también toda mi precariedad respecto de mi vida, del mundo como tal, del significado de mi vida. Es como si experimentásemos, en determinadas situaciones, al mismo tiempo un problema económico social concreto y una relación con el mundo que nos aparece con todo su dramatismo. (53)

Para aliviar la angustia que provocan muchos profesionales de la «economía del miedo», Jacques Attali, aconseja:

> […] en economía, como en psicoanálisis, comprender constituye el primer paso hacia la curación. (54)

Oportuna advertencia para transitar a contramano el análisis de la economía política sin temor a tropezar con los baches conceptuales de la ortodoxia.

1 www.imf.org/external/spanish/pubs/ft/weo/2011/02/pdf/texts.pdf.

2 «Congressional watchdog» se autodefine en su página de Internet www.gao.gov

3 Entrevista en el programa «Political Capital with Al Hunt» del conductor Al Hunt, en la cadena de televisión de información financiera Bloomberg, 18 de agosto de 2001. El diálogo textual fue:

HUNT: —Argentina would not be a good be in that…
O'NEILL: —Well, I think this… And Argentina now, after the $41billin intervention, in a very slippery position. And we're working to find a way to create a sustainable Argentina, not just one that continues to consume the money of the plumbers and carpenters in the United States who make $50.000 a year and wonder what in the world we're doing with their money.
Traducción: «Estamos trabajando para encontrar un camino que cree una Argentina sustentable, no sólo una que continúe consumiendo el dinero de los plomeros y carpinteros en Estados Unidos que hacen 50.000 dólares al año y se preguntan qué diablos estamos haciendo con su dinero».

4 «Internacional Financial Crisis. Challenges Remain in IMF's Ability to Anticipate, Prevent, and Resolve Financial Crises», GAO-03-734, 16 de junio de 2003.

5 Ibíd.

6 Cable de noticias de la agencia internacional EFE, 17 de junio de 2003.

7 Entrevista a Mario Bunge, por Héctor Pavón, *Ñ* revista de cultura, 10 de octubre de 2009.

8 *El Economista*, 18 de octubre de 2011.

9 Ibíd.

10 *El Economista*, 9 de enero de 2012.

11 *El Cronista*, 5 de diciembre de 2011, y *La Nación*, 11 de diciembre de 2011.

12 *Perfil*, 27 de noviembre de 2011.

13 Informe Ecolatina, Nº 852, 16 de diciembre de 2011.

14 *El Economista*, 18 de octubre de 2011.

15 *El Cronista*, 23 de enero de 2012.

16 *El Economista*, 9 de enero de 2012.

17 Informe Econometrita, nº 147, diciembre 2011, y en el Seminario «Escenarios Económicos 2012» organizado por el Insituto Universitario Escuela Argentina de Negocios, 9 de noviembre de 2011.

18 *Página/12*, 10 de agosto de 2011.

19 Ibíd.

20 *El Enfiteuta*, cuadernos sobre política agropecuaria, 6 de octubre de 2011.

21 *Ámbito Financiero*, 17 de agosto de 2011.

22 Galbraith, James K., *How The Economists Got it Wrong*, The American Prospect, febrero de 2000.

23 En el canje de deuda lanzado el 14 de enero de 2005 y que venciera el 25 de febrero de 2005, participaron tenedores de títulos elegibles que mantenían aproximadamente 76,15 por ciento del monto total. En julio de 2010 se implementó una segunda ronda para los inversores que no habían participado en la primera. Con las dos operaciones, la aceptación total fue del 92,4 por ciento.

24 Acción por un Impuesto de Ayuda a los Ciudadanos (ATTAC, sigla en inglés). Proponen la Tasa Tobin para desalentar la especulación financiera a escala global, además del repudio de la deuda externa de origen ilegítimo de los países del Tercer Mundo.

25 Maris, Bernard, *Carta abierta a los gurúes de la economía que nos toman por imbéciles*, Granica, 2001.

26 Maris, *op. cit.*, pág. 107.

27 «El duro oficio de pronosticar», Rafael Mathus Ruiz, *La Nación*, 13 de agosto de 2005.

28 Declaración de Camilo Tiscornia, de Castiglioni, Tiscornia & Asociados, en ibíd. *La Nación*, 13 de agosto de 2005.

29 *Época* Revista Argentina de Economía Política, Ediciones M&E, diciembre de 1999, Buenos Aires, año 1, nº 1. Entre sus miembros se encontraban Martín Abeles, Matías Kulfas, Martín Schorr, Cecilia Todesca Bocco, Pablo Míguez, Ricardo Ortiz.

30 Ibíd.

31 Maris, *op. cit.*, pág. 121. François-René, vizconde de Chateaubriand considerado el

fundador del romanticismo en la literatura francesa.

32 Michel Serres, entrevista de Luisa Corradini, *La Nación*, 2 de marzo de 2005. Serres es francés, filósofo, historiador de las ciencias y miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes.

33 Abraham, Tomás, *La máquina Deleuze. El seminario de los jueves*, Sudamericana, 2006.

34 El Colectivo Argentino por la Memoria y el Observatorio Argentino hicieron un cacerolazo contra Domingo Cavallo cuando se aprestaba a dar una conferencia en la Universidad de La Sorbona, el lunes 8 de diciembre de 2008.

35 Musolino, Michel, *La impostura de los economistas*, Ediciones de la Flor, 1998. Musolino, italiano, desarrolló su carrera en Francia como profesor de economía y geopolítica en L'Institut supérieur de gestion (ISG) de París.

36 El economista Bernardo Kliksberg rescató esa definición de Stiglitz en una exposición realizada el 15 de diciembre de 2008 auspiciada por la Universidad de Buenos Aires y el Complejo Teatral de la Ciudad de Buenos Aires, en el marco de su Cátedra Abierta de Ética, Cultura y Desarrollo, publicado por *Página/12*, 23 de diciembre de 2008.

37 El sociólogo Robert K. Merton, fallecido en 2003, desarrolló su carrera en la universidad de Columbia y fue quien introdujo la expresión «profecía autocumplida». La presentó en el libro *Teoría social y estructura social*.

38 Merton, K. Robert, *Teoría social y estructura social*, Fondo de Cultura Económica, edición 2002.

39 Frenkel, Roberto, «De las expectativas racionales a la magia de las señales», lectura 14, itf.org.ar.

40 Rozenwurcel, Guillermo, «Política monetaria e incertidumbre en economías emergentes», Centro de iDeAS-UNSAM, estudio preparado para las Jornadas Monetarias y Bancarias 2008 organizadas por el BCRA el 1 y 2 de septiembre de ese año.

41 Chudnovsky, Daniel, y Diego Ubfal, «La competitividad y las políticas para impulsarla», *Boletín Informativo Techint*, nº 321, septiembre-diciembre de 2006.

42 Helpman, Elhanan, *The Mystery of Economic Growth,* London and Cambridge Mass, Harvard University Press, 2004.

43 Rodrik, Dani, «Después del neoliberalismo, ¿qué?», 27 de septiembre de 2002, Project Sindicate.

44 Ibíd.

45 Perspectivas de la Economía Mundial. Como fue explicado en el comienzo de este capítulo el Government Accountability Office del Congreso de Estados Unidos analizó los informes 1991-2001 concluyendo que «no es un instrumento confiable para predecir».

46 Capítulo Argentina de Perspectivas de la Economía Mundial, octubre de 2010.

47 Girard, Bernard, *El modelo Google. Una revolución administrativa*, Norma, 2007.

48 Kicillof, Axel, *Fundamentos de la teoría general. Las consecuencias teóricas de Lord Keynes*, Eudeba, 2007.

49 Keynes, John Maynard, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, pág. 268.

50 Keynes, *op. cit.*, pág. 269.

51 Keynes, *op. cit.*, pág. 270.

52 «La visión ortodoxa en Argentina. De Pangloss al pesimismo extremo», *Informe IEFE*, nº 127, diciembre de 2003.

53 Virno, Pablo, *Cuando el verbo se hace carne*, 1ª edición, Buenos Aires, coedición Cactus y Tinta Limón, 2004.

54 Atttali, Jaques, «¿La globalización disparó una economía del pánico?», *Le Monde*, 1998, publicado por *Clarín*, 3 de febrero de 1998.

TRES

El dólar y la fuga de capitales

El título del informe es «The Use and Counterfeiting of United Status Currency Abroad». (1) Fue elaborado por un equipo de técnicos del Departamento del Tesoro, de la junta de gobernadores de la Reserva Federal y del Servicio Secreto de los Estados Unidos. Esta última dependencia se ocupa de la protección presidencial, pero su mandato original, que data de 1865, fue investigar la falsificación de moneda de Estados Unidos. Su principal misión es la de salvaguardar los sistemas de pago y financiero de Estados Unidos.

El documento es la conclusión de diez años de investigación luego de visitar 41 países donde el dólar tiene relevancia como ahorro y/o moneda de circulación. Fue presentado en el Advanced Counterfeit Deterrence Steering, en septiembre de 2006, por el secretario del Tesoro, Henry Paulson, quien antes había sido la máxima autoridad del banco de inversión Goldman Sachs. El objetivo fue dar cuenta ante el Congreso del resultado de la estrategia de difusión y prevención por la falsificación de la moneda de Estados Unidos.

Es un documento esencial para conocer cuántos dólares billetes circulan fuera de Estados Unidos, y cómo dependencias de mucho poder de la potencia mundial piensan el rol clave que tiene el dólar para su propia economía, como también para su expansión mundial. Reconocen algo fundamental para comprender la hegemonía del dólar como moneda universal, al señalar que los «U.S. taxpayers» (contribuyentes) se benefician con el denominado señoreaje, (2) puesto que la Reserva Federal emite un pasivo (moneda) sin devengar intereses.

En los hechos, Estados Unidos recibe un préstamo del resto del mundo sin pagar intereses por la cantidad de dólares que circula fuera de sus fronteras. El monto del señoreaje es apreciable, (3) y es uno de los factores que explican el lugar de Estados Unidos como potencia mundial.

El dólar se utiliza ampliamente en muchos países como reserva de valor, medio de pago para ciertas transacciones, sobre todo para grandes operaciones, o unidad de cuenta, como en Panamá y Ecuador. También es la moneda preferida para el turismo al exterior, el comercio internacional y para negocios en el sector

informal de la economía.

La popularidad del dólar también tiene un costo para Estados Unidos. La presencia de dólares en áreas fuera del alcance directo de la jurisdicción de su Servicio Secreto lo hace un blanco potencial para falsificadores, desde profesionales organizados con sofisticadas instalaciones de impresión y gran habilidad hasta aficionados con acceso únicamente a máquinas fotocopiadoras o impresoras de bajo costo.

La falsificación es el objetivo de estudio principal de ese documento oficial del gobierno estadounidense. La adulteración de billetes se realiza principalmente con fines económicos, pero también está asociada con otros delitos, como el negocio de las drogas ilegales y el tráfico ilícito de armas. Por esos motivos intervino en la investigación el Servicio Secreto. (4)

Del informe surge un dato impactante. A fines de 2005, casi el 60 por ciento de todos los billetes emitidos en circulación, unos 450 mil millones de un total de 760 mil millones, se encontraban en países que no eran Estados Unidos. Dos tercios del total de los billetes de 100 dólares estaban fuera de sus fronteras. La proporción global de billetes físicos en el exterior habría descendido a partir de 2008 cuando la Reserva Federal comenzó a inundar de dólares su economía para rescatarla de la recesión. (5) Igualmente una porción de esa masa monetaria fue diseminada en el exterior como forma de financiamiento de la crisis, transfiriendo parte de los costos de su recesión a otros países. Es lo que Dilma Rousseff, presidenta de Brasil, no se cansa de criticar como «Guerra de monedas». (6)

Un monto importante de los billetes dólar fuera de Estados Unidos se utiliza para transacciones, lo que significa que está en constante circulación. Este movimiento no puede ser detectado por la Reserva Federal.

¿Dónde están todos esos dólares?

Debido a que el dinero puede moverse rápidamente por todo el mundo, a menudo sin ser detectado, la determinación de su ubicación en cualquier punto en el tiempo es difícil. Sin embargo, la investigación del Tesoro de Estados Unidos, la FED y el Servicio Secreto afirma que gran parte de los dólares en el extranjero se encuentra en economías de mercados emergentes. Distribuidos geográficamente, un 25 por ciento está en países de Latinoamérica; 15 por ciento, en Asia; 20 por ciento, en Medio Oriente y África; y un 40 por ciento restante circula en Europa, Rusia y países de la ex URSS.

El movimiento internacional de la moneda de Estados Unidos se expandió en Europa después de la Primera Guerra Mundial a raíz

de la hiperinflación alemana inducida por las obligaciones derivadas del Tratado de Versalles. (7) En ese momento, el dólar tenía respaldo ciento por ciento en oro y comenzó a competir con la libra esterlina de Gran Bretaña, que mantuvo el patrón oro hasta mayo de 1925. A partir de la década de 1970, cuando el presidente Richard Nixon decreta la inconvertibilidad del dólar con el oro, en agosto de 1971, la moneda de Estados Unidos comienza a distribuirse por la economía mundial y a utilizarse cada vez más para las transacciones del comercio internacional y como unidad de cuenta. En la década del noventa, el uso internacional del dólar se expandió en gran medida por dos eventos de gran repercusión: la desintegración de la Unión Soviética y los episodios de alta inflación y volatilidad macroeconómica en América Latina.

La investigación elige tres situaciones internacionales, entre las que incluye la inestabilidad de la economía argentina, para estimar el porcentaje de billetes dólar fuera de Estados Unidos. Calcula que el 50 por ciento de los dólares que ingresaron a la Argentina en la década de 1980, en el Oriente Medio antes de la Operación Tormenta del Desierto (Guerra del Golfo), y en Taiwán después de la crisis de 1996, permanecen todavía en esas áreas geográficas.

Es un activo seguro en un mundo impredecible, que fluye en un país durante períodos de incertidumbre económica y política y, a menudo, permanecen en el país mucho tiempo después de superada la crisis. (8)

Es razonable pensar que los dólares se quedaron en Rusia y en América Latina, incluso luego de que esas economías lograran estabilizar sus respectivas monedas. En promedio, los rusos importaron alrededor de 2.000 millones de billetes por mes de 1994 a 1996.

En Rusia circulan tantos billetes dólares que hasta el embajador de Estados Unidos tuvo que aparecer en la televisión local para hacer frente a rumores sobre falsificaciones cuando se modificaron algunas características del billete de 100 dólares, de la serie 1990. (9) Un año y medio antes de la disolución de la URSS, el 5 de agosto de 1990, el embajador Jack Matlock se presentó en el canal de televisión Vremya para tranquilizar a la población soviética para explicar que la emisión de nuevos billetes, con normas de seguridad que alteraban un poco el aspecto, era precisamente para combatir la falsificación. (10)

Con la introducción del euro en 2002, disminuyó la demanda de dólares de parte de los rusos.

Hay un capítulo especial dedicado a la Argentina, (11) con el

sugestivo título «*A Long-Term Dollar User*». Define «un usuario del dólar de largo plazo» por las siguientes condiciones:

> Para las últimas décadas, la Argentina ha experimentado una inflación alta y crónica. A pesar de los ocho principales planes de estabilización (un promedio de dos por década) y un sinnúmero de otros intentos de reforma, la Argentina nunca logró reducir su inflación anual a un ritmo de dos dígitos durante más de un año hasta la década de 1990. Las oleadas de hiperinflación en 1975 y en la década de 1980 dieron lugar a una dolarización persistente de la economía. A partir de la década de 1970, el dólar se utiliza cada vez más para la solución de las transacciones corrientes y como unidad de cuenta.
>
> En abril de 1991, la Argentina se embarcó en un intento de estabilización más exitoso y ambicioso con una paridad fija de su moneda local al dólar en paridad con una estructura de caja de conversión, en el que se limitó rígidamente la oferta de moneda nacional a la cantidad de reservas internacionales en poder del Banco Central.
>
> Sin embargo, tras una serie de choques y dificultades considerables para mantener la disciplina fiscal, la moneda fija al dólar se derrumbó a finales de 2001, y los argentinos vieron a su moneda nacional depreciarse rápidamente de una paridad de 1-a-1 a alrededor de 4 por dólar. Desde la crisis de 2001, las condiciones en la Argentina se han estabilizado.
>
> Un grupo grande de tenedores de billetes de los Estados Unidos en el país se ha beneficiado enormemente con la decisión de mantener dinero (dólares) en efectivo. Más de 20 mil millones en billetes de Estados Unidos pudo haber estado en la Argentina en la década de 1990, y tal vez 50 mil millones o más pueden estar allí ahora.

Esta descripción de la economía argentina ofrece tres definiciones centrales para tener en cuenta en el debate sobre el dólar, y la administración y regulación del acceso a moneda extranjera por parte de residentes locales. Menciona que la dolarización argentina tiene su origen en el régimen financiero liberal extremo instaurado por la dictadura de 1976 y en la convertibilidad de la década del noventa. Y afirma una obviedad: la devaluación beneficia al grupo social que acumuló dólares.

El documento estadounidense revela una información sustancial. Argentina es el país líder a nivel mundial de tenencia de billetes dólar per cápita fuera del país emisor. Junto a Rusia y China ocupan los primeros lugares en el ranking de países, excluyendo a Estados Unidos, con la mayor cantidad de dólares físicos en circulación en sus respectivas economías. Pero ninguno tiene tantos dólares por habitante como Argentina. En promedio, cada argentino poseía billetes por 1.300 dólares en 2005, según el Tesoro de Estados Unidos, suma que a fines de 2012 habría subido no menos de 600 dólares, para ubicarse cerca de 2.000 dólares teniendo en cuenta la demanda registrada desde 2007. El segundo país en el ranking, Panamá, una economía dolarizada, contabilizaba 648. Luego se ubicaron los rusos, con 550 dólares. El ranking de dólares per cápita y en circulación en cada economía, en 2005, es el siguiente: (12)

PAÍS	DÓLARES PER CÁPITA	MIL MILLONES
1. Argentina	1.300	50.000

Panamá	[illegible]
Rusia	[illegible]
Corea	[illegible]
Hong Kong	[illegible]
Singapur	[illegible]
Bielorrusia	[illegible]
Letonia	[illegible]
Turquía	[illegible]
…	
China	[illegible]
…	
Brasil	[illegible]

NOTA: El estudio detectó alrededor de 15 mil millones de dólares en el Golfo Pérsico, en Arabia Saudita, Bahrein, los Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Irán e Irak. Una cantidad similar, en la India y Pakistán.

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de la encuesta de la FED e información relevada por la comisión encargada de la investigación en la visita a los países publicada en el documento del Departamento del Tesoro de Estados Unidos.

Los 50 mil millones de dólares circulando por la economía argentina deben ser tomados como base teniendo en cuenta la fuerte demanda de billetes registrada a partir de 2007. Igualmente ya ese monto expresa una auténtica anomalía. Es una enorme suma de dinero en manos del sector privado, ya sean individuos o empresas, atesorado como reserva de valor en cajas de seguridad o en algún lugar secreto del propio hogar. Es un capital descansando en el «colchón», como se denomina popularmente el ocultamiento de esos dólares, sin generar a sus dueños ninguna renta financiera, además de la pérdida patrimonial ocasionada por la depreciación del dólar a nivel mundial.

El principal motivo del atesoramiento de dólares es que son apreciados como la defensa ante una eventual devaluación. Temor y motor de un comportamiento que, en términos estrictamente financieros, no ha sido el más conveniente durante más de diez años posterior al estallido de la convertibilidad. El miedo es un estado que desborda el estricto análisis económico.

Los dólares atesorados no aportan al movimiento de la economía doméstica porque se mantienen fuera del sistema bancario, sin aplicarse en demasiadas transacciones, excepto en la compraventa de inmuebles. Esto también sugiere la existencia de un importante flujo de capitales ilegales y, por tanto, de evasión tributaria, con el único refugio en la compra de dólares.

La Argentina ha sido un buen cliente para las exportaciones norteamericanas de billetes dólar, movimiento con el que Estados Unidos ejerce su señoreaje. Por los dólares en Argentina, la utilidad para el instituto emisor estadounidense alcanzó los 3.223 millones de dólares en 2005. (13) Los argentinos que se aferran a

esos billetes merecen saber que, en forma gratuita, sin recibir ni una moneda de interés, han colaborado con esa suma millonaria a las finanzas de Estados Unidos.

Para que haya tantos dólares circulando en la economía argentina es necesario que esos billetes se importen. Se traigan de Estados Unidos. No es un intercambio comercial como de cualquier otro bien o servicio. Es una operación que pocos conocen. El secreto domina cada uno de los pasos de la transacción de comercio exterior de importación de dólares, detalles que ahora describiremos.

La Reserva Federal «vende» los billetes que «compra» el Banco Central. También hay importación de billetes que realizan bancos extranjeros desde filiales radicadas en Estados Unidos. El banco inglés Hong Kong and Shanghai Banking (HSBC) es la entidad que actúa como abastecedor importante de billetes a la plaza local. Los entrega a los bancos previo pago de dólares-transferencia en su cuenta en el exterior, más una comisión. Es un servicio puerta a puerta, con despachante de aduana y transporte incluido en el costo.

El Banco Central de la República Argentina es cliente exclusivo de la Reserva Federal de Estados Unidos. Como buen vendedor, la Fed publicita que ofrece calidad en el servicio, absoluta seguridad y cobertura total durante el traslado. Delivery incluido hasta el ingreso a bóveda. El costo de la compra oscila de 0,1 a 0,2 puntos porcentuales sobre el total solicitado. El importe total es debitado de la cuenta del Banco Central en la Reserva Federal.

La logística del traslado se encuentra tercerizada. La FED contrata a la empresa Brinks para el envío al exterior de los dólares. Los billetes llegan al país en aviones de transporte de cargas de aerolíneas comerciales, habitualmente United o American Airlines. Brinks es la compañía líder mundial en servicios de seguridad. Tiene 54.000 empleados y operaciones en más de 130 países entre subsidiarias, compañías afiliadas y representantes. Una división internacional de la firma, Brink's Global Services, se encarga de brindar el servicio para el traslado aéreo de valores. Se ocupa de la seguridad logística aérea y terrestre, que contempla la combinación de una flota de camiones blindados y vuelos comerciales. Estos custodios acompañan la carga hasta el final del recorrido.

Cuando los dólares llegan al país, el trámite aduanero es distinto del que se realiza para todas las demás cargas. El billete dólar importado no es tratado como el resto de las mercancías. No tiene posición en el nomenclador arancelario. No paga arancel de importación. Pero su ingreso queda registrado. En esta única

instancia tiene participación personal de policía aeroportuaria. En ningún punto del recorrido intervienen otras fuerzas de seguridad pública. Las sacas con los billetes son retiradas del avión directamente a las unidades blindadas de transporte de caudales, en la misma pista de aterrizaje. El último tramo, el trayecto desde el aeropuerto hasta la bóveda, es realizado por la firma especializada en el transporte de caudales.

Es tan sensible la importación de dólares para el mercado argentino que cualquier inconveniente en el abastecimiento provoca alteraciones en el mercado de cambios.

En 2011 hubo cancelaciones sistemáticas de vuelos procedentes del exterior por la lluvia de cenizas provocada por la erupción del Volcán Puyehue. El imprevisto, causado por la rebeldía de la naturaleza, no sólo afectó la temporada de vacaciones de invierno y de esquí en Bariloche, Villa la Angostura y San Martín de los Andes. También impidió que los aviones cargados de dólares arribaran a Ezeiza. El Banco Central tuvo que diseñar un operativo de abastecimiento fuera de lo común para que bancos y casas de cambio contaran con dólares billetes. La urgencia del operativo oficial estuvo motivada en que un eventual faltante pudiera provocar una ola de versiones en el sensible mercado de cambios.

Los picos de importación coincidieron con las mayores crisis financieras del país. Marcó un máximo en 2001, con 12.655 millones de dólares, y al año siguiente sumó 7.335 millones. Durante esos años, el costo de la importación de billetes físicos fue más alto, superando el medio punto porcentual sobre el total de la compra. En momentos de turbulencias, aumenta el costo de la importación de dólares.

El pico anterior fue en 1995, con 6.177 millones. En los inicios del gobierno de Carlos Menem, las sacas custodiadas con máxima seguridad trajeron al país un neto de 13.617 millones en el bienio 1990-1991. Cuando comenzó un nuevo ciclo de fuga de capitales, en coincidencia con el estallido de la crisis internacional, en 2007, el Banco Central ingresó el equivalente a 2.225 millones en billetes físicos de moneda extranjera, ya no sólo dólares sino también euros. En ese año se igualó casi la cantidad de billetes que había importado en los tres anteriores: 1.004 millones en 2004, 1.307 en 2005 y 71,8 en 2006.

El dólar hoy es una moneda debilitada a nivel internacional y está siendo cuestionada como moneda universal. No es un tema importante para el grupo social de argentinos con capacidad de ahorro. El billete verde sigue siendo una obsesión.

Un refugio para exorcizar fantasmas.

Un papel fetiche domador de ansiedades.
El resguardo de tempestades.
Prueba de sapiencia en la administración de ahorros.
Símbolo del «sálvese quien pueda» de miedo de una crisis por venir.
Vehículo de autoconservación de la especie *homo economicus*.
Domador de miedos.
Trinchera ante cualquier cataclismo fantaseado.
Pulsión de vida que vence a la de muerte.
Imaginaria defensa financiera infranqueable.
El objeto de transición que ayuda a dormir con sueños apacibles.
Un chupete.

El debate mundial sobre el destino del dólar no ha provocado ninguna alteración a esa obsesión. La compulsión por el dólar se mantiene invariable. Conducta que requiere aportes analíticos que exceden los conocimientos de la economía. Otros países también padecieron descalabros macroeconómicos como los argentinos, y no por eso tienen semejante fascinación por el dólar.

Latinoamérica fue una región de extrema volatilidad de sus variables macroeconómicas desde la década del setenta. (14) No se salvó ninguna economía de crisis financieras y desbordes de precios. Incluso la potencia regional, Brasil, sufrió períodos de alta inflación, hasta episodios de híper.

En Brasil, cada persona sólo tiene en promedio 6 dólares en billetes; en Argentina, 1.300, según el registro oficial de 2005, y en 2012 habría alcanzado el récord de 2.000 dólares per cápita.

Esta anomalía de la economía argentina convierte al dólar en una variable que excede la cuestión económica-financiera, para ser un factor político y de presión sectorial. El dólar es un vehículo de disciplinamiento social y de orientación de expectativas económicas, abonados por décadas de inestabilidad, golpes de mercado y fuertes devaluaciones.

Tanta tensión alrededor de esa moneda genera las condiciones para la dispersión de variados rumores sobre la cotización futura y de la economía en general. La fortaleza o debilidad que tuvo un gobierno para intervenir en el mercado cambiario fue definiendo su destino. El de Raúl Alfonsín fue barrido por un golpe de mercado en 1989, mientras que el de Fernando de la Rúa se desmoronó en 2001 con arcas del Banco Central exhaustas por haber intentado mantener la convertibilidad.

Esta última experiencia probó que el Banco Central debe tener una importante cantidad de reservas internacionales como dique defensivo a los intentos de instalar un escenario de incertidumbre

y gobiernos frágiles. Además, sirve para enfrentar, con éxito, corridas cambiarias.

Durante los años del kirchnerismo hubo varias corridas. En especial, el primer gobierno de Cristina Fernández de Kirchner registró seis muy intensas. La primera fue en los meses previos a las elecciones presidenciales, que ganó. Fue el preaviso de lo que después vino. Todas las corridas fueron desarticuladas por la política preventiva de haber acumulado reservas en cantidad en el Banco Central, hasta que la última la frenó recuperando mecanismos de control y administración de acceso a divisas. Esto no inhibió a economistas de la ortodoxia a mantener la insistente prédica sobre el inminente peligro de una devaluación, y a proclamar durante todos esos años que no había tantas reservas como se informaba, con el deliberado objetivo de distorsionar la realidad y horadar una base fundamental de estabilidad cambiaria.

La intensidad y la duración de la fuga hacia el dólar fueron impactantes. En 30 de los 48 meses del primer gobierno de Cristina Fernández de Kirchner se registraron fuertes ventas de dólares del Banco Central para enfrentar seis corridas. Sólo en tres meses de ese período el saldo fue negativo en la cuenta formación de activos externos del sector privado, o sea que no hubo fuga.

La primera corrida fue durante el tercer trimestre de 2007, cuando comenzó la crisis financiera en Estados Unidos. Luego ocurrieron dos durante el año siguiente. En marzo, a partir del conflicto del sector agropecuario con el gobierno nacional, y en septiembre, cuando el sistema financiero en Estados Unidos tuvo un fuerte impacto con la quiebra de Lehman Brothers. Al mes siguiente se precipitó la cuarta gran corrida desde el momento del fin del negocio especulativo de las AFJP hasta la derrota oficial en las elecciones de medio término, en 2009. Después, en enero de 2010 se desencadenó la crisis por el recambio de autoridades en el Banco Central, para finalmente precipitarse la última gran arremetida en los meses previos y posteriores a las elecciones presidenciales de 2011.

Las seis corridas son elocuentes de la restricción de política económica que asoma de la fuga de capitales.

ACONTECIMIENTO	DURACIÓN	MONTO
1. Elecciones presidenciales	jul 2007/oct 2007	7.131
2. Crisis con el campo	abr 2008/jul 2008	10.398
3. Caída de Lehman Brothers	sept 2008/oct 2008	6.561
4. Fin AFJP, crisis internacional, elecciones legislativas 2009	dic 2008/jul 2009	13.784
5. Crisis en el BCRA	ene 2010/abr 2010	5.262
6. Elecciones presidenciales	abr 2011/oct 2011	17.545

* En millones de dólares.

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de un informe del Banco Central de la República Argentina.

Las seis corridas sumaron 60.676 millones de dólares. En total, el resultado de la cuenta formación de activos externos del sector privado, o sea las compras de dólares en el período 2007-2011, fue de 79.281 millones de dólares.

La magnitud de esa fuga de la moneda nacional revela un Trastorno Obsesivo Compulsivo con el dólar. El tratamiento exige de un cuidado intensivo. Una abstención abrupta provoca momentos de desesperación, como los que se manifestaron en el 2012 cuando se recuperaron mecanismos de control de la venta de moneda extranjera, habituales en otros países.

El dólar en Argentina no es un tema exclusivamente económico. Es también una cuestión social con componentes psicológicos de seguridad existencial, de tranquilidad sobre el futuro, delineada por una pauta rentista arraigada en estratos socioeconómicos con excedentes de capital.

Existen varios aspectos a considerar para evaluar el nivel de demanda de dólares en un determinado contexto local y del exterior. Por ejemplo, si el tipo de cambio está atrasado o mantiene márgenes de competitividad; si el aumento de precios domésticos o la disputa político-mediática alimentan las tensiones en el mercado cambiario; si la devaluación de la moneda brasileña (real) o el fuerte aumento del precio de los commodities agrarios, en especial la soja, actúan sobre la cotización del dólar; si el billete verde es una opción financiera rentable o sigue siendo un activo refugio pese a su devaluación por la crisis internacional.

Todos esos análisis son incompletos si no se añade que la gestión de política económica en Argentina debe desarrollarse con una restricción adicional: la obsesión con el dólar, que se ha manifestado en todo momento. En períodos de crecimiento económico récord o en fases recesivas del ciclo; con inflación o estabilidad de precios; con alivio por el desendeudamiento, abundantes reservas y garantía de pago de los vencimientos o con inestabilidad en el frente externo; en etapas de recrudecimiento de la crisis internacional o en lapsos de tranquilidad en los mercados financieros mundiales.

Vale reiterarlo. Con inflación o sin inflación.

La administración de divisas y los consiguientes controles para comprar dólares, dispuesta a partir de noviembre de 2011, generaron un estado de intranquilidad en sectores medios y altos. Sólo una baja proporción de la población impulsa la formación de activos externos. En 2011, apenas 12 de cada 100 personas mayores de edad fueron al mercado único de cambios, aun

considerando a aquellas personas que compraron una sola vez moneda extranjera en pequeños montos.

La compra de dólares no era un acto ilegal y tenía el generoso límite de 2 millones de dólares mensuales autorizado por el Banco Central. Por lo tanto las observaciones son desde el punto de vista del impacto en la política económica. Los bancos imputaban la operación en el código «atesoramiento», cuando puede ser que algunas compras hayan sido para otro tipo de transacciones, por ejemplo la compra de inmuebles.

A continuación, dos listados con los principales 15 compradores, de personas y de empresas, y al final del capítulo la lista completa con los primeros 100, en el período que va del 1° de enero al 31 de octubre de 2011, compras abultadas de dólares que terminaron provocando el diseño de un nuevo régimen de administración de divisas. Las operaciones fueron en pesos, convertidos al tipo de cambio 4,30 pesos por unidad.

LAS 15 PRINCIPALES PERSONAS QUE COMPRARON DOLARES PARA ATESORAMIENTO, MONTOS EN MILLONNE DE DÓLARES

1. Carballo, Delfín Jorge Ezequiel USD 19,33
2. Olmedo, Alfredo Antonio P. USD 15,84
3. Frávega, Raúl Arnaldo USD 15,65
4. Bein, Miguel Ricardo USD 15,08
5. Salaber, Sebastián USD 14,52
6. González Kenny, Martín Eduardo USD 14,48
7. Eskenazi, Sebastián USD 13,58
8. Eskenazi, Enrique USD 13,55
9. Brito, Jorge Horacio USD 13,53
10. Castellanos Bonillo, Juan USD 13,19
11. Fravega, Liliana Mónica USD 12,89
12. Meta, Andrés Patricio USD 12,84
13. Mariani, Gustavo USD 12,68
14. Correa Ávila, María Teresa del Carmen USD 12,58
15. McLoughlin, José Alfredo USD 12,37

LAS 15 PRINCIPALES EMPRESAS PRIVADAS QUE COMPRARON DÓLARES PARA ATESORAMIENTO, MONTOS EN MILLONES DE DÓLARES

1. AES Argentina Generación Sociedad Anónima USD 19,39
2. Boldt Gaming SA USD 19,38
3. Fratelli Branca Destilerías Sociedad Anónima USD 19,36
4. Siderar SAIC USD 19,36
5. Finning Soluciones Mineras SA USD 19,36
6. Tarjeta Naranja SA USD 19,36
7. Central Piedra Buena SA USD 19,33
8. Merrill Lynch Argentina Sociedad Anónima USD 19,33
9. Santander Río Sociedad de Bolsa SA USD 19,33
10. Cerro Vanguardia Sociedad Anónima USD 19,31
11. Autopistas Del Sol SA USD 19,15
12. Bayer Sociedad Anónima USD 19,14
13. Amx Argentina Sociedad Anónima USD 19,12
14. La Plata Cogeneración SA USD 19,08

Cada nombre de particulares y cada empresa privada que compró dólares en cantidad en ese período pueden originar especulaciones políticas y económicas, que permitirían explicar determinadas decisiones de gobierno. No es el propósito, simplemente sirven para describir el problema estructural de la economía argentina que muchos particulares y sectores empresarios convierten a dólares sus excedentes financieros. Esta conducta, finalmente, derivó en un nuevo régimen de administración y control de divisas.

Existía un aceitado mecanismo para favorecer y facilitar la compra de dólares y fuga de capitales, que incluía una participación directa de grandes bancos locales e internacionales. El Estado, en general, y el Banco Central, en particular, no habían implementado ninguna medida para desalentar y restringir la salida de capitales y, con ello, resguardar sus efectos negativos en la economía. En el Banco Central había un escasísimo nivel de supervisión y control del mercado de cambios hasta que no se llegó a una situación muy delicada, de urgencia, para evitar una fuerte devaluación o un ajuste fiscal.

El mercado muy liberal de acceso a moneda extranjera era inequitativo para la sociedad en su conjunto. El mecanismo de control y administración de divisas fue el recurso de emergencia para evitar que unos pocos acumularan una ganancia de capital por una fuerte devaluación con costos para el resto.

Los controles tuvieron como reacción la suba del precio del dólar en el circuito ilegal, al cotizar con una brecha de precios del 30 al 35 por ciento respecto al oficial. Las operaciones de compraventa de dólares en el mercado marginal son ilegales. Están alcanzadas por la ley penal tributaria, al suponer que ese movimiento de dinero proviene de fondos no declarados al fisco, y por la ley penal cambiaria, que sanciona esas transacciones. Estas condiciones del circuito irregular de divisas no es información confidencial. Pese a que se conocen las características de una actividad penada por la ley, tienen legitimidad social. Hasta analistas y comunicadores sociales muy conocidos no se inhibieron de comentar la conveniencia de comprar dólares en el mercado oficial para luego venderlos en el paralelo. La impunidad, la casi nula condena social de esa ilegalidad, están naturalizadas por el objeto fetiche involucrado: el dólar.

El precio del dólar marginal pasó a reflejar en toda su dimensión la intensidad del flujo ilícito de dinero. El monto de esas operaciones sobre el total concentra menos del 5 por ciento

de las transacciones diarias. (15)

El dólar provoca que desaparezcan represiones y se traspasen límites que se cuidan en otras actividades o negocios, al menos en la forma. Hasta el secretario de Comercio Interior, Guillermo Moreno, se interesó en que se conozca una insólita reunión que mantuvo con cambistas para «ordenar» la dinámica y la cotización en el mercado ilegal.

Es difícil encontrar opiniones aprobando el contrabando o justificando públicamente la evasión impositiva. En cambio, con el dólar todo es válido. Desde presentar amparos judiciales para comprar 10 dólares, viajar a Colonia para conseguir dólares en el casino, simulando jugar con fichas previamente obtenidas entregando pesos, hasta hacer contrabando hormiga de divisas a través de Bolivia, Paraguay o Chile. Comprar dólares para turistas y no viajar al exterior para vender esas divisas en el mercado ilegal. Eso sí, todos los que de una u otra manera participan de esta anomalía luego levantan el dedo admonitorio por la falta de justicia, la corrupción y los niveles de pobreza.

Prácticas económicas y conductas sociales de décadas terminaron por configurar una pauta dolarizada que requiere de una labor paciente para modificarla, de incierto resultado. No se logra en forma inmediata. El principal problema del nuevo régimen cambiario es el mercado inmobiliario, puesto que es una de las mayores expresiones de la dolarización de la economía.

Argentina es el único país del mundo donde el cemento se vende en pesos, los ladrillos se venden en pesos, la mano de obra se paga en pesos y los departamentos cotizan en dólares. (16)

Brasil es el ejemplo más cercano de un mercado inmobiliario que puede concretar operaciones en moneda nacional. El dólar no es tomado como referencia para la cotización de las viviendas. Aquí es donde se expresa con nitidez que la dolarización en Argentina no es sólo un tema económico.

En no pocas oportunidades se ha explicado que la obsesión por el dólar en Argentina tiene su origen en las sucesivas crisis económicas, devaluaciones, años de alta inflación hasta hiperinflación y repudio de contratos económicos, como el default de la deuda.

En ese inventario de descalabros, sin embargo, el caso brasileño no es diferente al argentino.

Argentina no se encuentra al tope de los países defolteadores. Desde su independencia en 1816, declaró la cesación de pagos de la deuda en siete oportunidades, siendo la última de gran magnitud en 2001. Brasil defolteó la deuda nueve veces desde su

independencia en 1822, siendo el último en 1983. (17)

Brasil incumplió el pago de la deuda más veces que Argentina.

El recorrido inflacionario tiene también muchos parecidos.

Brasil registró tasas de inflación altas, por encima del 30 por ciento a partir de 1974. La variación anual de los índices de precios al consumidor, promedio anual, desde 1982 a 1994, se ubicó siempre arriba del 100 por ciento por año, con picos de 235 por ciento en 1985. Tuvo hiperinflación de 1988 a 1994, con un piso de 1.000 por ciento anual y un máximo de 2.946,7 por ciento en 1990. Un año antes, Argentina había tenido un aumento del índice de precios al consumidor de 3.079,5 por ciento. (18)

Brasil tuvo inflación alta e hiperinflación durante muchos años como la Argentina.

Brasil reúne entonces las mismas condiciones de experiencias económicas traumáticas de Argentina, utilizadas como factores explicativos del atesoramiento de dólares o la referencia del dólar para los valores de los inmuebles. Pero en Brasil no utilizan el dólar en sustitución de la moneda nacional. El ahorro y la compraventa de inmuebles no están dolarizados en el mercado brasileño.

Esto no implica que grandes capitales brasileños no fuguen dinero al exterior o desvíen fondos no declarados hacia paraísos fiscales o hacia la compra de inmuebles en Punta del Este y Miami. Es un comportamiento tradicional de las elites latinoamericanas. Pero el desarrollo de transacciones domésticas relevantes tiene como unidad de cuenta la moneda nacional, el real.

¿Por qué segmentos influyentes de la economía argentina entonces están dolarizados?

La conducta rentista ha alterado históricamente el funcionamiento de la economía argentina, pero el régimen financiero ultraliberal instalado por la dictadura de 1976 y la convertibilidad, en los 90, definieron el carácter bimonetario de la economía. La ortodoxia y los sectores conservadores rifaron la soberanía monetaria.

La tarea de desarticular la dolarización no es sencilla ni inmediata. La dificultad de esa labor no significa resignarse y abandonarla, sino encontrar la estrategia adecuada para ir cambiando prácticas que se hicieron habituales. La actividad de compraventa de autos se ha pesificado y sólo se mantiene la referencia dólar para unidades de alta gama importadas. Luego de la renegociación del default, el 38 por ciento de la deuda pública se ha pesificado, mientras que el sistema financiero posee un muy bajo grado de dolarización.

El segmento en moneda extranjera en los bancos pasó a representar una parte relativamente pequeña del total de depósitos y préstamos. Las colocaciones en dólares eran en promedio el 56 por ciento del total en el período 1995-2001, alcanzando un máximo de 66 por ciento en 2001. En 2012 eran apenas el 12 por ciento de los depósitos totales. Lo mismo sucedió con los préstamos en moneda extranjera. En 1995-2001, en promedio se habían constituido en dólares alrededor del 65 por ciento del total, con un pico de 72 por ciento en 2001. Pasaron a ser apenas 14 por ciento, con créditos restringidos a operaciones de comercio exterior. Con la fuga de 2012, los depósitos y préstamos en dólares perdieron aún más peso en el total del sistema.

El mercado inmobiliario y el atesoramiento de billetes verdes son dos frentes de resistencia de la dolarización. En el primero, el proceso de pesificación requiere ciertas regulaciones sobre publicidad y comercialización, además de modificaciones culturales en un marco de crecimiento económico y estabilidad cambiaria. En el segundo, haber sido la peor opción financiera en los últimos diez años no ha sido suficiente, en un mercado que aún carece de un menú amplio de inversiones financieras atractivas en pesos.

Definido el contexto general de la dolarización de la economía argentina, vamos a desmontar cada uno de los argumentos de la ortodoxia, y de no pocos heterodoxos, sobre la compulsión a comprar dólares de un sector influyente de la sociedad en el período que va desde 2002 hasta 2011:

- porque fue una rentable inversión financiera,
- refugio de protección frente a la inflación,
- motivada por la falta de confianza en la política económica,
- porque el dólar es un activo barato y, por lo tanto, Argentina es cara en dólares, y
- por el atraso del tipo de cambio.

Vamos paso a paso.

Inversión financiera

La obsesión con el dólar es tan aguda que el resultado de inversiones financieras de los últimos diez años, con el dólar siendo la peor alternativa, es negado. El argumento que esgrimen los drogadólar dependientes es que ese resultado es historia, y

que las inversiones se deciden en función de las expectativas de una devaluación. Es cierto que el futuro no se puede conocer, pese a que economistas del establishment se empecinan en desafiarlo, con muy poco éxito. Pero también es cierto que significó una pérdida patrimonial la inversión financiera en dólares de 2002 al 2011.

Los economistas Estanislao Malic y Andrés Asiain elaboraron el documento «El dólar, ¿la mejor opción para el ahorrista?» comparando el rendimiento acumulado obtenido por un ahorrista que optó por invertir en la Bolsa local, accediendo a través de cualquier fondo común de inversión comercializado por bancos líderes —cuyo rendimiento se expresa en la evolución del índice de acciones líderes Merval—, otro que optó por un plazo fijo y un tercero que prefirió comprar dólares, midiendo su cotización al cambio oficial y al paralelo.

Tomaron como base enero de 2003, definiendo que los tres invirtieron 10.000 pesos. El análisis de los rendimientos muestra que el ahorrista que compró acciones fue el más favorecido debido a que sus ahorros en mayo de 2012 alcanzaron los 43.000 pesos.

El que optó por un plazo fijo en pesos, la opción menos riesgosa, pasó a tener 21.400 pesos.

En cambio, quien eligió el dólar, el capital se valorizó a 13.100 pesos, y si se arriesgaba a la ilegalidad con el paralelo, 17.000 pesos.

Es decir, menos aún que quien optó por la tranquilidad de un plazo fijo. El objetivo de ese informe es desnudar la falsedad de una de las principales fábulas financieras que circulan por la city local, ésta es que el dólar es la mejor opción de ahorro. (19)

Para los años próximos es imposible saber cuál puede ser el saldo de inversiones financieras. Pero la revisión de los consejos de expertos en finanzas sobre el dólar como una de las mejores opciones del 2003 a 2011, es negativa para el ahorrista.

La inflación

Ante la contundencia de la evaluación financiera, oculto en análisis de economistas de la city, el argumento fue entonces que la corrida hacia el dólar fue una estrategia defensiva frente a la inflación. Sólo la obsesión con el dólar de sus interlocutores les facilitaba la tarea a los profesionales de pronósticos equivocados. Si el objetivo era mantener el poder adquisitivo del capital, además de otras alternativas financieras mencionadas, el camino era adquirir bienes muebles, inmuebles o cualquier otra

mercadería; no la compra de dólares.

Un informe de la consultora Econométrica (20) afirmaba que «la inflación explica en buena medida por qué el sector privado prefiere ahorrar en activos externos y preferentemente sin intermediación de instituciones locales, ya sean públicas o privadas». El aspecto notable es que contradecía esa sentencia, al destacar que «el sector privado duplicó su tenencia de activos externos de 50 a 100 mil millones de dólares entre 1991 y 2001». Durante la convertibilidad, cuando el índice de precios estaba deprimido por el congelamiento cambiario y la apertura importadora indiscriminada. En esos años, la tenencia de activos externos del sector privado pasó de 25 a 35 por ciento del PBI. Esto significa que con baja inflación, en la convertibilidad, se aceleró la fuga de capitales. Esta proporción se mantuvo en la década siguiente. El sector privado hizo crecer su cartera de activos externos a igual ritmo que la economía. O sea, en estos años de inflación no aumentó la proporción de dólares en manos del sector privado en relación con la dimensión de la economía. En 2010 los activos de residentes en el exterior sumaban 173 mil millones de dólares, equivalentes al 36 por ciento del PBI, según Econométrica. El mismo porcentaje que al final de la convertibilidad.

La obsesión con el dólar obturaba la posibilidad de hacer una simple cuenta. Desde 2007 a fines de 2011, el tipo de cambio oficial subió 40 por ciento, al pasar de 3,10 a 4,32 pesos por dólar, mientras que el índice de inflación oficial o de las consultoras de la city fue en números redondos del 50 o 100 por ciento, respectivamente. Esas variaciones porcentuales mostraban que la compra de dólares para atesorar más que defensa contra la inflación fueron goles en contra.

Se sabe que en períodos de suba de precios el instinto de supervivencia de comerciantes o industriales es comprar insumos o productos que estiman van a aumentar, para proteger su capital de trabajo. No se refugian en un activo, como el dólar, que les permitiría comprar menos mercadería más adelante porque su cotización sube menos que los precios. Por su parte, para quienes tuvieron excedentes, la mejor opción fue comprar bienes muebles o inmuebles para ganarle a la inflación, o incluso el plazo fijo para perder menos, pero ganar más que con el dólar.

La confianza

Los resultados financieros mencionados y, como recién se ilustró, la influencia relativa que tuvo la inflación en el

atesoramiento de dólares revelan que los análisis del mercado cambiario en el debate público tenían otro objetivo. Además del efecto manada provocado por la prédica constante sobre los peligros cambiarios, una de las razones de la compra de dólares fue encontrar un destino a fondos no declarados al fisco. No era una razón mencionada en esos meses de tensión cambiaria.

Como no podían expresarlo de esa manera, los denominados expertos apelaron entonces al gaseoso concepto de «la confianza» para referirse al vínculo de la moneda doméstica y el dólar. No hay sanción social por mala praxis para profesionales dedicados a la comercialización de información económica.

Sobre «la confianza» el Premio Nobel de Economía, Paul Krugman, brindó una interesante definición, en diálogo con Martín Wolf, economista y editorialista del *Financial Times*.

> La credibilidad suena muy bien, pero la evidencia de que la credibilidad antiinflacionaria es en realidad una cosa importante en el mundo real es básicamente nula. (21)

El libro de Krugman, *End this Depresion Now!*, critica con dureza la teoría macroeconómica moderna y también la noción de que la confianza de las políticas importa. Explica que la consistencia de las medidas económicas es el factor relevante más que la apelación a generar «confianza» en los mercados con iniciativas recesivas.

Esta definición ayuda a entender la insistencia de vincular la compra de dólares con la inflación puesto que, de ese modo, la ortodoxia busca que políticas de ajuste ganen consenso social para tradicionales medidas recesivas. Orientan hacia la necesidad de aplicar una fuerte devaluación, que sólo beneficiaría al núcleo de grandes empresas exportadoras, al campo y a quienes acumularon dólares. Además de tener impacto negativo en la distribución del ingreso, significaría la transferencia de una renta adicional hacia grupos económicos que operan en el renglón de mayor productividad de la economía. También recibiría una ganancia extra un sector social rentista acostumbrado a la acumulación de dólares. Esto último es un factor relevante de presiones devaluacionistas. Los dólares circulando por el mercado local o depositados en el exterior registrarían un inmediato incremento patrimonial medido en poder adquisitivo doméstico con una fuerte devaluación. La extraordinaria acumulación de dólares en poder de grupos sociales influyentes es una cuestión que los economistas deberían incorporar en sus análisis, para no ser simples técnicos sin un ancla en la realidad y poder abordar la cuestión con criterio de economía política.

Argentina está barata en dólares

A diferencia de otros países de la región, el tipo de cambio se fue depreciando, como arriba se señaló, en el marco de una política de administración cambiaria manejada por el Banco Central. Es un legítimo debate si el ritmo de ajuste debería haber sido un poco más acelerado, pero no se puede ocultar que la estrategia de devaluación administrada de la moneda se mantuvo pese a la persistente fuga de capitales y a que se constituyó en un impulso inflacionario. El ancla cambiaria atrasando el tipo de cambio no fue implementada como política antiinflacionaria, como sí lo utilizó Brasil junto a tasas de interés altísimas. (22)

Pese a ese recorrido cambiario, crónicas periodísticas y economistas de la ortodoxia afirmaban que el aumento de precios convirtió a la Argentina en un país caro en dólares. Era obvio que aquí subieron los precios, pero las variables en el resto de los países también se movieron. No era necesario viajar al exterior para hacer comparaciones de precios. Existen fuentes internacionales disponibles, de raíz ideológica conservadora, que brindan la información.

El Worldwide Cost of Living (Costo de Vida Mundial) es una encuesta realizada por Economist Intelligence Unit, del grupo editorial The Economist, cuyo propósito es recopilar los precios de 160 servicios y productos en 131 países. (23) Es un trabajo mucho más amplio que el popular índice Big Mac, que también realizan. En la encuesta incluyen alimentos, bebidas, ropa, artículos para el hogar y de cuidado personal, vivienda, transporte, servicios públicos, educación privada, servicio doméstico y entretenimiento. El estudio, utilizado por multinacionales para calcular presupuestos de sus ejecutivos en el exterior, tiene como base de comparación los precios de Nueva York. Recopilan más de 50.000 precios individuales, encuesta que realizan en marzo y septiembre y se publica en junio y diciembre. Los investigadores de EIU explican que encuestan una amplia gama de tiendas, supermercados, comercios de precios medios y también los de precios más altos. No son valores de venta publicitados, sino que son los que se le cobran al cliente. Esos precios se convierten a dólares a una tasa de cambio vigente a fin de lograr los índices comparativos. No es una canasta popular; es de sectores sociales medios y altos.

El estudio de 2011 brindó el siguiente resultado: Buenos Aires se ubicaba en el puesto 102º sobre un total de 131 países. Era una de las ciudades más baratas del mundo según *The Economist*. En ese ranking, San Pablo estaba en el puesto 28º, Montevideo 66º y Nueva York 47º. Otros destinos preferidos por argentinos para

viajar para luego regresar y decir que los precios son iguales o más baratos, como países europeos, Tokio o Australia, todos son más caros que Buenos Aires.

Otra compañía internacional ofrece el mismo servicio que el de EIU, con una encuesta más amplia y más detalles de precios por producto: Mercer, subsidiaria de Marsh & McLennan Companies, que cotiza en la Bolsa de Nueva York y Chicago. Se presenta como líder mundial en servicios de consultoría de recursos humanos, outsourcing e inversiones para multinacionales. Explica que su información es utilizada por gobiernos y grandes empresas para proteger el poder adquisitivo de sus empleados enviados al exterior. Dice que su Encuesta Costo de Vida es la más completa del mundo al abarcar 214 ciudades en cinco continentes, con Nueva York como base de comparación. Mide los costos comparativos de más de 200 rubros en cada ciudad, incluyendo vivienda, transporte, alimentos, ropa, artículos para el hogar y entretenimiento. (24)

Para el estudio de 2011, Buenos Aires se ubica en el puesto 159° de 214. Era una de las ciudades más baratas del mundo. La más cara era Luanda, capital de Angola, seguida por Tokio, Yamena (Chad), Moscú, Ginebra. San Pablo ocupaba el 10º lugar y Río de Janeiro, el 12º.

Al año siguiente, Argentina tuvo el incremento más marcado de la región, llegando al puesto 121 del ranking. Igual siguió siendo una las más baratas de la región y del mundo.

La información proporcionada por compañías internacionales vinculadas con el mundo económico conservador era contundente: Buenos Aires en 2011 no era cara en dólares.

Además de esos dos informes de fuente conservadora, las Naciones Unidas también elaboran un ranking del costo de vida de los países miembros. Lo hace como referencia para el personal internacional del organismo en lugares de destinos fuera de Nueva York, que es tomada como base de comparación. Ibrahim-Sorie Yansaneh es el responsable de la División Costo de Vida de la ONU. La tabla se publica seis veces al año (febrero, abril, junio, agosto, octubre y diciembre). La canasta de bienes y servicios de personal de las Naciones Unidas tiene un patrón de consumo medio-alto, la que se asemeja a las pautas de gastos de los turistas argentinos que viajan por el mundo y afirman que Argentina es un país caro. De un total de 196 ciudades de todos los países integrantes de las Naciones Unidas, Argentina ocupó en junio de 2012 el puesto 141, con un índice 139,2, siendo Tokio la ciudad más cara, con un índice de 239,1 en relación a la base 100 de Nueva York. (25)

El tipo de cambio está atrasado

El diagnóstico de la ortodoxia, compartido por no pocos sectores de la heterodoxia, fue que la mayor demanda de divisas fue motivada por el atraso cambiario provocado por el aumento de precios internos. Ambas corrientes sentenciaban que la paridad peso-dólar se fue retrasando, lo que provocaba pérdida de competitividad en diferentes actividades productivas, por el alza de los costos laborales medidos en dólares, en especial en las economías regionales.

En forma contundente concluían que las mayores tensiones observadas en el mercado cambiario eran por la inflación y que el equilibrio se lograría devaluando. La ortodoxia planteaba una fuerte, lo que implicaba elevados costos políticos y una importante transferencia de ingresos hacia el núcleo exportador, además de sacudidas sociales. En tanto, miembros de la heterodoxia proponían miniajustes de la paridad a un ritmo más acelerado en el marco de la política de administración del tipo de cambio flotante.

Era un debate abierto que la administración kirchnerista no rehuyó, eligiendo la segunda opción. Eludir fuertes e inesperadas devaluaciones, tradición histórica de crisis argentinas, es un desafío sustancial. En ese marco, el debate adquiere densidad cuando esquiva esquemas conceptuales ya fracasados de la ortodoxia.

La competitividad de una economía requiere de análisis más rigurosos que la simple cuenta de calcular el valor del dólar comparado con la evolución de la inflación.

Un tipo de cambio real competitivo pensado en términos de la producción, alejado de la valorización financiera, exige ampliar la evaluación a otras variables. Si éstas no se incorporan, el debate sobre la paridad cambiaria queda atrapado en la lógica conservadora que ha tenido a la devaluación como uno de los principales factores de disciplinamiento político y social.

No es inocente ocultar que la determinación del nivel adecuado del tipo de cambio real está vinculada a otras variables, además de la inflación local, como

- el desempeño del saldo de la balanza comercial;
- los salarios en dólares en relación con otros países;
- el recorrido de las monedas de los países con los que se mantienen importantes flujos comerciales;
- la productividad laboral;
- el precio de los commodities de exportación y los términos de

intercambio;

- el impacto de la crisis internacional en el movimiento comercial y de divisas; y
- el stock de deuda y exigencias de divisas para su pago.

Para analizar si el dólar está atrasado, resulta necesario evaluar esas variables, además de considerar que el tipo de cambio real es una herramienta más, relevante pero no única, de una política de industrialización y de competitividad de la economía.

El tipo de cambio real mide la relación entre los precios de los bienes y servicios de la economía con respecto a los de un grupo de socios comerciales importantes. Es una variable importante por sus efectos sobre la demanda interna y externa, la estructura productiva, el patrón del comercio internacional, la inversión y su asignación sectorial, los flujos de capitales y la competitividad de la economía. (26)

Una medida de competitividad externa para sectores intensivos en mano de obra es el tipo de cambio real que toma en cuenta la evolución de los salarios locales en relación con la de los principales socios comerciales (dólar, euro y real). La base de comparación multilateral es la apropiada porque la canasta de comercio argentina es diversificada.

Los salarios nominales constituyen una prueba particularmente exigente dado el fuerte crecimiento registrado desde 2003, al haber subido por encima de otros indicadores de la economía, lo que se tradujo en una mejora de los ingresos laborales en términos reales. La evolución del tipo de cambio real deflactado por salarios en 2011 era superior al promedio de los últimos quince años. El nivel en diciembre de 2011 excedía en un 16,2 por ciento al promedio de la convertibilidad y en un 55 por ciento con respecto a ese mismo mes de 2001.

Otra variable determinante es la disponibilidad de dólares comerciales. La existencia de saldos positivos de la balanza comercial, en un contexto donde esos superávit habían mermado en la mayoría de los países de la región, era una prueba no menor de que la competitividad de la economía argentina se mantenía en niveles adecuados. El desempeño de la balanza comercial no estuvo sustentado solamente por los precios elevados de los commodities, como ha sucedido en otros ciclos económicos, aunque fue muy importante. En 2011, el comportamiento de las exportaciones de manufacturas industriales tuvo un aumento del 23 por ciento (13 en cantidades, 8 en precios), lo que significó que con el tipo de cambio real vigente los sectores productores de esos bienes pudieron colocar sus productos en el exterior. El

aumento de las importaciones fue impulsado por la alta elasticidad de las compras externas al nivel de actividad, especialmente en lo referido a la inversión, más que por una apreciación del tipo de cambio real. Las importaciones de bienes de capital y piezas y accesorios crecieron en 2011 un 25 por ciento, mientras que las de bienes de consumo subieron un 22.

Otro factor importante para evaluar la competitividad es la política cambiaria de países de la región. La mayoría aplicó fuertes devaluaciones en 2008, afectando inicialmente la competitividad argentina, ajustes que fueron parcialmente compensados con graduales aumentos de la paridad peso-dólar, acumulando un alza de 32 por ciento entre julio 2008 y diciembre de 2010. Una vez pasado lo peor de la crisis internacional, esos países comenzaron con apreciaciones nominales, contribuyendo a la recuperación de la competitividad del tipo de cambio argentino. Sólo la Argentina y México registraron en diciembre de 2011 una paridad nominal con el dólar mayor que en diciembre de 2006. En el caso de Brasil, más allá de la devaluación del real frente al dólar en la primera mitad de 2012, el tipo de cambio real bilateral con Brasil a diciembre de 2011, deflactado por salarios, era un 103 por ciento mayor al nivel registrado en diciembre de 2001 y un 19,2 por ciento si se lo compara con el promedio de 1995-2001.

La productividad es otro elemento para analizar la competitividad cambiaria. Por ejemplo, si el tipo de cambio real se aprecia un 10 por ciento, pero la productividad crece en la misma magnitud, ésta tiene un efecto compensatorio sobre el nivel global de competitividad. La recuperación en la productividad, resultado del fuerte incremento de la actividad y del mayor uso de la capacidad instalada, fue otro elemento que contribuyó a la mejora de la competitividad dado que implicó una disminución de los costos unitarios. La productividad laboral registró un ritmo de crecimiento del orden del 5 por ciento promedio anual entre 2004 y 2010.

Al analizar la evolución de una variable que mide la competitividad agrícola, como el precio de la soja, los datos arrojaron un balance positivo. La cotización promedio de la soja del período 2006-2007 fue de 242 dólares por tonelada, mientras que en 2012 se ubicó por encima de los 600 dólares.

El nivel adecuado del tipo de cambio real debería ser más alto (depreciado) cuanto mayor sea el endeudamiento externo neto de la economía. Esto ocurre porque si un país tiene una deuda externa muy grande en relación con sus activos externos, necesitará de mayores saldos comerciales positivos para afrontar

los pagos de intereses que generan dichos pasivos. Desde 2004, debido a los sucesivos superávit de cuenta corriente, la Argentina pasó de ser deudora externa neta a ser acreedora neta, lo cual implica un tipo de cambio real de «equilibrio» más bajo.

Distinguir la situación de las actividades por el nivel de productividad y la intensidad de su mano de obra permite además un análisis más estilizado del nivel del tipo de cambio. La política de tipo de cambio real alto estimula a todos por igual, otorgando rentas a quienes no las precisa, como a empresas de capital intensivo productoras de insumos difundidos, por ejemplo, el Grupo Techint o Aluar, y a algunos productores agrarios, como de soja. En cambio, otras producciones intensivas en mano de obra que no contabilizan elevados grados de productividad, pero tienen las condiciones para incrementarla, necesitan políticas sectoriales específicas, medidas que apunten a contar con tipos de cambio sectoriales, ajustado según la productividad en relación con el mercado mundial. Para ello se requiere sintonía fina, lo opuesto a una fuerte devaluación lisa y llana como recomiendan la ortodoxia y parte de la heterodoxia.

En fin, Argentina no era cara en dólares.

La inversión financiera en dólares fue la peor opción en nueve años.

La inflación no fue el motor de atesoramiento de dólares.

El tipo de cambio no estaba atrasado.

Entonces, ¿por qué la obsesión por la compra de dólares y las seis corridas cambiarias desde 2007?

Existen rasgos de las elites que definen comportamientos sociales y económicos, imitados por sectores medios acomodados. Uno de los más sobresalientes es la fuga de capitales y dirigir la mirada hacia el exterior, lo que explica el elogio permanente a economías de otros países. La conducta de las elites es de suma relevancia para entender la dinámica económica, social y política de la Argentina, por dos motivos principales.

> Por un lado, porque juega un papel central en el proceso de acumulación de capital como consecuencia de las decisiones macroeconómicas que toman las empresas que la componen (sobre todo aquellas vinculadas con el nivel y tipo de inversión), que son cruciales para marcar el rumbo del resto del sistema económico. Por otro lado, porque el accionar colectivo e individual de sus miembros suele incidir en la determinación de las políticas públicas, en especial, aquellas que definen la orientación de la intervención económica estatal. (27)

Estos rasgos también fueron reforzados por la existencia de un régimen ultraliberal de acceso y administración de divisas durante casi 35 años. La dolarización de ahorros, el envío de divisas al exterior y la utilización de la moneda estadounidense

para operaciones inmobiliarias estuvieron facilitados por las características del régimen de compraventa y tenencia de moneda extranjera, diseñado durante la dictadura militar de 1976 y adquiriendo su máxima expresión con la convertibilidad.

Por urgencia ante el peligro de la restricción externa, o sea la escasez de divisas para impulsar el crecimiento económico, a partir de 2010, el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner empezó a aplicar mayores controles cambiarios generando una muy fuerte resistencia. Rechazo previsible puesto que Argentina era el país latinoamericano con el régimen más liberal de acceso a divisas.

Los bancos en Brasil exigen débito en cuenta de los fondos aplicados a la compra para operaciones mayores a 10.000 reales (unos 5.000 dólares a un tipo de cambio de 2,0 reales por unidad). En el sistema bancario brasileño no existe la posibilidad de abrir cuentas en moneda extranjera en entidades locales.

En Chile, los bancos deben requerir información sobre el origen de los fondos por prevención de lavado de dinero por transacciones que superen los 3.000 dólares.

En Colombia, la compraventa de más de 3.000 dólares debe ser canalizada por débito en cuenta bancaria.

En Uruguay, los intermediarios financieros y casas de cambio deben informar al Banco Central sobre personas físicas o jurídicas que realicen operaciones de compraventa, arbitraje o canje de billetes en moneda extranjera por montos mayores a 10.000 dólares por mes, y en el caso de transferencias, cualquier operación superior a 1.000 dólares, acorde con las normas de prevención del lavado de dinero.

En Estados Unidos se realiza una verificación de la declaración fiscal de los fondos aplicados para operaciones mayores a 10.000 dólares, comprobando si el cliente cumplió con las presentaciones impositivas.

Las medidas de mayor control para la compraventa de dólares empezaron a parecerse a las vigentes en esas otras plazas.

La fiscalización de las operaciones con dólares es una herramienta necesaria para disminuir la evasión y combatir el lavado de dinero, y forma parte de una política de administración de divisas. El movimiento de moneda extranjera no puede ser dejado a criterios de mercado si el objetivo es evitar la exacerbación de perturbaciones económicas.

Para países periféricos, con una estructura de comercio exterior con un peso importante de exportaciones de materias primas, cuyos precios son muy sensibles al ciclo económico mundial, las divisas son un activo estratégico. Si además son economías con

necesidades de dólares para pagar deuda externa, y con una fuerte presencia de capitales extranjeros, que implica una creciente remisión de utilidades de multinacionales a sus casas matrices, el control de las operaciones con moneda extranjera es imprescindible para no quedar subordinado a los intereses de los dueños de las divisas.

Las primeras modificaciones en el régimen de compraventa de divisas fueron impulsadas por el Banco Central en junio de 2010. (28) Entre otras disposiciones, estableció que las compras superiores a 20 mil dólares por mes debían realizarse a través de una cuenta bancaria. Cuando las transacciones excedían los 250 mil dólares, a lo largo del año, la entidad vendedora tenía que constatar que los montos adquiridos eran compatibles con la declaración jurada del comprador. La Unidad de Información Financiera y la AFIP pasaron a ser asistentes del Banco Central en la fiscalización de las operaciones por más de 250 mil dólares anuales.

En noviembre de 2011, luego de las elecciones presidenciales de octubre, y en un contexto de aceleración de la fuga de capitales, la AFIP junto al Banco Central implementaron un sistema más estricto de control de compra de divisas. Los bancos y casas de cambio pasaron a consultar y registrar, a través de un sistema informático, la capacidad económica de la persona o empresa para realizar la operación. La estimación de la capacidad patrimonial del comprador era anual. (29) El régimen frenó la fuga y empezó a ordenar el circuito de la compraventa de dólares. (30) Se mantuvo como monto máximo de adquisición 2 millones de dólares por mes, operación que se tenía que justificar, (31) hasta que en mayo de 2012 la AFIP comenzó a rechazar casi todos los requerimientos de compra de dólares, hasta que un mes después el Banco Central oficializó la clausura de la opción de compra para «atesoramiento». La AFIP también dispuso una alícuota del 15 por ciento sobre los consumos en el exterior con tarjeta de crédito y débito, como pago a cuenta del Impuesto a las Ganancias y Bienes Personales. El fisco brasileño cobra directamente el 6 por ciento sobre consumos en el exterior abonados con tarjetas de crédito.

El objetivo de recuperar plenamente la soberanía monetaria en un contexto internacional convulsionado requiere información precisa a la población sobre regulaciones de compraventa de moneda extranjera, sobre la disponibilidad de divisas, los compromisos de deuda y las condiciones económicas locales e internacionales. La información oficial sobre el objetivo de las medidas fue deficiente.

La regulación del mercado de divisas fue una respuesta de emergencia ante la intensidad de la fuga de capitales. Fue una política hija de la necesidad. La mayor regulación pudo instrumentarse porque antes hubo recuperación de márgenes de autonomía en la política económica y monetaria. De todos modos, la restricción externa se acercó peligrosamente. Siendo uno de los eslabones débiles de la economía argentina, el estrangulamiento externo por el déficit de divisas tiene como desenlace una fuerte devaluación e inflación posterior, con la consiguiente inestabilidad política y social. Evitar ese destino fue el objetivo del régimen de compra de moneda extranjera. Las opciones eran una fuerte devaluación, un ajuste fiscal o el endeudamiento a tasas de interés muy altas. Todas opciones más perjudiciales para la economía y los sectores vulnerables, incluso la clase media, que un régimen de administración de divisas.

La restricción externa tiene su raíz en la estructura desequilibrada de la economía argentina por la diferencia de productividad entre el campo y la industria. Pero la restricción externa en Argentina es más aguda que en otros países periféricos por la constante fuga de capitales que pone bajo presión extra la cuenta corriente de la Balanza de Pagos. La compra de dólares y el giro al exterior es una conducta autónoma del régimen político y de la política económica. Es un elemento adicional y sustancial de la dinámica de la economía argentina, al acercarla al umbral de la restricción externa independientemente de la evolución de los términos del intercambio, del stock de deuda externa y de la competitividad del tipo de cambio real. Una fuerte devaluación aleja en forma transitoria el peligro de la restricción externa, sin resolver el problema. El ajuste cambiario sólo serviría para convalidar la historia de cíclicas crisis económicas. Brindaría un alivio temporal en el frente externo a un costo sociolaboral elevado por caída del salario real, además de convocar a una crisis política. La restricción externa, alejada momentáneamente, igual seguiría presente.

El objetivo del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner de controlar el frente cambiario tuvo un componente estructural que la ayudó. Abundancia de dólares por la megaemisión de Estados Unidos para enfrentar su crisis; tasas de interés internacionales cercanas a cero; precios de las materias primas de exportaciones en valores muy altos; reservas suficientes en el Banco Central; superávit de la balanza comercial; y saldo positivo o neutro de la cuenta corriente. Todas esas variables, aunque a muchos fanáticos del dólar les costaba creerlo, permitieron que la economía argentina tuviera estructuralmente excedente de dólares. De ese

modo, fue posible controlar el mercado de divisas y que el Banco Central pudiera manejar el tipo de cambio.

En otros momentos de la economía argentina, cuando existía un mercado de cambio desdoblado comercial y financiero o un cuadro de deficiencia de divisas por déficit de la cuenta corriente, el mercado informal tenía un volumen creciente y ejercía una muy fuerte presión sobre las decisiones del sector privado y sobre los responsables de la política económica. Esas condiciones no existían cuando se implementó el nuevo régimen cambiario, sino que su revitalización tuvo otro origen. Estuvo vinculado a la existencia de más controles provocando una suba del precio vinculada al riesgo de la transacción de operaciones no registradas.

La fuga de capitales iniciada en 2007 fue la de mayor magnitud desde la década del setenta, cuando comenzó el régimen de liberalización financiera.

La tablita cambiaria de Martínez de Hoz y su posterior debacle de 1978 a 1982 contabilizó una fuga de 23.874 millones de dólares. (32)

La recesión económica por el Efecto Tequila y las posteriores crisis financieras en mercados emergentes de 1995 a 1998 sumó una fuga de 41.039 millones de dólares. (33)

El derrumbe de la convertibilidad 1999-2001 totalizó una fuga de 28.526 millones de dólares. (34)

La dimensión que ha adquirido la fuga de capitales en la economía argentina es impresionante. Desde 1978 hasta 2011, acumuló unos 174.000 millones de dólares. Es un rasgo estructural, un factor que cualquier gestión de política económica tiene que incorporarlo para diseñar su estrategia, porque se ha desplegado en diversas situaciones políticas y económicas, con gobiernos militares y democráticos, peronistas o radicales, neoliberales o intervencionistas.

Cada episodio de fuga tiene rasgos propios, pero todos se unifican en que se desarrollaron en un contexto de integración de la economía nacional a las finanzas globales desreguladas y a frágiles mecanismos de control de los movimientos de capitales. La cuestión que los diferencia es el disparador para cada uno de los períodos de transferencia de riqueza local al exterior.

El aspecto notable de la gran fuga en el kirchnerismo fue que no derivó en una crisis de proporciones. Es el factor distintivo respecto a los episodios anteriores. Evidentemente tuvo un indudable impacto en la economía local, no tanto por afectar el crecimiento del PBI, sino por restringir márgenes de acción de la política económica desafiados con medidas heterodoxas, como la

utilización de reservas para pagar vencimientos de deuda pública. Teniendo en cuenta las otras experiencias de fuga de capitales, ese inédito comportamiento de la economía ha desconcertado a economistas del establishment, quienes fueron sumando frustraciones porque la devaluación que proponían y el descalabro económico que anunciaban, y deseaban, no se concretaba.

La decepción se acrecentaba porque la compra de dólares, las corridas y posterior fuga al exterior no tuvieron el efecto disciplinador esperado, como el que padecieron gobiernos pasados. Históricamente la constante amenaza de la huida de la moneda doméstica para refugiarse en el dólar fue utilizada para disuadir a funcionarios de tomar medidas que podrían afectar intereses del poder económico y financiero. No ha sido un dato menor el fracaso de esa tradicional estrategia de presión sobre gobiernos elegidos por la voluntad popular. Precisar las condiciones que neutralizaron el impacto de la fuga de capitales más intensa de todas brinda elementos para acercarse a una mejor comprensión del ciclo de la economía argentina durante los gobiernos kirchneristas.

Desde 2007 hasta fines de 2011 el monto de la fuga ha sido impactante: 79.281 millones de dólares. (35) Monto que casi duplicaba la cantidad de reservas que el Banco Central acumulaba en diciembre de 2011, y representaba el 18 por ciento del Producto Interno Bruto. (36) A pesar de que este fabuloso drenaje de divisas superó los registrados en otros episodios críticos desde 1976, la economía no colapsó ni el sistema bancario y cambiario necesitó de la asistencia del Banco Central. Las principales variables macroeconómicas estuvieron bajo control. Es una característica notable del ciclo económico. En las experiencias previas, la salida de capitales reflejaba una disminución significativa de las reservas internacionales debido a que el Banco Central proveía una parte importante de esos fondos. Otra parte era financiada vía endeudamiento externo.

Si bien el stock de reservas no descendió sustancialmente, la magnitud de la variación resultó muy afectada. Un simple cálculo muestra que sin fuga de capitales, el total de reservas hubiera sumado, por lo menos, 124.000 millones de dólares a diciembre de 2011. La diferencia con el stock efectivo de unos 45 mil millones de dólares es un dato contundente del costo para la economía y el esfuerzo necesario para evitar una crisis motivada por el rasgo estructural de fuga de capitales de la economía argentina. (37)

La fuga no se financió con endeudamiento del Estado. La fuente

principal fue el saldo de la balanza comercial. Gran parte de las divisas provenientes del superávit comercial de ese período no se acumularon en las arcas del Banco Central, sino que pasaron a integrar el stock de los activos externos privados no financieros. La fuga representó el equivalente a casi el 80 por ciento del saldo positivo de la balanza comercial. Sin ingreso de fondos por endeudamiento externo, alternativa vedada a partir del default y de la renegociación de deuda con fuerte quita de capital, y con un regular flujo de inversiones extranjeras, las divisas provenientes del saldo de la balanza comercial fueron un muy importante estabilizador del mercado de cambios.

Los dólares del balance positivo del comercio exterior, favorecido por el aumento de los precios internacionales de commodities agrarios y alimentado fundamentalmente por el complejo sojero, fueron un dique de contención que neutralizó corridas cambiarias. Sin un considerable stock de reservas se hubiera agudizado aún más la huida. Sin embargo, la pérdida abundante de ahorro interno sin generar una crisis de proporciones no significó que no haya habido costos para la economía. Sus implicancias pueden ser evaluadas de modo directo o indirecto bajo una perspectiva de potencialidad. La fuga de capitales disminuye las posibilidades de inversión, afectando las perspectivas de desarrollo. Impacta en la recaudación al reducir la base imponible. Implica un menor nivel de depósitos en el circuito bancario y, en consecuencia, afecta negativamente la oferta de fondos prestables.

En esos años, mientras en Argentina subía la fiebre por el dólar, en el mundo desarrollado se debatía sobre el futuro del dólar como moneda universal y reserva de valor. Diversos analistas, entre ellos el Premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz, avisaban que lenta pero en forma sostenida el dólar había empezado a perder su hegemonía, especulando con que terminaría compartiéndola con otras divisas. Estimaban que sería un proceso de no menos diez años en un ciclo de retroceso que ya se ha iniciado.

El sistema de reserva global basado en el dólar ya está desgastado: el dólar demostró no ser una buena fuente de almacenamiento de valor. (38)

El inicio del declive no significa que el dólar dejará de ser una moneda relevante ni que Estados Unidos abandonará el lugar preferencial de ser una de las grandes potencias económicas. El reacomodamiento monetario mundial, con no pocos conflictos sociales y crisis financieras globales, expresa los cambios que se están registrando en las relaciones de poder en la economía

internacional.

A fines de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos adquirió el privilegio imperial de que el dólar pasara a ser moneda de reserva internacional. A comienzos de la década del setenta, subió a la categoría de moneda universal al ser utilizado en el comercio internacional.

Al emitir entonces la moneda mundial, Estados Unidos pudo y todavía puede endeudarse más que cualquier otra nación. Emitiendo sin grandes restricciones, y desde 2008 en forma extraordinaria, el resto del mundo lo ha financiado absorbiendo parte de esos dólares. Ya detallamos las ganancias del señoreaje y la cantidad de dólares en circulación fuera de Estados Unidos, siendo Argentina el país líder mundial de billetes dólar per cápita en manos de la población.

Con el privilegio de poseer la moneda de reserva internacional, Estados Unidos recibe un crédito a tasa cero del resto del mundo. Los países constituyen gran parte de sus reservas internacionales en dólares, del mismo modo que grandes, medianos y pequeños inversores ahorran en esa moneda. Este extraordinario beneficio fue una de las principales bases del liderazgo de Estados Unidos en la economía mundial y de su hegemonía política y militar. Pero la potencia económica se está debilitando y, por lo tanto, su moneda.

Zhou Xiaochuan es un economista chino, gobernador del Banco Popular Chino. Desde diciembre de 2002, ha estado a cargo de la política monetaria de la potencia asiática. El 23 de marzo de 2009, Zhou publicó en la página web del Banco Popular Chino el documento «Reforma del Sistema Monetario Internacional». (39)

La importancia de ese informe es que China tiene las reservas monetarias en dólares más abultadas y que es la economía que ha empezado a competir por el liderazgo mundial.

Zhou afirma que la aceptación de una moneda de un país, Estados Unidos, como reserva internacional, es un «caso raro en la historia». Dice que la crisis es un nuevo llamamiento para la reforma creativa del sistema monetario internacional hacia una moneda de reserva internacional, con un valor estable, basado en normas de emisión y oferta manejable, a fin de lograr el objetivo de salvaguardar la estabilidad económica y financiera mundial. Esto significa desplazar al dólar como moneda de aceptación universal. No sólo eso. Implica un cuestionamiento directo al liderazgo mundial de Estados Unidos. Zhou sostuvo que la crisis global fue más grave por las debilidades inherentes del sistema monetario internacional. Propuso entonces la creación de una moneda internacional de reserva sin relación con la de ningún

país en particular.

Zhou planteó la necesidad de reducir el dominio de unas pocas monedas, como el dólar, el euro y el yen, en el comercio y las finanzas. Afirmó que la adopción de una moneda de reserva que no pertenezca a ningún país facilitaría el manejo de todas las economías. Zhou apuntó sobre el costo de una economía mundial bajo el dominio del dólar, con dos definiciones tajantes:

- La aparición de la crisis y su contagio a todo el mundo reflejan las vulnerabilidades inherentes y los riesgos sistémicos del régimen monetario internacional.
- La cantidad e intensidad de las crisis financieras sugiere que los costos de este sistema para el mundo podrían haber superado a sus beneficios. (40)

El banquero central chino recordó que en el pasado hubo varios acuerdos institucionales para diseñar un sistema monetario internacional estable, incluyendo el Silver Standard, el patrón oro, el Gold Standard de Exchange y el sistema de Bretton Woods. La propuesta china fue crear una unidad de reserva estable, desconectada de las economías individuales y que satisfaga las necesidades de liquidez de la economía mundial. Zhou recordó la idea de moneda de reserva internacional («Bancor») ideada por John Maynard Keynes en 1943 que no fue aceptada en la conferencia de Bretton Woods, después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. Esa moneda serviría para llevar a cabo ajustes automáticos en el comercio internacional para evitar desequilibrios entre los países con superávit abultados y los que contabilizaran déficit exagerados. El aspecto esencial del plan era el mecanismo de ajuste automático, complementado con un régimen regulatorio sobre flujos de capital. Todo eso permitiría aplicar políticas de pleno empleo al interior de cada país. El resultado sería que impediría que cada país resolviera su problema de desempleo ahogando en exportaciones baratas a los demás. Quedaría vedado subsanar una deficiente demanda efectiva exportando desempleo, que es precisamente lo que sucede en la globalización neoliberal.

Sin tanta complejidad, pero rescatando la esencia de esa propuesta, China señaló la necesidad de diseñar una nueva moneda de reserva universal, lo que implica poner en discusión la centralidad del dólar en la economía mundial.

Desde el documento de Zhou no hubo cambios ni interés de las potencias en debatir el sistema monetario internacional. En cambio, hubo profundización de la crisis del dólar y, en especial, del euro. Mientras, los países reunidos en el BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), y otras economías emergentes, empezaron a diversificar la tenencia de sus reservas internacionales. A fines de 2011, las de China superaban los 3,2 millones de millones de dólares. Hasta 2006, el 74 por ciento estaban en dólares, pero a partir de ese año comenzaron a

descender lentamente, hasta que en 2011 retrocedieron hasta el 54 por ciento del total.

En la IV Cumbre del BRICS, realizada el 28 y 29 de marzo de 2012, en Nueva Delhi, India, los jefes de Estado Dilma Rousseff (Brasil), Dmitri Medvedev (Rusia), Hu Jintao (China) y Jacob Zuma (Sudáfrica) y el primer ministro Manmohan Singh (India) acordaron que el comercio entre ellos se hiciera en sus respectivas monedas. Desde 2011, el comercio bilateral de Rusia y China sólo se hace en sus propias monedas. En enero de 2012, China y los Emiratos Árabes Unidos acordaron abandonar el dólar y utilizar sus propias monedas en las transacciones de petróleo. En América latina también ha comenzado en forma tímida, pero cada vez adquiere mayor dimensión, el intercambio comercial desdolarizado entre Argentina y Brasil.

La erosión constante del dólar en estos años de crisis significó que pasó de representar el 85 por ciento de las reservas internacionales mundiales para ubicarse cerca del 60 por ciento. (41) Muchos países quieren empezar a sustituir el dólar como principal divisa para el intercambio comercial y el financiamiento. El principal argumento es que no puede ser divisa de referencia una moneda con un valor inestable, protagonista de un desorden financiero en su propia economía.

Frente a un sistema monetario internacional en crisis, el oro, la plata, materias primas y otros activos tangibles, como inmuebles y campos, se han convertido en refugio de valor.

Por la ansiedad que demuestran por atesorar dólares parece ser que ese panorama internacional no provoca en Argentina inquietud en pequeños, medianos y grandes compradores compulsivos de billetes verdes. Pero deberían estar advertidos de que los principales dueños de dólares fuera de Estados Unidos admiten —en los hechos— que se enfrentan a un dilema de supervivencia: gran parte de sus reservas está colocada en una moneda que se debilita, pero no pueden desprenderse de ella en forma inmediata sin autoinfligirse un daño mayor. Lo están haciendo lentamente.

En el inestable equilibrio de la arquitectura financiera internacional, comienzan una paciente pero constante diversificación de activos. El oro emerge como estratégico, refugio frente a un contexto mundial que ha comenzado a transitar la pausada decadencia del reinado del dólar como moneda hegemónica.

El oro ejerce una fascinación en toda época y lugar. Es venerado, mitificado y utilizado como medio de pago y reserva de valor. Más de la mitad extraído de las minas es utilizado en la

industria de la joyería, y también como insumo en la electrónica y en instrumentales médicos.

En la historia de la economía, el oro, como depositario de valor, ha permitido establecer relaciones entre los precios de los bienes en el intercambio en el comercio internacional. Fijó además las bases de un sistema monetario internacional moderno, siendo reserva y medida de valor. La fusión de la carga simbólica del oro como metal precioso y de unidad de cuenta en monedas elaboradas en oro fue un elemento esencial del proceso económico moderno. Las finanzas y el comercio internacional giraron alrededor del oro. Las dos guerras mundiales alteraron ese funcionamiento, desplazando el cetro de la hegemonía económica mundial de Inglaterra a Estados Unidos.

El papel moneda denominado dólar se convirtió entonces en el medio de cambio aceptado a nivel internacional. Hasta agosto de 1971, el dólar, en teoría, estaba respaldado por el oro acumulado en la Reserva Federal, en una relación de cambio fija. Desde ese año, Estados Unidos, para enfrentar los constantes desequilibrios macroeconómicos (déficit de comercio exterior), declaró la inconvertibilidad del dólar. La potencia económica estableció de ese modo que su moneda era la medida de equivalencia para las transacciones internacionales. Desapareció así el patrón oro, y emergió uno dominado por el dólar.

La cuestión más fascinante y llena de incertidumbres, que surge de la crisis global, reside en que el patrón dólar está tambaleando. Y ha vuelto a brillar el oro como refugio de valor ante un esquema monetario global inestable. La acumulación de oro empezó entonces a convertirse en una decisión estratégica de los países.

En abril y mayo de 2011, el Banco Central de Corea del Sur efectuó las primeras compras de oro en el mercado mundial en 13 años, por un total de 25 toneladas de oro con el fin de diversificar sus reservas, elevándolas a un total de 39,4 toneladas.

Tailandia también incrementó la compra de oro. A fines de junio, sus reservas de oro habían aumentado 15,5 por ciento, al sumar 4,1 millones de onzas.

En abril de 2009, el Banco Popular de China comunicó que había comprado 454 toneladas. Es ilustrativa esa operación de cómo interviene la potencia emergente en el incierto sistema monetario mundial. Esa cantidad de oro la fue acumulando entre 2003 y 2009, sin informar las diferentes adquisiciones durante ese período. En una muestra de una estrategia, silenciosa y paciente, y de diagnóstico de largo plazo sobre composición de reservas, China tenía 395 toneladas de oro en 2001 para pasar a acumular

1.054 en 2012.

El World Gold Council es la principal fuente actualizada de información sobre las tenencias oficiales de oro. Reúne las estadísticas mensuales del Fondo Monetario Internacional con los últimos datos disponibles de fuentes nacionales. El ranking «Reservas oficiales mundiales de oro», (42) a junio de 2012, era

	TONELADAS
1. Estados Unidos	8.134
2. Alemania	3.396
3. FMI	2.814
4. Italia	2.452
5. Francia	2.435
6. China	1.054
7. Suiza	1.040
8. Rusia	896
9. Japón	765
10. Holanda	613
…	
42. Argentina	61,7

FUENTE: World Gold Council, Internacional Financial Statistics.

El oro ha registrado un recorrido alcista de diez años durante los cuales el precio se multiplicó casi por cinco. A fines de 2009, cotizaba a 1.200 dólares la onza (28,349 gramos; y la onza troy, 31,103 gramos); y alcanzó los 1.923 dólares, en septiembre de 2011. Esos valores nominales impactaron porque superaban máximos históricos. Pero en términos reales, ese precio se encontraba todavía un poco por debajo de los 850 dólares que alcanzó en enero de 1980: la cotización del oro ajustada por la inflación desde entonces debería estar cerca de los 2.000 dólares la onza para ser equivalente a ese valor.

En el ranking de reservas mundiales de oro, Argentina ocupa el puesto 42º con 61,7 toneladas, equivalentes a 7,0 por ciento de sus reservas en divisas. La última gran compra fue en septiembre de 2011 cuando incorporó 7 toneladas. La evolución del precio del oro y las tenencias de oro del Banco Central ofrecen la oportunidad de exhibir el fracaso de los economistas ortodoxos, ya no sólo en la teoría, sino en la gestión. Es una ominosa e ignorada historia de dos de los máximos referentes del neoliberalismo en Argentina. (43)

El oro que estaba en el Banco Central en la década del 90 fue vendido durante las presidencias de Roque Fernández y Pedro Pou. Diez años después, la evaluación de esa decisión es impactante por el fabuloso quebranto patrimonial del Banco Central.

En diciembre de 1999, Pou informó la liquidación de toda la existencia de oro que había en las bóvedas de la autoridad

monetaria. En total, en tres años habían vendido 4 millones de onzas a un precio promedio de 370 dólares, recaudando 1.480 millones de dólares.

El proceso de venta del oro lo había iniciado Roque Fernández y lo aceleró Pou, hasta el nivel de que en octubre de 1998 liquidó monedas del siglo XIX por 100 millones de dólares, ofertadas en la casa de remates Sotheby's. Eran monedas emitidas durante los gobiernos de Julio Argentino Roca, Miguel Juárez Celman y Carlos Pellegrini. La fiebre antioro finalizó a mediados de 1999 cuando puso a disposición del público monedas de colección, las únicas de oro acuñadas por la Nación: el Argentino Oro, que habían sido heredadas de la antigua Caja de Conversión, de 1935. Vendió cada moneda a 80 pesos y, aunque el remanente iba a fundirse para entregarlo en lingotes, al final quedó un sobrante de monedas en el tesoro del Banco Central.

La decisión de Roque Fernández y Pedro Pou fue ruinosa. Las 4 millones de onzas vendidas tendrían hoy un valor de 7.200 millones de dólares, a una cotización de 1.800 dólares la onza. Fueron vendidas a 1.480 millones. El saldo fue una pérdida financiera de las reservas equivalente a 5.720 millones de dólares.

La historia del oro en el Banco Central empezó a revertirse en el gobierno de Néstor Kirchner, en 2003. En ese año, el Banco Central concretó dos grandes compras: una de 42 toneladas de oro a 390 dólares la onza, y otra de 13 toneladas, a 420 dólares. A un precio promedio de 400 dólares la onza, se desembolsaron 710 millones de dólares, y a los valores de 2012, el Central poseía oro por el equivalente a 3.193 millones de dólares.

El oro no paga ni intereses ni dividendos, por lo tanto su renta está vinculada exclusivamente con la evolución del precio. El valor de un activo en términos nominales y reales ajustado por inflación resulta muy ilustrativo. Es un sendero complejo porque con el oro, e incluso con el dólar, actúa lo que se conoce como ilusión monetaria, y afecta a gran parte de los agentes económicos.

La ilusión monetaria es pensar que se tiene un aumento de la capacidad de compra por alzas en valores nominales, sin calcular el alza del resto de los bienes, que en algunas ocasiones produce una pérdida del poder adquisitivo del dinero. Genera la creencia de ser más rico por el incremento nominal del capital, pese a que en términos de capacidad adquisitiva es igual o menor que antes de esa suba. Por ejemplo, un millón de dólares de hoy no compra lo mismo que hace veinte años, aunque ese monto de dinero sigue siendo importante. Incluso el oro que hoy cotiza en valores nominales máximos, en términos reales todavía se encuentra por

debajo de su récord, como explicamos.

El aspecto fascinante y cargado de incertidumbre de la crisis global reside en que el patrón dólar está tambaleando.

El marco global de desarrollo de la crisis internacional y el comportamiento local con el dólar han estado disociados. Con décadas de dolarización del ahorro y fuga de capitales, sólo un fuerte acontecimiento externo podrá alterar esa conducta.

El dólar se devalúa, está siendo desplazado lentamente como activo de reserva por las potencias emergentes y, por lo tanto, pierde poder adquisitivo. En los últimos 25 años, de acuerdo con la evolución del índice de precios de Estados Unidos, su capacidad de compra descendió 50 por ciento. Incrédulos, amantes del billete verde, hipnotizados con el rostro de Benjamín Franklin en el papel de 100, tienen la oportunidad de hacer la prueba ingresando al sitio de Internet oficial sobre el índice de precios. (44) En Estados Unidos, para comprar una canasta de bienes y servicios de 100 dólares de 1987, en mayo de 2012 se necesitaban 201,93 dólares. El doble. El poder adquisitivo en ese lapso descendió a la mitad, y esa pérdida fue en los mejores años del dólar como moneda universal.

A diferencia de otros momentos históricos, en esta nueva etapa de la economía mundial, Argentina tiene margen para recuperar plenamente la soberanía monetaria afectada por el régimen de valorización financiera desplegado por la dictadura en 1976 y la convertibilidad.

Existe un dato mantenido en la oscuridad informativa que indica que el dólar ha ingresado en una etapa de declive a nivel internacional, que se abrió el 1° de junio de 2012, cuando China y Japón, la segunda y tercera potencias económicas mundiales, comenzaron a intercambiar directamente sus divisas para operaciones comerciales sin emplear el dólar. El movimiento comercial entre ambos países asiáticos demanda un elevado monto de divisas, más de 350.000 millones de dólares al año, que ahora será canalizado con yenes y yuanes.

Éste es un ciclo autónomo de la dinámica económica argentina dolarizada, pero el proceso de declinación del billete verde a nivel internacional, que está siendo gradual porque no existe otra moneda fuerte que pueda suplantarlo de inmediato, no puede ser ignorado por aquellos que manifiestan síntomas obsesivos con el dólar.

En los mismos años de un proceso impresionante de transformación de la economía mundial se agudizó el desvelo argentino por el dólar. En meses previos a la última elección presidencial, economistas de la city adelantaban una mayor

presión compradora en el mercado cambiario y un aumento de la fuga de capitales. Además especulaban con una fuerte devaluación en las semanas posteriores a la apertura de las urnas. Ese tipo de advertencias convocaba adhesiones de sectores sociales que aún no han podido ni querido incorporar en el análisis que el dólar ya no es lo que era en la economía internacional. El fanatismo por el dólar puede interpretarse por décadas pasadas de inestabilidad, pero hoy existen mayores recursos analíticos para conocer el cambiante escenario monetario mundial.

¿Por qué el dólar continúa siendo el refugio preferido en un escenario de inestabilidad económica mundial e incierto desenlace, a pesar de que es la moneda de un país que transita una profunda crisis?

Porque todavía no ha emergido otra moneda de reemplazo o un nuevo sistema monetario internacional. Por eso el dólar sigue siendo el activo financiero dominante. Si el dólar deja de ser lo que fue, muchos en Argentina pueden padecer un agudo conflicto existencial que requerirá de psicólogos más que de economistas. Más importante que el impacto emocional, puede ser un factor de inestabilidad económica nada despreciable. Un elemento perturbador de la economía argentina como potencial generador de una crisis de proporciones por el efecto pobreza derivado del fin del reinado del dólar.

Corrupción y fuga

Existen dos cuestiones estrechamente asociadas, eludidas por la literatura convencional y la agenda pública, cuando se aborda el tema dólar. Están vinculadas a la corrupción y a la fuga de capitales, con los paraísos fiscales, *secrecy jurisdictions* en su denominación inglesa, siendo una pieza fundamental del flujo de los fondos ílícito. En una detallada investigación están explicadas. (45)

1. las enormes transferencias netas «Sur-Norte», que suelen alcanzar su pico en períodos de crisis;
2. la sustancialmente libre y opaca actuación de las firmas multinacionales, en particular, de las corporaciones financieras globales, y de los denominados «ricos globales».

El análisis de estas operaciones resulta central para explicar la opacidad de las finanzas globalizadas, la conducta financiera y tributaria de las firmas multinacionales y, en definitiva, los enormes drenajes de recursos y la gran volatilidad de sus flujos a los que están sometidas las economías del «Sur». En particular, el carácter perverso que para la mayor parte de éstas asumen los flujos ilícitos de capital y, también, la particularmente

grave erosión a la que están expuestos sus sistemas fiscales.

Poco y nada se menciona cuando se habla del dólar y la fuga de capitales que gran parte de ese flujo de capital es ilícito porque el origen es dinero obtenido ilegalmente. La fuga de capitales no es sólo el abandono de la moneda doméstica comprando dólares. Es también la exteriorización del flujo de capitales ilícitos. Son fondos que en gran parte involucran transferencias de dinero obtenido a través de actividades penadas por la ley. Es una definición obvia pero necesaria de precisar más aún cuando los involucrados son grandes empresas y personas de patrimonio abultado.

El movimiento de esos capitales es la expresión más amplia de la corrupción de una economía. En el debate público predomina la información sobre la corrupción originada por funcionarios de gobiernos, aunque sería más riguroso definirla como «corrupción empresario-gubernamental». Pero corrupción también es, por ejemplo, el contrabando de bienes o la evasión impositiva, recursos que alimentan la posterior fuga de capitales.

Una de esas maniobras es la de «precios de transferencia». Consiste en la manipulación de precios en el intercambio de bienes o servicios pactados por dos compañías de un mismo grupo empresario, para girar utilidades y eludir el pago de impuestos.

Otra es la triangulación. Una firma opera desde la Argentina y la facturación la contabiliza, por ejemplo, en Uruguay, plaza que actúa como pantalla para socavar la base del Impuesto a las Ganancias que corresponde pagar en el país. La multinacional cerealera Bunge fue acusada por la sospecha de realizar ese tipo de maniobras, en la supuesta evasión más importante detectada por las autoridades impositivas argentinas en su historia. La AFIP estimó que Bunge no ingresó al fisco unos 420 millones de pesos en 2007, mientras que el monto para los dos años siguientes sería 1.200 millones de pesos. (46)

Este caso de probable corrupción privada no escandalizó ni tuvo la repercusión como otros varios de amplia difusión empresario-gubernamental. No es cuestión de relativizar ni unos ni otros, sino denunciar y enfatizar ambos comportamientos para poder abordar en toda su dimensión la relevancia y profundidad de la corrupción en la economía y, por lo tanto, de la fuga de capitales.

Las operaciones de triangulación son una de las principales fuentes de corrupción a través del giro de capital ilícito al exterior. En 2009, la AFIP detectó una facturación de 4.328 millones de dólares en envíos a Suiza, pero arribaron mercaderías a ese país por un valor de 1.518 millones. Sobre ese total, el 60

por ciento correspondió a cereales, el 15 a minería y el 10 por ciento a petróleo.

Con el supuesto rumbo a Singapur, la facturación había sido de 1.101 millones de dólares, pero el destino físico de los productos a esa plaza fue de apenas 43 millones. El 74 por ciento de lo emitido correspondió a cereales y el 19, a aceites.

Los despachos al puerto de Barbados totalizaron 873 millones de dólares, siendo 70 por ciento por productos de minería y 30 por ciento de petróleo, y sólo 3 millones llegaron a ese destino. A las Islas Caimán, 688 millones de dólares, con el 79 por ciento de productos de pesca y 11 por ciento de maní, de los cuales arribaron mercaderías por un valor de 41 millones. (47)

Estas y otras operaciones resultan centrales para explicar

> […] la opacidad de las finanzas globalizadas, la conducta financiera y tributaria de las firmas multinacionales y, en definitiva, los enormes drenajes de recursos y la gran volatilidad de sus flujos, a los que están sometidas las economías en desarrollo. En particular, el carácter perverso que para la mayor parte de éstas asumen los flujos ilícitos de capital y, también, la particularmente grave erosión a la que están expuestos sus sistemas fiscales. (48)

Estos temas tienen una muy limitada atención en la literatura económica convencional. El FMI y otros organismos multilaterales sólo ponen el foco en los componentes delictivos de flujos de capital. Omiten en sus análisis toda consideración relevante acerca del papel de la banca global, las multinacionales y los «ricos globales» en estos procesos de corrupción y fuga de capitales.

Global Financial Integrity, con sede en Washington, integra desde septiembre de 2006 The Center for International Policy, centro de investigación sin fines de lucro que promueve la transparencia y la rendición de cuentas de la política exterior de Estados Unidos, proponiendo la cooperación internacional, la desmilitarización y el respeto de los derechos humanos. El GFI promueve políticas nacionales y multilaterales destinadas a frenar el flujo transfronterizo de dinero ilegal. (49)

Las conclusiones del informe que abarca la primera década del nuevo siglo afirman que los países en desarrollo han perdido de 723.000 a 844.000 millones de dólares en promedio por cada uno de esos años por el flujo ilícito de capitales. En total, de 7,2 a 8,4 billones de dólares. Los diez primeros exportadores de capitales ilícitos fueron China, México, Rusia, Arabia Saudita, Malasia, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Venezuela y Polonia, que sumaron el 70 por ciento de las salidas totales. En términos de dólares corrientes, ese flujo registró un aumento del 14,9 por ciento por año, mientras que ajustado por inflación, 10,2 por

ciento en ese período.

El ranking de los 20 países con los montos más elevados de salida de capitales derivados de la delincuencia, corrupción, evasión de impuestos y otras actividades ilícitas en el período 2000-2009, en promedio anual, fue: (50)

EN MILLONES DE DÓLARES

1.	China	246,7
2.	México	45,3
3.	Rusia	42,7
4.	Arabia Saudita	36,6
5.	Malasia	33,8
6.	Kuwait	26,9
7.	Emiratos Árabes Unidos	26,2
8.	Venezuela	17,1
9.	Qatar	17,0
10.	Polonia	16,0
11.	Nigeria	15,8
12.	Kazajistán	12,3
13.	Filipinas	12,1
14.	Indonesia	11,9
15.	India	10,4
16.	Ucrania	9,2
17.	Chile	8,4
18.	Argentina	8,3
19.	Irán	6,6
20.	Egipto	6,0

La manipulación de precios en el comercio internacional concentra el 53,9 por ciento de los flujos financieros ilícitos acumulados en esos diez años. China está al tope del ranking del flujo ilegal de capitales, acumulando 2,5 billones de dólares en ese período. Argentina ocupa el puesto 18°. Global Financial Integrity estimó año por año la fuga argentina, con picos de 17.984 millones en 2001 y 20.898 millones en 2003, para totalizar 83 mil millones de dólares en el decenio. Monto equivalente al contabilizado en la categoría Formación de Activos Externos del Sector Privado no financiero del Banco Central.

El análisis de la magnitud, la tendencia y la procedencia de los flujos de capital ilícito vinculado con la corrupción económica contradice la idea socialmente aceptada a partir de variados enfoques académicos. Organismos multilaterales de crédito y ONG, como Transparency International, son responsables de la percepción hoy establecida de que esos flujos se originarían en gran parte en las actividades criminales, con una significativa participación de la corrupción gubernamental. Por el contrario, las maniobras comerciales ilícitas, principalmente ejecutadas por grandes bancos, transnacionales y los llamados «ricos globales», son la principal fuente del flujo de capitales ilícitos.

Raymond Baker, director de Global Financial Integrity, estima

que esos actores económicos explican alrededor del 63 por ciento del total de flujos ilícitos globales. El restante 37 por ciento se origina en actividades estrictamente criminales de todo tipo, con sólo 3 puntos explicados por la corrupción gubernamental a escala global. (51)

Listas

A continuación se presenta el listado de las 100 personas físicas que más dólares compraron desde el 1° de enero al 31 de octubre de 2011. Los 500 principales compradores concentraron el 5,13 por ciento del total de las operaciones con destino «atesoramiento».

Las compras fueron en pesos, convertidas al tipo de cambio 4,30 pesos por unidad.

LAS 100 PRINCIPALES PERSONAS QUE COMPRARON DÓLARES PARA ATESORAMIENTO, MONTOS EN MILLONES DE DÓLARES

1. Carballo, Delfín Jorge Ezequiel USD 19,33
2. Olmedo, Alfredo Antonio P. USD 15,84
3. Fravega, Raúl Arnaldo USD 15,65
4. Bein, Miguel Ricardo USD 15,08
5. Salaber, Sebastián USD 14,52
6. González Kenny, Martín Eduardo USD 14,48
7. Eskenazi, Sebastián USD 13,58
8. Eskenazi, Enrique USD 13,55
9. Brito, Jorge Horacio USD 13,53
10. Castellanos Bonillo, Juan USD 13,19
11. Fravega, Liliana Mónica USD 12,89
12. Meta, Andrés Patricio USD 12,84
13. Mariani, Gustavo USD 12,68
14. Correa Ávila, María Teresa del Carmen USD 12,58
15. McLoughlin, José Alfredo USD 12,37
16. Rebora, Olga María USD 11,63
17. Marino, Omar Enrique USD 11,38
18. Blaquier, Carlos Pedro Tadeo USD 11,21
19. Bago, Sebastián USD 11,18
20. Quintana, Mario Eugenio USD 10,83
21. Maschwitz, Eduardo Enrique USD 10,74
22. Bonavita, Horacio Julio USD 10,57
23. Trucco, Eduardo Emilio USD 10,44
24. Hilal, Mariano Hernán USD 10,43
25. Díaz Saubidet, Estanislao USD 10,30
26. Durst, Carlota Evilina USD 10,16
27. Eskenazi Storey, Matías USD 10,01
28. Coto, Alfredo USD 9,87
29. Daverede, Alfredo Juan Luis USD 9,62
30. Masi, Carlos Daniel USD 9,51
31. Blaquier, Luis María USD 9,27
32. Tabanelli, Antonio USD 9,02
33. Blaquier, Ignacio USD 8,68
34. Canale, Miguel USD 8,68
35. Tellado, Carlos Alberto USD 8,63

36. Bengolea, Julián Alejandro USD 8,45
37. Ferrero, Guillermo Héctor USD 8,30
38. Zacchini, Néstor Dante USD 8,18
39. Bendinelli, Enio USD 8,17
40. Allende, Fernando Luis USD 7,90
41. Tizado, Javier Osvaldo USD 7,88
42. Fernández, Daniela Ivana USD 7,65
43. Micheli, Ricardo Jorge USD 7,41
44. Tenuy, Carlos Alberto USD 7,40
45. Zucchini, Osvaldo Humberto USD 7,12
46. McEwan, Carlos Andrés USD 7,03
47. Mindlin, Marcos Marcelo USD 7,02
48. Abaide, Oscar Alejandro USD 6,92
49. Sansuste, Fernando Andrés USD 6,68
50. Aldazábal, Juan José USD 6,66
51. Fávaga, Facundo USD 6,63
52. Fernández, Leonardo Javier USD 6,42
53. Lanzillotta, Gustavo Carlos USD 6,33
54. Braun Peña, Alejandro Jaime USD 6,23
55. Tophaine, Miguel USD 6,05
56. Peyt, Carlos Francisco USD 5,97
57. Marchetti, Roberto USD 5,95
58. Romero, Benjamín Gabriel USD 5,94
59. Sutton Dabbah, David USD 5,91
60. Blaquier, Santiago USD 5,89
61. Chouhy Oria, Mariano Miguel USD 5,76
62. Cosentino, Juan Ernesto USD 5,74
63. Pulenta, Federico USD 5,51
64. Pla, Marisa Liliana USD 5,45
65. Victorino Piano, Alfredo USD 5,39
66. Almarza, Alejandro USD 5,38
67. Majdalani, Héctor Juan USD 5,28
68. Sánchez Caballero, Horacio Alberto M. USD 5,27
69. Roca, Guillermo Pablo USD 5,23
70. Mayorga, Francisco Alberto USD 5,06
71. Torres, Ricardo Alejandro USD 5,05
72. Notz, Isabelle Beatrice Marie Nicole USD 5,04
73. Medinger, Matías Alejandro USD 5,02
74. Sutton Dabbah, Israel USD 5,01
75. Alinati, Daniel A. USD 4,92
76. Elsztain, Eduardo Sergio USD 4,90
77. Sutton Dabbah, Salomón USD 4,85
78. Estrada, Alejandro Manuel USD 4,79
79. Clavero, Rosa Inés USD 4,72
80. Cabanillas, Lucas Francisco USD 4,72
81. Benedicto, Ricardo Oscar USD 4,69
82. Fraga, Jorge Marcelo USD 4,69
83. Huergo, Federico USD 4,64
84. Salaber, Juan Sebastián USD 4,58
85. Pulenta, Silvia Susana USD 4,47
86. Rodríguez, Ricardo Aníbal USD 4,45
87. Bobbio, Marcos Alberto USD 4,30
88. Pardo, Miguel Ángel USD 4,29
89. Vejo, Javier F. Salustiano USD 4,27
90. Migrens, Pablo Hernán USD 4,27
91. Messi, Guido Luis USD 4,21
92. Madheou, Alejandro USD 4,21
93. Espósito, Rubén USD 4,17
94. Resconi, Raúl Ricardo USD 4,10

95. Ick, Néstor Carlos USD 4,09
96. D'Alessio, Alfredo Raúl USD 4,08
97. Vigil, María del Rosario USD 4,06
98. Peralta, Pablo Bernardo USD 4,03
99. Relats, Juan Carlos USD 4,02
100. Devoto, Marcelo Hernán USD 3,99

Seguidamente, se adjunta el listado conteniendo las 100 empresas que más dólares compraron bajo el código «atesoramiento» del mercado único de cambios. Las compras fueron en pesos, convertidas a un tipo de cambio de 4,30 pesos por unidad.

LAS 100 PRINCIPALES EMPRESAS QUE COMPRARON DÓLARES PARA ATESORAMIENTO, MONTOS EN MILLONES DE DÓLARES

1. AES Argentina Generación Sociedad Anónima USD 19,39
2. Boldt Gaming SA USD 19,38
3. Fratelli Branca Destilerías Sociedad Anónima USD 19,36
4. Siderar SAIC USD 19,36
5. Finning Soluciones Mineras SA USD 19,36
6. Tarjeta Naranja SA USD 19,36
7. Central Piedra Buena SA USD 19,33
8. Merrill Lynch Argentina Sociedad Anónima USD 19,33
9. Santander Río Sociedad de Bolsa SA USD 19,33
10. Cerro Vanguardia Sociedad Anónima USD 19,31
11. Autopistas Del Sol SA USD 19,15
12. Bayer Sociedad Anónima USD 19,14
13. Amx Argentina Sociedad Anónima USD 19,12
14. La Plata Cogeneración SA USD 19,08
15. Liberty Art SA USD 19,00
16. Wintershall Energía Sociedad Anónima USD 18,94
17. Arcor SAIC USD 18,91
18. Western Union Financial Services Argentina SRL USD 18,88
19. Abbott Laboratories Argentina SA USD 18,73
20. Emerson Argentina SA USD 18,44
21. Mapfre Argentina Seguros SA USD 18,41
22. Hidroeléctrica Piedra del Águila SA USD 18,30
23. Boston Compañía Argentina de Seguros SA USD 17,99
24. Total Austral SA Sucursal Argentina USD 17,52
25. HSBC La Buenos Aires Seguros SA USD 17,46
26. Terminales Río de la Plata SA USD 17,46
27. Copetro Trading SRL USD 17,46
28. Jumbo Retail Argentina Sociedad Anónima USD 17,42
29. Raymond James Arg. Sociedad de Bolsa SA USD 17,40
30. LDC Argentina SA USD 17,31
31. Tecpetrol SA USD 17,15
32. Mapfre Argentina ART SA USD 17,05
33. Alto Paraná SA USD 16,94
34. American Express Argentina SA USD 16,93
35. Prevención ART SA USD 16,75
36. Metlife Servicios SA USD 16,60
37. Aceitera General Deheza SA USD 16,59
38. Central Puerto SA USD 16,55
39. Productos de Maíz Sociedad Anónima USD 16,43
40. ACE Seguros SA USD 16,20

41. Fox Sports Latin America SA USD 16,92
42. Cencosud SA USD 16,01
43. MetLife Seguros Sociedad Anónima USD 15,86
44. Edenor SA USD 15,68
45. Hipódromo Argentino de Palermo SA USD 15,60
46. Telecentro SA USD 15,56
47. Agroservicios Pampeanos SA USD 15,55
48. Galeno Argentina Sociedad Anónima USD 15,48
49. Colgate Palmolive Argentina SA USD 15,42
50. Central Térmica Güemes SA USD 15,30
51. Fénix Bursátil Sociedad de Bolsa SA USD 15,29
52. Instituto de Seguros Sociedad Anónima USD 15,25
53. Unilan Trelew SA USD 15,17
54. Roemmers SAICF USD 15,12
55. Hidroeléctrica Futaleufú SA USD 15,10
56. First Data Cono Sur SRL USD 15,09
57. Niza Sociedad Anónima USD 15,08
58. Centrales Térmicas Mendoza SA USD 15,05
59. Petroquímica Cuyo SAIC USD 14,89
60. Allianz Argentina Compañía de Seguros SA USD 14,67
61. Aluar Aluminio Argentino SAIC USD 14,63
62. Mo[illegible] Argentina SA USD 14,59
63. Caja de Previsión Social para Agrimensores, Arquitectos, Ingenieros y Técnicos de la Provincia de Buenos Aires USD 14,37
64. Mercadolibre SRL USD 14,37
65. Puente Hnos. Sociedad de Bolsa SA USD 14,26
66. Qbe Argentina ART SA USD 14,12
67. Exolgan Sociedad Anónima USD 13,94
68. Sancor Cooperativa de Seguros Limitada USD 13,89
69. SA La Nación USD 13,88
70. Osde Organización de Servicios Directos Empresarios USD 13,80
71. Cnp Assurances Cía. de Seguros SA USD 13,77
72. Vi[illegible]co Sociedad Anónima USD 13,72
73. Raghsa Sociedad Anónima USD 13,70
74. HSBC New York Life Seguros de Retiro (Argentina) SA USD 13,68
75. Industrial Valores Sociedad de Bolsa SA USD 13,67
76. Petrolera Tdf Company SRL USD 13,65
77. Cía de Seguros La Mercantil Andina SA USD 13,63
78. Oversafe Seguros de Retiro SA USD 13,62
79. Capex SA USD 13,61
80. Galeno Art SA USD 13,60
81. Bbva Consolidar Seguros SA USD 13,60
82. ADT Security Services SA USD 13,59
83. Alto Palermo Sa USD 13,59
84. Fondo de Garantía de los Depósitos USD 13,52
85. Compañías Asociadas Petroleras SA USD 13,44
86. Compañía de Transporte de Energía Eléctrica en Alta Tensión Transener SA USD 13,41
87. Agco Capital Argentina SA USD 13,36
88. Bagley Argentina SA USD 13,32
89. HSBC New York Life Seguros de Vida (Argentina) Sociedad Anónima USD 13,25
90. Maraustralis SA USD 13,23
91. Kimbell SA USD 13,23
92. Prudential Seguros SA USD 13,23
93. La Holando Sudamericana Compañía de Seguros SA USD 13,22
94. Aeropuertos Argentina 2000 SA USD 12,99
95. San Antonio Internacional SRL USD 12,93
96. Industrias Juan F. Secco SA USD 12,82
97. Creativ SRL USD 12,76
98. Hidrovía SA USD 12,74

99. Central Térmica Loma de la Lata SA USD 12,69

100. BGH SA USD 12,16

1 www.federalreserve.gov/boarddocs/rptcongress/counterfeit/counterfeit2006.pdf.

2 El señoreaje es la utilidad que percibe la autoridad que emite papel moneda.

3 El señoreaje ascendió a 29.000 millones de dólares en 2005, equivalente a casi todos los ingresos netos de la Reserva Federal de ese año. De esa suma, 21.000 millones de dólares fueron remitidos al Tesoro de Estados Unidos. Ibíd., Introducción, pág. 5.

4 www.secretservice.gov/investigations.shtml.

5 Desde fines de 2008 la banca central estadounidense no ha detenido su frenética emisión de dólares. El Quantitative Easing, como se denomina la ronda de impresión de billetes por parte de la FED, tuvo tres episodios. El primero comenzó en los últimos meses de 2008 y representó una expansión equivalente al impactante 90 por ciento de la base monetaria para comprar los denominados «activos tóxicos» del sector privado (créditos subprime y otros instrumentos financieros respaldados por hipotecas). El segundo, implementado en 2011, fue equivalente al 30 por ciento de la base monetaria, ya ampliada por la ronda anterior, para comprar bonos del Tesoro de Estados Unidos. En 2012 hubo otra ronda de emisión.

6 En un encuentro bilateral con el presidente Barack Obama, en Washington, el 9 de abril de 2012, Dilma Rousseff criticó a Estados Unidos por propiciar una guerra de divisas al mantener tasas de interés muy bajas y un dólar débil con el objeto de aumentar sus exportaciones y así apuntalar su débil crecimiento económico interno, lo cual provoca un intenso flujo de dólares a Brasil y otras economías emergentes, con sus consecuentes presiones inflacionarias y revaluación del real.

7 El Tratado de Versalles fue un tratado de paz firmado al final de la Primera Guerra Mundial que oficialmente puso fin al estado de guerra entre Alemania y los Países Aliados. Entre otras reparaciones económicas a la Alemania derrotada se le exigió el pago de 132.000 millones de marcos-oro alemanes (para aquella época 31.400 millones de dólares o 6.600 millones de libras esterlinas), lo que equivale aproximadamente a 400.000 millones de dólares estadounidenses a fecha del 2010, una suma que Alemania no podía pagar ya que significaba más que sus reservas internacionales, causa de la posterior hiperinflación.

8 «The Use and Counterfeiting of United Status Currency Abroad», págs. 15 y 16.

9 Ibíd., págs. 1 y 2.

10 *RFE/RL Newsline* publicó el 6 de agosto de 1991: «US Ambassador to the USSR Jack Matlock appeared on Vremya August 5 to reassure viewers that the older series of $50 and $100 bills were still legal tender. It appears that some Soviet citizens holding US banknotes were worried by the issue of new notes in these denominations designed to thwart counterfeiters».

11 Ibíd., págs. 19 y 20.

12 Elaboración propia sobre la base de estadísticas del informe «The Use and Counterfeiting of United Status Currency Abroad».

13 Elaboración propia sobre la base de la estimación de que el señoreaje ascendió a 29.000 millones de dólares en 2005 por los 450 mil millones de dólares en billetes en circulación fuera de Estados Unidos, según el Departamento del Tesoro, la Fed y el Servicio Secreto, en el informe mencionado.

14 La inflación anual media de la región en los casi cuarenta años que cubre el período 1970-2008 fue de 15,4 por ciento. La inflación más alta se registró en 1990, con un promedio anual de 72,8 por ciento. *Cuaderno Estadístico*, nº 37, «América Latina y el Caribe: Series históricas de estadísticas económicas, 1950-2008», de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

15 Información proporcionada por operadores del sistema financiero.

16 Reportaje a Héctor Valle por David Cufré, *Página/12*, 24 de mayo de 2012.

17 Rogoff, Kenneth, Carmen Reinhart, *Ocho siglos de crisis financieras. Historia mundial de los defaults,* H. Garetto Editor, Buenos Aires, 2009.

18 Cepal, *op. cit.*, cuadro estadístico «América Latina y el Caribe, Indices de Precios al Consumidor, 1970-2008». Variación anual de los índices de precios al consumidor: promedio anual. www.eclac.cl/deype/cuaderno37/esp/index.htm.

19 Estanislao Malic y Andrés Asiain, «El dólar ¿la mejor opción para el ahorrista?», Cátedra Nacional de Economía Arturo Jauretche.

20 Informe económico semanal «La demanda de Activos Externos en Argentina», *Econométrica*, 23 mayo de 2012.

21 «Lunch with the FT: Paul Krugman», por Martín Wolf, *Financial Times*, 26 de mayo 2012. Textual de Krugman: «Credibility sounds great, but the evidence that anti-inflationary credibility es actually an important thing in the real world is basically nil».

22 Tema desarrollado en el capítulo 4 «La inflación».

23 www.worldwidecostofliving.com.

24 www.mercer.com/articles/cost-of-living-2011

25 icsc.un.org/secretariat/cold.asp?include=rpi.

26 Informe reservado del Banco Central de análisis de la dinámica de variables clave en relación con la competitividad del tipo de cambio.

27 Ana Castellani, *Estado, empresas y empresarios. La construcción de ámbitos privilegiados de acumulación entre 1966 y 1989*, Prometeo, Buenos Aires. El capítulo 8 «El Estado y la burguesía» se ocupa del tema.

28 Con fecha 8 de junio de 2010 se emitió la Comunicación «A» 5085 del BCRA que reordenó y modificó parcialmente las disposiciones generales en materia de acceso al mercado de cambios de residentes para la formación de activos externos y locales.

29 El Programa de Consultas de Operaciones Cambiarias que implementó la AFIP con la Resolución 3210 aclara que efectúa «evaluaciones sistémicas» sobre los datos ingresados para emitir una respuesta de acuerdo con la información obrante en sus bases de datos.

30 La estructura de la demanda bruta de billetes a lo largo de 2011 fue la siguiente: las personas físicas o jurídicas con compras mensuales por el equivalente de hasta 1.000 dólares representaron el 6% del total; otro 26% representaron las compras entre 1.000 y 5.000 dólares, un 13% entre 5.000 y 10.000 dólares, un 24% entre 10.000 y 50.000 dólares, un 8% entre 50.000 y 100.000 dólares, un 17% entre 100.000 y 1 millón de dólares y un 6% con compras mensuales superiores a 1 millón de dólares. Alrededor del 96% de los billetes demandados fueron dólares estadounidenses, seguidos por euros con el 3% del total. «Evolución del Mercado Único y Libre de Cambios y el Balance Cambiario», cuarto trimestre de 2011, BCRA.

31 En el acumulado de 2011, la demanda neta de activos externos de libre disponibilidad del sector privado no financiero totalizó 22.654 millones de dólares. La mayor parte estuvo explicada por las compras netas de billetes en moneda extranjera que totalizaron 18.602 millones. Informe del BCRA.

32 Elaboración propia sobre la base de las cifras de Eduardo Basualdo y Matías Kulfas publicadas en el Informe de la primera minoría de la Comisión Especial Investigadora sobre Hechos Ilícitos Vinculados con el Lavado de Dinero (agosto de 2001), *Fuga de divisas en la Argentina*, FLACSO-Siglo XXI Editores, pág. 21.

33 Ibíd., pág. 22.

34 Ibíd., pág. 23. Comisión Especial Investigadora sobre Fugas de Divisas, HCDN, y Eduardo Basualdo y Matías Kulfas «Fuga de capitales y endeudamiento externo en la Argentina», *Realidad Económica*, nº 173, Buenos Aires, agosto de 2000.

35 Elaboración propia sobre la base de los informes anuales «Evolución del Mercado Único y Libre de Cambios y el Balance Cambiario», BCRA, 2005 a 2011.

36 PBI: 435.179 millones de dólares, FMI World Economic Outlook Database, 2011.

37 Formación neta de activos privados de libre disponibilidad (en millones de dólares).

[illegible]	2011
[illegible]	2010
[illegible]	2009
[illegible]	2008
[illegible]	2007
[illegible]	2006
[illegible]	2005
[illegible]	2004

Fuente: Elaboración propia sobre la base de los informes anuales «Evolución del Mercado Único y Libre de Cambios y el Balance Cambiario», BCRA, 2005 a 2011.

38 «El dólar ya no sirve como reserva», Joseph Stiglitz, artículo publicado en *Clarín*, 23 de noviembre de 2008.

39 «Reform the Internacional Monetary System», www.pbc.gov.cn/publish/english/956/index.html.

40 Ibíd.

41 «La Era Brics» por Raúl Zibechi, suplemento económico Cash de *Página/12*, 8 de abril de 2012.

42 www.gold.org.

43 Roque Fernández y Pedro Pou, ambos provenían del Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA), el más ortodoxo de los centros de estudios de la economía.

44 www.bls.gov/data/inflation_calculator.htm.

45 Gaggero, Jorge, Romina Kupelian y María Agustina Zelada, «La fuga de capitales II. Argentina en el escenario global (2002-2009)», *Documento de Trabajo*, nº 29, julio de 2010, Centro de Economía y Finanzas para el Desarrollo de la Argentina (Cefid-Ar).

46 El 16 de abril de 2012 la Justicia trabó un embargo preventivo e inhibición general de bienes de Bunge por un monto de 250 millones de pesos para resguardar la acreencia fiscal pretendida por la AFIP. En 2006 y 2007 la multinacional había valuado sus operaciones de exportación al precio pactado con el intermediario en Uruguay, en lugar de utilizar la cotización en el mercado del día de la carga de la mercadería. De esta manera, incumplió con las disposiciones contenidas en la Ley de Impuesto a las Ganancias, a través de la triangulación con Uruguay.

47 Informe presentado por Ricardo Echegaray, titular de la AFIP, en la 2ª Expo-Despachante, organizada por el Centro de Despachantes de Aduanas, en el Centro de Convenciones de la Universidad Católica Argentina, 15 de septiembre de 2010.

48 Gaggero, Kupelian y Zelada, *op. cit.*, pág. 37.

49 «Illicit Financial Flows from Developing Countries Over the Decade Ending 2009», GIF, diciembre de 2011.

50 Ibíd., pág. 40.

51 Raymond Baker, «Capitalism's Achilles Heel. Dirty Money and How to Renew the Free-Market System».

CUATRO
Las estadísticas

Primero, una definición: «Estadística es un grupo de técnicas o metodologías que se desarrollaron para la recopilación, presentación y análisis de los datos». (1)

Segundo, el objetivo: Proporcionar a los organismos públicos y privados información cuantitativa básica de interés general, necesaria para investigación, formulación de políticas y programas y toma de decisiones relativas al desarrollo social, económico, medio ambiental, científico y tecnológico del país.

Tercero, la política: Los gobiernos están convencidos de que los índices estadísticos son exámenes implacables sobre su gestión, cuando la realidad es un poco más piadosa.

Cuarto, dos chistes:

1. Las estadísticas son como la bikini, ocultan lo más importante.
2. Es una ciencia que sirve para demostrar que dos personas han comido medio pollo cada una, cuando en realidad una ha comido uno y otra, ninguno.

Quinto, una descripción: Las estadísticas son a un político lo que un farol a un borracho; lo importante no es que ilumine, sino que sirva de apoyo.

Sexto, una sentencia: «Hay tres clases de falsedades: las mentiras, las mentiras detestables y las estadísticas». (2)

Las estadísticas en la economía son, ante todo, una herramienta técnica que permite obtener información para realizar una mejor administración. Desde los comienzos de la civilización han existido formas sencillas de estadísticas.

Hacia los años 3000 a.C., los babilonios usaban pequeñas tablitas de arcilla para recopilar datos tabulados sobre la producción agrícola.

Los egipcios analizaban los datos de la población y la renta del país mucho antes de construir las pirámides.

En China existen registros numéricos similares con anterioridad al año 2000 a.C.

Los griegos realizaban censos cuya información se utilizaba para cobrar impuestos hacia el 594 a.C.

A través de la historia ha quedado registrada la utilización de la estadística por diferentes civilizaciones hasta que en 1662 apareció el primer estudio estadístico notable de población. El demógrafo inglés John Graunt escribió el libro *Natural and Political Observations Made upon the Bills of Mortality*. Utilizó los datos de tasas de mortalidad de Londres para intentar crear un sistema para avisar de la aparición y propagación de la peste bubónica en la ciudad. Aunque nunca se llegó a desarrollar, el trabajo de Graunt dio lugar a la primera estimación de un censo poblacional. Fue un esfuerzo innovador en el análisis estadístico.

La elaboración de estadísticas fue avanzando hasta que en las primeras décadas de 1800 se desarrollaron dos conceptos matemáticos fundamentales para la teoría Estadística: la de los errores de observación, aportada por Laplace y Gauss; y la de los mínimos cuadrados presentada por Laplace, Gauss y Legendre. (3)

La Estadística alcanza fundamentos científicos en la década del 30 del siglo pasado a partir de la complejidad planteada por la sociedad industrial que demandaba información seriada y metódica, y al mismo tiempo que se desarrollaban las matemáticas.

El largo recorrido de las estadísticas en la historia de la humanidad permite relativizar su importancia teniendo en cuenta los debates turbulentos que la tienen como protagonista en la economía argentina.

La confiabilidad de la producción estadística es muy importante. La carencia de esa virtud, de todos modos, no impide el desarrollo económico ni la gestión de gobierno.

La intervención de los gobiernos kirchneristas en el Indec ha provocado una polémica de proporciones, con impacto práctico y simbólico sobre la credibilidad de las estadísticas oficiales. Una de las leyes de Murphy es la Ley de Irene. Dice: «No existe un modo acertado de hacer algo equivocado». Se aplica a la gestión kirchnerista en el Indec.

El kirchnerismo ha incorporado la crisis del Indec como un elemento negativo para el despliegue de su tarea de gobierno, factor que ha intentado neutralizar con escaso éxito en términos simbólicos, aunque sí en el frente político-electoral.

La oposición política empezó a difundir mensualmente un índice de precios del promedio elaborado por consultoras económicas.

El FMI ha dispuesto una aclaración particular sobre las estadísticas argentinas en sus documentos, (4) asterisco discriminatorio que no aplica a ningún otro país miembro.

Las universidades nacionales de Buenos Aires, Tres de Febrero,

Mar del Plata, Rosario y Tucumán integraron el Consejo Académico de Estudio y Seguimiento del Indec, creado por decreto 927/2009 con el objetivo de elaborar un informe sobre el organismo. El trabajo que realizaron durante casi un año tiene una conclusión negativa sobre el Índice de Precios al Consumidor y el funcionamiento interno del organismo estadístico.

El Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) junto a seis institutos de estudios e investigaciones públicos y privados, y los economistas de la UBA reunidos en el Plan Fénix, realizaron observaciones críticas sobre el Indec.

El impacto simbólico de esta crisis ha sido mucho más fuerte en la opinión pública que el supuesto durante bastante tiempo sobre la afectación en la legitimidad política del kirchnerismo. El resultado de las elecciones presidenciales de 2011, como también el apoyo mayoritario de los sectores populares al gobierno, expone el carácter relativo de las estadísticas. En Argentina, como en cualquier otro país.

Hubo varios intentos oficiales para encauzar la crisis del Indec, ninguno con éxito. Avanzó en un acuerdo técnico con el FMI para elaborar un nuevo índice de nacional de precios, sobre la base de una renovada encuesta de gasto de hogares. (5) En este tema, el gobierno ha caído en la trampa de ganar tiempo de la mano del FMI. Se sabe que el Fondo se muestra inicialmente como un grupo de técnicos amable dispuesto a colaborar, en este caso con asesoramiento técnico para mejorar las estadísticas, para convertirse finalmente en un grupo de lobby del sector financiero.

Los motivos que impulsaron la reorganización del Indec fueron presentados por la conducción del organismo el 13 de julio de 2009 a través de un comunicado al personal del Instituto, dos años y medio después de efectuados los primeros cambios. Demasiado tiempo pasó para empezar a explicar.

Una de las irregularidades detectadas fue que los diarios de mayor circulación anticipaban el resultado del IPC, aun cuando no se había iniciado la captación estadística de ningún precio. Denuncia que en múltiples oportunidades se brindó información de carácter confidencial, con distinto grado de desagregación, a terceros no integrantes del Sistema Estadístico Nacional, incluidas consultoras privadas, sin mediar acto administrativo que lo autorizara. La importancia de esa información residía en las expectativas generadas sobre los resultados del Índice de Precios al Consumidor,

> […] que como es bien sabido inciden sobre el CER, que ajusta la deuda pública. (6)

Banqueros, corredores de bolsa y economistas vinculados a las

finanzas están convencidos de que los cambios en el Indec fueron provocados por el gobierno para pagar menos deuda, al subestimar el CER. La conducción del Indec piensa lo opuesto. Dice que antes se sobreestimaba la inflación (CER) en beneficio de los tenedores de bonos de deuda indexada.

El economista Miguel Bein estimó que el supuesto ajuste menor del CER significó el «ahorro» en términos de stocks de deuda de 78 mil millones de pesos, unos 19.500 millones de dólares, en el período 2007-julio 2010, comparando el IPC Indec con el IPC armado por su consultora. (7) Los cálculos privados varían según el índice que cada uno emplea. Un informe del Banco Ciudad, conducido por el economista del macrismo Federico Sturzenegger, elevó ese «ahorro» a 26.500 millones de dólares hasta fines de 2010. (8) Para los financistas, en 2011 y 2012 también hubo «ahorro» en el pago de la deuda por la menor variación del CER.

Son cálculos discutibles porque consideran que el viejo IPC era el correcto, y estaba bien elaborado. En el comunicado de defensa de su actuación, la conducción del Indec observó varias irregularidades en el viejo IPC Indec, entre ellas que para elaborar las variaciones correspondientes a la variedad Servicio Doméstico, en lugar de confeccionar una muestra representativa, se había homologado un listado de personas con desempeño laboral en el Ministerio de Economía y en el Indec, alguna de ellas con rango de directora, incluyendo familiares. Estas situaciones llegaron al extremo de incluir respuestas de personas que no disponían de servicios de personal doméstico.

> Estas decisiones violan las buenas prácticas en materia de estadística oficial y entran en colisión con cualquier norma ética. Todo esto se agrava al tomar en cuenta que la ponderación asignada a la variedad servicio doméstico era superior a la del pan fresco. (9)

Auditorías realizadas hasta fines de enero de 2007 mostraron que en indicadores relacionados con variaciones de precios en turismo se obvió tomar en cuenta información exhaustiva generada por el mismo Indec, tal como la Encuesta de Ocupación Hotelera elaborada por el propio organismo en conjunto con la Secretaría de Turismo de la Nación. Se cometían errores metodológicos que implicaban variaciones de precios que no reflejaban la realidad, en tanto no se hacían ajustes por «cambios de calidad». Por ejemplo, cuando se reemplazaba un auto base por un modelo full, donde las variaciones no responden a cambios de precios sino de prestaciones.

Las 818 variedades que medía el IPC GBA base 1999 fueron seleccionadas en plena etapa de convertibilidad, reflejando los consumos de bienes importados de alta gama. Con el tipo de

cambio fijo, esos productos «amesetaban» el índice. Las autoridades del Indec explicaron que los sectores de bajos recursos no podían acceder a esos consumos, dañando la representatividad del indicador. Aquella selección de variedades —como rosas de Ecuador, la castración del gato, los viajes a Cancún, Miami, Río de Janeiro, whisky importado, café en grano, entre otros— era complementada con una selección de locales en barrios habitados por personas con alta capacidad de consumo, donde las características de la demanda tiende a convalidar mayores incrementos de precios. En Liniers, Villa Lugano y Mataderos, así como en otras zonas con gran cantidad de habitantes no se tomaban precios en locales como carnicerías, verdulerías.

El viejo IPC no actualizaba las variedades con vistas a reflejar el verdadero consumo de la población, pese a que la Metodología así lo establecía: por caso, a partir de la entrada en vigencia de la Ley de Genéricos no fue actualizado el listado de medicamentos, aun cuando esta información se encontraba disponible en el Ministerio de Salud de la Nación; tampoco se sustituyeron los destinos turísticos nacionales —pese a contar con esta información en el propio Instituto—, ni se excluyeron destinos internacionales pese a la salida de la convertibilidad, entre tantos otros casos.
Ese Índice no era, entonces, representativo de toda la población del área —tal como lo establece la metodología—, sino principalmente de los sectores de consumo alto y medio alto. (10)

En mayo de 2008 se presentó el nuevo IPC. La anterior canasta de bienes y servicios incluía 818 variedades; la nueva, 440. La explicación oficial fue que la media histórica en Argentina osciló entre 400 y 500 productos, mientras que en la convertibilidad se llegó a 818 para incluir bienes importados cuyos precios eran más bajos que los de producción local. En 1988, antes de las modificaciones de los 90, eran 557 ítems. Para el nuevo IPC se actualizó la base con los datos surgidos de la encuesta de gastos de los hogares, realizada en 2004-2005. (11)

La crisis del Indec puso bajo tensión todo el sistema nacional de estadísticas públicas. La discusión sobre la metodología mudó al cuestionamiento sobre la imputación de precios en cada una de las variedades relevadas. La información oficial del Indec no sólo logró que sea cuestionada con el comentario de que no refleja «la realidad», sino que cada una de sus estadísticas se convirtió en terreno fértil de intensas disputas políticas.

Ahora bien, que haya habido inconsistencias técnicas, tráfico de información y utilización política y comercial de información estadística del Indec, no convalida construir un nuevo índice de precios sin reunir mínimos consensos metodológicos de especialistas de diferentes vertientes ideológicas.

Las principales observaciones técnicas fueron realizadas por las

universidades que integraron el Consejo Académico de Evaluación y Seguimiento del Indec. Luego de estudiar la situación, emitió un informe en el que consignaron una serie de procedimientos que, según evaluaron, afecta la calidad y la credibilidad del Índice de Precios al Consumidor. Entre las principales indicaciones figuran:

- una fuerte reducción en la cantidad y variedad de productos computados,
- tomar en cuenta precios informados por organismos públicos en lugar de los relevados en los comercios, y
- una reducción en el número de locales en los cuales se relevan los precios.

Uno de los argumentos más serios de los problemas del IPC queda en evidencia cuando se analiza la fenomenal variación del salario real que quedó determinada deflactando la serie de salario nominal del Indec por el IPC del Indec. El salario real registró así un aumento muy fuerte y se volvió insensible al ciclo económico, lo que contradice la evidencia empírica.

El Fondo Monetario Internacional reclamó que el Indec vuelva a informar precios promedio en sus reportes, y las observaciones críticas fueron por cambios metodológicos, entre ellos:

- los vinculados con las ponderaciones en la canasta de consumo,
- el peso que tienen en el índice los distintos productos a la hora de medir las variaciones de precios,
- la elaboración de canastas estacionales, y
- la modificación de los ítems medidos de acuerdo con su estacionalidad.

Todas las observaciones críticas tuvieron un origen en la metodología de elaboración del índice y la forma de capturar la información. Sin embargo, la puja alrededor de las estadísticas ha quedado en un ámbito complejo debido a que expresa intereses de factores de poder que confluyen tras otros objetivos, que no involucran la recuperación de credibilidad del sistema nacional de estadísticas.

La pérdida de credibilidad del Indec ha derivado en que analistas y gran parte de los medios de comunicación tributen legitimidad a estadísticas elaboradas por fundaciones ortodoxas y consultores de la city, alimentando así la confusión general. Las cifras que esos actores sociales difunden son aún más frágiles y sesgadas que las que se ofrecen a nivel oficial, pero adquieren

mayor legitimidad en el marco de las tensiones políticas desarrolladas alrededor del Indec.

Es poco probable que economistas especializados en pronósticos fallidos puedan elaborar estadísticas fiables teniendo en cuenta sus antecedentes. La tarea requiere de manuales de procedimientos rigurosos, marcos conceptuales y metodológicos consistentes y un equipo preparado y numeroso para realizar las encuestas. Ninguna de esas condiciones forma parte del capital de esas consultoras.

Por pedido de la Secretaría de Comercio Interior presentaron sus métodos de medición.

Dos consultoras, las de Miguel Kiguel y de Dante Sica, informaron que no llevan a cabo ningún tipo de encuesta o muestreo de precios. Realizan sus estimaciones utilizando una fórmula que computa la evolución de la emisión monetaria y el gasto público, un procedimiento que no tiene ninguna relación con la confección de un IPC.

Fiel informó que hace un muestreo de 90 productos en 150 locales de la Ciudad de Buenos Aires.

Ecolatina informó que mide 80 precios, en 120 comercios, de los cuales 80 están radicados en Capital Federal.

Orlando Ferreres y Asociados presentó la encuesta más pobre de todas las que se informaron. Sólo sigue la evolución de precios en supermercados de la Ciudad de Buenos Aires mediante llamados telefónicos. Prepara una canasta total de 70 bienes y servicios, de los que sólo 12 son alimentos.

La Consultora M&S, de Carlos Melconian y Rodolfo Santangelo, informó que realiza una encuesta mensual telefónica en 100 comercios de la Ciudad sobre 90 productos, un muestreo que, por reducido y concentrado, no tiene las características mínimas indispensables para ser considerado un índice de inflación (12).

El requerimiento oficial ha tenido la virtud de mostrar información que permite develar la debilidad de los indicadores privados. Esa virtud luego fue acompañada con el desatino de aplicarles multas por no brindar toda la información requerida o por considerar que sus indicadores pueden «llevar a engaño» a la población. Fueron sancionadas con 500 mil pesos por «deslealtad comercial». Un despropósito administrativo, recurrido por las consultoras ante la justicia, que desvió la atención de la fiabilidad de indicadores estadísticos hacia un debate sobre la libertad de expresión.

La Ley de Lealtad Económica es una norma que se aplica para la compraventa de bienes y servicios al público; no para regular la información pública que difunden agentes privados. En una

audiencia pública convocada por la oposición en Diputados, (13) el abogado Roberto Gargarella explicó que la Secretaría de Comercio puede sancionar un discurso comercial como una publicidad engañosa, pero no un discurso público.

Lo que hacen las consultoras forma parte del discurso público y político protegido por la Constitución. (14)

En forma involuntaria, ese comentario transparentó el papel que cumplen las consultoras: intervienen con sus indicadores en el discurso político, comportamiento que no es neutral, como se pretende presentar a las estadísticas.

Un esquema binario de análisis sobre la producción estadística desde 2007 ha definido:

- los índices oficiales de precios del Indec no tienen legitimidad social; las consultoras se han equivocado persistentemente en sus pronósticos,
- la credibilidad del sistema nacional de estadísticas está dañada por motivos técnicos, políticos y gremiales; gran parte de los economistas de la city realizan su tarea en función de los intereses del establishment,
- el Indec está transitando su peor crisis y cada acción oficial para tratar de mejorar la situación no logra resultados; varios de los denominados gurúes que circulan con frecuencia por los medios de comunicación trabajan para alguna fuerza política opositora,
- el Indec ha informado tarde y mal sobre los cambios metodológicos del IPC y no ha podido librarse de la sospecha sobre cómo imputa los precios de los bienes relevados; las consultoras encontraron un nuevo nicho de negocio y elaboran estimaciones de precios con escasa rigurosidad técnica y carencias materiales.

Estas sentencias se han reiterado durante estos años, en forma circular, sobre la producción de las estadísticas públicas. Es una situación que se ha instalado con la indudable responsabilidad primaria del Estado que debe proveer indicadores confiables.

La crisis con las estadísticas expresada inicialmente con el índice de precios al consumidor se extendió hacia otros indicadores oficiales, como el Producto Bruto Interno, aunque con menor intensidad. Puede ser que el menor ímpetu haya tenido que ver con que la supuesta sobreestimación del PBI beneficiaría a los financistas. La discusión sobre este indicador derivó en la especulación sobre pagos adicionales por el Cupón del PBI,

herramienta financiera dispuesta en la oferta presentada por Argentina a los acreedores en el canje de bonos en default. (15)

El conflicto se ha desarrollado de tal forma que ha terminado generando un vacío estadístico. Entre investigadores y usuarios de estadísticas no contaminados de la disputa político-gremial alrededor del Indec existe consenso de que el IPC no es representativo, pero los que se han ofrecido como sustitutos, menos. Esto generó una perturbación existencial para investigadores, economistas y usuarios de indicadores, necesitados de llenar ese vacío. Debido a que no existía una estadística creíble sobre precios apareció la desesperación por llenar esa carencia. (16) La existencia del vacío estadístico no es una idea de fácil aceptación por el mundo académico y de investigadores que utiliza las estadísticas como insumo relevante para sus trabajos. Pero en los hechos ese vacío existe.

Cuestionadas las estadísticas de precios del Indec, las que elaboran consultoras son aproximaciones, que adquirieron mayor legitimidad por dos razones:

1. La población, aquí como en otros países, piensa que los precios suben más que los indicados por los números oficiales.
2. La puja político-mediática ha determinado que los índices privados sean considerados válidos.

La situación quedó entonces en un marco complejo. Profesionales de diversas disciplinas científicas necesitaban estadísticas para sus investigaciones y no podían detener su trabajo por la crisis del sistema nacional de estadísticas. Elaboraron entonces indicadores alternativos. El aspecto sustancial que no aclararon era que los índices oficiales podían ser malos, pero los sustitutos podían ser peores. Aquellos con intenciones científicas buscaron llenar ese vacío estadístico con índices aproximados, por ejemplo el IPC-7 provincias. Este indicador no es representativo ni por alcance geográfico, poblacional ni de pauta de consumo general de la sociedad. Tiene la cualidad de que mantenía cierta correlación con el viejo IPC Indec. Sin embargo compararlo con el nuevo IPC es como mezclar peras con manzanas, práctica que profesores de estadísticas enseñan que no es correcto.

El vacío estadístico provoca ansiedad mediática, especulación política y agitación de investigadores. Buscan llenarlo entonces con indicadores privados. Cada uno tiene su motivación para ese comportamiento perturbador, pero no puede ocultarse que se trata de una elección política convalidar la producción estadística

de consultoras. Más aún cuando muchas de ellas no esconden sus bajos instintos. Quedaron expuestos en forma vulgar en expresiones de uno de los responsables de una de las agencias dedicadas a construir índices de precios, Buenos Aires City, Nicolás Salvatore. Escribió en su muro de Facebook (perfil público) el 26 de abril de 2010 a las 8:41:

> Este gobierno termina con el mundial, es motivo de celebración. la inflación es un fuego santo, purificador, que incendiará a todo el kirchnerismo en la hoguera. Brindo por Phi (inflación esperada) esperado!! Y no solo brindo, me voy a encargar, como todos los meses, de que Phi esperado sea alto, muy alto, recontraalto, como diría el finado Guido Di Tella. (17)

Esta declaración de intenciones tiene la virtud de la sinceridad, cualidad no imitada por el resto de sus colegas dedicados a difundir índices de precios.

Las estadísticas fueron depositadas en el altar de «la verdad» sobre una realidad que es mucho más compleja que cifras de indicadores. La distancia entre la tecnocracia de los números y la orientación de una política económica genera en la sociedad una percepción de engaño. Otras veces construye historias falsas.

Veamos dos casos de la historia política económica nacional.

El segundo gobierno de Juan Domingo Perón, desde el punto de vista de los agregados macroeconómicos más importantes, estuvo lejos de una situación de deterioro económico, como han difundido diferentes corrientes de historiadores. En 1953, el Producto creció 5,4 por ciento; en 1954, 4,4; y en 1955, 4,2 por ciento.

Otro caso similar fue el gobierno de Arturo Illia, que quedó caracterizado como lento e ineficiente, sin embargo las estadísticas de crecimiento del PBI revelan un período de bonanza. En 1964 subió 10,3 por ciento; en 1965, 9,1; y en 1966, ya débil a nivel político, registró un alza del 0,6 por ciento. (18)

La obsesión por las estadísticas termina en confusión. Es más importante el tipo de estrategia económica desarrollada que el índice resultante de la labor de encuestadores según una metodología determinada. Sobredimensionar la tarea y los informes de un organismo estadístico lleva a transitar un estrecho desfiladero analítico.

Las discusiones metodológicas son constantes en las instituciones encargadas de elaborar indicadores estadísticos. Debaten internamente y se actualizan según las convenciones alcanzadas a nivel internacional. Son cuestiones técnicas que tienen una presentación neutral. Pero no son neutrales. Según las ponderaciones (el peso relativo) asignadas a un sector o a otro (industria o servicios), o el esquema de captación de información

elegido (encuesta de campo o por declaración jurada), pueden sesgar hacia uno u otro sentido el resultado de un indicador estadístico. Por ese motivo, el activo principal de un organismo oficial de estadísticas es su credibilidad.

Los conflictos de los gobiernos con el Indec no son novedad en la historia económica argentina. La tentación de presionar al Instituto ha sido una constante, bajo dictadura militar o democracia, con políticas ortodoxas o heterodoxas.

Alfredo Martínez de Hoz no pudo frenar la debacle de la tablita cambiaria pese al plan de difundir un índice de precios «descarnado». Creó un indicador sin incluir el rubro Carne. En julio de 1979, la inflación se había vuelto imparable para el gobierno de facto y la carne estaba entre los principales productos impulsores al haber acumulado una suba anual de 300 por ciento. Martínez de Hoz lanzó entonces un índice de precios que no incluyera las carnes rojas ni sus preparados. El Indec también siguió publicando el índice de precios «con carne». Por ejemplo, en septiembre de 1979 difundió la inflación acumulada de los primeros ocho meses de ese año. Los precios minoristas habían subido 95,7 por ciento; el índice «descarnado», 85,8 por ciento. La publicidad del índice más bajo no tuvo mayor efecto porque, al coexistir los dos datos, los contratos se siguieron indexando sobre la base del indicador tradicional.

Domingo Cavallo no logró ocultar las consecuencias devastadoras en el empleo de la convertibilidad a pesar de los cuestionamientos que él y su equipo realizaban a las estadísticas de desocupación y pobreza del Indec. Juan José Llach, secretario de Programación Económica del ministro Cavallo durante el menemismo, definió la metodología oficial de medición de pobreza por insuficiencia de ingresos en 1993. En el marco del Comité Ejecutivo Para el Estudio de la Pobreza, decidió que el valor de la Canasta Básica Alimentaria no se calculara a partir de la observación de los precios medios de los productos que componen esa cesta teórica, sino que la actualización de su valor se realizara aplicando la variación de precios implícita surgida del IPC. Como en esos años se disminuía el valor de esa canasta al incorporar artículos importados en el IPC, el resultado era una subestimación en la magnitud de la pobreza.

Una estrategia similar implementó el ministro Roberto Lavagna en febrero de 2003 cuando decidió modificar el modo de calcular la pobreza, valorizando la Canasta Básica Alimentaria con precios más bajos que los utilizados por el Indec. El resultado fue espectacular: 2,8 millones de personas dejaron de ser pobres y 2,6 millones abandonaron la indigencia. Lavagna se fastidiaba porque

la línea de pobreza que medía el Indec —como es habitual en América latina— era elaborada con la media de los precios de cada componente de la canasta, en lugar de imputarle a cada ítem el precio más bajo encontrado en la recorrida de los encuestadores. El entonces ministro de Economía preparaba su propio indicador de pobreza con esa última metodología, que mostraba una realidad más amigable. Finalmente, le pidió la renuncia al director del Indec, Juan Carlos Del Bello.

Cuando Lavagna cuestionaba las estadísticas oficiales, economistas de la Facultad de Ciencias Económicas integrantes del Plan Fénix difundieron una declaración crítica. (19)

El problema de fondo, que gobiernos de distinto signo político no parecen resolver, es de carácter institucional: ¿qué hacer con el Indec?
El papel del Indec es muy importante, especialmente, en una sociedad democrática que quiere construir un futuro de prosperidad y equidad. La información estadística es un bien público y, en consecuencia, su provisión es una obligación ineludible del Estado. Por lo tanto, la calidad de las decisiones públicas y privadas depende, en buena medida, de la disponibilidad de información demográfica, económica y social confiable.
La credibilidad es el activo principal de un organismo de estadísticas. Ésta se apoya, a su vez, sobre la aplicación de criterios metodológicos estrictamente técnicos y sostenidos en el tiempo para asegurar la comparabilidad de las series de datos. Por eso, las metodologías de estimación estadísticas no pueden modificarse en función de las conveniencias políticas percibidas en cada momento ya que ello tiende a destruir la reputación del organismo de estadísticas.
Lamentablemente, los gobiernos suelen percibir al Indec como un molesto aguafiestas no invitado, en lugar de considerarlo como una institución fundamental que debería ser respetada por sus experiencias y saberes, y fortalecida en su capacidad de generación y análisis de la información estadística, especialmente de los problemas pendientes de solución como la pobreza y la desigualdad.

Uno de los principios de la Aplicación de los Principios Fundamentales de las Estadísticas Oficiales de Naciones Unidas, de la Comisión de Estadística, 35° período de sesiones, Informe del secretario general, 10 de diciembre de 2003, dice:

[…] las estadísticas oficiales constituyen un elemento indispensable en el sistema de información de una sociedad democrática y proporcionan al Gobierno, a la economía y al público datos acerca de la situación económica, demográfica, social y ambiental. Con este fin, los organismos oficiales de estadística han de compilar y facilitar en forma imparcial estadísticas oficiales de comprobada utilidad práctica para que los ciudadanos puedan ejercer su derecho a mantenerse informados. (20)

Con esta guía, el Centro de Estudios Legales y Sociales hizo una presentación ante las autoridades del Indec. (21) En el escrito cuestiona a la conducción de ese organismo por vedar el acceso a la información de las bases usuarias de la Encuesta de Gastos de los Hogares del año 2004-2005 y de la Encuesta Permanente de Hogares desde el segundo trimestre del 2007. En el mismo reclamo se le reconoce la potestad indelegable de entidad estatal responsables del sistema nacional de estadísticas públicas. Con el

acompañamiento de destacados centros de investigación (Ides, Ciepp, Cedla-Unlp, Udesa, Ceped, Área de Economía y Tecnología de Flacso), el Cels solicitó las bases usuarias de la Encuesta de Gastos de los Hogares, la Encuesta Permanente de Hogares y los criterios del organismo respecto del acceso y difusión de la información pública.

El pedido no se reduce al acceso a la información estadística existente, sino también que se resguarde el derecho al acceso a la información futura vinculada a los puntos solicitados que produzca el organismo.
La posibilidad de contar con la base de datos le otorga a cada investigador una amplia libertad, en función de los objetivos específicos e intereses de sus propios estudios, para desarrollar estimaciones diversas sin restricciones de ninguna índole y sin afectar la confidencialidad de los datos personales de los encuestados.
Es fundamental promover la calidad y difusión de la información estadística en sí, no obstante y sobre todo, porque ésta resulta base imprescindible e insoslayable para poder realizar investigaciones socioeconómicas y analizar exhaustivamente ciertas políticas públicas, en particular las políticas sociales. Esta información resulta de gran importancia para el mejoramiento de la capacidad de diagnósticos, evaluaciones de programas sociales y su rediseño. (22)

La conducción del organismo explicó que estaba elaborando el «Plan de Sistema», que establecería las reglas futuras de producción, difusión y acceso de la información estadística solicitada. El Cels reclamaba que no podían pensar en un proceso de transformación y modernización de la estructura social sin la garantía de provisión estatal de estadísticas confiables y fidedignas.

Para analizar la evolución de la distribución del ingreso se requiere de las cifras que surgen de la Encuesta Permanente de Hogares elaboradas por el Indec. Durante dos años se careció de esos datos por motivos técnicos y por funcionarios desplazados que pusieron obstáculos para el acceso a la base de información, disputas políticas, gremiales y personales, obstrucción informativa acerca de las razones de esa discontinuidad y exagerada morosidad en normalizar un área sensible. El extenso período de vacío estadístico dejó el camino libre para las interpretaciones más variadas sobre la tendencia que había adquirido la distribución del ingreso, variable clave en términos socioeconómico y político.

En este debate, el interés de economistas ortodoxos sobre ese tipo de indicadores fue peculiar porque más bien son ejecutores de políticas para agudizar la regresividad de los ingresos. En cambio, economistas identificados con la heterodoxia aseguraban que había empeorado la distribución, incluso afirmando que era peor que la registrada en la década del noventa. Esa sentencia ignoraba la orientación de una tendencia: empeoramiento durante el menemismo; recuperación desde 2003. Este análisis sólo pudo

ganar espacio en el debate público por el vacío estadístico creado por el Indec.

La base de la Encuesta Permanente de Hogares volvió a ser pública (la renovada y la anterior) y, por lo tanto, se pudo acceder a la información para estudiar con más rigurosidad la dinámica de la distribución del ingreso.

Por otra parte, con el IPC se genera una confusión al vincularlo directamente con la inflación. La confusión tiene su origen en la idea de que la canasta de consumo particular o de un determinado sector socioeconómico es la apropiada para todos. Así se va construyendo la brecha entre el indicador de inflación oficial y la percepción social de que los precios subieron más, distorsión que se registra en muchos países.

En Francia el índice de precios al consumidor no reúne adhesiones favorables en la población. Los franceses no les creen a los indicadores oficiales. Por ese motivo el Instituto de Estadísticas (Insee) confeccionó un programa para que vía Internet cada familia pueda elaborar la «inflación personal».

La misma respuesta brindó la oficina de estadísticas de Gran Bretaña para enfrentar idénticas quejas. Lanzó un servicio para que los ciudadanos puedan calcular cuánto les sube el costo de vida. (23)

En España pasa lo mismo y también en Alemania, donde se culpó al euro, en circulación desde 2002, por el alza de precios.

Existe una disociación entre la percepción del consumidor y lo que revelan los índices oficiales. Al margen del despropósito de un sector de la población que piensa que lo que les sucede a ellos constituye la «verdadera realidad», en la sociedad moderna ha habido sustanciales cambios en las pautas de consumo obligando a poner en revisión cómo elaborar el índice de precios al consumidor.

La segmentación de los mercados, la pronunciada concentración de ingresos que ha derivado en marcadas desigualdades en los hábitos de consumo, la dispersión de precios por zonas según nivel socioeconómico y la creciente diversidad de la oferta de bienes, en cantidad y calidad, plantean nuevos desafíos metodológicos. Para abordarlos con rigurosidad los estudiosos de las estadísticas debaten cómo mejorar la composición de la canasta de bienes y servicios, así como también las formas de captación de la información. No debería ser tabú cuestionar metodologías ni criticar la exagerada sensibilidad de técnicos resistentes a la discusión sobre cómo elaborar indicadores.

Los índices estadísticos son motivo de controversia en todos

lados, en países en desarrollo y en los desarrollados, como en Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, donde se supone que están ajenos a ese tipo de debates. La diferencia fundamental respecto al caso Indec es que, pese a ser cuestionados, no son motivo de tensiones políticas, y aún reúnen cierta aceptación social mínima para ser considerados de referencia, aunque cada vez son más discutidos por diversos analistas.

El politólogo conservador, ex asesor de Richard Nixon, Kevin Phillips realizó observaciones muy críticas a las estadísticas de Estados Unidos. (24) Ha objetado datos provistos oficialmente durante la administración de George W. Bush. Aseguró que en los años de ese gobierno el desempleo real en Estados Unidos se ha ubicado entre 9 y 12 por ciento, y no en el 5 por ciento proclamado; que la inflación ha oscilado entre 7 y 10 por ciento, y no en el 2 y 3 por ciento difundidos; y que el crecimiento económico real ha sido un magro 1 por ciento, y no el 4 por ciento informado.

Phillips todavía es más provocador. Afirma que la alteración de las estadísticas oficiales de Estados Unidos data de cincuenta años. Las recorre señalando algunos ejemplos.

John F. Kennedy inició los cambios en la medición del desempleo considerando a los despedidos en la industria del acero y el sector automotriz fuera de la tasa de desocupación, al incluirlos en la categoría «empleados desalentados».

Con Richard Nixon, el gobernador de la Reserva Federal, Arthur Burns, diseñó el «core inflation» (inflación núcleo), que excluyó los alimentos y la energía de la medición al considerar que esos precios tienen mucha volatilidad.

La administación de Ronald Reegan suprimió al rubro Vivienda del IPC e incluyó a los miembros de las Fuerzas Armadas como parte del mercado laboral para así disminuir la tasa de desocupación.

El Consejo de Asesores Económicos del gobierno de George Bush (padre) propuso el recálculo de la inflación mediante una mayor ponderación del rubro servicios y consumo, medidas implementadas por Bill Clinton.

El gobierno de Clinton aplicó tres ajustes al índice de precios: la «sustitución del producto» (la hamburguesa más barata sustituye a la carne), la «ponderación geométrica» (los bienes y servicios que aumentan rápidamente sus costos son consumidos en menor cantidad, por lo que son ponderados a la baja), y el «ajuste hedónico» (la mejor calidad de algunos productos y servicios se traduce en una reducción de su costo efectivo). Todo apuntó a obtener un índice de precio al consumidor más bajo.

Phillips no es el único que cuestiona las estadísticas de los Estados Unidos. El economista John Williams tiene su propio sitio de Internet, Shadow Government Statistics. Analysis Behind and Beyond Government Economic Reporting, (25) donde informa sobre la calidad insuficiente de las estadísticas estadounidenses, ofreciendo cifras recalculadas de índices de precios, de empleo y de producción, que difieren sustancialmente de las oficiales, siempre con resultados menos favorables a la información gubernamental. En su página web expone y analiza las fallas de las estadísticas elaboradas por dependencias públicas estadounidenses, señalando además que en varias ocasiones fueron manipuladas por diferentes gobiernos.

En marzo de 2012 el gobierno de Barack Obama saludó entusiasta la caída del desempleo al 8,2 por ciento. Williams escribió que no había nada para celebrar porque el desempleo estaba fuera de control, al considerar que una medición más precisa y más amplia lo ubicaría en 22 por ciento si se incluyera a personas desalentadas que dejaron de buscar empleo y a subempleados.

Las estadísticas son necesarias para acercarse a la comprensión de procesos socioeconómicos y son, ante todo, una herramienta técnica que permite obtener información para realizar una mejor administración. Índices sobre la evolución de variables importantes orientan sobre tendencias, pero no representan esa idea gaseosa, vaga, inasible, conocida como «la realidad». Ésta tiene suficientes matices que invitan a la prudencia para evitar sentencias categóricas a partir de una cifra obtenida de una encuesta realizada con una determinada metodología estadística.

La profunda brecha entre la percepción social y el cuadro de situación que expresan informes estadísticos tiene varios motivos, aunque uno se destaca: la riqueza global ha crecido, se ha agudizado la diferencia patrimonial entre un núcleo cada vez más reducido de favorecidos de la bonanza y el resto mayoritario excluido de gran parte de los beneficios. La desconfianza sobre las estadísticas tiene entonces su explicación con una de las definiciones presentadas al comienzo del capítulo: «Es una ciencia que sirve para demostrar que dos personas han comido medio pollo cada una, cuando en realidad una ha comido uno y la otra ninguno».

Mientras en Argentina el debate está concentrado en la credibilidad de la producción del Indec, a nivel mundial las estadísticas tal como las conocemos están siendo cuestionadas. En febrero de 2008, el presidente francés, Nicolas Sarkozy, convocó a los premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz y Amartya Sen para

dar respuesta a la insatisfacción general con la calidad de la información estadística sobre la economía y la sociedad. Coordinados por el economista Jean-Paul Fitoussi, integraron una comisión con otros 21 expertos de reconocimiento internacional para elaborar una serie de recomendaciones para mejorar las estadísticas públicas.

El 14 de septiembre de 2009 presentaron en la Universidad de la Sorbona el Informe de la Comisión sobre la medición del desarrollo económico y del progreso social. (26) El documento señala que la pérdida de confianza en las estadísticas oficiales es un fenómeno que atraviesa a muchos países.

Existe una diferencia pronunciada entre las mediciones habituales de las variables socioeconómicas, como el crecimiento, la inflación y el desempleo, entre otras, y las percepciones generalizadas de dichas realidades. En el informe se dice que «esta diferencia es tan importante y está tan generalizada que no sólo puede explicarse refiriéndose a la ilusión monetaria o la psicología humana». Este fenómeno influye en las modalidades del debate público sobre la situación de la economía y las políticas que se instrumentan.

El contenido de ese informe permite transitar un camino superador en el debate sobre la calidad del sistema nacional de estadísticas públicas en Argentina.

Stiglitz, Sen y Fitoussi detallaron el marco de referencia para entender qué está pasando con las estadísticas a nivel global. Una definición básica es que la información es un bien público, y cuanto más informada se encuentre la población, mejor podrá funcionar la sociedad.

El objetivo de ese grupo de expertos fue determinar los límites del Producto Interno Bruto como indicador de los resultados económicos del progreso social. Lo explicitaron con una idea sencilla: si las mediciones son defectuosas, las decisiones pueden ser incorrectas.

> Si las mediciones del desarrollo están falseadas, puede ocurrir lo mismo con las conclusiones que extraemos en materia de política económica. (27)

Afirmaron que el modo en que las estadísticas se publican o se utilizan puede dar una visión distorsionada de las tendencias económicas. Este punto remite en forma directa a la labor del Indec. Pero también a la responsabilidad de consultoras privadas que realizan mediciones de escasa rigurosidad técnica con legitimidad mediática.

El indicador del PBI no es erróneo en sí, sino que se emplea en forma errónea. Stiglitz, Sen y Fitoussi aconsejaron la necesidad de

comprender mejor el uso adecuado de cada instrumento de medición. La utilización equivocada refiere a considerar dicho dato como un índice del bienestar social. Por esa razón, aconsejaron desplazar el sistema de medición estadístico centrado en la producción hacia uno orientado hacia la medición del bienestar para obtener un indicador más pertinente del progreso social. Para ello propusieron invertir importantes recursos para poder relevar información cuantitativa fiable para elaborar estadísticas en ese sentido.

Los especialistas en estadísticas y los economistas saben que el PBI mide esencialmente la producción mercantil (expresada en unidades monetarias) y es como tal en donde radica su utilidad. Sin embargo, se lo ha usado con frecuencia como si se tratara de una medida del bienestar económico.

> La confusión entre estas dos nociones corre el riesgo de dar como resultado indicaciones engañosas en cuanto al nivel de satisfacción de la población y provocar decisiones políticas incorrectas. (28)

La necesidad de realizar cambios en la forma de abordar la medición de la riqueza de una sociedad nace de las transformaciones estructurales de la economía moderna. Por ejemplo, el aumento de los servicios y la producción de bienes cada vez más complejos dificultan la medición de los volúmenes producidos y los resultados económicos. Hoy existen numerosos productos con una calidad compleja y pluridimensional sometidos a rápidos cambios. Esto es evidente en bienes como vehículos, heladeras u ordenadores de computadoras, pero no lo es tanto en servicios como salud, educación, o en las tecnologías de la información y de la comunicación.

En algunos países, el crecimiento de la «producción» se debe más a la mejora cualitativa de los bienes producidos y consumidos que a su cantidad. Rendir cuenta del cambio cualitativo en la producción y consumo de bienes y servicios supone un inmenso desafío, pero es esencial para medir los ingresos y el consumo reales, factores determinantes del bienestar material de las personas.

En un ejercicio didáctico con el objetivo de resaltar la importancia de ese enfoque, vale destacar que minimizar las mejoras cualitativas equivale a sobrevalorar la tasa de inflación y, por lo tanto, subestimar los ingresos reales. Para ampliar ese concepto y ser exhaustivos, los ingresos y el consumo de los hogares deben incluir también los servicios proporcionados por el Estado, como los subvencionados en transporte, educación y salud.

La noción de bienestar requiere de un abordaje pluridimensional, que incluye las condiciones de vida materiales (ingreso, consumo y riqueza), salud, educación, actividades personales (entre ellas, el trabajo), participación en la vida política y social, el medio ambiente y la inseguridad (económica y física).

Todas estas dimensiones modelan el bienestar de cada uno, sin embargo, muchas de ellas no son consideradas en las herramientas tradicionales de medida de los ingresos. (29)

El universo de captación de información debe ampliarse a relevamientos subjetivos del bienestar, al impacto del calentamiento global como costo monetario que disminuye la calidad de vida de la población y a indicadores que evalúen la desigualdad. Todo este nuevo sistema de medición debería estar bajo el rigor de la sustentabilidad del bienestar social, o sea de su capacidad de mantenerse a lo largo del tiempo. Esta característica reflejaría la evolución de las cantidades y cualidades de los bienes materiales, y también del capital humano, social y físico de un país.

El debate sobre las estadísticas en relación a conceptos, características y calidad de indicadores es un ejercicio político e intelectual imprescindible, debido a que discutir el cuerpo tradicional de la elaboración de cifras económicas significa transitar a contramano de postulados naturalizados en el análisis económico convencional. Esto representa mucho más que polemizar sobre la credibilidad del Indec. Serviría para ampliar un espacio de reflexión crítica en círculos académicos interesados en mejorar el sistema nacional de estadísticas públicas.

1 Nacer, John, William Wasserman y G.A. Whitmore, *Fundamentos de Estadística para negocios y economía*, Compañía Editorial Continental, México.

2 Benjamin Disraeli, primer ministro de Gran Bretaña a mediados del siglo XIX.

3 Pierre Simon Laplace, Adrien-Marie Legendre y Carl Friedrich Gauss son considerados unos de los matemáticos más importantes de la historia.

4 En los cuadros estadísticos el FMI aclara: «Las cifras se basan en los datos oficiales del PBI y del índice de precios al consumidor (IPC-GBA). Las autoridades se han comprometido a mejorar la calidad de los datos oficiales sobre el PBI y el IPC-GBA de Argentina, de modo tal que la provisión de dichos datos se torne consistente con el cumplimiento de las obligaciones establecidas en el Convenio Constitutivo del FMI. Hasta tanto mejore la calidad de los datos reportados, el personal del FMI utilizará también otros indicadores alternativos de crecimiento del PBI e inflación para el seguimiento macroeconómico, entre los cuales se incluyen estimaciones de analistas privados, que han mostrado desde 2008 un crecimiento que, en promedio, es significativamente más bajo que el crecimiento del PBI oficial; y datos elaborados por oficinas estadísticas provinciales y estimaciones de analistas privados, que han

mostrado desde 2007 una tasa de inflación considerablemente más alta que la inflación oficial».

5 El 16 de marzo de 2012 se puso en marcha la Encuesta Nacional de Gastos de los Hogares, relevamiento de un año para conocer las condiciones de vida de la población desde el punto de vista de su participación en la distribución y en la adquisición de bienes y servicios. Esa información brindará los elementos para la creación de un índice de precios al consumidor a nivel nacional. El IPC-Nacional estaría listo en 2014. Para esta tarea el Indec recibe asesoramiento del FMI.

6 www.indec.com.ar/comunicado_13_07_09.pdf.

7 Presentación de Miguel Bein «Argentina en el Contexto de la Economía Mundial», en Expoestrategas, conferencia y exposición de la industria del seguro, agosto de 2010.

8 Informe Económico Semanal del Banco Ciudad, nº 120, 6 de enero de 2011.

9 Comunicado del Indec, 13 de julio de 2009.

10 Ibíd.

11 El nuevo IPC-Indec mide 440 productos y servicios que forman la canasta fija del IPC-GBA, cinco canastas estacionales (frutas, verduras, indumentaria exterior, indumentaria interior y calzado), incluye más de 100.000 precios en más de 6.000 comercios.

12 «Verdad revelada de los relevamientos privados», Roberto Navarro, *Página/12*, 20 de marzo de 2011.

13 Audiencia pública organizada por el GEN, 22 de marzo de 2011.

14 Declaración de Roberto Gargarella en la audiencia pública.

15 Se pagaron 8.665,7 millones de dólares por el Cupón PBI en el período 2005-2011. En 2012 suma a ese monto 3.435 millones de dólares. El economista Eduardo Levy Yeyati escribió en *La Nación* «¿Cuánto crece la Argentina?», 21 de marzo de 2012. Afirmó que «no está claro, a priori, cómo impacta el combo subestimación del IPC-sobrestimación del PBI en el producto nominal que se toma para el pago del cupón […] hay razones para suponer que el muy mentado sobrecosto de los cupones ha sido más mito que realidad, aunque, si el IPC y el PBI real son difíciles de aproximar, estimar la combinación de ambos es un ejercicio rayano en la adivinación».

16 «El IPC es una herramienta indispensable para el análisis de la coyuntura económica. Sin esa información, los economistas no podemos trabajar, por lo que en ausencia de datos oficiales válidos se torna necesario recurrir a fuentes alternativas». Extracto de la posición del Estudio Bein & Asociados a las observaciones del INDEC en el marco del Expediente Nº S01:0050686/2011 de la Dirección Nacional de Comercio Exterior.

17 «Fuerza bruta», Alfredo Zaiat, Panorama económico, *Página/12,* 29 de mayo 2010.

18 Rapoport, Mario y Alfredo Zaiat, *Historia de la economía argentina del siglo XX*, Colección Página/12, págs. 367 y 479.

19 «La medición de la pobreza y la necesaria autonomía del Indec», Plan Fénix, FCE-UBA, agosto de 2004.

20 Disponible en www.unstats.un.org/unsd/methods/statorg/FP-Spanish.htm.

21 www.cels.org.ar/common/documentos/INDEC_recurso.pdf.

22 Ibíd.

23 Disponible en www.statistics.gov.uk/pic/.

24 Phillips, Kevin,«Bad Money: Reckless Finance, Failed Politics and the Global Crisis of American Capitalism» (Dinero sucio: finanzas implacables, política fracasada y la crisis global del capitalismo estadounidense), Viking, 2008.

25 www.shadowstats.com

26 www.stiglitz-sen-fitoussi.fr/documents/rapport_anglais.pdf. Versión en español en el sitio de Internet de la Embajada de Francia en Argentina: www.embafrancia-argentina.org/-Version-Espagnole-.

27 Ibíd.

28 Ibíd.

29 Ibíd.

CINCO
La inflación

Axel Kicillof es un economista estudioso de la obra de John Maynard Keynes. Su tesis doctoral fue sobre los textos del gran economista inglés, el más importante del siglo XX. Fue calificada con un diez por el Tribunal de Tesis. La investigación de casi seis años la publicó ampliada en el libro *Fundamentos de la Teoría General. Las consecuencias teóricas de Lord Keynes*. Mientras transcurría su carrera académica exploró por su cuenta los clásicos, Smith, Ricardo y Marx, autores que el plan de estudios oficial casi ignoraba, culminando en Keynes. Según sus propias palabras, estudiar a Keynes fue «un descubrimiento liberador». (1) Afirmó que encontrar otra economía detrás de la economía, de la que se enseña en los programas tradicionales, la de infinidad de «modelos» fragmentarios, permite descubrir contribuciones que deja paso a profundizar debates y grandes controversias de la teoría económica.

La inflación es una de esas grandes controversias de la economía moderna.

Kicillof adquirió notoriedad pública cuando el principal grupo industrial del país, Techint, de la familia Rocca, se opuso a su designación como uno de los directores de Siderar en reemplazo de Aldo Ferrer, en representación del 25,97 por ciento de las acciones de esa compañía en poder del Estado. Después de varios meses de disputa, semanas previas a las elecciones internas partidarias primarias, abiertas, simultáneas y obligatorias que arrojaron un apoyo mayoritario a Cristina Fernández de Kirchner, Techint aceptó la legalidad del nombramiento de Kicillof.

Antes de esa designación había elaborado el plan de expansión y financiero de Aerolíneas Argentinas estatizada, con el objetivo de recuperar la línea de bandera vaciada durante años por el grupo español Marsans. Esas actuaciones ya lo habían puesto en la consideración pública, alcanzando un conocimiento masivo cuando pasó a integrar la conducción de la intervención de YPF bajo control estatal. Fue el encargado de explicar y argumentar en el Senado las causas de la expropiación del 51 por ciento de las acciones de la petrolera nacional en manos de Repsol. Es secretario de Política Económica y Planificación del Desarrollo, del Ministerio de Economía, cargo al que se lo conoce como

viceministro de Economía por su posición en la estructura orgánica ministerial.

Desde entonces quedó en el centro del debate económico y fue elegido por sectores reaccionarios para descargar toda la furia conservadora. (2) Leer sus libros, manuales de Economía clásica, a contramano de las corrientes neoliberales, los escritos de él y de sus compañeros del Centro de Estudios para el Desarrollo Argentino (Cenda), publicados en el suplemento económico Cash de *Página/12*, (3) cuando no tenían una participación pública tan notoria, evita caer en simplificaciones rústicas, en vulgaridades de profesionales de impacto mediático, porque facilitan la comprensión de procesos económicos refutando las explicaciones de la ortodoxia.

Uno de los grandes temas que abordó es la inflación.

El primer documento del Cenda firmado por Kicillof, en coautoría con Cecilia Nahón, es «Las causas de la inflación en la actual etapa económica argentina: un nuevo traspié de la ortodoxia». Especialista en Keynes, recurre a él para brindar el marco conceptual general y, en especial, para precisar los efectos sociales de los aumentos sostenidos de precios.

> Un cambio en los precios y las remuneraciones, medidos en dinero, afecta generalmente a las diversas clases en forma distinta, transfiere riqueza de unas a otras, aporta opulencia aquí y zozobra allá, y redistribuye los favores de la fortuna en forma tal que frustra designios y desanima expectativas. (4)

El impacto diferente de la inflación en las clases sociales es una cuestión que a veces se minimiza. Algunos ganan y otros pierden. No todos pierden con la inflación. Se benefician los deudores y el empresario. Para ellos, la inflación es una fuente de ganancias, por doble vía: en primer lugar, si la tasa de inflación es más alta que la tasa de interés, esta última se hace negativa en términos reales convirtiendo al crédito en una transferencia neta de riqueza. En segundo lugar, en el lapso que media entre el momento de las compras y el de las ventas, los precios se incrementan y el empresario recibe una ganancia adicional.

Los que pierden con la inflación son los que reciben ingresos fijos. Los acreedores, aquellos que viven de rentas o intereses y los trabajadores mientras no consigan elevar sus salarios al ritmo del crecimiento de los precios.

El problema de la inflación no es sólo una cuestión técnica. También es política.

Desde la década del 50, las reiteradas experiencias inflacionarias y de hiperinflaciones, de Raúl Alfonsín en 1989 y de Carlos Menem en 1990, convirtieron a los economistas argentinos en expertos mundiales.

La evolución de los precios, después del estallido del régimen económico de atraso cambiario de la convertibilidad, volvió a ser motivo de preocupación cotidiana de la población, de análisis sobre las causas y de propuestas para enfrentarla.

Durante el ciclo político del kirchnerismo, el alza de precios estuvo vinculado al régimen cambiario por un lado, y a la estructura productiva de la economía, por el otro.

La experiencia argentina muestra que han proliferado explicaciones y recetas con escasos éxitos, y cuando hubo alguno, de lapso breve. Hubo más fracasos que triunfos en el objetivo de estabilizar los precios, lo que contribuyó a ampliar la brecha entre la interpretación y la búsqueda de las causas de la inflación.

Para los economistas del Plan Fénix

[…] la inflación ha sido la forma con que la Argentina históricamente procesó los conflictos distributivos. (5)

La megadevaluación del fin de la convertibilidad tuvo su impacto en el índice de precios al consumidor de 2002, con una tasa anual del 41 por ciento. Al año siguiente, descendió al 4 por ciento, en 2004 subió al 6 por ciento y en el 2005 se duplicó, al trepar al 12 por ciento. Desde entonces, el debate sobre los precios se intensificó ni bien el gobierno comenzó a aplicar diversas políticas de control de precios. Fue adquiriendo cada vez mayor intensidad a medida que empezaron a divergir, desde 2007, los índices oficiales informados por el Indec, en un rango del 8 al 10 por ciento anual, con el de las consultoras privadas, que oscilaron del 18 al 26 por ciento anual.

El análisis más vulgar de la ortodoxia dice que la inflación existe por la crisis del Indec, cuestión que, junto a la importancia de las estadísticas, ya fue desarrollada en el capítulo anterior.

El estudio de los procesos inflacionarios requiere de elementos analíticos más elaborados.

La inflación es el crecimiento continuo y generalizado de todos los bienes y servicios de la economía.

Aumentos de precios significa variaciones puntuales del valor de ciertos productos.

Es una diferencia conceptual que poco importa en la discusión cotidiana pero resulta relevante para tratar de entender la dinámica global de la evolución de los precios. Esa sutileza de interpretación corresponde a la esfera del micromundo de los economistas, aunque no es menor para definir la magnitud del problema con su respectivo diagnóstico.

Lo primero es distinguir entre aumentos de precios e inflación. Obviamente una tasa de inflación positiva es siempre el reflejo estadístico de ciertos aumentos de precios. En

principio, no hay razón para que dicha tasa se repita en el futuro. En cambio, en un régimen inflacionario, la tasa de un período tiende a perpetuarse en tasas de inflación de similar orden de magnitud en los períodos siguientes. (6)

En los primeros años del ciclo kirchnerista se debatía si se desplegaba un proceso de aumentos de precios o si se estaba consolidando un régimen inflacionario. Si se desarrollaba un prolongado reacomodamiento de precios relativos provocado por una fuerte devaluación y posterior recuperación de la demanda o si se transitaba una etapa de subas generalizadas.

La persistencia de una tasa de inflación de dos dígitos entre el 10 por ciento, según la medición oficial, y el 20 por ciento, de acuerdo a encuestas privadas, durante seis años concluye en la existencia de un régimen inflacionario estabilizado en una tasa alta, aunque sin desbordarse.

En esos años no se registró un proceso de inflación descontrolado. No hubo una espiral inflacionaria con presencia de impulsos estructurales al alza de precios con tendencia a mantenerse. O sea, un encadenamiento de aumentos que se propagaban de un mercado a otro. Este proceso se precipita ante desequilibrios fiscales o monetarios, como enseña la historia inflacionaria de los 70 y 80. No los hubo en las cuentas públicas ni en la política monetaria. La recomposición salarial tampoco motorizó inicialmente la tasa de inflación. El economista Roberto Frenkel indica que la última vez en la cual los incrementos de sueldos jugaron como impulso inflacionario fue en el Rodrigazo, en junio de 1975. En general, en la economía argentina

[…] los impulsos inflacionarios provinieron principalmente del mercado cambiario. (7)

Esto se verificó a partir del estallido de la convertibilidad.

La cuestión cambiaria fue el primer y gran impulsor de la inflación, provocada por una flexibilización del tipo de cambio que hizo depreciar la moneda a tres veces el valor que mantuvo durante los diez años y medio de la convertibilidad. No hubo una traslación inmediata de ese ajuste a precios porque los deprimidos ingresos de la población no estaban en condiciones de convalidar fuertes aumentos de bienes y servicios.

El documento elaborado por el Ministerio de Economía referido al FMI y la crisis de la deuda destaca el comportamiento de los precios frente a la devaluación. (8) Al comparar las experiencias de fuerte devaluación de México (diciembre de 1994), Indonesia (julio de 1997), Rusia (agosto de 1998), Brasil (enero de 1999), Ecuador (enero de 1999) y Turquía (febrero de 2001), la depreciación nominal de la moneda argentina estuvo entre las mayores. Pero el traslado de la devaluación a los precios

domésticos (*pass through*, como lo denominan los economistas) fue relativamente reducido en los primeros años.

¿Por qué en Argentina el efecto inflacionario de una maxidevaluación resultó más moderado y prolongado en el tiempo en comparación a otros países?

Primero, porque la devaluación fue la expresión de una profunda crisis económica de larga gestación, que desde 1998 se desplegó como recesión y duró cuatro años, siendo uno de los períodos más extensos de retroceso de la economía de la historia nacional.

Segundo, porque la actividad económica sufrió una muy fuerte caída, el ingreso de la población se derrumbó y los precios de muchos productos no pudieron aumentar porque no había un mercado que los convalidara.

En esa primera etapa, no puede hablarse de inflación, sino solamente de un reacomodamiento de precios relativos debido al shock cambiario. El tipo de cambio real se mantuvo relativamente más depreciado que en el resto de otras experiencias aun después de transcurridos los primeros tres años. Esto se comprobaba en la brecha abierta entre el incremento acumulado entre los precios mayoristas (145 por ciento) y los minoristas (60 por ciento) durante ese período. Después el tipo de cambio siguió con una tendencia de depreciación, esta vez en forma deliberada, administrado por el Banco Central, con ajustes graduales de la cotización. Fue descartada de ese modo la alternativa de utilizar el ancla cambiaria como política antiinflacionaria, privilegiando la estrategia de alentar la industrialización con un tipo de cambio competitivo. La política cambiaria mantuvo entonces una tensión estructural de base inflacionaria en la economía.

La diferencia en la evolución de los precios mayoristas y minoristas permitía vislumbrar un ciclo hacia la recomposición de los márgenes de comercialización en las cadenas minoristas y, por lo tanto, mayores variaciones en los futuros índices de inflación. Eso fue lo que se verificó cuando empezaron a recuperarse los ingresos de la población.

Los aumentos de precios también reflejaron una cuestión estructural de la economía. Argentina tiene como principales bienes de exportaciones los mismos bienes de consumo interno (alimentos) y tiene mercados de oligopolios. Los precios registraron un ineludible sendero al alza sólo amortiguado en parte por la intervención del Estado, a veces en forma efectiva y otras no, vía retenciones a las exportaciones, subsidios al transporte público y por acuerdos de precios con las compañías de sectores sensibles, como servicios públicos privatizados y

empresas con posición dominante en el mercado de bienes de la canasta básica.

El nuevo ciclo de inflación en Argentina en una tasa elevada y estable durante seis años, sin espiralizarse, renovó la discusión sobre las causas del aumento de precios.

Aldo Ferrer escribió *La economía argentina*, libro que se convirtió en un clásico, es autor de dos conceptos fundamentales que interpelan al pensamiento económico convencional: «vivir con lo nuestro» y «densidad nacional». Afirmó:

> […] la inflación no es un drama como en el pasado. No se genera por los actores clásicos, como el exceso de demanda frente a una escasa oferta y no está ninguna de las restricciones que explican la inflación, sino que se debe a un comportamiento social que incorporó la hipótesis de que los precios crecen alrededor del 20 por ciento. (9)

Rafael Correa, además de presidente de Ecuador, se doctoró en economía en Harvard. Escribió *Ecuador: de «Banana Republic» a la No República*. El libro lo presentó en Buenos Aires en la Sala Solidaridad del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, el 3 de diciembre de 2010. Es una recopilación de artículos que escribió a partir de 1993 como aporte al debate académico, político y social en América latina. En uno de sus capítulos se ocupa de la inflación. Es interesante transcribir uno de los párrafos porque logra una mixtura adecuada de componentes políticos y económicos para hablar de la inflación.

> Dada la inestabilidad de precios de los años ochenta y los fundamentos de la nueva estrategia de desarrollo, la política económica de corto plazo se orientó a estabilizar los precios de la economía, es decir, al control de la inflación. De acuerdo con el paradigma vigente, dicha estabilización constituía la condición necesaria —que luego el fundamentalismo la convirtió en condición prácticamente suficiente— para lograr el desarrollo a través de una adecuada asignación de recursos por medio de los mercados nacionales e internacionales. Lamentablemente, este énfasis en el control inflacionario produjo una confusión de medios con fines, puesto que la minimización de la inflación se convirtió en el objetivo prioritario e incluso excluyente de la política económica, postergando objetivos tales como crecimiento y generación de empleo, y muchas veces sacrificando estos últimos en función de la macroestabilización de precios. (10)

El premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz desarrolló esa misma línea conceptual en la disertación en la Facultad de Ciencias Económicas sobre la crisis de la deuda mundial, realizada en la Facultad de Ciencias Económica de la Universidad de Buenos Aires. (11) Apuntó a los bancos y a los sectores financieros especulativos, a quienes acusó de ser responsables de crear una «paranoia de la inflación», en un mundo desarrollado que sigue apostando a recetas de austeridad debido a ese «mal diagnóstico». Advirtió que todos los gobiernos necesitan tener una agencia de estadísticas independiente, en referencia al Indec aunque sin mencionarlo. En la conferencia de prensa, ante la

insistencia de periodistas que preguntaban su opinión sobre el nivel de inflación de la Argentina, afirmó:

- la inflación no es un asunto en sí mismo. De lo que realmente nos preocupamos es de la consecuencia, y de lo que pasa con el empleo, el crecimiento, la distribución del ingreso;
- cuando nos dicen que la inflación es el impuesto más cruel, sospechemos, ya que sólo cuando es muy alta puede afectar el crecimiento de un país. La preocupación principal de los mercados financieros nunca han sido los pobres;
- algunos países tienen inflación alta, por altos precios de la energía o materias primas, eso es inflación importada; otros países tienen que lidiar con la inflación por sus propias políticas, por lo que se necesita un diagnóstico detallado preciso, y a veces no es tan fácil determinarlo.

Con el tema de la inflación, la recomendación inicial ofrecida en el capítulo uno del libro, acerca de que la economía no es un misterio ni tiene que estar reservada a los especialistas, es esencial incorporarla en toda su dimensión en este aspecto tan crucial de la economía argentina.

La dinámica de variación de los precios es presentada como una materia complicada, compleja y difícil, para comprenderla como para solucionarla. Irrumpen entonces los que supuestamente saben, los economistas, para ofrecer las medidas para resolverla. En algo tan rebelde y espinoso, ellos, sin embargo, tienen de oferta recetas mágicas, siendo los mismos que antes decían que la inflación es una tarea problemática. Resulta necesario precisar entonces el origen teórico de las propuestas para revelar que la inflación no es sólo una cuestión técnica. Cada medida sugerida tiene su impacto social y, por lo tanto, es política.

La ortodoxia publicita contar con la verdad incuestionable sobre las causas de la inflación y las consiguientes medidas salvadoras. Consagra su explicación a la «teoría cuantitativa del dinero». Es el modo que intenta revelar el origen de los cambios en la variación general de precios. El postulado es elemental: el nivel de precios se debe *exclusivamente* a los aumentos autónomos de la cantidad de dinero. La emisión monetaria es entonces la causa principal de la inflación.

En retórica, una tautología es una afirmación obvia, vacía o redundante. Es la repetición de un pensamiento expresado de distintas maneras. Algunas veces se la puede considerar repetición inútil y viciosa. Repetición de un mismo pensamiento expresado de distintas maneras, que son equivalentes. Se fabrican paraguas

porque llueve, o porque llueve se fabrican paraguas. Una tautología.

Más adelante ampliaremos acerca de la tautología reiterada hasta el cansancio de emisión monetaria igual inflación. Identidad marcada a fuego en el sentido común y, por lo tanto, difícil de contrarrestar. Más aún cuando

> […] todas las escuelas de pensamiento contemporáneas tienen oculto en algún pliegue de su cadena de ADN a la teoría cuantitativa. (12)

Es una teoría pasada de moda que el ejercicio de la política económica ha dejado atrás. Igual ha sido empleada en estos años como fundamento de la mayoría de los discursos explicativos acerca de la inflación en Argentina. También de las recomendaciones derivadas de esa teoría.

> Preguntan: ¿Por qué suben los precios?
> Responden: Por el aumento de la cantidad de dinero en circulación.

Fue, es y será la principal explicación de la ortodoxia, con su correspondiente propuesta de ajuste.

No pueden jugar a las escondidas. Los economistas ortodoxos, aunque algunos maquillan un poco el perfil, no logran ocultar su identidad. Para ellos todo proceso inflacionario tiene de origen la cantidad de dinero en circulación. La receta para atacar el aumento de precios es controlar la emisión monetaria, recortar el gasto público y enfriar la demanda, que implica afectar los ingresos de trabajadores.

La inflación desplegada así como una cuestión neutral, técnica, oculta las implicancias políticas. La ortodoxia en estado puro.

Existen ortodoxos impuros que proponen lo mismo con una vestimenta más presentable. El disparador es la ley de la oferta y la demanda. Si esta última aumenta mucho, con una oferta que no puede acompañarla, la presión en el mercado se traducirá en crecimiento de precios. Los componentes de la demanda son fundamentalmente cuatro: el consumo, la inversión, las exportaciones y el gasto público y privado.

> Preguntan: ¿Por qué suben los precios?
> Responden: Por el gasto excesivo, privado y/o público.

La responsabilidad de la inflación entonces es del Estado por gastar demasiado o del Banco Central por mantener la tasa de interés demasiado baja permitiendo a los bancos expandir demasiado el crédito. Si éste es el origen de la inflación, la solución se encuentra al alcance de la mano enfriando la demanda, restringiendo el gasto público, elevando la tasa de

interés y limitando el crecimiento de la masa monetaria.

En la práctica, el diagnóstico de la demanda no es más que otro ropaje para vestir a las recomendaciones ortodoxas. (13)

Otra versión de esta misma corriente apunta a los costos como motor inflacionario. Cuando la ortodoxia habla de costos de producción se refieren al salario nominal de los trabajadores, pese a que existen otros componentes del costo, como los insumos o la energía.

Preguntan: ¿Por qué suben los precios?
Responden: Por las exigencias de los sindicatos de aumentar los salarios.

Los culpables de la inflación son entonces los trabajadores por la pretensión de incrementar sus ingresos, y los gobiernos que no persuaden a los sindicatos de moderar los reclamos ante una situación de supuesta debilidad de los empresarios. Si ésta es la causa de la inflación, la propuesta es otro tipo de ajuste: reducir derechos laborales; congelar, disminuir o subir salarios por debajo de la evolución de la tasa de inflación; y flexibilizar las relaciones laborales. Todas medidas para bajar el costo laboral y controlar los precios.

El recetario de la ortodoxia combina todas esas opciones, y el paraíso lo encuentra cuando puede aplicar todas al mismo tiempo: controlar la emisión monetaria, recortar el gasto público, enfriar la demanda, elevar la tasa de interés, podar derechos laborales y reducir salarios en términos reales.

¿Cuántas veces escucharon como solución al problema de la inflación cada una de esas soluciones, a veces una de ellas como medida aislada y otras como parte de un paquete que incluye a todas?

Muchas veces.

La siguiente pregunta para interpelar a sus promotores es ¿cuándo tuvieron éxito sin destruir el aparato productivo y sin provocar un caos sociolaboral?

Se escucha un largo silencio.

Más adelante detallaremos con resultados empíricos cómo se desmoronan las hipótesis ortodoxas sobre los aumentos de precios desde 2007.

Si fuera por el resultado de sus medidas, implementadas en varias oportunidades en la larga tradición inflacionaria argentina, el debate estaría saldado. Fallaron. El impacto económico y social de sus políticas fue negativo en términos de equidad, crecimiento y generación de puestos de trabajo. Igual se han mantenido como parte del discurso económico invadiendo el sentido común

colectivo. Tal es la hegemonía de esa corriente de pensamiento económico que ha obturado una pregunta sencilla: si durante décadas esa teoría y sus medidas han fracasado, ¿no existe una visión interpretativa diferente sobre las causas de la inflación en Argentina?

Sí, existe.

Es momento de abordar y estudiar otra visión sobre las causas de la inflación y de medidas propuestas para enfrentarla.

Una visión alternativa tuvo su expresión en Argentina en uno de los economistas más importante del país, que tiene el respeto del mundo académico mundial: Julio H. G. Olivera. Por su personalidad introvertida y seria y por su extrema rigurosidad en la exposición de contenidos es una figura desconocida para la mayoría. No lo es para aquellos que lo consideran una de las mentes más destacadas en el área económica a nivel mundial, con aportes originales para el desarrollo de la ciencia. Este lugar privilegiado se pone en evidencia en el reconocimiento de ser nombrado en cuatro oportunidades (1970, 1971, 1973 y 1978) como miembro del grupo internacional de economistas elegido por la Academia Real de Suecia para proponer candidatos al Premio Nobel de Economía. También él mismo fue propuesto en dos ocasiones para el Nobel, en 2000 y 2004. Los aportes de Julio H. G. Olivera son muchos y valiosos. Uno de ellos es explicar la inflación en los países periféricos, como Argentina, en las cuestiones estructurales de sus economías.

Es notable que en un país con tanta tradición inflacionaria sus aportes sean poco considerados o sean desplazados en un debate económico tan importante, dominado por economistas de escasa relevancia en el mundo académico. Semejante despropósito se explica no sólo en el bajo perfil de Olivera, sino que sus ideas desarticulan los postulados de la corriente ortodoxa.

El tipo de inflación de países como el nuestro, explica Olivera, no es de origen monetario, sino estructural y obedece, sobre todo, a rigideces y asimetrías de la economía, como el estrangulamiento en la balanza de pagos.

> Las perturbaciones deben atribuirse a desequilibrios no monetarios, debidos en parte a las imperfecciones de la organización económica y social de estos países, y por lo tanto es injustificada la fe en las restricciones monetarias para detener el alza de los precios. (14)

Todo intento de eliminar la inflación sin resolver los estrangulamientos estructurales tiene resultados efímeros o conduce a una recesión. Una mirada estructural no identifica el problema fundamental sólo en la tasa de inflación sino en un conjunto de otras cuestiones, como la distribución del ingreso, las

restricciones en el sector externo y en las cadenas productivas, la generación de tecnología propia, y la acumulación de capital.

> La inflación estructural es una característica particular de los países subdesarrollados con problemas en el sector externo. Y si el diagnóstico ortodoxo era equivocado, las políticas propuestas también lo eran. (15)

Mario Rapoport es un destacado profesor, investigador, historiador y economista con una visión interdisciplinaria que abarca distintos aspectos de la historia económica, política y social de la Argentina y de otros países así como de las relaciones internacionales contemporáneas. También ha incursionado en la literatura con una novela y poesías, y en el periodismo. Explica que un ejemplo de inflación estructural es la de origen externo que aparece después de una devaluación o de un aumento excepcional de los precios de los bienes de exportación. Estos temas más adelante los desarrollaremos.

Antes, una cuestión que se mantiene oculta en el esfuerzo de entender las causas de la inflación es la relación entre el alza de los precios y el poder monopólico o de posición dominante de empresas en los mercados. Aquí resulta oportuno el aporte de Enrique Silberstein. Economista, escritor y periodista, fallecido en 1973, arremetía con sarcasmo y humor para desmitificar postulados de la ortodoxia. Sus «Charlas económicas» publicadas en el diario *El Mundo* fueron una implacable respuesta irónica a la ideología oficial, en tiempos de los Alsogaray, los Alemann y otros delegados del establishment. Silberstein develaba los presuntos misterios de la economía con un lenguaje accesible, que la ponía al alcance de todos. En el ensayo *Los ministros de Economía*, escrito en 1965, ofrece una sentencia, que sigue siendo actual.

> Nos pasamos la vida hablando contra la inflación, todo gobierno y todo ministro de Economía (*hoy los economistas de la city*) lo primero que promete es combatir la inflación. Y, si uno se fija bien, el ataque a la inflación va dirigido al incremento de los costos, o sea al aumento de salarios. Jamás se ha combatido la inflación diciendo que se debe al crecimiento de las ganancias… Nadie se ha preguntado si las ganancias tenían sentido y si eran económicas. (16)

No es usual investigar el ciclo primario de formación de precios, para luego pasar a los imprescindibles capítulos de la macroeconomía. Evaluar niveles de precios para sumergirse luego en el análisis de las variaciones de precios. Resulta fundamental dar ese paso para no equivocar diagnósticos y posteriores medidas. Una característica de gran parte de los economistas es ignorar la información básica sobre cómo y quiénes participan de los aumentos de precios. Dejan ausente en el análisis el primer y

determinante eslabón: las empresas.

Es una opción política minimizar el estudio de los niveles de precios, que involucra a las empresas y cada uno de los eslabones de la cadena de producción. Lo mismo que concentrar exclusivamente la atención en la variación de precios puesto que orienta el análisis a cuestiones de la macroeconómica, es decir a las políticas del gobierno.

Ambos análisis son necesarios y complementarios. Excluir uno de ellos, y si involucra el comportamiento de las empresas, muestra el carácter sesgado y político del examen más común sobre la formación de los precios.

La protección deliberada al poder económico tiene su propio wikileaks en la valiosa información que proporcionan los balances de conglomerados industriales que ejercen posición dominante en mercados básicos del presupuesto familiar. En el sitio web de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires (17) se encuentran los balances que proporcionan datos interesantes que todo economista preocupado en el tema inflación debería transitar.

Nos ocuparemos de tres empresas líderes. Molinos, Ledesma y Arcor, casos que ayudarán a comprender uno de los factores más ocultos de la formación de precios.

Molinos Río de la Plata, controlada por la familia Pérez Companc, tiene una amplia oferta de alimentos en el mercado doméstico, con diferentes marcas comerciales, constituyéndose en líder del sector. Ejerce posición dominante en rubros importantes, como aceites, harinas, alimentos congelados, yerbas, arroz, salchichas, pan rallado, caldos, margarinas, hamburguesas, vinos y otros productos. Participa en forma destacada en la conformación de los bienes de la canasta básica del hogar, con sus marcas Matarazzo, Lucchetti, Exquisita, Vieníssima, Patitas, Granja del Sol, Preferido, Gallo, Arlistán, Cocinero, Minerva, Nobleza Gaucha, Bodegas Nieto Senetiner.

Cuando se habla de precios, en especial los de alimentos, Molinos debe ser entonces objeto de estudio de economistas y de regulación por parte de funcionarios oficiales encargados del área. Esta tarea colaboraría en una mejor comprensión sobre cómo se forman los precios. Para eso los balances de Molinos entregan información sustancial.

La ganancia bruta de la empresa, en porcentaje sobre las ventas netas, es un indicador del margen que brinda el precio de venta de la producción. Esto es, la utilidad, antes del pago de impuestos y otros gastos, que obtiene la compañía sobre la venta de sus productos. En otras palabras, cómo los precios más altos que pagan los consumidores se traducen en mayores ganancias de las

empresas.

Este indicador en el balance de Molinos ha mantenido una tendencia al alza desde 2006, año que la tasa de inflación empezó a acelerar su marcha. El rubro Marcas incluye los productos de consumo masivo de la compañía, y la secuencia de la ganancia bruta en porcentaje sobre las ventas fue la siguiente, en los ejercicios anuales cerrados al 31 de diciembre de cada año: (18)

2006	25 por ciento
2007	26 por ciento
2008	29 por ciento
2009	32 por ciento
2010	34 por ciento
2011	33 por ciento

Las ventas netas y la ganancia bruta, respectivamente, registraron un sendero similar, en millones de pesos

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

El rubro Graneles de Molinos involucra exportaciones de grano. En ese negocio la ganancia bruta sobre ventas se mantuvo estable oscilando del 7 al 9 por ciento. En esta actividad, Molinos no puede fijar el precio de venta de sus productos, sino que está determinado por el mercado internacional, además de que es ajustado por la aplicación de retenciones a las exportaciones. Al no definir el precio internacional y por la intervención del Estado con las retenciones, la tasa de ganancia bruta se mantuvo constante en esos años, en niveles que igual eran rentables, pero no hiperrentables como en la actividad vinculada al mercado interno donde ejerce posición dominante fijando precios.

Es elocuente el recorrido ascendente de las utilidades de la compañía de Pérez Companc originado por una política de alza de precios de alimentos de consumo masivo destinados al mercado interno.

Una mayor rentabilidad se puede obtener por mayor eficiencia, reducción de costos y aumento de productividad. Con una gestión de esas características, más volumen implicaría más facturación y más ganancias. El ajuste de cantidades se realiza ante un incremento de la demanda. Esa mayor ganancia se puede obtener también por un aumento en los márgenes, subiendo los precios. Eso fue lo que hizo Molinos, además de probables mejoras en la productividad.

Como pudieron observar en el cuadro, el margen (ganancia) bruto sobre ventas en Marcas subió de 24 a 34 por ciento desde 2006, en un escenario de crecimiento de la demanda.

La ecuación de Pérez Companc fue entonces más ventas, más precios y más margen de ganancias. Molinos ha subido los precios en forma constante por encima del alza de sus costos. En apenas cinco años ha incrementado en 40 por ciento la ganancia bruta sobre ventas.

El análisis del balance de Molinos reiterado con otras grandes empresas vinculadas al rubro alimentos, como Arcor y Ledesma, arrojó resultados similares.

Arcor, propiedad de la familia Pagani, es un grupo industrial que se especializa en la elaboración de golosinas, chocolates, galletas, helados y alimentos. Es el primer productor mundial de caramelos y el principal exportador de golosinas de Argentina, Brasil, Chile y Perú. A través de Bagley Latinoamérica es la mayor empresa de galletas de América del Sur.

Al igual que Molinos, es líder en varios segmentos de mercados y ejerce posición dominante en venta de aceites, flanes, gelatinas, bebidas de jugo, bizcochuelos, conservas vegetales y de frutas, polentas, mermeladas, postres, dulces, tomates y salsas. Sus marcas de alimentos son conocidas por el consumidor al integrar bienes de la canasta básica del hogar con Arcor, Prestopronta, Godet, Noel. También de galletitas, alfajores y barras de cereal con Sonrisas, Merengadas, Rumba, Amor, Criollitas, Traviata, Ópera, Saladix, Tofi, y Arcor Cereal Mix. En chocolates, Bon o Bon, Cabsha, Rocklets, Águila, Cofler, Tofi. Y en golosinas, Butter Toffees, TopLine, Menthoplus, Mogul, Frutigelatin.

Cuando se habla de precios, en especial los de alimentos, del mismo modo que con Molinos, Arcor debe ser objeto de análisis. Los balances anuales de la firma de la familia Pagani brindan información importante para esa tarea.

La ganancia bruta en porcentaje sobre las ventas fue la siguiente, en los ejercicios anuales cerrados al 31 de diciembre de cada año: (19)

2006	29,8
2007	29,7
2008	30,2
2009	32,5
2010	30,4
2011	31,5

Estos resultados restados los gastos de comercialización, administración e impuestos, y sumando otros ingresos e inversiones, brinda otro indicador de rentabilidad: la ganancia

neta en porcentaje sobre ventas. A continuación, la secuencia

2006	10,5
2007	10,8
2008	8,9
2009	13,8
2010	13,6
2011	12,1

Las utilidades netas contabilizadas por Arcor tuvieron entonces un recorrido notable, como muestran los balances anuales cerrados al 31 de diciembre, en millones de pesos

2006	161,8
2007	197,1
2008	195,1
2009	369,7
2010	422,7
2011	475,8

La estrategia corporativa de Arcor fue entonces más ventas, más precios y más ganancias.

Ledesma es una empresa agroindustrial. Líder en los mercados del azúcar, el papel para impresión y escritura, y en frutas y jugos cítricos. También participa del negocio agropecuario. Es el primer productor de azúcar de la Argentina con 400.000 toneladas anuales, lo que representa aproximadamente el 20 por ciento del total del país. Compran sus productos las más grandes e importantes empresas del rubro alimentario (lácteos, bebidas gaseosas, galletitas, chocolates, dulces, caramelos) y por las grandes cadenas de hipermercados y supermercados. Es una empresa clave como proveedora de insumos a firmas fabricantes de alimentos y como productora de bienes finales. Sus marcas en el rubro azúcar son Ledesma, Dominó y Ancaste. Creció en otras actividades hasta convertirse en el principal productor de papel obra para impresión y escritura del país. Elabora unas 105.000 toneladas anuales de papel, aproximadamente el 40 por ciento de la producción nacional. Comercializa las marcas Autor, Ledesma, Éxito, Gloria, entre las principales y más populares.

El grupo de la familia Blaquier concentra su actividad en sectores sensibles de la canasta de bienes de la población. En los balances generales cerrados en mayo de cada año contabiliza ganancias crecientes a partir de 2006, año que el tema inflación comenzó a adquirir mayor relevancia. A continuación, las utilidades netas de Ledesma, en millones de pesos: (20)

2006	79,1
2007	84,7

2008	94,2
2009	83,1
2010	158,4
2011	200,1

Las ganancias las obtuvo en los rubros azúcar y papel, mientras que en los de frutas y jugos concentrados y agropecuario contabilizó pérdidas. El índice de rentabilidad de Ledesma, medido por la ganancia del ejercicio sobre el Patrimonio Neto refleja una sustancial mejora, en especial en los dos últimos años

2006	7,6%
2007	8,0%
2008	8,6%
2009	7,1%
2010	12,7%
2011	15,4%

En la Memoria 2010, Ledesma explicó que los muy buenos resultados del ejercicio económico se debieron principalmente a las mayores utilidades por las inversiones en sociedades controladas, al aumento del volumen de ventas de azúcar, al excelente desempeño operativo de todos sus negocios y «al aumento de los precios de venta de todos los productos del mercado interno».

El wikileaks de los precios se descubre en los balances que presentan las empresas en la Bolsa. Las cifras de las compañías de Pérez Companc, Pagani y Blaquier ayudan a comprender un poco más la dinámica de la formación de precios en la economía.

Como vimos, el tema precios no es sólo una cuestión de variables macroeconómicas. Exige el análisis de la estructura productiva de la economía. Permite mostrar de ese modo que los aumentos tienen origen en la posición dominante que ejercen grandes empresas, que las lleva a defender y ampliar ganancias extraordinarias vía alzas de precios.

Es un punto de partida necesario. Analizar las características de la estructura económica con empresas de posición dominante en mercados sensibles, para luego involucrarse con las variables fiscales, monetarias y de ingresos. En ese campo, la intervención del Estado en el control y administración de precios es una de las herramientas para evitar el abuso de empresas monopólicas en cadenas de producción que perjudican a los eslabones más débiles, siendo el último, el consumidor.

Existieron muchas experiencias de control de precios en la historia económica mundial. Algunas fueron exitosas, otras inicialmente tuvieron resultados favorables para culminar con saldo negativo, y no pocas fracasaron. Todas expresaban el

objetivo del bienestar general.

El Imperio Romano, la Revolución Francesa, y Estados Unidos en su etapa de potencia hegemónica del siglo XX, entre muchos otros casos en diversos países y modelos económico-sociales, decidieron en algún momento establecer el control de precios.

Argentina también tuvo sus propios ensayos. Cada uno tuvo su particular contexto histórico, político y económico que reflejaban lo complejo de emplear esa herramienta de política económica, que advierte sobre la tendencia a abrazarla con fundamentalismo así como también descartarla sin miramientos.

Como existieron suficientes intentos a lo largo de la historia en casi todos los regímenes políticos conocidos, la evaluación sobre la utilidad de una estrategia de control de precios, en sí misma un componente de la política de ingresos, no puede ser indiscutible.

Varios son los determinantes de los precios de la economía como para pensar que la inflación pueda manejarla una sola persona o enfrentarla exclusivamente con un esquema rígido de control de precios. O, en el otro extremo, sostener que ocuparse de la inflación es solamente dejar la economía librada a las fuerzas del mercado.

Después de tantas ensayos estudiados la conclusión es que resulta una ilusión suponer que el control o congelamiento de precios puede extenderse indefinidamente en el tiempo. En general, los hacedores de política económica se entusiasman con la posibilidad de mantener sin cambios variables que los incomodan. Del mismo modo, otros fantasean con un escenario sin conflicto social, siendo una de las expresiones la tensión de precios.

Factores internos y externos impactan en forma permanente en la economía. Esto demanda flexibilidad en la utilización de las herramientas que brinda la política económica. Por eso mismo, el control de precios es necesario en la primera etapa de un proceso convulsionado, para luego pasar a una estrategia sofisticada sobre la base de una política de administración de precios.

En el amplio menú de experiencias de control de precios se destaca una por la calidad del responsable que la lideró, como también por el resultado favorable y el país donde se implementó. John Kenneth Galbraith, uno de los más grandes economistas del siglo pasado, fue el encargado del control de precios en Estados Unidos durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Esa tarea, exitosa, quedó reflejada en el libro *A Theory of Price Control*, publicado en 1952 y reeditado en 1980 bajo el nuevo título *A Theory of Price Control: The Classic Account*.

Respecto de esa obra, Galbraith afirmó:

> […] pienso que la mayoría diría que es el mejor libro que he escrito. La única dificultad es que cinco personas lo leyeron. Quizá diez. Me convencí de que nunca tendré el reconocimiento de los economistas técnicos que ponen una energía enorme para ignorar lo que he escrito. (21)

El profesor Salvador Treber, prestigioso tributarista cordobés, miembro del Plan Fénix y ex director del Banco Central durante los primeros años del regreso a la democracia, pondera esa experiencia y explica que en 1941 Galbraith

> […] fue convocado por el presidente Franklin Delano Roosevelt para administrar los precios internos, y aprendió que los libros e ideólogos —en línea con las rebeldes reacciones de monopolios y oligopolios— harían fracasar la misión si admitía limitar el control a un cierto número de artículos seleccionados. (22)

Treber cuenta que Galbraith pronto comprendió que debía transgredir ese axioma liberal, casi una herejía por aquellos tiempos, y no vaciló en extenderlo a todos los bienes comercializables. Contra los pronósticos agoreros, el éxito fue total y ello le generó gran prestigio. Consiguió mantener los precios internos en un nivel inferior al 2,0 por ciento anual pese al incesante incremento de la demanda y los altos índices de ocupación que acompañaron al período. Treber concluye que sus colegas lo consideraron casi un milagro inexplicable, sin embargo para Galbraith fue apenas una gran lección de la eficacia del control de precios en determinadas circunstancias.

Pese a ese exitoso trabajo de Galbraith la corriente de la no intervención en los mercados ha ignorado esa triunfante injerencia del Estado en la economía. El control de precios no emerge de esa experiencia como un fin en sí mismo, como algo permanente y absoluto, sino como una herramienta de política de ingresos para ser aplicada en determinado momento y lugar. Ingrediente esencial de una estrategia económica destinada a combinar creación de empleos con estabilidad. Para ello los problemas de la economía deben ser abordados incluyendo el contenido político, o sea el poder económico. Economistas que descalifican la utilidad de los controles de precios, a la vez que minimizan la vinculación de la economía con la política, conscientes o no, acompañan el cuidado de privilegios del poder económico.

Galbraith se refirió a esa cuestión en una presentación magistral, en la 85º Reunión de la Asociación Económica Norteamericana, en Toronto, Canadá, el 29 de diciembre de 1972. La tituló «El poder y el economista útil». El autor de *La sociedad opulenta* señaló que como el poder interviene en forma total en gran parte de la economía, ya no pueden los economistas distinguir entre la ciencia económica y la política, excepto por

razones de conveniencia o de una evasión intelectual deliberada.

La economía no se convierte en una parte de la ciencia política. Pero la política sí debe convertirse en parte de la economía. (23)

Respecto a los controles de precios, Galbraith explicó que hay muchas razones que aconsejan aceptar lo inevitable de los controles de salarios y precios. Esto ayudaría a que los políticos dejasen de suponer que los controles son algo malo y antinatural y, por lo tanto, algo temporal que debe abandonarse cuando parece que empieza a funcionar. Decía que ésa era una actitud poco favorable para el desarrollo de una administración sensata. También haría que los economistas estudiaran la forma en que los controles puedan funcionar y en que el efecto sobre la distribución del ingreso se vuelva más equitativo. Este gran economista, que falleció en 1996 a los 97 años, afirmó:

[...] la expectativa inflacionaria se convirtió en una parte de los cálculos de las empresas y los sindicatos. La crisis y la expectativa subsisten aún. Los controles son necesarios hasta que desaparezcan esos factores. (24)

La ortodoxia económica rechaza esa política y la inflación le sirve como disparador para avanzar con dos de sus falacias más extendidas. Los aumentos de salarios significan más inflación y la emisión monetaria se traduce en más inflación.

Habíamos prometido ocuparnos del argumento, reiterado hasta el cansancio por la ortodoxia, que dice que emisión monetaria es igual a inflación. Llegó el momento de abordar y desarmar esa identidad.

Esa equivalencia no se cumple necesariamente en forma lineal como la ortodoxia ha impuesto en el sentido común. Si existen alzas desproporcionadas de salarios o de emisión es obvio que se generarán fuertes presiones inflacionarias. Pero no cualquier suba de salarios o emisión implica motores inflacionarios.

En un análisis riguroso de las condiciones estructurales de la inflación hay que tener en cuenta la evolución de otras variables, como la productividad, margen bruto de explotación, demanda de dinero, inversión. También cómo están conformados los mercados en cuanto a su transparencia y nivel de competencia. Esos factores son minimizados en el debate sobre la inflación. La ortodoxia ofrece siempre las mismas medidas, ya mencionadas: congelar el ingreso de los trabajadores, limitar la emisión de dinero, reducir el gasto público y subir la tasa de interés. La historia económica argentina enseña que esas medidas conducen indefectiblemente a un enfriamiento de la actividad, a brindar el escenario para ganancias elevadas del sector financiero, a

impulsar un aumento de la pobreza y, finalmente, a convocar a una recesión. No es otra cosa que proponer un destino de fracaso colectivo con beneficios para pocos.

Varias sentencias de la ortodoxia circulan por el espacio público coreadas como verdades absolutas cuando no existen evidencias empíricas que las confirmen. La economía convencional postula causalidades carentes de coherencia teórica y, por ende, enfrenta una serie de casos empíricos que persistentemente no logra explicar. Orienta así a la confusión en la tarea de comprensión de las características de un ciclo de suba de precios.

Preconceptos, a veces interesados para defender privilegios y otras por anteojeras ideológicas, se instalan en el saber convencional. La noción emisión de dinero igual inflación, en cualquier circunstancia y contexto, es uno de los mayores éxitos de la ortodoxia en cuanto a influencia en la sociedad sobre el abordaje de temas económicos.

Si se emite dinero, es inflacionario. Si aumenta el gasto público, es inflacionario. Si se financia al Tesoro, es inflacionario. Si se utilizan reservas para pagar deuda, es inflacionario. Para la ortodoxia, toda intervención del Estado, en última instancia, es inflacionaria, aunque existen excepciones. Por ejemplo, cuando rescata al sistema financiero o cuando financia, mediante líneas de crédito a tasas subsidiadas o beneficios fiscales, a grupos empresarios.

La discusión no es teórica sobre la orientación de la política monetaria, sino que es eminentemente política sobre qué tipo de participación se define para el Estado.

En ese sentido, las reiteradas críticas de la ortodoxia tuvieron amplio despliegue cuestionando la reforma financiera que modificó la Carta Orgánica del Banco Central y parte de la ley de convertibilidad. (25) La principal observación fue que el pago de deuda con reservas alimentaba el proceso inflacionario. Advertían que la disminución del respaldo en divisas de la base monetaria derivaría en un desborde de precios. Desde que se empezó a cancelar deuda con reservas no subió la de por sí elevada tasa de variación de precios, tanto la confeccionada por el Indec o por las consultoras privadas. Lo que sí sucedió con esa política financiera fue la ampliación de los márgenes de autonomía de la política económica. Y, fundamentalmente, la ruptura de la restricción ortodoxa de que los dólares de las reservas sólo deben ser aplicados para financiar la fuga de capitales.

Asociar en forma lineal emisión monetaria con inflación es una idea marcada a fuego. Es tan fuerte que hasta las pruebas

empíricas que la contradicen quedan marginadas de los análisis habituales. Resulta peculiar esa conducta teniendo en cuenta el fracaso de la visión monetarista, aquí en el pasado y en los últimos años en el mundo desarrollado. Es la muestra de la preponderancia de esa corriente de pensamiento representativa de los intereses del poder económico ligado estrechamente a las finanzas.

Una sencilla interpelación, al menos, les exigiría a sus miembros un esfuerzo intelectual para defender esa posición. ¿Por qué en Estados Unidos y en Europa, que han emitido descontroladamente desde el 2008, y lo siguen haciendo, no se produjo un desborde de precios?

Existen varias razones para explicarlo, pero lo interesante sería que expongan específicamente la respuesta sobre el concepto lineal emisión de dinero es igual a más inflación, sin postulados evasivos.

La Reserva Federal y el Banco Central Europeo adelantan que luego de superar la crisis implementarán una política de absorción de esos fondos. Son definiciones a futuro, lo concreto es saber por qué no subieron los precios en esos países si desde fines de 2008 hubo una expansión fenomenal de los medios de pago. Suba que ya debería haberse registrado según la teoría monetarista, más aún en un contexto de tasas de interés cercanas a cero en una deliberada estrategia de relajamiento monetario.

El rezago temporal entre la emisión y el impacto de precios, argumento que exhiben los ortodoxos, queda neutralizado porque ya desde hace varios años la banca central estadounidense no ha detenido su frenética emisión de dólares.

Casi seis años es tiempo suficiente para evaluar si la teoría se cumple en la práctica. Si la expansión monetaria se transfiere a los índices de inflación. La respuesta es concluyente. No se ha cumplido uno de los principios fundamentales de la ortodoxia.

El Quantitative Easing, como se denomina en la jerga de especialistas la ronda de impresión de billetes por parte de la banca central estadounidense (FED), ya tiene tres episodios. En el primero, que comenzó en los últimos meses de 2008, representó una expansión equivalente al impactante 90 por ciento de la base monetaria para comprar los denominados «activos tóxicos» del sector privado (créditos subprime y otros instrumentos financieros respaldados por hipotecas incobrables). El segundo, implementado en 2011, fue equivalente al 30 por ciento de la base monetaria, ya ampliada por la ronda anterior, para comprar bonos del Tesoro de Estados Unidos. Ben Bernanke, titular de la Reserva Federal, anunció en septiembre de 2012 el tercer capítulo

de la masiva emisión de dólares. Informó la compra mensual de 40.000 millones de dólares en deuda garantizada con títulos hipotecarios, operaciones que continuarán sin plazo, y además extendió hasta mediados de 2015 la política de tasas de interés de entre el 0 y el 0,25 por ciento anual.

Todavía es prematuro evaluar cuál será el impacto final de la crisis internacional en la economía estadounidense, incluyendo su efecto en los precios internos. También cómo se reordenará el poder económico mundial y cuál será el destino del dólar como moneda de aceptación universal en el nuevo mapa de las potencias, actuales y emergentes. Todos son interrogantes en un mundo económico en transformación. Lo que sí se puede afirmar es que la máxima de la ortodoxia respecto a que la emisión de dinero es el motor principal e inmediato de la inflación no se ha comprobado.

La expansión monetaria de la FED, como también la del Banco Central Europeo y de otras bancas centrales, como la británica y japonesa, han sido tan importantes como contundentes para desmoronar la idea simplista, y ya anacrónica, acerca de que la emisión monetaria se traduce en más inflación.

La cantidad de dinero de una economía no tiene relación directa con la inflación, sino que ésta responde a otras cuestiones que incluyen lo monetario, aunque lo exceden. Quienes piensan que la banca central puede controlar la cantidad de circulante dejaron de leer sobre economía hace muchos años. Ningún ortodoxo serio en el mundo habla hoy de la cantidad de dinero como una variable que pueda ser controlada por la banca central. Lo que puede hacer la autoridad monetaria en ese sentido es manejar la tasa de interés o el tipo de cambio, no la cantidad de dinero en circulación. La experiencia mundial enseña que las metas cuantitativas no son una herramienta óptima para gestionar la política monetaria. El fracaso de ese enfoque llevó rápidamente a su abandono, no sólo en Estados Unidos, sino también en la mayoría de los países desarrollados.

Los millonarios paquetes de rescate de las bancas centrales de las potencias, como el financiamiento a los gobiernos de esos países en crisis, que implican la emisión de dólares y euros en cantidad, son pruebas suficientes de que la concepción ortodoxa tan arraigada en el debate doméstico que atribuye las causas de la inflación a la emisión monetaria ha quedado desactualizada.

La inestabilidad de la velocidad de circulación del dinero sumada a la volatilidad de la demanda de dinero reveló la imposibilidad de controlar la cantidad de dinero. Por ese motivo, uno de los principales instrumentos de política monetaria de las

bancas centrales pasó a ser la tasa de interés.

Esta referencia es importante para debatir sobre el origen de las tensiones inflacionarias, que evidentemente no es por la emisión monetaria y sí por factores estructurales, siendo uno de ellos la puja distributiva.

Cuestionar los postulados de la ortodoxia, en especial el de la emisión monetaria, genera muchas resistencias. Más aún si lo expresa el presidente de un Banco Central. Semejante herejía fue pronunciada por Mercedes Marcó del Pont. La primera mujer que ocupó el máximo cargo de la entidad monetaria, formada en las ideas del desarrollismo, pronunció la frase tabú para la economía convencional, y más aun para un presidente del Banco Central.

Es totalmente falso decir que la emisión genera inflación. (26)

El intercambio textual fue:

—*Algunos economistas advierten que la decisión de potenciar la capacidad de financiamiento del Banco Central al sector público generará inflación.*
—Es totalmente falso decir que la emisión genera inflación. Solamente en Argentina se mantiene esa idea de que la expansión de la cantidad de dinero genera inflación. El pánico que se quiere transmitir alrededor de la capacidad de financiar al Estado es muy parecido al debate sobre el uso de reservas para pagar deuda. Es el mismo discurso. Descartamos que financiar al sector público sea inflacionario, porque según esa afirmación los aumentos de precio son por exceso de demanda, algo que no vemos en Argentina. En nuestro país los medios de pago se adecuan al crecimiento de la demanda y las tensiones de los precios están por el lado de la oferta y el sector externo.

Alteración emocional provocó esa definición en las filas monetaristas e incomodidad en otros. La presidente del Banco Central apuntó al corazón de un principio sagrado del análisis económico doméstico colonizado por décadas de predominio de ideas monetaristas, en especial en la institución que los liberales consideran de su propiedad.

Miles de comentarios descalificadores en portales de Internet de medios cuestionaron a Marcó del Pont a partir de esa frase. Un hashtag en Twitter sobre el tema se mantuvo durante un día entre los más populares. Hubo artículos en tono escandalizado y varios comentarios evaluando «el descuido» de la titular del Central. Muchos de ellos siguen atrapados por la memoria de desquicios monetarios y financieros del pasado que, vaya paradoja, fueron provocados por quienes pretenden erigirse en guardianes del orden monetario.

En el largo período que predominó la ortodoxia en el Banco Central fue cuando más descalabros se registraron en el sistema monetario y bancario. Desde 1976, cuando la dictadura liberalizó el mercado financiero y el Banco Central quedó en manos de los liberales, se sucedieron crisis bancarias, estafas a ahorristas,

estatización de la deuda externa privada, estallidos inflacionarios, cambios de moneda. Los protagonistas de esas debacles, como sus herederos, son quienes encienden luces de alerta sobre los cambios operativos y conceptuales en el Banco Central. Es una reacción de autopreservación teniendo en cuenta el fracaso del monetarismo, naufragio al que no es necesario apelar a la experiencia argentina para corroborarlo, sino que basta con analizar el actual descalabro europeo.

La reforma de la Carta Orgánica del Banco Central y el desafío cultural sobre la emisión de dinero y la inflación, abrió una nueva etapa. A contramano de la economía convencional. La cantidad de dinero de una economía no tiene relación directa con la inflación. En la definición de la magnitud de la masa monetaria de la economía intervienen la tasa de interés, la tasa del crecimiento económico, el grado de utilización de los factores de producción, el grado de monetización, la velocidad de circulación de los medios de pagos. Como se mencionó, las bancas centrales no controlan la cantidad de circulante, sino que puede intervenir manejando la tasa de interés o el tipo de cambio. Las metas cuantitativas no son una herramienta para gestionar la política monetaria.

Esta concepción se basa en renovadas ideas de economistas enrolados en la escuela poskeynesiana. Entre sus aportes considera primordial definir los niveles de tasas de interés por parte del Banco Central como clave porque esa variable es relevante en la distribución del ingreso por su efecto sobre el crecimiento y el empleo. Afirman que los aumentos de precios dependen del resultado del conflicto entre los trabajadores y las empresas por la distribución del ingreso.

Otra de las bases de la economía poskeynesiana es que la demanda agregada (consumo e inversión) está muy relacionada con la tasa de interés. Si ésta aumenta, baja las otras variables, y viceversa. A la vez, la tasa de desempleo depende inversamente de la demanda agregada. Esto es, si aumenta el gasto, disminuye el desempleo. También la desocupación está relacionada positivamente con la tasa de interés: a mayor tasa, menor demanda, por lo tanto, mayor desempleo.

La tarea principal de la política monetaria del Banco Central entonces es la intervención en el nivel de la tasa de interés, y no en el aspecto cuantitativo del dinero. Existe divergencia entre miembros del poskeynesianismo sobre cómo definir el nivel de la tasa de interés. Unos proponen que en términos reales debe ser cero, o sea la tasa nominal igual a la inflación esperada. Otros sugieren un nivel «justo», en el cual la distribución del ingreso sea

neutral, en cuyo caso deber ser igual al promedio de la productividad del trabajo. En una y en otra opción, ese marco de política monetaria favorece un mayor grado de libertad de la política fiscal y la política de ingresos.

El poskeynesianismo considera que la economía no tiene una tendencia natural al pleno empleo, entonces propone la intervención estatal para alcanzar ese objetivo. Otro postulado importante es que la producción se ajusta a la demanda y, por ese motivo, el incremento del consumo (público y privado) es el principal incentivo a la inversión. Es decir que a corto y largo plazo la economía está dirigida por la demanda; no por las restricciones en la oferta.

La escuela poskeynesiana no se plantea como un cuerpo de ideas de verdades absolutas, sino que lo desarrolla en un marco que es definido como de incertidumbre total, donde el futuro es imprevisible, puesto que está estrechamente vinculado con el del tiempo histórico. Definición que colisiona con las ideas tradicionales.

Los economistas Pierre Piégay y Louis-Philippe Rochon afirman que:

> [...] es necesario desconfiar de los que pretenden detentar la exclusividad —y, por supuesto, la tenencia de la verdad— sobre teorías, paradigmas, sistemas, sean cuales fueren. Es necesario desconfiar, sobre todo, de los que pretenden poseer el verdadero sentido, derivado de una hipótesis única. (27)

Es una reflexión adecuada para la economía argentina de intensa experiencia en materia de inflación en los últimos sesenta años, abarcando todas las categorías posibles. En los años del kirchnerismo se sumó otro factor perturbador del análisis sobre los precios vinculado a la pérdida de legitimidad social del índice elaborado por el Indec. Se convirtió en un elemento de tensión política con escasa relevancia para comprender qué sucede con los precios. Fue, en cambio, una cuestión importante que trastornó el marco de debate sobre el alza de precios y la percepción de que cómo se han desarrollado los aumentos.

Las estadísticas y el Indec ya fueron abordados en el capítulo anterior. El interrogante fundamental es saber cuáles fueron las causas de la suba de precios en estos años.

Llegó el momento de cumplir con otra promesa mencionada en las primeras páginas de este capítulo. Desarmar las hipótesis ortodoxas sobre los aumentos de precios desde 2007.

Las explicaciones provenientes de la ortodoxia fueron cambiando a lo largo de los años, basadas en dogmas y confundiendo deseos con realidad. La evolución de diferentes variables que consideraban motores de la inflación terminó por

desmentirlos. Desde que comenzó un escenario de mayor tensión de precios, los economistas que todo lo reducen al gasto público, a la emisión monetaria y a los salarios ha ocupado el centro del debate exponiendo sus tradicionales discursos sobre la inflación.

Desciframeremos cada una de las hipótesis ortodoxas. Sobre la proporcionalidad entre los aumentos de la oferta monetaria y los incrementos de los precios, la existencia de déficit fiscal, y la de una tasa de interés demasiada baja, que fomentaría excesivamente el consumo y la inversión.

El desempeño de las variables en la secuencia causal de la ortodoxia refuta esas hipótesis.

No hubo déficit fiscal que tuvo que ser «monetizado», con lo que desaparece la presunta causa primaria de la inflación.

Tampoco, como sí ocurrió en otros períodos, se verificó una relación directamente proporcional entre el aumento de los precios y el incremento en el stock de dinero en circulación. Los ortodoxos dicen que los precios subirán más adelante según la variación en la masa monetaria en el largo plazo. De lo que se trataba de explicar era la situación actual; no un futuro imposible de predecir. (28)

Las tasas de interés no provocaron un boom del crédito.

Vamos paso a paso.

Las cuentas fiscales

Desde 2003 no se registra déficit fiscal necesario de cubrir con emisión de dinero, o sea monetizado, con lo que desaparece el principal argumento de la ortodoxia. Las cuentas del Tesoro, con y sin aportes de otros organismos, han registrado superávit fiscal. De 2003 a 2008 el saldo positivo promedio fue de 2,9 por ciento del PIB. De 2008 a 2011 se redujo ese excedente, con déficit si no se incluyen los aportes de Anses y el Banco Central. Con esos recursos adicionales, las cuentas contabilizaron un leve superávit. Esos resultados prueban que las cuentas fiscales no fueron un motor de impulso inflacionario.

La expansión monetaria

La ortodoxia sostiene que el aumento desmedido de la cantidad de dinero en circulación provoca deslizamiento al alza en los precios. Ya explicamos la falacia de la identidad emisión monetaria igual a inflación. La masa de circulante efectivamente subió, acompañando el crecimiento de la economía y por la fuerte recomposición de las tenencias líquidas luego de la crisis previa a

la devaluación. Igualmente la economía argentina sigue siendo una con muy baja circulación monetaria en relación a la producción de servicios y bienes. La definición «dinero amplio» incluye billetes y monedas en poder del público más depósitos en moneda local, como porcentaje del PIB al cuarto trimestre de 2011, en comparación a países seleccionados, era: (29)

Australia	97,4%
Canadá	81,0%
India	80,1%
EE.UU.	75,2%
Chile	54,8%
Rusia	39,8%
Brasil	38,0%
Colombia	37,2%
Turquía	35,7%
Argentina	26,2%

Las cifras de la evolución de la cantidad de dinero y la comparación internacional refleja la todavía escasa circulación monetaria existente en la economía argentina. Datos que impugna la afirmación que la emisión monetaria fue disparador del alza de precios.

La tasa de interés

Otro argumento ortodoxo fue que la tasa de interés demasiado baja en términos reales terminó fomentando excesivamente el consumo impulsando la suba de precios. Las colocaciones a plazo fijo devengaron una tasa por debajo de la inflación, pero fue más rentable que la evolución de la cotización del dólar, por lo menos hasta 2011. Esos fondos no se volcaron en gran medida al consumo, y sí a la compra de dólares, como se observa en el ritmo de fuga de capitales en 2007-2011. Por otro lado, la tasa de interés de la banca privada para financiar inversiones no fueron negativas en términos reales. La queja del sector productivo fue por las tasas elevadas y el poco crédito disponible. Gran parte de los empresarios tuvieron que apelar a la utilización de capital propio para concretar inversiones, o recibir financiamiento público a tasas subsidiadas para ampliar la producción. Los préstamos al consumo también operaron con tasas muy elevadas. El crédito bancario al sector privado en relación al Producto Bruto Interno siguió siendo muy reducido. Si bien en esos años subió el stock de créditos, apenas representó el 15 por ciento del PBI, por debajo del promedio regional del 36 por ciento. Chile, Brasil, Bolivia, Colombia, Perú, Uruguay, Venezuela y México tienen un sistema financiero de mayores dimensiones que el

argentino.

La suba de la tasa de interés prescripto por la ortodoxia en el esquema que denominan Metas de Inflación actúa como imán de capitales especulativos del exterior. El flujo de esos fondos impulsaría el atraso del tipo de cambio y amortiguaría los costos internos por la suba de los precios internacionales de los alimentos. El control de la inflación de ese modo tiene efectos negativos en el crecimiento de la economía, el empleo, la distribución del ingreso y en desindustrialización.

El alza de precios no tuvo entonces origen monetario ni fiscal, base de la interpretación ortodoxa de la inflación.

Otras explicaciones tradicionales también muestran debilidad para descifrar los aumentos de precios.

La presión ejercida por la demanda

En esta línea de análisis se inscriben algunos economistas heterodoxos que explican la inflación como el resultado de la tracción que ejerce el incremento de la demanda sobre los precios. Como se mencionó, los componentes de la demanda son cuatro: consumo, inversión, exportaciones y el gasto público. La responsabilidad de la inflación recaería entonces en el Tesoro, por gastar demasiado, o en el Banco Central, por mantener la tasa de interés demasiado baja permitiendo a los bancos expandir en exceso el crédito. La propuesta es enfriar la demanda, restringiendo el gasto público, elevando la tasa de interés y limitando el crecimiento de la masa monetaria.

El crecimiento económico del período 2003-2011 fue elevado pero sin alcanzar la utilización plena de los factores de producción. En esos años nunca superó el 80 por ciento de la utilización de la capacidad productiva, aunque el PBI creció al 8 por ciento anual. La economía mantuvo capacidad ociosa en la mayor parte de los sectores industriales, una tasa de desocupación del 7 por ciento y sin indicios de que la recuperación económica expresara sus propios límites por agotamiento de los recursos disponibles. En esos años hubo una recomposición de la tasa de inversión ampliando la oferta de bienes disponibles.

En la práctica, este diagnóstico sobre presiones inflacionarias provenientes de la demanda no es más que otro ropaje para vestir las recomendaciones ortodoxas. Esta hipótesis se debilita cuando en 2009 la economía ingresó en una fase recesiva y en 2012, en una fuerte desaceleración del crecimiento, lo que implicó un debilitamiento de la demanda, pero igual los precios siguieron subiendo.

El alza de los salarios

Si no fue por el lado de la demanda, la ortodoxia busca por el lado de la oferta, o sea por el incremento de los costos. La inflación entonces es por el alza de los costos. No hay que ser muy perspicaz para descubrir que el único costo que les importa es el salario nominal de los trabajadores. Los responsables de la suba de precios son entonces los sindicatos que exigen aumentos exagerados, con un gobierno que los respalda. La recomendación es la moderación de los pedidos salariales.

No plantean la cuestión como parte de la puja distributiva porque deberían analizar el comportamiento del capital y sus elevadas tasas de ganancias. Apuntan exclusivamente al salario. Más adelante nos ocuparemos de la puja distributiva.

La evolución del salario en los últimos años, la heterogeneidad del mercado laboral y el aún elevado nivel de empleo informal neutralizan la posición ortodoxa de explicación de la inflación por causa salarial. El alza de los niveles de ocupación y del salario real estuvo acompañada por un significativo incremento de la productividad del trabajo como resultado del aumento de las inversiones de los últimos años. El crecimiento de la productividad del trabajo superó la variación positiva del salario real. Esto implica que los asalariados mejoraron la participación en el ingreso total, desde un piso muy deprimido, al tiempo que el sector empresario mantuvo elevada su porción de la torta de ingresos debido a que pudo mantener e incluso incrementar sus empinados márgenes de rentabilidad.

Esta evidencia ratifica nuevamente que la elevación del salario real no fue un factor que impulsó la inflación. (30)

En la comparación de los períodos 2003-2007 y 2007-2010, en el segundo, caracterizado por una aceleración de la inflación, el poder adquisitivo de los salarios perdió dinamismo. Luego de la devaluación, el costo laboral y el costo laboral unitario se redujeron fuertemente. A partir de 2003 ambos indicadores comenzaron a subir lentamente, al tiempo que la productividad creció continuamente. Si bien el costo laboral también aumentó en ese lapso, lo hizo a una tasa menor, de manera que el costo laboral unitario se redujo, incrementando la rentabilidad empresaria.

Entre 2009 y 2011 la tasa de crecimiento de la productividad se aceleró en relación a años anteriores alcanzando en 2011 un valor de 31,6 por ciento superior al del final de la convertibilidad. El costo laboral superaba en 2011 en 3,8 por ciento al nivel de 2001 y el costo laboral unitario se encontraba 21,2 por ciento por

debajo de ese umbral. (31)

La recomendación de enfriar la economía mediante la reducción de la demanda, bien por medio de ajustes fiscales o bien con subas de tasas de interés y contracción monetaria, o reducción del salario real, fracasaron cuando se intentaron en la historia económica argentina tras el objetivo de bajar la inflación.

Las políticas contractivas no tocan las causas de la inflación y pueden incluso recrudecerlas. En los 80, por ejemplo, se usaron esas políticas restrictivas, lo que no pudo evitar la hiperinflación con recesión y estancamiento.

Descartadas entonces las hipótesis ortodoxas y también otras tradicionales, resulta oportuno avanzar a contramano y analizar impulsores de la inflación que son minimizados por la corriente económica convencional.

El ajuste de precios relativos por la megadevaluación

La fuerte alteración de la paridad cambiaria luego del estallido de la convertibilidad tuvo la particularidad de que no tuvo una traslación rápida a precios, como en otras experiencias internacionales, como en México, Rusia, Turquía, Indonesia. Los aumentos han sido entonces una consecuencia de un proceso inevitable de reacomodamiento de precios relativos.

El sector transable vinculado a la exportación ha intentado empujar los precios locales al nivel del precio internacional con el objetivo de consolidar ganancias extraordinarias y apropiando para sí todos los beneficios del esquema cambiario. Aquí han intervenido las retenciones a las materias primas agropecuarias y a los combustibles para amortiguar esa pretensión. Uno de los motivos del conflicto por la resolución 125 de retenciones móviles se reconoce en la tensión entre la intervención del Estado y los sectores beneficiados por la devaluación.

Las retenciones a las exportaciones cumplen un doble objetivo. La apropiación del Estado de una porción del elevado precio de los productos en el mercado mundial y, segundo, que esos precios no se trasladen a los domésticos e impacten negativamente en el poder adquisitivo del salario.

Por otra parte, el sector no transable, servicios y comercio, buscó retornar el esquema de precios hasta alcanzar y hasta superar la rentabilidad en dólares vigente durante la convertibilidad.

Para los bienes transables, las retenciones son una opción más efectiva y menos vulnerable que los acuerdos «voluntarios» de precios. En cambio, el control de precios es la única posibilidad para frenar el alza en el sector no transable. (32)

Si bien luego de la megadevaluación, en los años siguientes no se aplicaron ajustes fuertes del tipo de cambio, igual se mantuvo una política de depreciación de la moneda como parte de una estrategia de administración del tipo de cambio competitivo para fomentar la industrialización. En 2007-2011, el tipo de cambio subió 40 por ciento. En 2012, el aumento nominal fue de más del 10 por ciento.

Depreciación de la moneda que mantuvo activo un motor estructural de impulso inflacionario.

El aumento del precio internacional de los alimentos

La FAO, Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, calculó que los índices de precios internacionales de alimentos subieron casi 30 por ciento entre junio y diciembre de 2010, cerrando el año en niveles similares a los alcanzados durante el clímax del alza de precios del primer semestre de 2008. Esa tendencia continuó en 2011 y 2012 hasta marcar el mayor registro desde que la FAO empezó a medir los precios de los alimentos en 1990. Los registros señalan un aumento de 138 por ciento por tonelada en el precio de los alimentos en el mundo en nueve años, al pasar de 97,7 dólares en 2003 a 233,5 dólares en 2011. La FAO informó que los precios de los productos cárnicos en ese período se incrementaron en 80 por ciento, el de los cereales 161 por ciento, mientras que los precios del aceite y el azúcar aumentaron 164 y 271 por ciento, respectivamente.

Esa trayectoria de los precios internacionales es un dato fundamental para examinar el comportamiento de los precios domésticos, incluso con el efecto amortiguador de las retenciones.

La política de un tipo de cambio real competitivo

Esta estrategia tiene la virtud de que fomenta la producción doméstica, aumenta el empleo y eleva los niveles de vida de la población. Pero a medida que se recupera la demanda, los precios internos de los productos, tanto los que se venden al exterior (transables) como los servicios (no transables), encuentran espacio para subir. En mercados oligopólicos, con salarios reales levemente positivos, el aumento de los precios se traduce en una rentabilidad extraordinaria. El incremento de los precios respondió a esa situación estructural que emergió de una moneda hiperdevaluada, y que luego recuperó posiciones pero se mantuvo en niveles depreciados en términos históricos y en relación a los

principales socios comerciales, por una estrategia deliberada de ajustes del tipo de cambio.

La puja distributiva

Los aumentos de precios son un problema y lo son especialmente para aquellos que no pueden ajustar sus ingresos cuando los precios suben, o lo hacen en una proporción menor o con un rezago que no les permite mejorar el poder adquisitivo. Uno de los rasgos distintivos de este ciclo de inflación fue que el salario de los trabajadores formales y sectores con ingresos fijos pudieron mantener, y hasta subir unos puntos en términos reales, ya sea calculado con los índices de inflación del Indec o de consultoras privadas.

Analizar la puja distributiva como uno de los motores de la inflación es un abordaje diferente al que plantea la ortodoxia cuando orienta el factor explicativo exclusivamente a los aumentos de los salarios, ocultando la intervención del capital. Esto significa que la suba del salario real no fue el factor que impulsó la inflación, y tampoco lo fue solamente la pretensión empresaria de preservar elevadas tasas de ganancias. Es el vínculo de dos protagonistas centrales de la economía que se va realimentando y adquiriendo contornos diferentes, según el momento histórico, contexto político y situación económica.

En esa relación antagónica, indivisible, se desarrolla la puja distributiva. Ésta, además de ser un motor de la vitalidad de la economía, es una expresión política.

La distribución del ingreso es la tensión entre el capital y el trabajo, y una de las manifestaciones más visibles es la evolución de los precios y el salario. Es un análisis opuesto a pensar al salario simplemente como un costo.

El aspecto notable de la puja distributiva de estos años, en perspectiva histórica, fue que los trabajadores no fueron los perdedores en esa contienda porque los salarios no retrocedieron en términos reales. Otro aspecto relevante fue que la mejora de los salarios operó al tiempo que aumentaron las utilidades de las empresas. Esta aparente contradicción queda saldada, como ya se explicó, por la fuerte alza de la productividad laboral, que implica la apropiación del capital de una parte proporcionalmente mayor del incremento de la riqueza global producida en la economía.

El proceso de recuperación del ingreso de los trabajadores, luego de la fabulosa transferencia hacia el capital por la megadevaluación de la salida de la convertibilidad, comenzó con aumentos de sumas fijas no remunerativas dispuestas por decreto.

Luego ese monto se integró al salario, para empezar una persistente y creciente negociación paritaria, la más larga en cantidad de años desde que se implantó esa institucionalidad en el mundo laboral.

Las paritarias permitieron una mejora salarial en términos reales, sendero que generó tensiones cuando empezó a cuestionar la tasa de ganancia empresaria. La reacción empresaria fue ajustar precios, independientemente de que la productividad laboral haya crecido por encima del costo laboral.

La suba de los salarios, la reapertura de las negociaciones paritarias y la creación de una importante cantidad de puestos de trabajo, en el marco de un crecimiento sostenido, mejoraron la situación relativa de los trabajadores formales y el fortalecimiento sindical. La consecuencia fue el aumento de las negociaciones colectivas y de la cantidad de trabajadores comprendidos en las paritarias, estén o no sindicalizados.

La evolución de las negociaciones fue en alza constante sin detenerse en 2009, cuando la crisis internacional impactó en la economía doméstica, ni cuando se registró una desaceleración de la actividad económica, en 2012. La frecuencia ininterrumpida de la negociación colectiva fue el instrumento principal para impulsar el incremento de los salarios, y para intervenir el sector del trabajo con más fuerzas en la puja distributiva. El recorrido que han tenido los convenios y acuerdos homologados fue el siguiente: (33)

[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]

Como vimos, la inflación contempla múltiples causas. Recomendar un remedio sin un análisis detallado es un acto de curanderismo o esconde, en realidad, otros intereses que la ortodoxia sabe ocultar.

La inflación de estos años reconoce su origen en

- la megadevaluación y, después, en la política de administración del tipo de cambio con ajustes permanentes de depreciación de la moneda,
- el aumento de los precios internacionales de los alimentos,

- la concentración de la oferta en monopolios u oligopolios,
- la revitalizada puja distributiva, y
- la estructura productiva desequilibrada.

Éstos son los determinantes básicos para entender y luego abordar con herramientas no ortodoxas la inflación en Argentina.

Además de detectar los determinantes de los aumentos de precios es muy importante contar con una base conceptual, política y económica, para contextualizar y precisar la dimensión de la inflación.

En realidad, mientras que detener una alta inflación es necesario para el crecimiento, *la minimización de la inflación no provee más crecimiento*. Bruno y Easterly (34) han estimado que inflaciones mayores al 40 por ciento afectan el crecimiento económico, mientras que por debajo de ese umbral no existe evidencia de que menor inflación esté correlacionada con mayor crecimiento. (35)

La economía argentina entre los años 1964 y 1974 ha convivido con un importante crecimiento del PBI y elevadas tasas de inflación. (36)

AÑO	PBI	INFLACIÓN %
1964	[illegible]	[illegible]
1965	[illegible]	[illegible]
1966	[illegible]	[illegible]
1967	[illegible]	[illegible]
1968	[illegible]	[illegible]
1969	[illegible]	[illegible]
1970	[illegible]	[illegible]
1971	[illegible]	[illegible]
1972	[illegible]	[illegible]
1973	[illegible]	[illegible]
1974	[illegible]	[illegible]

FUENTE: Indec.

Los ciclos de fuerte y constante crecimiento en Argentina vinieron acompañados de tasas de inflación altas. Desde 2003 se corrobora ese matrimonio. Los economistas suelen denominar *trade-off* al efecto de cómo se transfiere e impacta la evolución de una variable en otra. La economía argentina no verificó un *trade-off* negativo entre inflación y crecimiento. Por el contrario, el aumento del PBI no se debilitó pese a la suba de precios.

Rafael Correa puntualiza el concepto afirmando:

[...] el error favorito de nuestros economistas ortodoxos es el análisis contrafactual. Es decir, ya que indudablemente una alta inflación es mala, concluyo que mientras más baja ésta sea, será mejor. Siempre nos imaginamos lo terrible que sería que esta clase de economistas hubiesen sido médicos, ya que habrían llegado a la brillante conclusión de que como la fiebre es mala, mientras más baja la temperatura corporal... ¡mejor! (37)

Como detallamos, la economía argentina convivió en

1964-1974 un intenso crecimiento económico y desarrollo industrial con tasas de inflación de dos dígitos, con la excepción de 1969, con un índice de precios de 7,6 por ciento.

Países asiáticos, con dictaduras militares y canastas salariales basadas en arroz, no escaparon al mismo comportamiento. Indonesia, Corea, Singapur, Tailandia y Filipinas mostraron en los 70 tasas de crecimiento de 7 a 8 por ciento y también registraron tasas de inflación de dos dígitos.

Magia no hay. Se ha «lobotomizado» a la población con la absurda idea de que es posible crecer sin inflación. (38)

En procesos económicos de alto crecimiento del PBI y del empleo, como el argentino, muy probablemente la inflación será mayor a un dígito, como sucede. En regímenes democráticos y abiertos, con actores sociales dinámicos en el mundo empresario y sindicales, el crecimiento de la economía a tasas altas generará inevitablemente presiones en los precios. Pero también facilitará el desarrollo de una sociedad más vital y un contexto político más favorable para un reparto más equitativo de la riqueza.

1 Kicillof, Axel, *Fundamentos de la Teoría General. Las consecuencias teóricas de Lord Keynes*, prólogo, Eudeba, 2007.

2 La muestra más elocuente de cólera fue el artículo de Carlos Pagni en *La Nación*, 12 marzo de 2012, «Axel Kicillof, el marxista que desplazó a Boudou», que entre estigmatizaciones, fantasías, errores de fechas y orígenes, escribió «hijo de un psicoanalista, bisnieto de un legendario rabino llegado de Odessa, la genealogía de Kicillof parece ser una sucesión de dogmáticas».

3 «Lord John Maynard Keynes: el economista del siglo XX», 16 de diciembre de 2007, fue el primer artículo de Axel Kicillof publicado en Cash, suplemento de economía de *Página/12*. La primera referencia a un trabajo del Cenda es anterior, en una editorial del autor de este libro publicado en el Cash «Efectos traumáticos», 23 de julio de 2006. El primer documento de Cenda data de agosto de 2004, «Las consecuencias económicas del Sr. Lavagna. Dilemas de un país devaluado».

4 Keynes, John Maynard, *Breve tratado sobre la reforma monetaria*, pág. 24, Fondo de Cultura Económica, 1992.

5 Documento del Plan Fénix «El debate sobre la inflación: ¿reducir o sostener el crecimiento?», mayo de 2007.

6 Frenkel, Roberto, «La inflación y sus remedios», *La Nación*, 3 de abril de 2005.

7 Ibíd.

8 www.mecon.gov.ar/analisis_economico/nro2/2_fmi_crisis_deuda.pdf

9 Reportaje en *Ámbito Financiero*, 2 de abril de 2010.

10 Correa, Rafael, *Ecuador: de «Banana Republic» a la No República*, pág. 113.

11 Crisis de deuda y su resolución, Museo del Bicentenario y Facultad de Ciencias Económicas de la UBA, 12 y 13 de agosto de 2012.

12 Kicillof, Nahón, *op. cit.*, pág. 5.

13 Kicillof, Nahón, *op. cit.*, pág. 7.

14 Olivera, Julio H.G., «Inflación estructural y el estructuralismo latinoamericano», en «Inflación y estructura económica», Conferencia pronunciada en el Departamento de Graduados de la Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires, 1961.

15 Rapoport, Mario, «Una revisión histórica de la inflación argentina y sus causas», en *Aportes de la economía política en el Bicentenario*, pág. 138, Prometeo, 2011.

16 Silberstein, Enrique, *Los ministros de Economía*, Centro Editor de América Latina, 1971.

17 www.bolsar.com.

18 Elaboración propia sobre la base de los balances anuales de Molinos Río de la Plata.

19 Elaboración propia sobre la base de los balances anuales de Arcor.

20 Elaboración propia sobre la base de los balances anuales de Ledesma.

21 Exposición de John Kenneth Glabraith en la 85º reunión de la Asociación Económica Norteamericana, en Toronto, Canadá, el 29 de diciembre de 1972, que denominó «El poder y el economista útil».

22 «Un "enfant terrible" de Harvard», *La Voz del Interior*, 19 de mayo de 2006.

23 Ibíd.

24 Ibíd.

25 La ley fue aprobada por el Congreso el 21 de marzo de 2012. La votación en la Cámara de Diputados fue 142 votos a favor y 84 en contra, mientras que en la Cámara de Senadores el resultado fue 42 votos a favor y 19 en contra.

26 Reportaje en *Página/12*, 25 de marzo de 2012.

27 Piégay, Pierre y Louis-Philippe Rochon, Teorías monetarias poskeynesianas: una aproximación de la Escuela Francesa, *Revista Latinoamérica de Economía* «Problemas del Desarrollo», vol. 36, nº 143, octubre-diciembre de 2005, Universidad Nacional Autónoma de México.

28 Kicillof, Nahón, *op. cit.*, pág. 11. Textual: «La famosa frase de Keynes, "en el largo plazo estamos todos muertos", estaba dedicada precisamente a los monetaristas de la época, que pretendían explicar todo incremento de los precios como un resultado en los cambios proporcionales en la cantidad de dinero. Las inflaciones de la primera posguerra refutaban la existencia de esta relación».

29 Banco Central de la República Argentina, sobre la base de información de bancos centrales de los países selecionados.

30 *Informe de Coyuntura*, nº 9, CIFRA, Centro de Investigación de la CTA, abril de 2012.

31 Ibíd.

32 Kicillof, Naón, *op. cit.*, pág. 17.

33 Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.

34 Bruno, Michel y William Easterly, «Inflation and Growth: in search of a stable relationship», Federal Reserve Bank of St. Louis Review, 1996.

35 Correa, Rafael, op .cit., pág. 114.

36 Cuadro «Crecimiento e inflación 1945-2007», Mario Rapoport, *op. cit.*, pág. 159.

37 Correa, Rafael, *op. cit.*, pág. 114.

38 Fiorito, Alejandro y Fabián Amico, «Inflación: la política en acción», Cash, suplemento de economía de *Página/12*, 7 de febrero de 2010.

SEIS

El poder financiero

Empecemos con una confesión.

> Les quiero comunicar la historia de un fracaso. Muchos, que conocían el problema, advirtieron sobre el peligro de una crisis en el sistema pero en las capitales de los países industrializados no se oyeron sus advertencias. Faltó la voluntad de imponer la primacía de la política sobre los mercados financieros. Todavía no conocemos todas las causas. Pero mucho ha quedado ya claro. Mucha gente con muy poco capital propio pusieron en movimiento gigantescas palancas financieras. Durante muchos años se logró convencer a la gente de que las deudas eran un valor en sí mismo; sólo había que comercializarlas. Los bancos compraban y vendían cada vez más títulos cuya repercusión no entendían ni ellos mismos. Lo principal era aumentar las ganancias a corto plazo. Los bancos abandonaron los fundamentos de su propia cultura que eran la estabilidad monetaria, el respeto a los ahorristas y pensar a largo plazo. Los bancos olvidaron también el precepto constitucional según el cual la propiedad genera obligaciones. La construcción de pirámides financieras se convirtió en un fin en sí mismo, sobre todo para los bancos de inversión. Con ello no sólo se despidieron de la economía real sino de la sociedad en general, con lo que el problema se convirtió en un asunto de responsabilidad y de decencia. Ahora vemos que el mercado solo no arregla nada. Necesita un Estado fuerte que le imponga reglas. La economía de mercado vive de la competencia y de la limitación del poder económico. La crisis muestra que la libertad sin fronteras genera destrucción. (1)

Estas palabras fueron pronunciadas por Horst Köhler y retumbaron en los muros del recinto que para los alemanes tiene un significado simbólico. En 1945 la iglesia *Elisabeth Kirche*, en el corazón de Berlín, quedó destruida a raíz de los bombardeos y durante décadas, en tiempos de la extinta República Democrática Alemana, su esqueleto quedó como un testigo en ruinas de la guerra. La laboriosa reconstrucción de la iglesia comenzó a partir de 1990.

Köhler visitó la Argentina en más de una ocasión. Ocupó uno de los principales cargos de la estructura financiera internacional. Fue el número uno del Fondo Monetario Internacional del año 2000 al 2004. Conoció como pocos el funcionamiento del sistema que se derrumbó, no sólo en sus aspectos formales sino en la profundidad de la trama de intereses y presiones del poder financiero. Experto en finanzas, trabajó para bancos y participó activamente en el proceso de reunificación alemana. Fue presidente de Alemania desde mayo de 2004 hasta su dimisión el 31 de mayo de 2010, luego de visitar Afganistán y afirmar que el despliegue de tropas del Bundeswehr (ejército alemán) en ese país estaba motivado por intereses comerciales y no por razones de

seguridad nacional.

La confesión de Köhler desnudó, con una franqueza sorprendente en esos niveles políticos, el funcionamiento del poder financiero. Las bancas centrales son la base de operaciones de ese poder, reductos del liberalismo económico. Los miembros de esa corriente de pensamiento están convencidos de que por mandato divino son dueños del banco central, y que su misión principal es subordinar a los políticos y a la economía real al poder financiero. La estrategia para hacerlo es atemorizar a la sociedad con el fantasma de la inflación.

La única tarea legítima para los bancos centrales es controlar la inflación y, para alcanzar ese objetivo, deben postergarse otras metas, como la creación de empleo, la estabilidad financiera o el crecimiento económico. El poder financiero impone su voluntad sobre los gobiernos que deben ser agentes del orden financiero sin importar si de ese modo traicionan sus programas electorales.

La liberalización financiera desde principios de la década del setenta fue moldeando esa relación de poder coincidiendo con el cuestionamiento a las políticas de intervención estatal del keynesianismo.

El período 1945-1970 del capitalismo fue motorizado por la movilización de recursos propios de cada economía y coordinación entre los responsables de la política económica y la banca central. El crecimiento económico de los siguientes 30 años se basó, en cambio, en la desregulación financiera, el fraude corporativo y una inmensa acumulación de deudas privadas. Fue la etapa de expansión de las ideas neoliberales impuesta por las finanzas globales.

Las bancas centrales fueron una pieza clave de esa etapa. Antes, las bancas centrales habían estado integradas al esquema global de la política macroeconómica de los gobiernos. Esto ha sido así, no sólo en los países en desarrollo, sino también en muchos de los países desarrollados, en Europa, Japón y Estados Unidos.

La coordinación de los banqueros centrales con las autoridades económicas en la expansión del crédito regulado por el Estado fueron fundamentales para la recuperación de Europa y Japón después de la Segunda Guerra Mundial; en el crecimiento y desarrollo de las experiencias exitosas del Sudeste Asiático, como Corea del Sur, Taiwán, China e India; y en Estados Unidos e Inglaterra en algunos sectores, como el inmobiliario después de la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial.

La desregulación financiera alteró el funcionamiento del capitalismo. El poder financiero fue cada vez más dominante, y para ello contó con el aporte intelectual de la academia neoliberal

que definió la noción de banca central independiente como condición necesaria de una macroeconómica ordenada. Éste fue uno de los principales postulados del Consenso de Washington, además de la apertura comercial, la desregulación económica y las privatizaciones de empresas públicas.

Cuestionar la existencia de independencia del Banco Central significa afectar el corazón del poder financiero. La crisis global con epicentro en Estados Unidos y Europa, que estalló en 2007, sin horizonte cercano de solución, expresó en toda dimensión ese poder, y su capacidad de daño. La austeridad económica, la reducción de los gastos sociales, la venta de activos públicos, el debilitamiento de los sindicatos, la eliminación de derechos laborales y sociales, la caída de los salarios, de planes de pensiones y desmantelamiento de la salud pública en países democráticos requiere convencer a la población de que no hay otra alternativa. Publicitan que sin un sector bancario próspero la economía quebrará.

La independencia del Banco Central es la institucionalidad del poder financiero, instalada por encima de las propias instituciones democráticas. Oculta así la influencia del poder financiero sobre las bancas centrales y, por lo tanto, sobre los gobiernos. Es una concepción conservadora y corporativa de la política y la economía. Cualquier intento de cambiarla es rechazado. Para el poder financiero, el orden institucional debe adecuarse o subordinarse al libre mercado. La ortodoxia elabora una idea de institución cuasi natural enfatizando su carácter de tradición histórica concebida como prefijada y no sujeta a la posibilidad de transformación o reemplazo. Aquí es donde aparece la concepción conservadora de las instituciones al acentuar la cualidad de permanencia y trascendencia respecto a los individuos.

Es una retórica que apoya la afirmación del orden establecido como el único viable o el mejor de todos los mundos posibles. (2)

No da cuenta de la complejidad de la sociedad contemporánea, de sus cambios y sus problemas. Por ese motivo cuestionar el postulado de institucionalidad conservadora resulta un desafío no menor porque, además de impugnarla, se debe buscar su transformación en el marco democrático, aspecto esencial que en décadas pasadas fue minimizado.

Las alternativas no se reducen a la aceptación del statu quo ni a su rechazo global. Tampoco pueden ser comprendidas como una opción entre el antiinstitucionalismo y la defensa de las instituciones vigentes. Se trata, entonces, de elaborar una concepción capaz de contribuir decisivamente a la comprensión de las instituciones en vías a su transformación democrática, no a su eliminación. (3)

Ha sido igualmente notable el triunfo de la ortodoxia para construir el consenso mayoritario de que la independencia del Banco Central es una estrategia de política económica sensata. Dos antecedentes muestran que esa autonomía provoca fabulosos descalabros económicos y sociales. Independencia, o sea tener la capacidad de instrumentar una estructura normativa de escaso control a los bancos y favorable a los intereses de los banqueros, que tuvo su máximo apogeo antes de desencadenarse dos crisis económicas devastadoras: la debacle de Wall Street con los créditos subprime y el derrumbe bancario en Argentina con el corralito, la megadevaluación y la pesificación asimétrica.

Dos crisis de proporciones, suficientes para poder empezar a cuestionar el beneficio de la supuesta independencia del Banco Central.

Greenspan, la biografía del todopoderoso titular de la Reserva Federal de Bob Woodward, reconocido periodista del Watergate y editor de *The Washington Post*, dinamita ese postulado del neoliberalismo. La independencia del Banco Central como máximo valor de racionalidad económica fue introducida en países periféricos por la ortodoxia poniendo como ejemplos a la Fed y el Bundesbank, luego reconvertido en Banco Central Europeo a partir del euro. Dos aspectos sustanciales son ignorados en esa traslación automática. Primero, que la Unión Europea y Estados Unidos son potencias, hoy en crisis pero poderosas y con monedas aceptadas fuera de sus propias fronteras. Segundo, que ni el BCE ni la Fed son tan independientes como dicen los que dicen que saben. (4) El sistema de la Reserva Federal es independiente sólo en el sentido de que nadie en el seno del gobierno (el Presidente, el Congreso, la Justicia) puede revocar sus decisiones. El Congreso supervisa el sistema porque la Constitución da al Congreso el poder de acuñar moneda y establecer su valor, un poder que, en el Acta de la Reserva Federal, el Congreso delegó en la Reserva Federal.

> La Fed debe trabajar dentro del marco de los objetivos globales establecidos por el gobierno, de modo que la Fed se describe a sí misma como «independiente dentro del gobierno», en lugar de decir que es independiente de él. (5)

Si quieren encontrar una idea conservadora, de raíz antipolítica y de preservación de intereses del poder financiero, no tienen que buscar mucho. La encuentran en la independencia del Banco Central.

¿Cuál es la construcción teórica de la ortodoxia para concluir en la independencia del Banco Central?

El argumento principal es que los gobiernos tienen objetivos de

corto plazo y, por lo tanto, tentados a la demagogia. Para frenar la tendencia de los políticos a impulsar estrategias expansivas, que implicarían bajar el desempleo o disminuir la tasa de interés para ampliar el crédito productivo, se necesita de un factor de contención de esos supuestos despropósitos económicos. Con aura de técnico experto, alejado de las miserias del mundo terrenal, emerge entonces el economista ortodoxo que reúne las características para ser seleccionado para ejercer el cargo de presidente del Banco Central independiente de los políticos. Tiene la misión de limitar el riesgo del desequilibrio económico, manifestado en inflación, provocado por las ambiciones de los políticos.

Ésta es la esencia teórica y práctica de la independencia de las bancas centrales. Enfrentar la supuesta irresponsabilidad cortoplacista de políticos con la prudencia de economistas que dicen saber cómo evolucionarán las variables, en especial la inflación, si no se respetan ciertos equilibrios macroeconómicos. Los gobiernos evalúan, con criterio político, que la suerte electoral depende del nivel de actividad económica y el empleo. Por ese motivo, demandan iniciativas monetarias expansivas que una banca central independiente debería resistir para evitar un proceso inflacionario.

Así se construye, a través de la estrategia monetaria, un dispositivo conservador de la política de ingresos. Institucionaliza la amenaza de una mayor desocupación si no se limitan las demandas salariales, y que, en caso de excesos, provocarán inflación. Para la ortodoxia, la única misión de la banca central es preservar el valor de la moneda, y la inflación, su principal enemigo. Toda la política económica debe estar subordinada a esa meta. El presidente del Banco Central se convierte de ese modo en la figura rectora de la gestión económica.

En la práctica es la constitución de un poder autónomo dentro del espacio de gestión económica del poder político.

El ministro de Economía no necesita el aval del Senado para su designación ni para su remoción, como sí establece la Carta Orgánica del BCRA para su presidente. Ambos tienen respectivas cuotas de responsabilidad sobre la gestión del rumbo de la economía. Pero el titular del Palacio de Hacienda tiene la máxima y no goza de los mecanismos institucionales de protección del presidente del Banco Central. Es desigual la autonomía política y funcional en áreas fundamentales del diseño de la política económica.

El Banco Central se ubica en el lugar de confiable para el mercado cuando cuida los intereses del poder financiero, aunque

estuvieran en contradicción con los objetivos económicos y sociales del gobierno. En los hechos, significa que la autoridad monetaria se desprende de la responsabilidad del desarrollo de la economía.

La independencia es entendida por el poder financiero como la facultad del presidente del Banco Central, desde el punto de vista institucional y práctico, de tomar las decisiones que considere más acertadas, sin previa ni posterior interferencia de ningún otro poder del Estado. Coloca en un segundo plano la calidad institucional y de la representación democrática.

> Tiende a considerar a los gobiernos electos como agentes insensatos, ineptos y oportunistas; en tanto considera a las autoridades monetarias como agentes sensatos, idóneos y consustanciados con los intereses de los ciudadanos. (6)

Sólo la presencia dominante de la ortodoxia en la economía durante tanto tiempo logró imponer a la sociedad semejante concepción antidemocrática.

> La propuesta de independencia de la autoridad monetaria conforma, desde la perspectiva teórica de, por ejemplo, la ciencia o la filosofía política, un esquema institucional manifiestamente «elitista» que, al independizar a la autoridad monetaria de los gobiernos electos, excluye al soberano (electorado) de toda influencia sobre uno de los resortes fundamentales de la administración macroeconómica. (7)

La confesión de Köhler expresaba, en tono político, lo que esa definición teórica advierte sobre el peligro de la primacía de la voluntad de los mercados sobre la política. O sea, del poder financiero sobre la democracia. De la independencia del Banco Central sobre los objetivos de la política económica. Para la ortodoxia, la democracia sólo funciona con reglas de juego estables si la política se subordina al mercado.

> Llaman la atención dos hechos en el marco general del análisis de valoración de las políticas económicas. Primero, las políticas económicas se valoran como si fuesen independientes del nivel de desarrollo del país en cuestión. Segundo, que esas mismas políticas son igualmente independientes del ámbito de la democracia. Esto significa que el marco de la política económica debería ser independiente de la inspiración doctrinal de los gobiernos, es decir, de las preferencias colectivas expresadas por los electores. (8)

En América latina se ha verificado más de una experiencia que el mercado, cuya manifestación son diversos reclamos del poder económico, ha puesto en jaque a gobiernos elegidos con legitimidad por mayorías. Fitoussi se pregunta si el mercado es compatible con la democracia, y su respuesta negativa está basada en que, en teoría, no es compatible con ninguna forma de gobierno, ni con la democracia, ni con la oligarquía, ni con la dictadura.

¿Acaso no enseñamos en la teoría de los mercados perfectos que toda intervención del Estado reduce la eficacia de la economía? La función de gobernar interfiere por naturaleza con los mecanismos del mercado. (9)

El discurso de los defensores del mercado es, entonces, antiestatal, al afirmar que el gobierno es un mal necesario y, por ese motivo, hay que limitar su imperio de manera radical. El principal argumento es «cuanto menos gobierne el gobierno, mejor le irá al mercado». El resultado de esa concepción es una negación global de la política. Ya no es la política, el derecho y el conflicto quienes deben gobernar la sociedad, sino el mercado.

A partir de esa base conceptual, la sociedad es ametrallada con diferentes latiguillos reiterados hasta el cansancio, tantas veces hasta que se instalan en el sentido común. Algunos de ellos, la excesiva cantidad de empleados públicos, la existencia de elevados impuestos, la permanencia de un sistema de protección social, el abuso de las regulaciones estatales. O la necesidad de tener un Banco Central independendiente.

La evidencia empírica ha mostrado que la autonomía de la banca central ha provocado mayores descalabros económicos, en caída de la actividad productiva y del empleo, que la inflación, el principal objetivo de la ortodoxia.

Los banqueros centrales actuando sobre la realidad, no los que se esbozan en marcos teóricos, no poseen el poder infalible de ordenar las variables económicas que le brindaría la independencia del gobierno. El caso más notable, por el fracaso de esa concepción, ha sido la del presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan. El hombre de las finanzas mundiales de los noventa, reverenciado por el poder político y alabado por el mundo financiero, perfeccionó un sistema de casino global. Un mercado especulativo a escala mundial que explotó con la crisis de las hipotecas subprime. La caída del Muro de Wall Street, precipitando la mayor recesión mundial desde el crac del 29, dejó en evidencia la profunda debilidad del marco teórico de funcionamiento del Banco Central independiente.

Otro caso impactante, con elevados costos económicos y sociales, de independencia de la entidad monetaria fue la convertibilidad con el traumático desenlace del corralito bancario, la megadevaluación y la pesificación asimétrica.

La experiencia histórica revela que las caídas del Producto durante el ciclo recesivo son más pronunciadas cuando mayor sea la independencia de la banca central. Esto se verifica porque las autoridades de la entidad monetaria sobreactúan su firmeza frente al poder político, que reclama flexibilidad para superar rápido la crisis, defendiendo lo que consideran su «credibilidad» e

«independencia». (10)

La independencia de la banca central va diseñando estructuras que permiten su permanencia pese a los fracasos en materia de crecimiento económico. Las Metas de Inflación y el Programa Monetario son dos instrumentos de la ortodoxia para preservar privilegios en el área financiera. Tras ese objetivo establecieron como guía básica del Banco Central el Programa Monetario, cuyo sustento teórico es que la inflación se explica por la emisión de moneda. Un eventual desvío de las metas monetarias actuaría como combustible en el incendio de los precios. (11)

Es la trampa de la ortodoxia. El señuelo, el Programa Monetario. Primero, ese plan es el más claro reflejo de una forma particular de entender la economía, conocida como monetarismo. Segundo, define que la cantidad de dinero en circulación explica el incremento del nivel general de precios. La inflación sería así siempre un fenómeno monetario generado por la excesiva emisión de dinero. Tercero, afirma que las metas cuantitativas son la única herramienta para gestionar la política monetaria.

La elaboración del Programa Monetario es la expresión de la denominada política de Metas de Inflación. Estrategia dominante en la década del noventa, adquirió mayor intensidad a comienzos de 2000. Consiste en adoptar un objetivo de inflación como la excluyente ancla nominal de la economía. La política monetaria queda subordinada a cumplir un único objetivo sin importar el costo económico de su instrumentación en términos de empleo y actividad. Por lo tanto, la política fiscal y el gasto público quedan condicionados a la monetaria, a la cantidad de dinero en circulación en la economía.

De esa forma se restringe considerablemente la autonomía de gestión de la economía. Herramientas de la política macroeconómica, como la fiscal, la regulación del flujo de capitales del exterior, la política de ingresos y de empleo, entre otros, quedan subordinados a la política monetaria. Como esa política es administrada por el Banco Central, y éste tiene que ser independiente del poder político, el poder financiero se convierte entonces en auditor de la política económica de los gobiernos.

La crisis europea y la argentina de 2001 son la expresión más nítida de esa comunión de ideas ortodoxas y preservación de privilegios de la banca. La insistencia de medidas de ajuste sobre la población provoca incredulidad. ¿Por qué políticos disponen medidas que ya se sabe que fracasarán, afectarán la legitimidad política y provocarán daño social? No se trata de ignorancia o testarudez. La profundidad y extensión de los ajustes tiene la base teórica en la concepción monetarista, neoliberal, de primacía del

mercado sobre el Estado, y el dominio del poder financiero. La crisis económica y social no es por un hecho natural o por acontecimientos imprevisibles. Tiene su raíz en una estructura de funcionamiento del capitalismo bajo la hegemonía del poder financiero.

El premio Nobel Joseph Stiglitz escribió el artículo «Mentiras graves sobre los bancos centrales». Con precisión quirúrgica va demoliendo cada uno de los postulados de la ortodoxia. Dice:

- la inflación no es un fin en sí mismo;
- la búsqueda a toda costa de la estabilidad de precios menoscaba, en realidad, el crecimiento económico y el bienestar;
- los trabajadores, quienes tienen mucho que perder si el Banco Central aplica una política excesivamente rígida, no se sientan a la mesa de las decisiones;
- los financistas, en cambio, que no tienen mucho que perder con el desempleo pero sí con la inflación, están muy bien representados en el Banco Central; y
- los financistas no entienden bien el complejo funcionamiento del sistema macroeconómico, como lo atestiguan sus frecuentes errores a la hora de gestionarlo.

A la banca central se le presentan desafíos importantes si plantea una política activa tras el objetivo del crecimiento económico, alejada de la ortodoxia.

El riesgo es inevitable: una política monetaria demasiado permisiva corre el riesgo de aumentar la inflación; si es demasiado rígida, puede causar innecesariamente un aumento del desempleo, con todo el sufrimiento que éste entraña. Siempre es inevitable un riesgo calculado. Según las diferentes políticas, variarán los perjudicados y ésa es una decisión que no se puede —o al menos no se debería— dejar al arbitrio de los tecnócratas de los bancos centrales. (12)

Las corrientes conservadoras han logrado establecer la hegemonía en el debate económico a partir de varias décadas de predominio en el mundo académico y político. Pese a ello, en los últimos años han empezado a cuestionarse varios de los postulados ortodoxos. Uno, es la independencia del Banco Central.

La crisis internacional más dramática desde el crac del 29 aceleró ese proceso de revisión de principios como dogmas. El rol del Estado y la necesidad de políticas fiscales expansivas han recobrado legitimidad y hoy, ante el desquicio provocado por el neoliberalismo, disputan con firmeza la pelea por influir en la sociedad. Líderes políticos y economistas enrolados en la

heterodoxia empiezan a moverse con un poco más de fluidez en discusiones referidas a la intervención del sector público en la economía y, en especial, en la participación del gasto estatal como dinamizador de la actividad.

Discursos en foros internacionales y documentos de investigación reflejan la recuperación de esa concepción en el terreno económico. Es un oportuno renacer que reintroduce en el escenario político cuestiones como la distribución del ingreso, el fortalecimiento del Estado y el empleo como ordenador social. La mayor resistencia de la ortodoxia la ofrece en la política monetaria. Para empezar a debilitarla es condición necesaria dinamitar el concepto de independencia del Banco Central.

La política monetaria alternativa establece como objetivo, además del tema de los precios y el valor de la moneda, metas de empleo sujetas a una tasa máxima de inflación. La autoridad monetaria se compromete a cumplir con un determinado objetivo de generación de empleo. (13) Dicha meta puede asimismo plantearse en términos de crecimiento económico, formación de capital, finalidad que depende del contexto y requerimiento de cada país.

> Bajo dicho enfoque, el Banco Central no se encuentra obligado a rendir cuentas frente a la sociedad por la eventual ocurrencia de desvíos de la inflación respecto de una meta predeterminada, sino que tiene que hacerlo en función de una meta asociada a la generación de puestos de trabajo. (14)

El Banco Central debe proponer, desarrollar e implementar políticas que considere necesarias para alcanzar dicha meta, siempre teniendo en cuenta una restricción inflacionaria.

Una de las virtudes indirectas de esa postulación es el estímulo a la generación de nuevo conocimiento acerca de las conexiones entre la política monetaria y la generación de empleo. Puede parecer una trivialidad, pero al comprometerse con una meta de empleo, las autoridades monetarias se verán en la obligación de destinar recursos a la investigación sobre la forma más adecuada para alcanzar dicha meta. Esto deriva en que la política monetaria puede ofrecer nuevos resultados o, en forma indirecta, disponer de una regulación en la asignación del crédito en función de ciertos criterios de creación de empleo.

El poder financiero se altera con esas ideas a contramano, ya que el Banco Central ha sido en Argentina uno de los espacios de poder más nítido donde se ha dirimido la tensión sobre la institucionalidad ortodoxa durante la primera década del nuevo siglo.

La extrema sensibilidad social con el dinero orienta la cuestión bancaria a ser manejada por expertos, con estrechas relaciones

con el mundo financiero. Los gobiernos aceptaron esa sociedad promiscua con la presunción de preservar su capital electoral de eventuales estallidos de inestabilidad financiera, que esa comunión de intereses promete evitar. Algunos estaban convencidos de que esos expertos eran los que sabían y otros aceptaron que debían ejercer el poder con esa restricción.

El ciclo político del kirchnerismo transitó ese último camino en el Banco Central, primero con la presidencia de Alfonso Prat Gay y luego con la de Martín Redrado. (15)

En esos años hubo otro caso emblemático de la relación estrecha del sistema financiero con la institucionalidad de la banca central. Fue en el Brasil de Lula da Silva. Enrique Meirelles era presidente mundial del Bank Boston y Lula da Silva lo eligió al comienzo de su mandato para conducir el Banco Central de Brasil. Meirelles acompañó a Lula en su primer y segundo gobierno. En esos ocho años, la tasa de interés real en dólares en Brasil fue una de las más altas del mundo y los bancos contabilizaron ganancias récord en todo ese período. Un paraíso para los financistas.

Lula y Kirchner compartieron la misma estrategia. El brasileño emitió una señal de tranquilidad al sector financiero puesto que en el mercado se temía por el izquierdismo del Partido de los Trabajadores. Gabriel Palma, economista de la Universidad de Cambridge, evalúa que Lula exageró.

> Es verdad que había temor en los mercados financieros, pero lo único que pedían era que no hubiera un default de la deuda interna o un cierre de la cuenta de capitales. La política adquirió una dinámica propia pro neoliberal. Fue un cambio que no obedecía a una urgente necesidad objetiva. No es que Lula asumía el gobierno en una situación de crisis en la que los mercados le dictaban la política a seguir. (16)

Las experiencias de Kirchner y de Lula dejaron en evidencia las limitaciones que enfrentan los políticos ante la aceptación extendida en la mayoría de los países de que las bancas centrales tienen que ser territorio de financistas.

En un mundo dominado por la ortodoxia y el poder financiero adquirió entonces dimensión extraordinaria la interpelación a la naturalizada institucionalidad conservadora la designación de Mercedes Marcó del Pont al frente del Banco Central, en 2010, en el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner.

Marcó del Pont no es una economista liberal ni ha estado vinculada al mundo financiero. Licenciada en economía en la Universidad de Buenos Aires, en 1987 realizó un master en la Universidad de Yale, Estados Unidos. De concepción desarrollista, privilegia el crecimiento económico con base en los sectores productivos; y no en los especulativos. Intervino activamente en

cada uno de los espacios más relevantes de resistencia al neoliberalismo en los noventa (CTA, Plan Fénix, Frenapo), cuando participar en esa batalla implicaba el desierto mediático y político.

Esa designación transitó el carril opuesto del concepto de independencia de la autoridad monetaria. También lo fue la decisión de utilizar una porción de las reservas internacionales al pago de la deuda, y la reforma de la Carta Orgánica del Banco Central que le permitió a la entidad recuperar la facultad de orientar el crédito y fijar la tasa de interés. Así lo hizo a partir de julio de 2012 cuando dispuso la obligación a los bancos de prestar el 5 por ciento de los depósitos privados a pymes y grandes empresas.

El nombramiento de Marcó del Pont pudo efectivizarse no sin antes una resistencia muy fuerte de la ortodoxia. El anterior presidente del Banco Central, Martín Redrado, provocó un conflicto de proporciones al oponerse a una medida soberana del Poder Ejecutivo de destinar una parte de las reservas al pago de la deuda. Redrado tuvo un comportamiento inédito. Atrincherado en su despacho resistió esa orden dispuesta por un decreto de necesidad y urgencia. No acataba la norma con fuerza de ley y no renunciaba al cargo.

La reacción de Redrado fue, como ya describimos, consecuencia de la concepción de institucionalidad de la ortodoxia económica, que subordina a los poderes democráticos al mercado libre, en este caso, al poder financiero. Cualquier amenaza de alterarlo, recibe como respuesta la desobediencia.

De la mano de una mala interpretación sobre la autonomía del Banco Central se pretendió convertirlo en un Vaticano dentro de Argentina, donde la realidad pasaba por otro lado. Así como en los 90 el Ministerio de Trabajo pareció dedicado a preservar las espaldas de las empresas, con los trabajadores como variable de ajuste, el Banco Central estuvo dedicado a defender los intereses de los bancos. (17)

Redrado tuvo especial dedicación en ese sentido. En el libro de autoalabanzas *Sin reservas*, insistió en más de una oportunidad en que los criterios profesionales son los que han guiado su gestión en el Banco Central. Estudiemos un ejemplo de esos criterios profesionales, como paradigma, además, de cómo actúa el Banco Central en beneficio del poder financiero.

En 2008, cuando se desplegaba la crisis financiera internacional, Redrado diseñó una estrategia de intervención en el mercado de títulos públicos que instaló en el mundo financiero la posibilidad de un nuevo default de la deuda argentina. Desde abril de ese año, y con más intensidad desde junio hasta fin de 2008, el Banco Central compró títulos públicos para,

supuestamente, evitar la caída de las cotizaciones. Sin coordinar esa participación con la Secretaría de Finanzas, adquirió 11.500 millones de pesos en bonos públicos, en especial el Descuento en pesos con vencimiento en 2033, papel que concentró el 50,7 por ciento del total de adquisiciones. Fue una estrategia que por su extensión, montos involucrados y resultados negativos hubiera merecido precisiones, ausentes en ese apresurado libro.

La compra de títulos con vencimiento de largo plazo fue realizada a través de la mesa de dinero del Central, a precios máximos de la jornada y privilegiando de contraparte a dos bancos, según un denuncia judicial en el fuero penal. (18) El Banco Mariva concentró el 29,8 por ciento de las operaciones, y el Banco Macro, 17,6 por ciento. Redrado sabía de la existencia de cuestionamientos a esas operaciones, por eso en su libro explicó que todas las operaciones en la mesa de dinero del Banco Central se hicieron con computadoras que tienen pantallas «ciegas», es decir, quien oferta no puede ver el comprador, y quien compra no puede ver al vendedor. Es por lo menos llamativo que ese sistema azaroso defina tantas transacciones para sólo dos bancos que terminaron concentrando el 47,4 por ciento de las operaciones «ciegas».

El riesgo a una nueva cesación de pagos se instaló en el mercado porque la compra de esos títulos públicos con vencimiento en el largo plazo provocaron lo que los especialistas denominan la inversión de la curva de rendimientos soberanos: los bonos de corto plazo pasaron a ofrecer una renta más elevada que los de largo, cuando la lógica de mercado es al revés. Si un título de vencimiento cercano paga una tasa de interés más alta que uno de largo, significa que los inversores tienen la presunción de dificultades para cobrarlo y por ese motivo exigen un premio mayor. Esto provocó la disparada del riesgo país y convocó el fantasma del default, que no sucedió.

La pérdida patrimonial para el Banco Central por la caída de las cotizaciones de los bonos, provocada por la corrida por el miedo al default, alcanzó los 5.127 millones de pesos. El mismo monto de ganancia fue para los bancos participantes de las operaciones. El kirchnerismo no tenía que esperar la rebeldía de Redrado al decreto de necesidad y urgencia que habilitaba la utilización de las reservas para pagar deuda para descubrir las características de su gestión.

La designación de Marcó del Pont al frente del Banco Central fue desconcertante para el poder financiero. El diario *La Nación* expresó ese trastorno en uno de sus editoriales. (19) Desde el mismo título no ahorró descalificaciones. «Absurdas teorías de

Marcó del Pont», sentenció, para luego arrojar una seguidilla impactante: «La pobreza de sus resultados»; «estrafalarias y carentes de lógica»; «fracaso de su gestión»; «pobreza técnica inquietante»; «desafío a la lógica más elemental»; «razonamiento absurdo»; «por sofista o por su falta de preparación»; «desafío para el que no está preparada». Para un texto de once párrafos y 917 palabras era una acumulación de desvalorizaciones que empalagaba, atrapado en la seducción de la adjetivación. Como no tenía la pretensión de ser un escrito literario, sino político, ese editorial reflejaba la preocupación del poder financiero por la pérdida del manejo del Banco Central.

Años de predominio del establishment en la entidad monetaria provocó que gran parte de sus cuadros técnicos sean integrantes de la ortodoxia económica, con los consiguientes canales de comunicación con intereses de banqueros y financistas. No era sencilla la misión de transformar esa estructura que supo construir resistencias.

La manifestación más reiterada de esa resistencia fueron las críticas monetaristas a la gestión del BCRA, asignándole culpa por la suba de precios. Insistían con esa idea marcada a fuego que asocia en forma lineal emisión monetaria con inflación, explicada y rebatida en el capítulo anterior.

Detrás de la avanzada conservadora con la bandera de la inflación como estandarte se oculta la estrategia del ajuste: la ortodoxia propone que el Banco Central deje de emitir para sostener el tipo de cambio, el crecimiento y al Tesoro y que, a la vez, suba la tasa de interés para enfriar la expansión por el lado del crédito. Además, al considerar que la inflación es por un exceso de demanda, aconsejan reducir el gasto público, focalizando en los subsidios. El esquema sugerido es dejar apreciar la moneda, como en Brasil o Uruguay, subir la tasa de interés y bajar el gasto público. El resultado es menos crecimiento, aumento del desempleo, incremento de las importaciones, pérdida de competitividad de la industria local, abandono de la acumulación de reservas, y fabulosas ganancias especulativas con tasas en pesos en alza y dólar en retroceso. Es un sendero que conduce al déficit de balanza comercial y de cuenta corriente, con estación final en recesión y posterior devaluación.

Eludir ese camino es un desafío complejo, lleno de dificultades, que pone a prueba a la heterodoxia en un campo hostil.

La manifestación más abierta de rechazo a la presencia de la heterodoxia en el Banco Central tuvo de protagonista al presidente de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires. En la

introducción protocolar de su discurso en el acto por el 156º aniversario de la institución, Adelmo Gabbi dio la bienvenida a la presidenta de la Nación, a autoridades de los otros dos poderes de la república, a ministros del Ejecutivo, a embajadores, a representantes de las provincias y municipios y a los invitados y socios en general. Ignoró la figura, sentada visiblemente a pocos metros del atril, de la presidenta del Banco Central, Mercedes Marcó del Pont. (20) Esta descortesía de hombres de negocios fue la primera expresión pública de la resistencia de la city a la primera mujer que pasó a ocupar la poltrona principal de la entidad monetaria, además con visión heterodoxa de la economía. Le adjudicaban la responsabilidad de haber frenado el proyecto que financistas y el Ministerio de Economía habían elaborado para eliminar la restricción al ingreso de capitales especulativos. Subestimaron a Cristina Fernández de Kirchner, quien ese día fue contundente en su discurso en la Bolsa: los mandó al psiquiatra a sus promotores.

En días previos al festejo bursátil, Gabbi había sugerido que el Gobierno estaba estudiando dejar sin efecto el encaje (inmovilización) por un año del 30 por ciento sobre capitales financieros del exterior que ingresan al mercado local. El diario *Ámbito Financiero* anunció en tapa que Economía tenía en carpeta un proyecto avanzado. (21)

El objetivo de corredores y financistas, compartido con funcionarios del Ministerio de Economía, quedó trunco. Cristina Fernández de Kirchner decidió mantener la restricción en la Cuenta Capital explicándolo en los siguientes términos:

> [...] que las cámaras empresariales que las representan definan claramente cuál es su estrategia porque suena muy inconsistente y casi para el psiquiatra que, por un lado, un sector esté reclamando el levantamiento del encaje y, por otro lado, diaria y cotidianamente se mencione la fuga de capitales como uno de los principales problemas de la política económica del país. (22)

La reforma de la Carta Orgánica del Banco Central, en marzo de 2012, implicó un quiebre formal a la institucionalidad de los noventa, aunque en los hechos, los gobiernos kirchneristas ya habían eludido algunas de sus limitaciones. Hasta esa modificación, la Carta Orgánica proponía como misión primaria y fundamental la defensa de la moneda, redacción funcional al régimen de convertibilidad.

En 1992, con la ley 24.144 se introdujo una profunda modificación en la Carta Orgánica en línea a una política neoliberal que limitó de un modo drástico las operaciones de la entidad monetaria. Tan extremas fueron esas restricciones que durante el Efecto Tequila, en 1995, fue necesario modificarlas

para ampliar las facultades del Banco Central relativas a la concesión de redescuentos a los bancos en problemas.

Más tarde, todavía durante la vigencia de la convertibilidad, fue reemplazado un artículo que prohibía al Banco Central otorgar préstamos y adelantos al gobierno nacional para permitirlas, con límites. Las reformas de la Carta Orgánica introducidas en 2003 y 2004 redefinieron algunas de sus funciones, pero mantuvo intacta la visión limitada de su «función primaria» de cuidar el valor de la moneda.

Los economistas de la Facultad de Ciencias Económicas reunidos en el Plan Fénix fueron de los pocos que advirtieron en más de una oportunidad los efectos negativos para la economía de un Banco Central conducido bajo los preceptos de esa Carta Orgánica. En un documento afirmaban que la misión estatutaria del BCRA de defender el valor de la moneda nacional tuvo entonces otras connotaciones, de dudosa consistencia, en tanto se fomentó en los hechos un régimen bimonetario, que limitaba tal posibilidad y sumaba indistintamente en la información oficial pesos y dólares como si se tratara de monedas de la misma especie. Recomendaban volver a la promoción del desarrollo de la economía como objetivo de la autoridad monetaria, juntamente con la defensa del valor de la moneda. Sugerían regresar a premisas de la anterior Carta Orgánica (ley 20.539), que establecía

> [...] regular el crédito y los medios de pago a fin de crear condiciones que permitan mantener un desarrollo económico ordenado y creciente, con sentido social, un alto grado de ocupación y el poder adquisitivo de la moneda. (23)

El argumento principal era que para mantener el valor de la moneda se necesita un entorno económico de desarrollo, con un sector real que dé base a las transacciones financieras y monetarias facilitadas por la moneda nacional. El objetivo de defensa de la moneda no puede aislarse entonces del otro objetivo esencial, que es el de contribuir al mantenimiento de un sendero de crecimiento productivo. Es la misma exigencia que tiene la banca central de Estados Unidos (FED), obligada por su normativa a

> [...] mantener el crecimiento sostenido de los agregados monetarios y crediticios de un modo consistente con el potencial de crecimiento de la economía, así como para promover efectivamente los objetivos de pleno empleo, estabilidad de precios y moderadas tasas de interés de largo plazo. (24)

Este punto es importante para comprender el debate económico que se abrió sobre la utilización de las reservas para pagar deudas. Los hombres de negocios dedicados a comercializar

información económica atemorizaban con que, de esa manera, se ponía en riesgo el valor de la moneda y, por ese motivo, no era conveniente utilizar las reservas para ese fin. En realidad, el poder financiero no está preocupado por el valor de la moneda, sino que pretende que las reservas estén destinadas solamente a financiar la fuga de capitales.

Finalmente, la nueva Carta Orgánica del Banco Central modificó rasgos fundamentales del funcionamiento de la autoridad monetaria. Fue la reforma financiera más importante para desmontar el modelo neoliberal en el sistema bancario instalado por la dictadura de 1976 y perfeccionado por Domingo Cavallo durante los noventa.

Luego de la aprobación en el Congreso, (25) el Banco Central pasó a tener como meta preservar el valor de la moneda, como lo establecía la vieja norma, sumando la estabilidad financiera y el desarrollo económico con equidad social. Recuperó la posibilidad de regular y orientar el crédito estableciendo las condiciones en términos de plazos, tasas de interés, comisiones y cargos.

El Banco Central recobró su rol histórico en la promoción del crédito productivo. Enterró formalmente la guía ortodoxa Metas de Inflación, que disminuye la autonomía de la política cambiaria y expone a la economía a la inestabilidad de los mercados financieros. A cambio, se definió que el mandato del directorio de la entidad sea informar antes del inicio de cada ejercicio sus objetivos y planes de políticas monetaria, financiera, crediticia y cambiaria, con la estimación anual de las principales variables macroeconómicas claves, en función al crecimiento económico y de empleo, y ya no sólo subordinado a metas de inflación restrictivas del desarrollo.

Incorporó bajo su jurisdicción la supervisión de otros sistemas de pagos, de cámaras compensadoras, empresas de remesas de fondos y transportadoras de caudales. Asumió la responsabilidad de defensa de los usuarios frente a abusos de los bancos. Estableció como principio «velar por un sistema financiero con un adecuado nivel de competencia», lo que habilitó fijar niveles de participación de mercado. Además, el directorio de la entidad recuperó el control efectivo de la Superintendencia de Entidades Financieras y Cambiaria, que había adquirido cierta autonomía de gestión y negocios con la vieja Carta Orgánica.

Cualquiera que conozca la historia de las bancas centrales, incluyendo la argentina, encontrará en estos cambios una transformación sustancial para desmalezar el funcionamiento del sistema financiero y el régimen monetario. Quedaron incluidas en esa reforma varias ideas expuestas en otras iniciativas de

modificación de la ley de entidades financieras, para dejar atrás la de Martínez de Hoz de 1977.

Influidos por años de hegemonía neoliberal, la mayoría de los análisis se concentró en el artículo que modificó la Ley de Convertibilidad vinculado a la definición de «reservas de libre disponibilidad». Las transformaciones de las facultades del Banco Central eran mucho más importantes que la relacionada con las reservas. Era una amplia reforma financiera.

El debate sobre la necesidad de contar con un monto de reservas que cubra la totalidad de la base monetaria no era lo más relevante. Podía servir para lograr una mayor figuración mediática, pero era un concepto que, desde el estallido del 1 a 1, había quedado vacío. Era una noción que se había marcado a fuego por una década de convertibilidad y dolarización de la economía. Sin embargo, por encima de las percepciones y el texto de una ley, a partir de la megadevaluación y la instrumentación de un régimen de tipo de cambio administrado y flexible, esa relación estricta y monetarista dejó de ser importante y sólo quedó de referencia para nostálgicos de un esquema fallido.

La obligación de mantener una relación equivalente entre la base monetaria y la cantidad de reservas internacionales como resguardo de estabilidad económica mostró que era una ilusión. Fantasía aceptada por parte de la sociedad y publicitada por banqueros y economistas del establishment. La crisis de 2001 hizo estallar ese desvarío de la política cambiaria.

Con un régimen de tipo de cambio flexible, cuya paridad puede subir o bajar, la relación con la base monetaria también fluctúa y, por lo tanto, son otras variables, además del circulante, para definir la cantidad de reservas óptimas que debe atesorar el Banco Central.

La nueva Carta Orgánica del Banco Central definió que el directorio de la autoridad monetaria será la instancia que establezca el nivel de reservas que garantice el normal funcionamiento del mercado cambiario, «tomando en consideración la evolución de las cuentas externas». (26) No se eliminó la noción de «libre disponibilidad» en la ley; se la redefinió. Dejó de estar vinculada a los excedentes sobre la base monetaria y pasó a calcularse bajo parámetros relacionados al sector externo.

Los gobiernos kirchneristas habían mantenido hasta entonces ese concepto cuando pagaron la deuda con el FMI y otros vencimientos con «reservas de libre disponibilidad», aspecto que desarrollamos en el capítulo correspondiente a la deuda.

La reforma de ese criterio fue motivada por la fuga de capitales

de 2011 pues el término libre disponibilidad atado a una concepción monetarista hubiera actuado en los hechos como una restricción a la autonomía de la política económica porque no habría sido posible utilizar reservas para pagar deudas. Esto hubiera exigido recursos fiscales cuando el superávit fiscal se había estrechado por la expansión del gasto público. Sin la posibilidad de aplicar reservas para el pago de deuda se hubiera necesitado desviar para ese fin gasto público destinado a obras de infraestructura o del área social.

La idea de que existan reservas de libre disponibilidad supone que hay una porción «no disponible», la que respalda la base monetaria. Este concepto no existe en otros bancos centrales de la región y era herencia pura de la convertibilidad.

Ya explicamos la importancia de mantener un nivel adecuado de reservas internacionales; la cuestión era el intento de la ortodoxia de vedarle al sector público el acceso a recursos propios invocando una presunta intangibilidad o un poder autónomo de la autoridad monetaria

Sin la posibilidad de utilizar reservas para pagar deuda, las opciones eran tres: devaluar, y las reservas de libre disponibilidad aumentarían automáticamente; realizar un ajuste fiscal, con impacto social negativo; o endeudarse, el sueño del sector financiero.

La opción elegida no fue ninguna de esas tres. La alternativa heterodoxa fue pagar con reservas. Al destinar una parte de esos recursos a pagar deuda, el interrogante que surge es cómo definir el monto óptimo de reservas.

En la economía argentina, con un elevado grado de dolarización, la cantidad de reservas influye en el valor del dólar y en las expectativas sociales sobre la capacidad del Banco Central para defender la paridad del peso. El atesoramiento de reservas facilita la administración del tipo de cambio, ofrece un seguro frente a corridas cambiarias y modificaciones súbitas en los flujos de capitales, reduce la vulnerabilidad externa, permite contar con un prestamista de última instancia propio en moneda extranjera y disuade presiones devaluacionistas y ataques especulativos.

Uno de los criterios para definir «reservas óptimas» es que esas divisas deben cubrir cuatro meses de importaciones y ser equivalentes a una porción del circulante monetario más los depósitos en cuenta corriente y caja de ahorro. También se elaboran indicadores referidos a la relación con la deuda y los vencimientos de capital e intereses futuros. En la nueva Carta Orgánica se hace referencia a la evolución de las cuentas

externas, lo que implica el resultado de la balanza comercial y de la cuenta corriente.

Con la derogación de uno de los resabios de la convertibilidad y después de quedar demostrado, no sólo aquí, sino en muchos otros países a partir de la crisis en Estados Unidos y Europa, que no existe independencia de las bancas centrales, esa reforma financiera recuperó la tradición de mandato múltiple para la autoridad monetaria.

La modificación de la Carta Orgánica del Banco Central amplió las atribuciones del directorio de la entidad monetaria. Reconquistó la posibilidad de regular las condiciones del crédito en términos de riesgo, plazos, tasas de interés, comisiones y cargos de cualquier naturaleza. La de orientar el destino del crédito mediante exigencias de reservas, encajes diferenciales u otros medios. La de establecer políticas diferenciadas orientadas a las pequeñas y medianas empresas y a las economías regionales.

El Central recuperó la opción de aplicar herramientas financieras para, por ejemplo, llevar adelante políticas específicas destinadas a impulsar la inversión o atender las necesidades de pymes o de economías regionales. Una de ellas fue la de ordenar prestar a empresas el 5 por ciento de los depósitos. Los bancos tuvieron poco margen de rebeldía. La opinión pública sobre los bancos no ha mejorado, ya sea por el recuerdo del corralito o por los excesivos costos que cobran a sus clientes. Las utilidades que estaban acumulando inhibían cualquier movimiento de desobediencia, después de haber sido repudiados por el corralito. Resulta ilustrativo detallar la evolución de las ganancias de los bancos.

2005	1.780 millones de pesos
2006	4.306 millones de pesos
2007	3.905 millones de pesos
2008	4.757 millones de pesos
2009	7.920 millones de pesos
2010	11.761 millones de pesos
2011	14.720 millones de pesos

NOTA: Elaboración propia sobre la base del Informe sobre Bancos del BCRA.

Los primeros veinte bancos del sistema reúnen el 92,4 por ciento del total de depósitos. La concentración fue una derivación de casi 35 años de un mercado ordenado bajo normas liberales, que ha probado ser inestable, con elevadas cuotas de riesgo sistémico y poca disposición a financiar la producción.

El sistema financiero se liberalizó en 1977 con el ministro de Economía de la dictadura militar Alfredo Martínez de Hoz. Un año después de esa reforma sumaban 721 entidades financieras.

En diciembre de 1994, antes de la crisis mexicana, existían 205. Esa cifra fue descendiendo hasta las 80 entidades a fines de 2012. Durante el régimen liberal en materia bancaria quebraron, cerraron o fueron liquidadas 641 entidades, equivalente al 89 por ciento del mercado. Decenas de bancarrotas e incautación de ahorros se sucedieron, desde el Plan Bónex en diciembre de 1989 hasta el corralito de 2001.

Semejante proceso de reestructuración derivó en una extraordinaria concentración de la actividad. En 1990, los veinte bancos más grandes contabilizaban el 64 por ciento del total de los depósitos. El registro para 2012 era 92,4 por ciento.

La debacle del corralito fue el punto máximo de ese régimen. Desde entonces, la banca inició una sorprendente recuperación, y con el crecimiento robusto de la economía recobró solidez, pero no modificaron su casi nulo interés de financiar inversiones productivas. Siguieron con el negocio que más saben hacer y más ganan dinero. Cobrar comisiones crecientes, ampliar el menú de servicios a sus clientes para obtener más ingresos, volcar recursos en préstamos al consumo aplicando tasas altas, descontar documentos a empresas necesitadas de capital de trabajo, también a tasas altas, y colocar excedentes en la compra de títulos públicos. Así contabilizaron utilidades récord.

La banca tiene la tendencia a actuar en forma procíclica. No se necesita ser un experto para darse cuenta. La máxima Langhorne Clemens dice:

> El banquero es un señor que nos presta el paraguas cuando sale el sol y nos lo exige cuando empieza a llover. (27)

Cuando la economía crece, aumentan las líneas de financiamiento, en especial las de consumo, sobregiro de cuenta corriente y descuento de documentos. En los períodos de desaceleración recortan la asistencia y suben la tasa de interés. De esa forma exacerban las tendencias. La orden a los bancos de prestar a empresas para inversiones productivas fue a contramano de la histórica política pasiva del Banco Central. Esa decisión fue una evidente medida contracíclica con el objetivo de amortiguar el impacto de la desaceleración de la economía en 2012.

La intervención del Central no abarcó solamente al monto global de los créditos y el destino de esos fondos, en partes iguales entre grandes y pequeñas empresas, sino que también definió la tasa de interés. Fue de poco más del 15 por ciento anual, porcentaje que se alcanzaba con el promedio de la tasa que cobraban los bancos por grandes depósitos de más de un millón de pesos, denominada Badlar, más un plus de 4 puntos.

De ese modo, el Banco Central recuperó una potestad que había perdido por la Ley de Entidades Financieras de 1977 de Martínez de Hoz. La nueva Carta Orgánica le devolvió la posibilidad de fijar la tasa de interés. Al fijar la tasa de interés de los préstamos en el 15 por ciento anual intervino en la determinación del margen financiero por intereses, la diferencia que obtienen las entidades por las tasas que pagan (depósitos) y cobran (préstamos). La intermediación de recursos canalizando el ahorro hacia la inversión reproductiva es el objetivo principal de la banca privada.

Las entidades no perdieron dinero por otorgar esos nuevos créditos a la producción. El margen del 4 por ciento se ubicaba un poco debajo de lo que habían obtenido en los últimos años. El Informe sobre Bancos del BCRA de abril de 2012 precisaba que el margen financiero por intereses sobre activos de la banca privada había sido de 5,3 por ciento en 2009, 5,5 en 2010, y subiendo al 6,1 por ciento en 2011. En el primer cuatrimestre de 2012, el resultado por intereses del margen financiero fue de 7,1. La banca privada no tenía mucho espacio para la queja con semejantes ganancias por intermediación. Contabilizarían menos ingresos, aunque igual manteniendo un resultado positivo, por una porción de sus depósitos involucrados en líneas de créditos a la producción.

La ruptura con el legado de los noventa implicó devolver al Banco Central su rol histórico en la promoción del crédito productivo, acompañando políticas formuladas por el gobierno. Es una de las funciones estratégicas para garantizar la estabilidad monetaria y para sostener el crecimiento económico y tender al desarrollo y el pleno empleo. Es lo mismo que se definía en la norma que regía el BCRA antes de la reforma de 1992 y lo que postula en su carta orgánica la Reserva Federal, banca central estadounidense.

Frente a la oposición de la ortodoxia, un grupo de economistas del exterior, que se reconocen críticos de la corriente neoliberal, emitieron una declaración de apoyo a la nueva Carta Orgánica del Banco Central. Pese a la relevancia de las figuras que suscribieron el documento, fue un acontecimiento político ignorado por gran parte de los medios.

Convocados por el profesor John Weeks, de la Escuela de Estudios Orientales y Africano, de la Universidad de Londres, un grupo de veinte prestigiosos economistas heterodoxos y académicos que trabajan en distintas universidades de Inglaterra escribieron un breve texto en apoyo a la reforma de la Carta Orgánica del Banco Central. Los especialistas pertenecientes a

distintas corrientes de pensamiento económico como Ha-Joon Chang, George Irvin, Malcom Sawyer y Gabriel Palma celebraron que el Banco Central de la República Argentina se hubiera desprendido del andamiaje neoliberal y pasara a perseguir un mandato múltiple que conjugara el crecimiento económico, la distribución del ingreso y la expansión del crédito productivo con el control de la inflación. El texto de la declaración dice:

> La ideología dominante, a lo largo de los últimos treinta años, afirma que la única función legítima de un banco central es el control de la inflación. Con frecuencia este objetivo se ha buscado mediante la aplicación de una «meta de inflación», una tasa máxima de aumento de alguna medida de los cambios en el nivel de precios. La consecuencia práctica de convertir a la lucha contra la inflación en el objetivo central ha sido la reducción sustancial de las opciones de política de los bancos centrales. Además, este acercamiento limitado impide la coordinación entre la política monetaria y la fiscal, esencial para lograr intervenciones contracíclicas exitosas.
>
> En Argentina, en los años 90, la política económica operó bajo la carga de una forma extrema de ese diseño limitado, un régimen de caja de conversión, con un tipo de cambio fijado al dólar y una base monetaria estrictamente vinculada con la evolución de las reservas internacionales. Entre 1997 y 2002, la debilidad inherente de esta política monetaria creó un desastre, colapso económico y alta inflación.
>
> El gobierno argentino propuso un nuevo mandato para el banco central que revocaría las reglas de la convertibilidad y ampliaría el mandato de la institución para perseguir objetivos múltiples que incluyen el crecimiento, una distribución del ingreso más equitativa, promoción del crédito sectorial y la estabilidad de precios. El Congreso aprobó la ley y la presidenta Cristina Fernández de Kirchner promulgó el nuevo mandato.
>
> Nosotros, economistas que trabajamos en el Reino Unido, aplaudimos al gobierno argentino y al Congreso por este acercamiento inteligente y previsor a la política monetaria. El nuevo mandato permite que el gobierno actual, y los próximos gobiernos, elijan entre políticas económicas acertadas y equivocadas, mientras que la legislación anterior institucionalizaba las políticas erróneas. (28)

Gerald Epstein, codirector del Political Economy Research Institute, Universidad de Massachusetts, Amherst, también escribió un artículo en defensa de la reforma señalando que la ideología dominante sostiene que la única tarea legítima para los bancos centrales es controlar la inflación, y que ese objetivo suele perseguirse a expensas de otras metas más amplias como la creación de empleo, estabilidad financiera y crecimiento económico.

> Ahora, en lo que representa un cambio muy importante, el gobierno de la Argentina se enfrentó a ese «sentido común» neoliberal y modificó la Carta Orgánica del Banco Central: amplió su mandato para incluir el crecimiento económico y la estabilidad financiera, y le dio la capacidad para utilizar más herramientas para impulsar la colocación de crédito destinado a la promoción de inversiones productivas y a la creación de empleo. (29)

La reforma del Banco Central instituyó un triple mandato que incluye la estabilidad monetaria, la estabilidad financiera y el desarrollo económico con creación de empleo y equidad

distributiva. La reforma también amplió instrumentos de política fiscal y monetaria. Y cosechó críticas desde la ortodoxia. La conservadora revista británica *The Economist* proclamó que el Banco Central argentino se convirtió en el «chanchito» del gobierno argentino, «perdiendo la última porción de su independencia legal» (30). Afirmaba que esto conduciría a una inflación desenfrenada y masivo déficit presupuestario.

Pese a las críticas de la ortodoxia, el nuevo mandato está en sintonía con las prácticas históricas de los bancos centrales. El papel del Banco Central en la economía no se define por su independencia, sino por cómo acompaña la política económica para impulsar el crecimiento.

> Estas tareas no son más complejas que asegurarse que los llamados bancos centrales independientes actúen en nombre del interés de toda la sociedad, antes que impulsar los intereses de un pequeño grupo privilegiado, usualmente el sector financiero. A lo largo de la gran crisis que estamos experimentando, y durante el colapso económico argentino en 2001-2002, hemos visto los altos costos del vínculo íntimo entre los bancos centrales y el sector financiero. (31)

El nuevo marco normativo y de políticas heterodoxas del Banco Central en Argentina es un camino que aspira a la transformación del rol de las bancas centrales para que no actúen como instrumento del poder financiero y de inestabilidad macroeconómica, sino como una institución ocupada de la equidad y el desarrollo económico.

1 Discurso del presidente de Alemania Horst Köhler en la Iglesia Elisabeth Kirche de Berlín, 24 de marzo de 2009.

2 Vergara, Jorge Iván, «Teorías conservadoras y teorías críticas de las instituciones sociales», *Revista Ciencias Sociales*, nº 11, 2001.

3 Ibíd.

4 Zaiat, Alfredo, *¿Economistas o astrólogos? La economía de los noventa*, pág. 100, Colección Claves para Todos, Capital Intelectual.

5 Woodward, Bob, *Greenspan*, pág. 12, Península, Barcelona, 2001.

6 Abeles, Martín y Mariano Borzel, Metas de inflación: implicancias para el desarrollo, Documento nº 1 Cefid-Ar.

7 Ibíd.

8 Fitoussi, Jean-Paul, *La democracia y el mercado*, Paidós, 2004.

9 Ibíd.

10 Abeles, Martín y Mariano Borzel, *op. cit.*, pág 46, hacen referencia a la investigación de Eijffinger, Silvestre y Jacob de Haan «The Political Economy of Central Bank Independence» que sostiene que «toda la evidencia empírica implica que la pérdida de Producto sufrida durante las recesiones tiende a incrementarse, en promedio, cuanto mayor sea la independencia del banco central».

11 En el capítulo cinco se desarrolla la refutación a esa idea tan arraigada en el debate

económico.

12 Stiglitz, Joseph, «Mentiras graves sobre los bancos centrales», artículo en Project Syndicate, 5 de junio de 2003.

13 Epstein, Gerald, «Employement-oriented Central Bank policy in an integrated world economy: A reform proposal for South Africa», Political Economy Research Institute, University of Massachusetts, Amherst, 2002.

14 Abeles, Martín y Mariano Borzel, «Metas de inflación: implicancias para el desarrollo», *Documento de Trabajo*, nº 1, Cefid-Ar, junio de 2004.

15 En la única presentación de Néstor Kirchner, cuando ya no era presidente de la Nación, en un programa de televisión, en *6, 7, 8* de Canal 7, el 24 de enero de 2010, explicó la presencia de Martín Redrado al frente del Banco Central durante cinco años y medio. La declaración textual fue: «Me dicen por qué Redrado estuvo en el gobierno. Hay que hablar con la verdad y tiene una explicación política. Prat Gay antes de renunciar me viene a ver y me dice que quiere poner dos directores, sino renuncio. Le doy la mano, muchas gracias por todo, le agradezco los servicios prestados, y le acepté la renuncia. En ese momento nosotros estábamos renegociando la deuda externa privada, teníamos que hacer una quita de 70 mil millones de dólares. Orlando (se refiere a Barone, uno de los columnistas del programa), ¿yo iba a poner a Kunkel (Carlos) como presidente del Banco Central? Tenemos que hablar con sinceridad. Es decir, teníamos que tratar, con claridad, de generar algún tipo de señales que pudiera consolidar la quita de deuda más importante que tuvo la Argentina. Por eso fue Redrado.
—Aceptado por el establishment —comentó Sandra Russo, otra columnista del programa.
—Absolutamente —continuó Kirchner—. Hay que desdramatizar. Pasado el tiempo, pasado cinco años, es lógico, puede parecer absolutamente inexplicable, pero en ese momento histórico teníamos que ir paso a paso. Lo importe era no castrar el proceso.

16 Entrevista a Gabriel Palma por Marcelo Justo, suplemento económico Cash de *Página/12*, 15 de julio de 2012.

17 Marcó del Pont, Mercedes, exposición en las jornadas de homenaje al Día Internacional de la Mujer Trabajadora, organizadas por el Ministerio de Trabajo, 12 de marzo de 2010.

18 Denuncia judicial en el fuero penal contra Martín Redrado y el directorio del BCRA, presentada el 9 de febrero de 2010 por once diputados de fuerzas de centroizquierda.

19 «Absurdas teorías de Marcó del Pont», editorial *La Nación*, 6 de abril de 2011.

20 Acto del 156° aniversario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 27 de julio de 2010.

21 «Economía flexibiliza el ingreso de capitales», Pablo Wende, *Ámbito Financiero*, 19 de julio de 2010.

22 Discurso de Cristina Fernández de Kirchner en el acto de celebración del 156° aniversario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires.

23 «Avanzar hacia una mejor institucionalidad: el caso del Banco Central de la República Argentina», Documento del Plan Fénix, junio de 2007.

24 Documento del Plan Fénix, *op. cit.*

25 El proyecto fue aprobado en Diputados por 142 votos a favor y 84 en contra, mientras en el Senado, 42 votos a favor y 19 en contra.

26 Inciso q del artículo 14 de la Carta Orgánica.

27 Frase del popular escritor estadounidense Mark Twain, seudónimo de Samuel Langhorne Clemens.

28 El texto publicado en *Página/12,* 15 de mayo 2012, fue firmado por Universidad de Londres-SOAS: George Irvin, Costas Lapavitsas, Terry McKinley, Jan Toporowski y John Weeks; Universidad de Cambridge: G. C. Harcourt, Ha-Joon Chang y Gabriel Palma; Universidad de Leeds: Malcom Sawyer, Gary Dymski y Annina Kaltenbrunner; Prime Economics: Ann Pattifor; Universidad de Bath: Guy Standing; Universidad de Kingston: Engelhert Stockhammer; Universidad de Westminster: Ozlem Onaran; Universidad de Middlesex: John Grahl; Universidad de Manchester: Sarah Bracking; Universidad de Huddersfield: Kalim Siddiqui; Universidad de Hertfordshire: Hulya Dagdeviren; *Socialist Economic Bulletin*: Michael Burke.

29 Epstein, Gerald, «Apuesta por el empleo y el crecimiento», *Página/12*, 25 de junio de 2012.

30 «Argentina's economy. Piggy bank. Rootling around for cash», *The Economist*, 3 de marzo de 2012.

31 Epstein, Gerald, ibíd.

SIETE
La deuda

Cuando se declara la cesación de pago de deudas o se precipita una crisis financiera global la pregunta para empezar a entenderla no es ¿cuál ha sido la causa?, sino ¿por qué sorprende que se haya desencadenado la crisis?

Un ejercicio de lógica ayuda a encontrar la respuesta.

La bomba es lanzada por A hacia la cara de B, B la ataja y se la tira a C, luego C a D, y así hasta que Y la hace estallar, finalmente, en el rostro de Z. ¿Quién es el culpable de la explosión? ¿A o Y?

A es la causa remota; Y, la causa próxima.

Cuando un país anuncia el default, o las cotizaciones de acciones y bonos caen mucho hasta definir un crac bursátil, o decenas de bancos quiebran, intentamos encontrar el origen del derrumbe de ese mundo financiero que no deja de prometer la cadena de la felicidad.

En todas las grandes crisis financieras de la historia, la especulación y la expansión desenfrenada de la deuda son la raíz (la causa remota) de las cesaciones de pagos (la causa próxima) y de la debacle de las finanzas y la economía.

> El exceso especulativo, al que nos referimos en forma concisa como manía, y la revulsión a este exceso en la forma de crisis, crac o pánico demuestra ser, si no inevitable, al menos, históricamente común. (1)

La caída fuerte de los precios de activos financieros o el default de la deuda pueden ser provocados por cualquier hecho trivial. Puede ser la difusión de un indicador desfavorable de la construcción de viviendas o el aumento del déficit de las cuentas públicas. Pero el origen de la crisis no es por el acontecimiento reciente, sino por otro motivo, estructural, la manía especulativa.

Antes del estallido de la burbuja de los créditos hipotecarios subprime en Estados Unidos, la banca había inflado la de empresas de Internet, que explotó en el 2000. La denominada «nueva economía», integrada por empresas de telecomunicaciones, informática, biotecnología y de Internet, había ingresado en la manía especulativa como en su momento sucedió con la aparición del ferrocarril en el siglo XIX. El tren provocó una revolución en la organización económica y social, lo

que llevó a muchos a soñar con ser millonarios apostando a esa «nueva era» que prometía la expansión del comercio a niveles impensados para la época. El tren produjo, efectivamente, una profunda transformación, pero no sin antes precipitar una fiebre especulativa. En 1847, en Gran Bretaña con bonos de compañías ferroviarias, y en 1856, en Estados Unidos con terrenos públicos linderos a supuestas trazas ferroviarias, derivaron en profundas crisis financieras. Las puntocom al inicio del nuevo siglo o los ferrocarriles en el siglo XIX, los tulipanes en Holanda en 1634, y más cerca la deuda de países latinoamericanos, fueron todas burbujas financieras, como la última que explotó en Estados Unidos con los créditos hipotecarios.

Argentina fue uno de los principales países protagonistas de la burbuja especulativa de la deuda latinoamericana desarrollada desde mediados de la década del 70 hasta su estallido a fines del siglo XX.

La globalización financiera, lejos de contribuir a la financiación del desarrollo, conspiró contra la estabilidad necesaria para dinamizar el crecimiento económico. Esto explica, entre otros factores, que las tasas de crecimiento de la economía mundial anterior a la ola liberalizadora iniciada en los años 70 haya sido mayor que el crecimiento promedio de las siguientes tres décadas.

La investigación «Hazards and precautions: tales of international finance», de Gary Clyde Hufbauer y Erica Wada, del Institute for International Economics, brinda un resultado estadístico impactante: entre 1970 y 1998 se produjeron 64 crisis bancarias y 79 crisis cambiarias en el mundo. (2)

Una muestra de 66 países de los cinco continentes, representativa del 90 por ciento del PBI mundial, contabilizó 127 episodios de default en el período 1800-1945, con una duración promedio de seis años.

De 1946 a 2006, la cesación de pago de deudas se repitió 169 veces, de lapso medio de tres años.

El inventario abarca también de 1300 a 1799, cuando países europeos considerados hoy muy ricos, Alemania, Francia, contabilizaron varios defaults, al igual que Austria, España y Portugal.

Estados Unidos no declaró formalmente el default pero alteró en dos oportunidades la paridad del dólar con el oro, en 1933 y 1971, lo que implicó pagar su deuda con una moneda depreciada, que, en los hechos, fue una quita de capital a los acreedores.

El recorrido histórico de los defaults forma parte de una investigación apabullante en cifras e indicadores del ex economista jefe del FMI, Kenneth Rogoff, y del ex vicepresidente del banco de inversión Bear Stearns, Carmen Reinhart. Ofrecen

una perspectiva histórica para un análisis más sereno cuando se habla de deuda de países y defaults.

> Los inversores, como los funcionarios y líderes políticos, generalmente ignoran las muchísimas experiencias históricas de crisis financieras. Y los pocos que tienen una mínima noción de lo sucedido en otras épocas muy a menudo dicen: «esta vez es diferente…». (3)

Los defaults de deudas externas de 66 países están distribuidos en 13 africanos, 18 latinoamericanos, 12 asiáticos, 19 europeos, además de Norteamérica y Oceanía. Las cesaciones de pagos han sido la norma a lo largo de la historia mundial.

Entre 2003 y 2007 no hubo declaración de defaults. Fue un típico respiro, una tregua, luego de una larga crisis previa de la deuda, y desde entonces se ha iniciado una nueva ola.

Un factor distintivo que recorre la historia del capitalismo es la persistencia de acontecimientos de default. Ocurrieron en diferentes etapas, desde la formación de los Estados nacionales, el mercantilismo, el capitalismo moderno hasta la globalización financiera. El fenómeno de los defaults más bien pareciera un rito de pasaje universal para casi todos los países mientras transita el camino desde la condición de emergente a la de desarrollado.

Francia defolteó los pagos de su deuda externa ocho veces entre 1558 y 1788, mientras que España lo hizo seis entre 1557 y 1647. En esa época los defaults eran tan usuales que los reyes franceses ejecutaban a sus acreedores (*bloodletting*) como estrategia para reestructurar deudas. El ministro de Finanzas francés Abbe Terray entre 1768 y 1774 reivindicó que los gobiernos deberían defoltear una vez cada cien años, a fin de restaurar, decía, el equilibrio.

Con esos antecedentes, Rogoff y Reinhart afirman que no sería justo calificar a ninguno de los mercados emergentes de hoy con el título de defolteador serial.

Desde 1800 los datos son más completos para poder agrupar los episodios de cesación de pago en cinco ciclos.

1. Desarrollado durante las Guerras Napoleónicas, período que sólo en el peor momento de la crisis de la deuda de países latinoamericanos en 1980 se aproxima a los niveles de defaults de comienzos de 1800.
2. Transcurrió de 1820 hasta finales de 1840, cuando cerca de la mitad de los países del mundo estaban en default, incluyendo a todos los de América latina.
3. Comenzó a principios de la década de 1870 y duró aproximadamente dos décadas.
4. Arrancó con la Gran Depresión de los años 30 del siglo pasado y

se extendió hasta principios de la década del 50. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial se registró el pico más grande en la historia moderna, cuando los países que no pagaban o estaban reestructurando sus deudas representaron el 40 por ciento del Producto Bruto mundial. Esto se explica por la guerra pero también por el arrastre de la crisis económica del 30.

5. La última etapa fue en los años 80 y 90 en los países en desarrollo, con el caso argentino como el más notable.

Si bien fue el incumplimiento de deuda más estruendoso por su magnitud de comienzos del nuevo siglo, Argentina no se ubica al tope histórico del ranking de países defolteadores de la región.

Desde su independencia, Argentina defolteó siete veces; Brasil lo hizo en nueve oportunidades desde que se liberó del Imperio portugués; México en ocho; y Venezuela en diez.

Ecuador, México, Perú, Venezuela y Nicaragua estuvieron en cesación de pagos o reestructurando deudas más del 40 por ciento de los años transcurridos desde que lograron la independencia. Argentina, 32 por ciento.

En Europa, España defolteó el récord de trece veces; Alemania y Francia lo hicieron ocho veces cada uno. Grecia, cinco desde 1829, y más del 50 por ciento de los años estuvo en default o reestructurando deuda. En 2012, sumó el sexto episodio.

Pocos países no han defolteado formalmente su deuda. Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Nueva Zelanda, Australia, Bélgica, Suecia, Noruega, Dinamarca, Finlandia, Corea del Sur, Singapur. Algunos de ellos lo hicieron de hecho, como Estados Unidos, cuando rebajó el contenido de oro de la moneda en 1933 o cuando suspendió la convertibilidad en el siglo XIX durante la Guerra Civil, y luego otra vez más en agosto de 1971.

Una de las enseñanzas de todos los defaults es que muestra la correlación entre la libre movilidad del capital y la ocurrencia de crisis bancarias y de deuda. Las cesaciones de pagos son una expresión de la volatilidad de los flujos de capitales y se precipitan por un shock externo, como puede ser el alza de la tasa de interés internacional, la caída de los precios de materias primas o el estallido de burbujas especulativas, poniendo en evidencia la vulnerabilidad de las economías.

El economista de formación marxista Rolando Astarita explica que los defaults han permitido restablecer el curso de la acumulación del capital a lo largo prácticamente de toda la historia del capitalismo, como explicaba el ministro francés Abbe Terray. Los ciclos económicos están marcados por períodos de

intensa acumulación, que llevan a la sobreexpansión, empujada por el crecimiento del crédito y el aumento de los flujos de capitales. Las crisis bancarias y de deuda se deben entonces a que las fases alcistas son seguidas por crisis de sobreproducción, con violentas caídas de los precios y los valores.

La acumulación de deudas por parte de los gobiernos, y su posterior liquidación violenta, no es ajena a esta dinámica. Los defaults de las deudas externas de los gobiernos forman parte de las desvalorizaciones de capitales, que acompañan toda crisis. (4)

No pagar las deudas o hacerlo con moneda depreciada son las vías por medio de las cuales se realizan esas desvalorizaciones. Por eso, en determinado punto, la única salida para restablecer la acumulación del capital pasa por el default y la reestructuración de las deudas.

Es lo que sucedió en Argentina en 2001.

El recorrido de la deuda externa argentina tiene rasgos similares a lo largo de toda su historia, desde el primer empréstito otorgado por los ingleses de la Baring Brothers en 1824 hasta el Megacanje de deuda diseñado por Domingo Felipe Cavallo en 2001, última estación previa al default. Las características son:

- El pago de sobretasas de interés.
- Operaciones financieras poco transparentes y corrupción de banqueros y funcionarios.
- Definición de cláusulas condicionantes de la política interna por parte de bancos acreedores, primero, y del Fondo Monetario Internacional, después, organismo que actuó como auditor de los acreedores.
- El desvío de fondos obtenido de los préstamos hacia otros objetivos no previstos al momento de solicitar el crédito externo.
- La aplicación irregular de los recursos obtenidos.
- Ser el canal de alimentación para la especulación financiera y la fuga de capitales.

El último ciclo de endeudamiento iniciado con la dictadura militar de 1976 es una referencia ineludible para comprender cómo participa la deuda en la reestructuración económica y social de un país. También cómo facilitó la incorporación de la economía nacional en el ciclo de transformación del funcionamiento del capitalismo a nivel global con la desregulación de los sistemas financieros.

La deuda se convirtió en el principal condicionamiento de la

política económica, cumpliendo un papel decisivo para imponer un nuevo régimen social de acumulación de capital. Éste se basó en la especulación financiera y la fuga de capitales, desplazando a la generación de riquezas generada por el aumento de la producción de bienes y servicios.

La evolución de la deuda del sector público nacional muestra cómo fue creciendo esa carga a medida que se profundizaba el nuevo patrón de acumulación de capital.

El monto de la deuda pública al final de cada gobierno deja al descubierto el más destructivo ciclo de endeudamiento de la economía argentina. (5)

EN MILLONES DE DÓLARES

1976	Isabel Martínez de Perón	7.800
1983	Dictadura militar	45.100
1989	Raúl Alfonsín	65.300
1999	Carlos Menem	121.877
2001	Fernando de la Rúa	144.453

El colapso de la convertibilidad dejó como saldo un fuerte aumento de deuda pública por la pesificación asimétrica, la eliminación de las cuasi monedas y otras cuentas con los bancos. El recorrido fue:

EN MILLONES DE DÓLARES

Deuda bruta total (dic/2001)	144.453
+	
Costo del estallido de la convertibilidad	28.184
+	
Amortizaciones y devaluación	6.183
=	
Deuda bruta total (dic/2003)	178.820 (6)

Al año siguiente, hubo más emisión de deuda para continuar pagando el desastre financiero heredado de la convertibilidad, alcanzando así el monto máximo del ciclo de degradación de la economía argentina iniciado por la dictadura de 1976.

EN MILLONES DE DÓLARES

2004	191.300 (7)

Cuando los militares asaltaron el poder la deuda sumaba 7.800 millones de dólares.

Cuando el régimen de valorización financiera iniciado por los

militares, prolongado durante gobiernos democráticos, terminó estallando, la deuda sumaba 191.300 millones de dólares.

En 28 años, la deuda pública aumentó 2.450 por ciento. Es lo mismo que decir que se multiplicó 24,5 veces.

Este resultado impactante no fue por algún designio maligno descargado sobre la economía argentina. Fue consecuencia de un modo de funcionamiento de la economía que pasó a tener como rectores de comportamiento la especulación financiera, la fuga de capitales y la redistribución regresiva del ingreso. La valorización financiera desplazó a la producción de bienes y servicios como factor dinamizador del capital.

La reestructuración de la economía, con la consiguiente modificación de la conducta de los dueños del capital, fue posible en la convergencia de la Reforma Financiera de 1977 con la apertura externa del mercado de bienes y del mercado de capitales. El plan pudo implementarse con una brutal represión a los trabajadores, neutralización de las organizaciones gremiales y fuerte caída del salario real.

La deuda externa cumplió un papel decisivo para el despliegue de la política económica. El núcleo central del nuevo patrón de acumulación de capital, que apartó, con violencia y represión estatal, el de industrialización por sustitución de importaciones, estuvo basado en la valorización financiera, siendo activos participantes los grupos económicos, locales y extranjeros.

La reforma financiera transformó rasgos centrales del sistema bancario hasta ese momento. Uno era la nacionalización de los depósitos por el Banco Central. Otro era la vigencia de una tasa de interés controlada por la autoridad monetaria. Y el último, la fuerte restricción al sector privado de endeudarse en el exterior. Todo ese esquema fue modificado en forma drástica.

La Reforma Financiera fue la primera expresión institucional de un cambio radical en el enfoque de la política económica: la subordinación que tenía el sistema financiero respecto de la expansión de la economía real se invirtió. (8)

La posibilidad de fijar las tasas de interés en forma libre, aunque con injerencia del Estado para facilitar el negocio especulativo con la estrategia monetarista del Banco Central, provocó una fuerte competencia entre entidades financieras. El frenesí especulativo tuvo como resultado la aparición de centenas de nuevas entidades, hasta sumar 721 al año siguiente de instalada la reforma. La tasa de interés doméstica se ubicó por encima de la internacional y, a la vez, existía un sendero de ajuste predeterminado del tipo de cambio. Lo que se conoció como la «tablita» cambiaria de Martínez de Hoz. Quedó diseñado así el

Disneylandia de la especulación financiera.

La bicicleta financiera empezó a incrementar el endeudamiento externo. El disparador era que la tasa de interés interna, más alta que la internacional, era a la vez también más alta que la devaluación prevista en la tablita. El negocio consistía en contraer deuda en dólares en el exterior, convertir esos fondos en pesos para aprovechar las tasas de interés locales superiores a la internacional, con garantía de recomprar más dólares que los inicialmente vendidos porque estaba predeterminado el ritmo de devaluación. Esos dólares, cuando apareció el peligro de una fuerte devaluación por el deliberado atraso cambiario, empezaron a ser girados al exterior, hasta que estalló la tablita dejando como herencia una deuda que pasó a condicionar en forma estructural la política económica.

¿Cómo se desarrolló el endeudamiento externo y qué papel jugó el Estado como facilitador de ese proceso?

El economista e historiador Eduardo Basualdo, uno de los más destacados investigadores de la realidad económica, social y política de Argentina, define tres instancias:

1. El endeudamiento del sector público con el mercado financiero local impulsaba al alza la tasa de interés interna, facilitando la bicicleta especulativa.
2. A la vez, el endeudamiento del sector público en el mercado internacional facilitaba la fuga de capitales del sector privado al proveer las divisas necesarias para esos giros, con la consiguiente pérdida de reservas del Banco Central.
3. Finalmente, el Estado, en varias etapas, siendo la primera ordenada por Domingo Cavallo, terminó estatizando la deuda externa privada, que era impagable por las empresas por la devaluación de la fuga privada de capitales y el endeudamiento estatal. (9)

La deuda externa y la fuga estuvieron desde ese momento íntimamente ligadas a la evolución de la economía argentina. La deuda dejó de ser el mecanismo para financiar la expansión de la frontera productiva o el capital de trabajo. Pasó a ser el instrumento para obtener renta financiera facilitada por una tasa de interés interna sistemáticamente superior al costo del endeudamiento externo y a la tasa de devaluación.

La bicicleta especulativa separó la faz financiera de la economía real, quedando subordinada esta última a la dinámica del negocio financiero. El resultado de esa política fue una sucesión de crisis económicas desde 1976 hasta el 2001, con el consiguiente

deterioro sociolaboral y redistribución regresiva del ingreso. Especulación, producción de bienes sometida a las finanzas, atraso cambiario, devaluación, fuga de capitales, crisis económicas y empeoramiento de las condiciones sociales generaron dos fuertes restricciones al crecimiento económico.

1. El aumento de la deuda derivó en una cuenta cada vez más abultada por el pago de intereses, que exigía más y más recursos del fisco para cumplir con esa exigencia, limitando la acción del Estado. Basualdo calculó que entre 1975-2001 la evolución de los intereses pagados se expandió al 16 por ciento anual acumulativo, totalizando desembolsos por 117 mil millones de dólares.
2. La fuga de capitales fue por un monto acumulado de 138 mil millones de dólares en ese período.

La evolución de la deuda, los intereses pagados y la fuga de capitales muestra como la economía quedó a merced del mundo financiero. En ese período,

- la deuda externa incorporada a la economía local fue de 120 mil millones de dólares, incluyendo la capitalización de bonos de la deuda externa utilizada en las privatizaciones,
- el pago de intereses sumó 117 mil millones de dólares, o sea, se pagaron por intereses casi el mismo monto de dólares ingresados por deuda, y
- la fuga de capitales sumó 138 mil millones de dólares, el mismo monto del stock de deuda externa neta (equivalente a la deuda externa bruta menos amortizaciones) de 2001. (10)

El saldo no podía ser más ilustrativo: la fuga de capitales fue igual al monto de la deuda externa neta. Éste es un aspecto crucial para comprender el ciclo de endeudamiento y sus consecuencias económicas y sociales. Deuda y fuga fueron el rasgo distintivo del período 1975-2001 de la economía argentina.

Por eso resulta fundamental saber que el ciclo de endeudamiento externo definió un cambio estructural de la redistribución del ingreso, con dos sectores perjudicados.

1. Los trabajadores, que todavía no pudieron recuperar la participación del salario en el ingreso total que tenían en 1974.

2. Los empresarios pequeños y medianos nacionales, incipiente burguesía industrial desarticulada por la profunda crisis de la producción nacional derivada de la apertura externa.

La deuda externa se convirtió de ese modo en el principal condicionante de las políticas económicas. A lo largo del último cuarto del siglo XX dejó como sedimento el siguiente aprendizaje. (11)

Primero: el financiamiento internacional fue funcional a las necesidades de los acreedores.

Segundo: el endeudamiento externo lejos de contribuir al desarrollo productivo sirvió para reestructurar deudas, transferir utilidades de las multinacionales, formar oligopolios o monopolios, facilitar la compra de activos nacionales por capitales del exterior y acelerar la fuga de capitales.

Tercero: la imposición de condiciones de ajuste económico para garantizar el repago de la deuda condujeron a un profundo deterioro sociolaboral.

Cuarto: los organismos internacionales de crédito (FMI-BM) nacieron en Bretton Woods para ayudar a los países con problemas en el balance de pagos. Ese propósito terminó desdibujado y ambos organismos se transformaron en auditores de la comunidad financiera internacional.

Quinto: las moratorias, las suspensiones de pago y las actitudes firmes frente a la presión de los acreedores internacionales no necesariamente fueron negativas, dependiendo del escenario internacional y del conjunto de políticas económicas que acompañaron esa decisión.

La experiencia argentina es un caso emblemático con la declaración de la cesación de pagos en 2001.

La evolución de la deuda hasta el resultado del canje fue:

EN MILLONES DE DÓLARES

1370320
1728820
1920300
1282005(12)

Desde la declaración de la cesación de pagos en 2001, con una reestructuración en 2005 a contramano de las exigencias del mundo financiero, Argentina no accedió al mercado voluntario de crédito internacional. Fue castigada por liderar uno de los defaults de deuda soberana más voluminoso de la historia de

países en desarrollo. Lo que más molestó, y sigue molestando, a los representantes de la ortodoxia económica fue que el default, con quita de capital, disminución de la tasa de interés y extensión del plazo de pago fueron uno de las principales motivos para explicar el extenso ciclo de crecimiento en el período 2003-2012, y sin financiamiento externo.

El ahorro interno, público y privado, fue uno de los motores del crecimiento económico, sin necesidad de recurrir al endeudamiento externo.

En esos años, pueden identificarse tres etapas.

1. En 2003-2005, el estado de default de la deuda externa con bonistas se mantenía mientras se pagaban los compromisos con el Banco Mundial y el Fondo Monetario.
2. En 2005-2007, la negociación y quita de capital de la deuda en cesación de pagos generó la retirada de los capitales especulativos de la economía argentina, además de la persistente hostilidad de los holdouts y fondos buitres. Esto derivó en un alza de la tasa de interés si Argentina quería refinanciar vencimientos de deuda, como castigo financiero. La capacidad de repago de la deuda, que es la principal variable para calificar y fijar el costo del crédito, mejoró sustancialmente luego del canje.
3. En 2008-2012, durante la crisis global, en 2010, hubo una reapertura del canje de bonos en default. Igual los fondos buitres mantuvieron una posición de hostilidad, del mismo modo que el mercado financiero internacional, calificadoras de riesgo y bancos de inversión censurando a la economía argentina.

La incomodidad de la ortodoxia por el ritmo de crecimiento de la Argentina desafiando las reglas de las finanzas globales permite descifrar uno de los rasgos del análisis convencional sobre la economía argentina. Consiste en la construcción de una sucesión de falacias, que de tantas veces repetidas fueron incorporándose al sentido común. Así fue moldeándose un estilo de hacer política, de emprender negocios y de propuestas económicas acompañando esas trampas.

El fatalismo, tan propio de la opinión pública mediatizada, tiene su raíz en ese vicio originario, en las falacias analíticas. Uno de los latiguillos más difundidos en estos años de default y posterior renegociación poco amistosa con el mercado colabora para comprender con más claridad esa construcción de la realidad: «Argentina le da la espalda al mundo».

Si se hubiera aceptado como verdadera esa afirmación, el recorrido no habría sido otro que el de la sumisión a los dictados de las perturbadoras finanzas globales. Una reflexión básica, sin grandes complejidades, sobre el desarrollo de los acontecimientos en esos años hubiera concluido que esa admonición era ridícula. El default no interrumpió el comercio exterior, no provocó ruptura de relaciones internacionales ni incumplimientos de otros compromisos financieros.

Sectores conservadores igual han insistido con esa idea de país incorregible, alimentada con la misma arrogancia de considerarse el centro del universo, de pensarse como un país especial, elegido por el Señor por sus vastas riquezas y por destacarse por sus sacudidas violentas. La Argentina fue en los setenta el país de la dictadura más sangrienta, en los ochenta el de la hiperinflación más devastadora, en los noventa el del alumno más aplicado en aplicar la receta del Consenso de Washington, y en el comienzo del nuevo siglo el que declaró el default más grande de la historia del período moderno de la globalización.

Una forma de ordenar el análisis distorsionado por hombres de negocios dedicados a comercializar información económica es tener claro qué fue lo que sucedió para llegar al default de 2001.

El país suele utilizarse como ejemplo en la presentación de argumentos generales que suponen contar con la Argentina como llamativo caso particular. El poder retórico del ejemplo reside precisamente en su notoriedad, que a veces parece eximir la cita de pruebas más sólidas. Muchas de esas referencias son de segunda mano y en algunos casos ni siquiera esto, sino la mera mención de una imagen consensual. (13)

Tres falacias fueron las más destacadas de la ortodoxia alrededor de Argentina, la deuda y el default.

1) Que Argentina es el ejemplo de un país de «intolerancia a la deuda». (14)

A esa situación llegan los países que cargan con el pecado original de ser incumplidores seriales. El default se explicaría por un lado por una característica inherente de la economía adquirida a lo largo de sus casi dos siglos de existencia como nación. Y por otro, en la conducta irresponsable de gobiernos que insisten en contraer deuda externa por arriba de su capacidad.

Como explicamos, a partir de una investigación sobre la historia mundial de los defaults, Argentina no es la peor de todas.

Es irrelevante analizar la cesación de pagos en función del pasado remoto. Si ése fuera el análisis, la Argentina saldría airosa, dado que en los años treinta pagó sus obligaciones financieras mientras otras trece economías latinoamericanas declararon el default total o parcial de sus respectivas deudas.

En cambio, sí se comprobó que la carga intolerable de deuda fue adquirida desde fines de los setenta, con la irrupción de un nuevo patrón de acumulación de capital basado en la valorización financiera.

En el origen del problema de deuda externa no hay un remoto pecado original sino un error de política original, esencialmente la combinación de apertura de la cuenta capital, tipo de cambio nominal fijo y tipo de cambio real apreciado. La Argentina repitió en forma acentuada ese error de política original en los años noventa. (15)

2) Que Argentina es el ejemplo de que el gasto público descontrolado es el factor principal de las crisis y defaults.

La irresponsable política fiscal es probablemente la más difundida falsa imagen del caso de deuda y default argentinos. La dinámica ascendente de la deuda pública fue principalmente consecuencia de la suba de la tasa de interés internacional y de la fuga de capitales. El pago de intereses fue el factor dominante para comprender el aumento del déficit fiscal. A partir de mitad de los noventa, además, contribuyó en forma determinante el déficit del sistema previsional causado por el régimen de AFJP, la recesión y la suba del desempleo.

3) El default es el principal factor responsable de la profunda crisis sufrida por Argentina en 2001 y de su alto costo social.

La fuerte contracción de la actividad y el empleo se presentaron en gran medida antes del default, generados por la crisis financiera, la corrida hacia activos externos y la iliquidez. Todo esto derivó en la devaluación. El default de la deuda resultó en realidad una de las condiciones indispensables de la recuperación que tuvo lugar rápidamente después.

La historia económica argentina con la deuda es una lección para otros países con deudas asfixiantes. Por ese motivo la estructura internacional de las finanzas globales castigan a la Argentina, para que el «mal ejemplo» no sea imitado por otros, en especial por los países periféricos europeos.

Frente a una crisis motivada por una firme expectativa de un futuro default, lo altamente costoso no es el default sino su postergación. (16)

El canje de deuda en cesación de pagos fue un éxito para la Argentina. Los consejos, advertencias y amenazas de banqueros, burócratas del FMI y economistas del establishment expresados, con buenos y malos modales, durante los 38 meses que duró el default, quedaron desubicados ante el resultado del trueque de papeles de deuda. Decían que el mejor momento para negociar era cuando el país estaba en el pozo de la crisis, a mediados de 2002. Que había que acordar rápido para que hubiera inversiones

y así impulsar el crecimiento económico. Que era necesario el paraguas del Fondo Monetario para evitar el fracaso del canje. Que había que entablar relaciones privilegiadas con la asociación de acreedores liderada por el lobbista de bancos Nicola Stock. Que era imprescindible hacer un importante pago en efectivo a los acreedores. Que había que pagar más. En definitiva, que había que seguir el camino de la vaporosa «buena fe» reclamado por el Grupo de los Siete países más poderosos.

La virtud de la negociación del canje fue la de no quedar atrapados en esas recomendaciones-presiones. No fue un hecho menor la propuesta argentina teniendo en cuenta el calibre de los interlocutores.

El Plan Dubai fue la primera oferta presentada a los acreedores, en septiembre de 2003 en la Asamblea Anual del FMI. Reconocía de 8 a 10 dólares cada 100. La segunda oferta fue el Plan Buenos Aires, en junio de 2004, con una mejora en la oferta que le permitía recuperar a los bonistas 30 dólares cada 100. La quita nominal del capital, la extensión de los plazos de vencimiento y la reducción de la tasa de interés con los nuevos bonos fueron condiciones muy beneficiosas para el deudor.

El canje de bonos con quita de capital fue el primer hito relevante para comenzar a cerrar al ciclo de endeudamiento inaugurado por la dictadura militar, disminuyendo el stock de deuda hasta los 128.600 millones de dólares, monto existente en el año 2000, un año antes del colapso de la convertibilidad.

El segundo fue la cancelación total de la deuda con el Fondo Monetario Internacional.

Y el tercero, el pago de deuda utilizando reservas del Banco Central.

La reestructuración de la deuda en default significó también el primer paso de cortar amarras con el Fondo Monetario Internacional. El diseño y la gestión de la operación de canje de la deuda no tuvieron la intervención del FMI. Ni siquiera auditó las proyecciones financieras del gobierno que fundamentaron la propuesta. Fue la primera vez que eso ocurría en el sistema financiero internacional.

El paso siguiente fue la cancelación del total de la deuda con el Fondo por 9.510 millones de dólares, pago efectuado el 3 de enero de 2006. Esos miles de millones de dólares sirvieron para retirar de la escena local al auditor de los intereses de los acreedores cuya única receta es el ajuste ortodoxo. Brasil y Uruguay también se sacaron de encima al FMI. Es evidente que fue una decisión consensuada por países del Mercosur.

El pago al FMI también fue el primer gran desembolso de

reservas internacionales para cubrir pagos de deuda externa, como parte de la estrategia de desendeudamiento. Política que se fue consolidando en los años siguientes con la profundización de la desconexión financiera.

El castigo del mundo financiero por el default y las condiciones del canje marginaron a la Argentina de los usuales canales de especulación financiera global. La desconexión de ese circuito no significó autarquía en cuanto a la disminución de los intercambios comerciales, financieros y tecnológicos con el exterior. Tampoco definió un crecimiento autocentrado o de aislamiento internacional. Logró, en cambio, ampliar los estrechos márgenes de autonomía de la política económica al no quedar dependiente del capital financiero.

La desconexión financiera habilitó la posibilidad de no someter la política económica a los dictados de una lógica financiera global en crisis. Para ello, la acumulación de reservas internacionales en el Banco Central fue una política medular, siendo una herramienta anticíclica mucho más efectiva que un fondo fiscal anticíclico, que tanto seduce a los amantes del ajuste, ofertado por la ortodoxia como mandato bíblico.

En el relato bíblico, en el Génesis, José, conocido por su sabiduría, fue retirado de la prisión para que interpretara el sueño de la persona todopoderosa de Egipto. El faraón había soñado que estaba a orillas del Nilo y veía salir de él siete vacas hermosas y muy gordas, que se ponían a pacer los tallos de papiro. Después salieron del río otras siete vacas feas y muy flacas, que devoraban a sus hermanas. Lo mismo soñó el faraón con siete grandes espigas que salían de un solo tallo de trigo, pero detrás de ellas brotaban siete espigas flacas y quemadas por el viento. Consultado José, éste sentenció que a siete años de abundancia habrían de seguir siete de hambre tan severa que los tiempos de riquezas quedarían completamente olvidados. Aconsejó elegir a un visir de confianza, capaz de abastecerlos en previsión de los malos días venideros. José fue nombrado para esa tarea.

Investigadores de los relatos bíblicos afirman que no existen evidencias de una hambruna prolongada en esa zona durante esa época. Es un debate para teólogos. A los estrategas de la política económica ortodoxa no les interesan si ocurrió o no lo que relata la Biblia. Se apropiaron de esa historia para recomendar el ahorro en los tiempos de bonanzas para enfrentar los momentos de crisis.

Ésta es la base argumental de la ortodoxia para reclamar un fondo fiscal anticíclico. Existe un consenso liviano que dice que un Estado tiene que acumular recursos en años de crecimiento económico para enfrentar eventuales crisis. Es una forma de

administrar fondos públicos corrientes sin muchos antecedentes en el resto de las economías del mundo. Chile es una de las excepciones, pero integrando el ahorro con parte de los ingresos extraordinarios proporcionados por la exportación de cobre. El ahorro fiscal es irrelevante ante situaciones críticas.

La acumulación de reservas internacionales en las arcas del Banco Central, en cambio, sí es una efectiva política contracíclica.

Un fondo fiscal es simplemente un tranquilizante de espíritus de la ortodoxia. El monto de dinero indisponible en una caja sólo para utilizarlo en momentos difíciles es una prevención adecuada en un presupuesto familiar. Las cuentas de un Estado tienen otra lógica de funcionamiento que las de una familia. (17)

La estrategia contracíclica más sólida de la economía de un país es la de sumar divisas en el Banco Central. Fortalece a la economía con diques defensivos frente a shocks externos. Fue un seguro probado, con resultado exitoso, en diferentes sacudidas financieras externas y locales desde 2007.

Las potencias económicas han tenido una firme política de acumular reservas. Están convencidas de que es una adecuada administración de recursos puesto que reduce la posibilidad de una crisis y transmite confianza sobre la capacidad de enfrentar momentos adversos.

Algunos países asiáticos han sido pioneros cuando, a la luz del fracaso fondomonetarista tras la crisis de 1997, se dedicaron a acumular cantidades masivas de reservas para evitar tener que recurrir al Fondo e implementar sus fracasadas recetas en caso de una eventual crisis. (18)

En la primera década del nuevo siglo, casi todos los países, aquellos beneficiados por ingresos fabulosos por el aumento de los precios de los commodities, por ejemplo, el petróleo en Rusia, Arabia Saudita y Venezuela, el cobre en Chile o los granos en Argentina, así como también los favorecidos por la afluencia de masivas inversiones extranjeras, como China, Brasil e India, han estado guardando reservas en cantidad en sus respectivas bancas centrales.

A nivel global hubo un crecimiento explosivo de la cantidad de reservas internacionales en poder de las bancas centrales. Las estadísticas del FMI revelan ese aumento: (19)

EN BILLONES DE DÓLARES

	2003	2012 (1° TRIMESTRE)
Total de reservas	3,0	10,4
Países desarrollados	1,8	3,4
Países en desarrollo	1,2	7,0

En ese período aumentaron un 250 por ciento. Los países

desarrollados integrados por 34 países lo hicieron en 90 por ciento, mientras que el resto compuesto por 110 países marcaron la diferencia con un alza del 480 por ciento.

Las lecciones de ese comportamiento de casi todos los países del mundo son:

- el contexto de alta volatilidad que suponen para las economías emergentes la integración financiera y comercial;
- la probabilidad de que ocurran ajustes bruscos en la economía internacional; y
- la ausencia de una arquitectura financiera global confiable con prestamista de última instancia,

[…] son elementos clave para comprender por qué los países emergentes han acelerado la tasa de acumulación de reservas. (20)

La política de acumulación de reservas tiene, en particular, para Argentina, tomando en cuenta las traumáticas experiencias financieras de décadas pasadas, la de actuar como un escudo de defensa. Es la más efectiva estrategia contracíclica. Sirve para desalentar y neutralizar maniobras especulativas en la plaza cambiaria. Reduce la incertidumbre de los agentes económicos. Constituye un seguro anticrisis cuya efectividad se probó en turbulencias financieras internacionales de los últimos años, y en especial con la que estalló en 2007 con epicentro en las potencias económicas mundiales.

Debido a que Argentina no tiene la simpatía del capital financiero del exterior por el default, la posterior renegociación de la deuda y por el cuestionado índice de inflación del Indec, no existió un flujo importante de dólares de inversores especulativos financieros del exterior, como los registrados en Brasil. El crecimiento de las reservas fue entonces motorizado por el excedente comercial, superior a los 10 mil millones de dólares promedio por año. Esto permite entender un poco más la centralidad que tuvo el nivel del tipo de cambio y el ciclo favorable de los precios de las materias primas para permitir la acumulación de dólares en el Banco Central.

Un monto considerable de reservas habilitó, además, un manejo relativamente cómodo de los vencimientos de deuda y de la cotización del dólar. Ambas variables fueron tradicionales desestabilizadoras de la economía local. Como han mostrado en la práctica las potencias tradicionales en la gestión de su política económica, y también las potencias emergentes, no existe un monto óptimo de reservas, porque si existiera un nivel adecuado,

Japón y China no hubieran seguido sumando más y más reservas hasta superar la barrera del billón de dólares cada uno.

RANKING DE RESERVAS INTERNACIONALES POR PAÍSES AÑO 2011 (EN MILES DE MILLONES DE DÓLARES)

1. China	3.236.000
2. Japón	1.259.000
3. Arabia Saudita	541.100
4. Rusia	498.600
5. Taiwán	390.600
6. Brasil	352.000
7. Suiza	331.900
8. Corea del Sur	306.400
9. India	297.900
10. Hong Kong	285.400
…	
42. Argentina	46.350

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de información seleccionada por Tomás Lukin en *The CIA Factbook*, sobre un total de 143 países.

En el período 2003-2001, los países considerados potencias emergentes del nuevo siglo reunidas en el acrónimo BRIC lideraron la suma de reservas. China las aumentó 684 por ciento, Rusia, 548, Brasil, 614, e India lo hizo en 191 por ciento. Estos cuatro países integran el ranking de las diez naciones que más reservas acumularon.

Tantos dólares de reservas abrieron el interrogante sobre qué hacer con esos recursos. Esos países y otros tomaron la decisión de utilizar las reservas para algo más que mostrarlas en sus balances.

China creó en 2007 el fondo soberano China Investment Corporation de 200.000 millones de dólares para invertir en diversas compañías, sin restricciones de sector, localización geográfica ni tipo de activo. Japón aplicó 5.000 millones de sus reservas en 2009 para auxiliar empresas, tras el pedido de ayuda de Toyota Motors. Durante el bienio 2008-2009, Brasil destinó hasta 36.000 millones de dólares de las reservas internacionales para asistir a empresas con dificultades para refinanciar sus deudas del exterior. También utilizó 10 mil millones de dólares para financiar exportaciones. Ecuador utilizó 2.600 millones de dólares para reactivar la economía y generar empleos, mediante el financiamiento de la construcción de viviendas e infraestructura y la reactivación del crédito. Arabia Saudita, Corea del Sur y Singapur también crearon fondos soberanos para invertir en empresas locales y del exterior.

En 2013, en Argentina, habrá un salto cualitativo en el uso internacional de las reservas, en línea con lo realizado por otras

potencias emergentes. Además de utilizarlas para pagar deuda, el Presupuesto 2013 contempla la posibilidad de destinar reservas para gastos en infraestructura e importación de bienes de capital destinados a la política energética, nuclear o satelital. En el caso de que las reservas utilizadas por el Fondo de Desendeudamiento para el pago de deuda sean inferiores a los 7.967 millones de dólares presupuestados, el excedente podrá utilizarse para estos fines siempre que tengan efecto monetario neutro, es decir, para pagos en dólares de bienes de capital que efectúe el Tesoro en operaciones con el exterior.

Argentina incrementó las reservas internacionales en 227 por ciento en el lapso de 2003-2011. La decisión de destinar una porción del total para pagar deuda externa rompió con el mandato de la ortodoxia de que esos dólares debían ser usados sólo para financiar la fuga de capitales.

La piedra angular para lograr independencia de los mercados internacionales de crédito y la eficiente administración del tipo de cambio flotante, fue la permanente acumulación de reservas que el BCRA realizó desde el año 2003, siendo el superávit de cuenta corriente el principal proveedor de las mismas. O sea, el BCRA se hizo de las divisas a través de compras en el mercado libre de cambios mayormente, no vía endeudamiento externo. (21)

¿Por qué fue necesario utilizar reservas para pagar deuda?

El superávit fiscal se redujo considerablemente por la política expansiva para proteger a la economía de los impactos negativos de la crisis internacional. Ese excedente había alcanzado casi los 3,0 puntos del PBI en 2008. Desde 2009 empezó a disminuir. La utilización de reservas para pagar vencimientos de deuda liberó entonces recursos para sostener el nivel del gasto público. De esa forma eludió el ajuste fiscal, postulado por la ortodoxia, y a la vez no convalidó la refinanciación de vencimientos a tasas de interés elevadas.

El comportamiento de la mayoría de los países ante la crisis global fue una expansión fiscal extraordinaria. Ese camino está vedado para Argentina, pontifica la ortodoxia. La hegemonía del discurso de la ortodoxia ha establecido márgenes estrechos para la política fiscal. Dos vías de financiamiento tradicional, el endeudamiento y la expansión fiscal, estuvieron clausuradas en la economía argentina desde 2003. Por eso mismo el superávit fiscal fue una variable importante en los primeros años posteriores al reinicio del pago de la deuda luego del default, porque ese excedente facilitó los desembolsos con independencia del humor de los mercados financieros. Un rasgo distintivo de ese superávit fue que no fue consecuencia del ajuste de las cuentas públicas, sino del incremento de los ingresos provenientes de las

retenciones a las exportaciones, lo que significó que no tuviera efectos contractivos.

A partir de 2009 empezó a consumirse el superávit, y desde entonces empezó el desafío a la ortodoxia al instrumentar una expansión fiscal. El pago de la deuda con reservas fue un avance sustancial en esa estrategia en respuesta a la propuesta del ajuste fiscal y del endeudamiento en los mercados financieros internacionales.

Quienes se inquietan por esos desembolsos, deben saber que, de una u otra forma, el pago de la deuda involucra reservas del Banco Central.

Si el Tesoro contabilizara un superávit fiscal abultado tendría los pesos necesarios para cancelar la deuda, y los utilizaría para compra los dólares al Banco Central. Cancelaría los intereses y las amortizaciones de la deuda, y las reservas igual caerían en la misma cuantía.

La ortodoxia prefiere pagar con ajuste fiscal.

La única forma de evitar la reducción en las reservas por pagos de la deuda es con mayor endeudamiento externo.

Las críticas a la política de desendeudamiento implicaban entonces recomendaciones en la dirección del ajuste fiscal y del incremento del endeudamiento externo. Esto último significaría aumentar el peso de los intereses de la deuda en el futuro que, como se sabe, condiciona la gestión de la política económica al hacerla dependiente del mercado financiero internacional. Cuanto más dependiente de los dólares especulativos para refinanciar deuda más inestable es la economía y, por lo tanto, más vulnerable.

¿Para qué buscar la aceptación del capital financiero si, como se probó una y otra vez, es un potente desestabilizador macroeconómico?

La ortodoxia afirma que la subordinación al mundo financiero es necesaria para conseguir fondos para el pago de la deuda. Buscan así repetir el ciclo de endeudamiento dominante de la escena económica de 1976 a 2001.

Aunque no hubiera habido crisis internacional y aún se hubiera mantenido un elevado excedente de las cuentas públicas, la cancelación de pasivos externos con reservas del Banco Central igual sería conveniente. Es una estrategia que brinda respuesta a reclamos contra el pago de la deuda con ajuste fiscal y un mayor endeudamiento que empobrece a las mayorías. Pagar con reservas evita esos senderos y amplía el horizonte para debatir con mayor margen de autonomía la capacidad de intervención estatal en la economía a través del gasto público.

Uno de los principales factores de los desequilibrios de la economía ha sido la apertura y desregulación al capital financiero. La opción de utilizar una porción de las reservas para hacer frente a una parte de la deuda elude el inestable mercado financiero internacional. Ninguno de los riesgos con que amenazaban los economistas del establishment si se pagaba deuda con reservas se verificó. No hubo embargo de reservas ni se fortalecieron los fondos buitres y ni hubo un aumento mayor del índice de precios.

Consolidar la política del pago de deuda con reservas implicó batallar sobre un concepto heredado de la convertibilidad, como el de «las reservas de libre disponibilidad». Pese a que la fantasía de la paridad 1 a 1 culminó con un estallido económico y social impresionante, algunas estructuras de análisis perduraron varios años, como si estuviera vigente. Una de ellas fue la noción de reservas de libre disponibilidad. Recién en 2012, con la reforma a la Carta Orgánica del Banco Central, fue desterrada esa restricción que exigía respaldar toda la base monetaria con reservas en divisas en el BCRA. El exceso de reservas era definido de libre disponibilidad.

La cancelación de deuda con el FMI en 2005, así como el pago de la deuda en moneda extranjera en 2010 y 2011 fueron realizados con reservas del BCRA consideradas bajo este criterio. A partir de 2011 las reservas de libre disponibilidad disminuyeron, hasta agotarse. Con la nueva Carta Orgánica del Banco Central, ese límite fue cambiado, y así fue abandonada la concepción teórica que subordinaba la política monetaria a una moneda emitida por otro país (Estados Unidos), que no está respaldada con ningún tipo de bien tangible.

> El Banco Central argentino pasa a tener la misma potestad que cualquier otro ente similar de un Estado nacional, la de emitir su propia moneda bajo criterios aplicados a las necesidades de la economía, no en función de la liquidez originada en los centros financieros mundiales. (22)

La utilización de reservas para pagar deuda, sumada a la modificación del criterio de libre disponibilidad, fueron los disparadores para que los hombres de negocios dedicados a comercializar información económica comenzaran a equiparar la intensificación de la corrida hacia el dólar después de las elecciones presidenciales de 2011 con el escenario previo y posterior al fin de la paridad 1 a 1.

El esquema financiero global (reservas, depósitos y paridad cambiaria) no colapsó precisamente porque eran otras las características del régimen económico. Distinguir sus rasgos resulta necesario para no quedar atrapados de versiones

apocalípticas sobre la solvencia del sistema bancario y el mercado cambiario.

1. A diferencia de lo ocurrido en los años noventa, el sistema financiero tenía un muy bajo grado de dolarización. El segmento en moneda extranjera en los bancos era una parte relativamente pequeña del total de depósitos y préstamos.
2. Entre 1995 y 2000, los depósitos en moneda extranjera eran en promedio el 56 por ciento del total, y en 2001 alcanzaron a sumar casi el 66 por ciento. En 2005-2011, el promedio fue de apenas 13 por ciento.
   Estos datos eran fundamentales para reprobar a quienes planteaban un escenario de estrés bancario por la sangría de depósitos en dólares de cajas de ahorro y plazos fijos. Los retiros superaron en 2012 el 50 por ciento del total desde el anuncio de mayores controles a la compra de dólares. Esa fuga veloz fue atendida sin problemas.
3. En préstamos en moneda extranjera, la diferencia con el sistema que funcionó durante diez años y medio era incluso más notoria. En promedio, en aquel período los bancos habían constituido alrededor del 65 por ciento de los préstamos en dólares, y alcanzado el 72 por ciento en 2001. En diciembre de 2011 representaba apenas el 14 por ciento, con tendencia decreciente hasta ubicarse a fines de 2012 en el 12 por ciento.
4. Mientras que en los 90 los préstamos en moneda extranjera eran otorgados a todo tipo de deudor o actividad, después del fin de la convertibilidad la regulación del Banco Central dispuso que sólo podían estar aplicados a deudores y proyectos con ingresos en dólares. Por ejemplo, para la prefinanciación de exportaciones.
5. La limitación de las actividades que accedían a préstamos en moneda extranjera restringió la posibilidad de colocar los dólares de los depósitos, y por ese motivo estaban como liquidez en la cuenta corriente de los bancos en el BCRA. Esa inmovilización brindó mayor estabilidad y control sobre el sistema financiero. Por eso no hubo inconvenientes para la devolución de un monto considerable de depósitos en dólares en un lapso muy corto.
   Una cuestión no menor fue la cantidad y calidad de las reservas internacionales en poder del Banco Central para enfrentar movimientos especulativos sobre la paridad cambiaria.
6. Durante los noventa, parte de las reservas internacionales estaban constituidas en títulos públicos, proporción que llegó a

representar cerca del 30 por ciento del total. En cambio, la totalidad de las reservas en 2012 estaban constituidas por oro y divisas, siendo líquidas y realizables.

7. El nivel de cobertura de las reservas internacionales era mayor al vigente en la convertibilidad. Mientras que en 1995 las reservas eran el 5 por ciento del PBI y el 31 por ciento del indicador monetario M3 total (dinero en circulación, depósitos en cajas de ahorro, cuenta corriente y plazos fijos, en pesos y dólares); a fines de 2011 eran el 11 y el 46 por ciento, respectivamente.

No sólo el sistema financiero era menos vulnerable a corridas, sino que la calidad de las reservas internacionales del Banco Central era mejor que la exhibida durante la convertibilidad.

El análisis económico y político transita por cómodos carriles cuando la discusión se concentra en las formas o en cuestiones teóricas sobre la organización de una sociedad. Las diferencias quedan reducidas a enfoques superficiales dando la impresión de que no existe mucha distancia de unos a otros. Términos como instituciones, diálogo y negociación adquieren así una dimensión abarcadora, como si fueran la llave maestra para encarar los problemas. Las usinas conservadoras instalan la idea de que las discrepancias son mínimas sobre la cosmovisión del mundo, y que la presencia del conflicto se debe a posturas intransigentes o a comportamientos autoritarios.

Esos análisis económicos ignoran o tocan marginalmente un aspecto trascendental. Los factores de poder, que no son otra cosa que las corporaciones pretendiendo influir en políticas que defiendan sus intereses. Es notable la ausencia de esos actores principales en la evaluación de medidas económicas en el análisis económico convencional. La omisión de la acción del poder económico revela el grado de subordinación para comprender el transcurrir de un proceso económico y social. Reducir el conflicto del Banco Central y las reservas a una puja de modales entre el oficialismo y la oposición, o a una discusión institucional sobre los decretos de necesidad y urgencia fue un ejemplo de esa conducta.

Esa medida concentró la oposición de conservadores con una extensa foja de servicios de endeudadores seriales y pagadores obsecuentes sin escatimar esfuerzos ni preocuparse en el método, incluyendo la refinanciación a tasas usurarias hasta liquidar empresas estatales. También se sumaron al rechazo grupos de centroizquierda cuya consigna era resistir el pago de la deuda porque implicaba diseñar planes de ajuste sobre los sectores

populares, cuando precisamente los esquivaba con la utilización de reservas.

El desarrollo del endeudamiento del país ha tenido varias etapas y la que comenzó en 2003 no es la misma que las anteriores. No diferenciar las particularidades de cada período provoca un desorden conceptual, táctica rendidora para la tribuna mediática pero carece de la virtud de analizarlos como parte de un recorrido histórico con sus respectivos aspectos distintivos.

La cancelación de deuda con reservas es una medida que significó un avance cualitativo en aliviar la carga de los pasivos públicos sobre el Presupuesto y, por lo tanto, sobre partidas sensibles, como el gasto social y previsional.

Desde que la deuda empezó a ser una pesada mochila para la economía, en la década del 80, la forma de atender los vencimientos de intereses y capital consistió en la emisión de más deuda interna y externa y el ajuste de las cuentas públicas para generar el excedente necesario para saldar compromisos. Esta estrategia profundizaba las restricciones de la política económica. Las medidas para reducir el gasto público y liberar recursos para pagar tuvieron consecuencias muy negativas. El endeudamiento derivó en la pérdida casi total de autonomía para la política económica, terminando en el default más grande de la historia moderna por 81.800 millones de dólares.

El uso de las reservas y el pago de la deuda precipitaron un debate intenso que merece ciertas precisiones. Las observaciones provenientes de la centroizquierda exponían la experiencia ecuatoriana como opuesta a la argentina. Era una comparación equivocada. Argentina no podía seguir la experiencia de Ecuador por una sencilla razón: el recorrido ecuatoriano con la deuda y el default fue realizado sobre la huella argentina, en menor magnitud y profundidad.

Conocer el caso ecuatoriano en el tratamiento de su deuda externa relativiza las críticas referidas al proceso argentino.

El presidente de Ecuador, Rafael Correa, dispuso en 2007 la conformación de la Comisión para la Auditoría Integral del Crédito Público para investigar veinte años de endeudamiento interno, bilateral, multilateral y comercial, el impacto social y ambiental y sus aspectos jurídicos.

La Comisión detectó indicios de irregularidades en las negociaciones y renegociaciones de la deuda durante el período 1976-2006. A fines de 2008, presentó el informe definiendo a la deuda externa ecuatoriana como «ilegítima», demostrando que «en todos lados (hubo) irregularidades y traiciones a la patria», especialmente en la «renegociación» posterior al default de 1999.

En ese año se había declarado la cesación de pagos, instancia que derivó en la dolarización de la economía. La deuda considerada ilegítima eran los Bonos Global 2012, papeles que los bancos ecuatorianos recibieron luego de la cesación de pagos. El informe prueba que muchas de esas operaciones estaban viciadas por fraude.

Cuando recibió el documento final, el 20 de noviembre de 2008, Correa anunció que no pagaría la deuda «ilegítima, ilegal y corrupta», y que sancionaría a los culpables. Días más tarde, suspendió el pago de los intereses de una parte de las obligaciones externas. Finalmente, la ministra de Economía, María Elsa Viteri, anunció que Ecuador estaba dispuesta a declarar un «default con responsabilidad» en ciertos tramos de la deuda externa, equivalentes a unos 3.800 millones de dólares en bonos Global que vencían en 2012 y en 2030.

Los auditores sólo investigaron e informaron, pero no sugirieron qué hacer. Ellos tenían dos posturas: repudiar la deuda (los más extremos, proponían no pagar al FMI y otros organismos, deuda cuyo monto era similar a la de los bonos) o renegociar en mejores términos. El presidente Correa optó por la última.

El gobierno invitó a los tenedores de bonos Global 2012 y 2030 a presentarse a una subasta para cambiar por dólares en efectivo, con un descuento, los Bonos 2012 (540 millones de dólares) y 2030 (2.835 millones de dólares), operación organizada por Lazard Frères Banque. La oferta de compra de los bonos 2012 y 2030 significó reconocer la legalidad de la reestructuración del año 1999.

Con esa transacción, Correa rescató del mercado el 91 por ciento de los bonos Global 2012 y 2030, con una quita del 65 por ciento del total y desembolsando 900 millones de dólares para cancelar deuda «ilegítima» por 2.900 millones. Esta operación le ha ahorrado 2.000 millones de dólares a Ecuador, en términos nominales, y en valores de mercado, por lo menos 1.000 millones de dólares, estimó Correa. Ecuador también ahorró más de 300 millones de dólares en pago de intereses por año.

Rafael Correa se inspiró en el no pago de deuda más grande de la historia mundial hasta entonces, y en su resolución: el default y canje argentino de 2005. La diferencia entre uno y otro es puramente retórica. Mientras Ecuador declaró una parte de la deuda ilegítima, Argentina propuso directamente el canje, porque ya estábamos en default. La quita fue en ambos casos del 65 por ciento, siendo el de Ecuador sobre un poco más de 3.000 millones de dólares y el de Argentina sobre 81.800 millones.

La quita de capital ecuatoriana fue sobre los bonos Global 2012

y Global 2030 que componían un 32 por ciento de la deuda total, mientras que la quita argentina fue sobre más del 50 por ciento del total. Ecuador entonces renegoció su deuda declarada ilegítima, pero no la desconoció.

Las renegociaciones de deuda de Ecuador y Argentina han despertado el repudio del mundo de las finanzas internacionales.

La quita de capital de la deuda en default, el desendeudamiento y la consiguiente desconexión del mercado financiero internacional transitaron a contramano del deseo de banqueros y acreedores. Además se realizaron en un contexto de abundancia de capitales y tasas de interés muy bajas que inducían al endeudamiento externo. Resistir esa tentación no es sencillo cuando el flujo de información económica es dominado por la corriente ortodoxa, vinculada íntimamente con el mundo financiero.

La desconexión financiera, en cambio, amplió los márgenes de autonomía de la política económica, y permitió saldar parte de la herencia perturbadora de décadas de casino financiero.

Significó también un esfuerzo mayor de la economía.

Los primeros años con superávit fiscal y luego con reservas del Banco Central, el peso de la deuda disminuyó en relación con la riqueza generada durante un año (PBI) por el efecto combinado de la cancelación neta de deuda y el crecimiento de la economía. En 2012 la deuda pública total era equivalente al 41,8 por ciento del PBI, cuando en 2002 había alcanzado el 166 por ciento.

El ciclo de desendeudamiento tuvo un componente económico-financiero derivado de uno político, que nació de la decisión de no subordinar la economía argentina a la calificación del mundo financiero para cada una de las eventuales refinanciaciones de vencimientos. Estas transacciones estaban atadas a las exigencias de satisfacer demandas del mercado, que en general apuntaban a reclamar estrategias de austeridad como garantía de cobro de la deuda. De ese modo se construye un círculo vicioso de deterioro económico y, en consecuencia, de subordinación a la ortodoxia económica, con elevados costos sociales y laborales. Es lo que empezaron a padecer los países periféricos de Europa desde 2010, el mismo sufrimiento de Argentina en los noventa.

No quedar atrapado de la lógica de sumisión que propone el mercado financiero tiene el beneficio de eludir la trampa que conduce hacia una crisis económica. Pero tiene su costo. No es una decisión liviana, sin efectos sobre la economía, desafiar el funcionamiento del negocio financiero internacional, corazón del capitalismo global de las últimas décadas, hoy en graves problemas, aunque con un notable grado de resistencia a perder

privilegios.

El costo del desendeudamiento fue, paradójicamente, quedar fuera del acceso voluntario al crédito internacional a tasas de interés bajas. Veda que terminó reforzando la política de desendeudamiento vía utilización de reservas del Banco Central, porque el gobierno descartó la posibilidad de tomar deuda a tasas altas o de disminuir el gasto público para generar el superávit fiscal necesario para pagar vencimientos.

El desendeudamiento ha convertido al ciclo del kirchnerismo en el período político que más deuda ha pagado en forma neta desde el regreso de la democracia. El resultado, a la vez, fue que los indicadores de deuda en 2012 mostraron un escenario muy holgado. (23)

- La relación deuda pública total/PBI bajó al 41,8 por ciento, y
- los intereses de la deuda pública pagados en porcentaje de los recursos totales del Estado descendió al 6,0 por ciento.

En relación con la deuda pública total en poder de privados en 2012, el saldo

- sobre el PBI era del 12,0 por ciento,
- en moneda extranjera/PBI, 8,4 por ciento,
- en moneda extranjera/reservas internacionales, 88,0 por ciento, y
- en moneda extranjera per cápita, 962 dólares.

Estas cifras acompañando un proceso de crecimiento económico prolongado, con el compromiso oficial de pagar la deuda hasta con reservas del Banco Central, se traduciría para cualquier otro país en ofertas de financiamiento a tasas bajas. No fue el caso para Argentina.

Además del desafío al mundo financiero por el manejo de la deuda, una sucesión de acontecimientos económicos a contramano de lo que esperaba la ortodoxia tuvo como respuesta un prolongado castigo del mercado. El default, la renegociación de esa deuda con quita de capital, disminución de la tasa y extensión de los plazos, el fin del negocio de las AFJP, las estatizaciones, la utilización de reservas para pagar deuda, la expropiación de acciones de YPF en manos de Repsol y, en términos generales, la heterodoxia de la política económica, derivaron en un rechazo del gran capital financiero a la política económica argentina.

La resistencia tiene como argumento también la inflación, los gaseosos conceptos de la confianza y la inseguridad jurídica y el «default encubierto» que dicen suponer por los índices de precios al consumidor del Indec utilizados en la actualización de bonos ajustados por el CER.

Todo ese marco de política económica heterodoxa desarrollado en un terreno hostil tuvo sus costos. Derivó en un esfuerzo mayor para la economía al momento de pagar la totalidad de cada uno de los vencimientos de la deuda. Este tránsito tuvo más tensión por la persistente fuga de capitales que limitó la capacidad de acumulación de reservas del Banco Central. Si desde 2007 el ritmo de fuga hubiese sido sólo la mitad de lo que fue, el stock de reservas habría alcanzado casi 90 mil millones de dólares en 2012, lo que hubiera aliviado el frente financiero y cambiario.

El tema de la deuda tiene la cualidad de la permanencia en el debate público. El bombardeo informativo convoca fantasmas de insolvencia o dificultades en la cancelación de vencimientos. Sin embargo, aunque pueda parecer extraño para los fogoneros de la economía del miedo, la deuda dejó de ser el condicionante principal de la economía argentina.

Como se detalló, la carga de la deuda sobre la economía se ha vuelto manejable según diferentes indicadores de solvencia, a diferencia del largo período iniciado en 1976 hasta el estallido en el 2001, cuando era un potente perturbador de la economía.

La deuda pública externa ha sido un condicionante central en el escenario económico y político de la Argentina; su continua expansión a lo largo de los últimos treinta años ha constituido uno de los más formidables obstáculos para el crecimiento del país. Tras la declaración de default a fines del año 2001 y la posterior renegociación de los pasivos externos, los compromisos de pago adquirieron un perfil sostenible; puede afirmarse que la deuda no representa hoy día un obstáculo central para la economía. (24)

Además de aspectos cuantitativos de la deuda, emerge un factor cualitativo muy relevante, estructural, el cambio del patrón de acumulación, al abandonarse el de valorización financiera. La magnitud de la deuda y la carga relativa sobre la economía expresa los rasgos de ese cambio. Una disminución del peso de la deuda en la economía es la expresión de esa sustancial transformación.

Los distintos regímenes de acumulación de capital desde los primeros gobiernos peronistas hasta el kirchnerismo han producido modificaciones sustanciales en los niveles absoluto y relativo del endeudamiento externo, en las características de los acreedores, y también en el impacto de la deuda sobre las diferentes variables de la economía real.

La deuda externa es una variable económica dependiente, porque su magnitud y sus

características están en función de la manera en que se produce y se distribuye el excedente económico a nivel nacional e internacional. (25)

Éste es un concepto que permite una mejor comprensión del recorrido de la deuda en las distintas etapas de la economía argentina. Analizar la deuda con el mismo enfoque del ciclo de endeudamiento iniciado en 1976 desemboca en un mar de confusiones. El proceso de desendeudamiento del kirchnerismo, en el marco de un proyecto de política de desarrollo industrial con ahorro interno, tiene aspectos de los primeros gobiernos peronistas (1945-1955), cuando la consolidación de la primera etapa de la sustitución de importaciones no estuvo asociada a una deuda externa significativa.

En diciembre de 2001 no solamente se abandonó la Convertibilidad sino que se agotó de manera irreversible el régimen social de acumulación que había puesto en marcha la dictadura militar un cuarto de siglo antes. (26)

Detectar la existencia de otro patrón de acumulación y el lugar diferente que empezó a ocupar la deuda en estos años es importante para alejar la tentación del «retorno a los mercados» al que invita la ortodoxia aliada al mundo financiero.

El crédito es una herramienta necesaria para la economía, y la refinanciación de los vencimientos forma parte del ciclo normal de su funcionamiento. El endeudamiento con fines específicos para financiar la expansión en infraestructura mejora la competitividad de la economía. Sin embargo, el aumento de la dependencia financiera con el acreedor se convierte en un potente agitador de la estabilidad macroeconómica por la pérdida de márgenes de autonomía.

La caída del Muro de Wall Street en 2007 ha iniciado un incipiente pero constante cuestionamiento a las finanzas globales. La experiencia argentina ha probado la posibilidad de crecer con ahorro interno, con un Estado con más legitimidad social en su intervención en la economía. Por eso las propuestas de «volver al mercado voluntario de crédito» van a contramano de ese propósito.

La ortodoxia instaló la idea de que un país es confiable para empresarios e inversores si participa activamente en el mercado voluntario de crédito. Es el concepto gaseoso de «país serio». La convocatoria de «amigarse» con el mercado de capitales para regresar al circuito financiero internacional, con el objetivo de inducir un despegue de la inversión, es una idea sumamente débil. La economía argentina mostró que la evolución positiva de la actividad económica no requirió de financiamiento externo.

> Conviene recordar que en los mercados ya estuvimos hasta el hartazgo, con los resultados conocidos. El problema no es estar o no en los mercados, sino cómo estar. La única forma de hacerlo, compatible con el interés nacional, es no depender de ellos, estar parado en los recursos propios y entonces sí, pueden surgir en los mercados muchas operaciones posibles mutuamente convenientes. (27)

La experiencia internacional enseña que la clave del desarrollo es retener y reciclar el ahorro interno en el proceso productivo y después, todo lo demás, incluso la vuelta a los mercados internacionales, viene por añadidura. Lo más importante es que, pese a los augurios negros de la secta financiera de la ortodoxia, quedó demostrado que la economía argentina pudo registrar varios años de crecimiento record sin crédito externo, y además ganando una exigente batalla contra el poder financiero en el manejo de la deuda.

1 Kindleberger, Charles P., *Manías, pánicos y cracs. Historia de las crisis financieras*, Ariel, 1991.

2 Sevares, Julio, *El imperio de las finanzas. Sobre las economías, las empresas y los ciudadanos*, Norma, 2005.

3 Rogoff, Kenneth y Carmen Reinhart, *Ocho siglos de crisis financieras. Historia mundial de los defaults*, H. Garreto Editor, 2009.

4 rolandoastarita.wordpress.com.

5 Elaboración propia sobre la base de Rapoport, Mario, *Historia económica, política y social de la Argentina 1880-2003*, Emecé, 2009, y *Boletín Fiscal* 1999 y 2001, Ministerio de Economía de la Nación, «Deuda del sector público nacional», cuarto trimestre de cada año.

6 Elaboración propia sobre la base de Damill, Mario, Roberto Frenkel y Martín Repetti, *La deuda argentina: historia, default y reestructuración*, pág. 52, CEDES, abril de 2005.

7 *Boletín Fiscal* 2004, Ministerio de Economía, «Deuda del sector público nacional», cuarto trimestre.

8 Basualdo, Eduardo, *Estudios de historia económica argentina*, pág. 130, FLACSO/Siglo XXI Editores, 2006.

9 Ibíd., pág. 449.

10 Ibíd., págs. 449 y 450.

11 Texto curatorial elaborado por Mario Rapoport y equipo de investigadores para la muestra «Economía y Política. 200 años de historia», en la Casa Nacional del Bicentenario, 2011.

12 Elaboración propia sobre la base del *Boletín Fiscal*, Ministerio de Economía, «Deuda del sector público nacional» cuarto trimestre de cada año.

13 Damill, Mario, Roberto Frenkel y Martín Repetti, *op. cit.*, pág. 2.

14 Reinhart, Carmen, Kenneth Rogoff y Miguel Savastano, *Debt Intolerance*, National Bureau of Economic Research, 2003.

15 Damill Mario, Roberto Frenkel y Martín Repetti, *op. cit.*, págs. 3 y 4.

16 Ibíd., pág. 6.

17 En el capítulo 1 se explica que «La economía de un país no se asemeja a una economía familiar».

18 Cibils, Alan, *La política monetaria 2003-2006*, Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas (Ciepp).

19 www.imf.org/external/np/sta/cofer/eng/cofer.pdf.

20 Carrera, Jorge, Diego Bastourre y Javier Ibarlucía, *La política económica de la acumulación de reservas: nueva evidencia internacional*, Banco Central, 2005.

21 Asiain, Andrés y Estanislao Malic, «Sistema financiero y proyecto de país. Concepciones, resultados y propuestas», IV Congreso Anual AEDA, agosto de 2012.

22 Ibíd.

23 Información del Ministerio de Economía de la Nación.

24 Documento del Plan Fénix, «Deuda pública y conflicto político. Hacia una refinanciación eficaz en el marco de un proyecto de desarrollo inclusivo», marzo de 2010.

25 Basualdo, Eduardo, *Estudios de historia económica argentina*, págs. 17 y 18, FLACSO/Siglo XXI Editores, 2006.

26 Ibíd., pág. 470.

27 Ferrer, Aldo, «El canje, el uso de reservas y la vuelta a los mercados», *BAE*, 8 de marzo de 2010.

OCHO

El Estado y la burguesía

Cuando alemanes orientales comenzaron de madrugada a derrumbar el Muro de Berlín a fuerza de mazazos, terminaban de desmoronar un sistema económico, político y social.

La quiebra de Lehman Brothers, uno de los bancos de inversión más tradicionales y antiguos del mundo, fue el inicio de la caída de una forma de funcionar del capitalismo financiero.

El 9 de noviembre de 1989 fue el día que sucumbió el muro de unos 50 kilómetros de largo y 4 de alto que durante 28 años había dividido a Berlín Occidental de la República Democrática Alemana.

El 15 de septiembre de 2008 cerró Lehman Brothers, el primer gran impacto del estallido de la inmensa burbuja especulativa que creció en el casino global, poniendo en cuestión un esquema económico que confía en el mercado la virtud de la autorregulación y el progreso.

La caída del Muro de Berlín fue el acontecimiento simbólico del fin de una época y el comienzo del proceso de desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

La caída del Muro de Wall Street fue el golpe más fuerte al poder financiero y al pensamiento económico ortodoxo dominante desde la década del 70, que empezó a estar cuestionado, aunque no en retirada.

Políticos, intelectuales y militantes del Partido Comunista de todo el mundo se quedaron sin referencia al desaparecer la Unión Soviética, sin el faro que orientara su accionar cotidiano. Tenían un conflicto existencial profundo, imposible de resolver, en relación a todo lo que habían cultivado, creído e interpretado a lo largo de su vida.

Financistas, economistas y políticos militantes del neoliberalismo quedaron a la defensiva ante un conflicto existencial perturbador. El mundo de dinero fácil, ideas del liberalismo mágico, estilo de vida consumista, teorías y postulados de la ortodoxia económica los convirtieron en poderosas patrullas perdidas del capitalismo financiero.

La caída del Muro de Wall Street ha sido un acontecimiento histórico, con desenlace final incierto. Implicó la apertura de una ventana al cambio de un sistema económico, político y social,

como lo fue en su momento el derrumbe del Muro de Berlín.

Lo que vino después fue mejor para las sociedades comunistas del bloque soviético, por la recuperación de las libertades individuales, pero no lo fue tanto en cuanto a condiciones materiales para las mayorías, salvo para una elite que se apropió del control de las riquezas de esos países.

Por ahora, el derrumbe de las finanzas globales no ha sido nada bueno para gran parte de la población de las sociedades de la opulencia del centro del capitalismo financiero, que están viviendo sólo padecimientos porque los gobiernos están salvando a bancos y banqueros declarando un default sociolaboral.

Dos crisis ubicadas en las antípodas del tipo de organización económica, política y social reflejan también dos crisis en la forma de intervención del Estado en la economía.

La naturaleza del Estado es el producto del orden socioeconómico que logran imponer sectores cuyos intereses se tornan hegemónicos.

A partir de esta definición es posible introducir la cuestión sobre la presencia o ausencia del Estado en la economía.

Es una falacia muy extendida en el saber convencional la idea del Estado ausente. No es así. Siempre está presente, hasta en su ausencia. El Estado no es sólo un aparato burocrático. Es un conjunto de instituciones relacionadas con la conservación del orden sobre un determinado territorio. El orden emerge del tipo de Estado y su injerencia en la redistribución material, funcional y de poder entre los sectores sociales.

Sin la intervención del Estado no puede reducirse la intervención del Estado. Ésta es una enunciación sencilla, que inicialmente puede causar un poco de ruido interpretativo, pero esencial para entender las profundas transformaciones que pueden desplegarse en la economía. Por ejemplo, la globalización financiera.

El rol asumido por el capital financiero en los tiempos de la globalización financiera, en donde la creación y explosión de burbujas han sido moneda corriente, no fue el producto de las libres fuerzas del mercado, o de la revolución tecnológica que imprimió una alta velocidad a las transacciones. Se requirió un Estado activo que se autodestruyera en unos aspectos y se fortaleciera en otros para avanzar en este proceso. (1)

Las diferentes reformas liberales no hubieran sido factibles sin una modificación en la naturaleza del Estado. Hubo un replanteo en el contenido del Estado construyendo una nueva matriz social y económica.

La expansión de los flujos financieros a nivel mundial pudo desarrollarse porque el Estado estableció reglas del juego que

permitieron su consolidación.

Las privatizaciones, el desmantelamiento del marco normativo de protección de derechos laborales y el deterioro de la red social, educativa, salud y previsional fueron realizadas con la intervención activa del Estado.

Esta forma de acción del Estado en la sociedad fue fortaleciendo actores económicos con mucho poder de influencia en las economías nacionales hasta limitar los márgenes de intervención de los gobiernos, incluso de los países centrales. Las estructuras de funcionamiento de ese tipo de capitalismo menoscabó la capacidad estatal, necesitando, a la vez, del Estado para que a través de normas se autolimitara.

Los gobiernos fueron perdiendo de ese modo el control del sector financiero. El Muro de Wall Street fue extendiendo su territorio. Los dueños de las entidades bancarias, ejecutivos, analistas y operadores del mercado financiero pasaron a percibir ingresos obscenos, constituyéndose en una casta privilegiada dominante sobre la economía real. Semejante poder terminó condicionando a las autoridades democráticas, cuestionando la soberanía de los Estados.

En el largo período de casi cuarenta años, los mercados financieros fueron cada vez más desregulados, con entes de control públicos colonizados por la banca, con libre movimiento de capitales especulativos y con el desarrollo de sofisticados instrumentos financieros intensificaron el frenesí del casino global.

La caída del Muro de Wall Street es el símbolo del fin de esa época y el comienzo de otra, hoy desconocida. La hegemonía de las finanzas todavía sigue dictando los pasos de los gobiernos de los países centrales.

La nueva era también tendrá al Estado como actor central regulando el funcionamiento del capitalismo.

Precisar el rol del Estado en la economía es fundamental para saber cuál puede llegar a ser su orientación.

Primero, no existe el Estado ausente.

Segundo, de una u otra manera interviene en la economía.

Para el liberalismo, el Estado es intervencionista cuando afecta intereses de grupos privilegiados. En cambio, cuando dicta regulaciones de desregulación para dejar al mercado funcionar con poco o casi nada de control, el liberalismo afirma que hay menos Estado. No es así; hay Estado para permitir que el mercado sea el factor ordenador de la economía.

¿Cuál es el argumento engañoso que contrapone el libre mercado al rol del Estado en la economía?

La concepción económica ortodoxa considera que los agentes económicos son racionales y egoístas en búsqueda de la maximización de sus intereses. Se reúnen en mercados libres, competitivos y autónomos donde interactúan, cuyo resultado es el equilibrio de la economía. Este postulado atribuye al Estado sólo las funciones de defensa, seguridad, justicia, educación y salud. El avance del liberalismo ha sido tan avasallador que algunas de esas tareas empezaron a ser ocupadas por el capital privado en sectores sociales de alto poder adquisitivo.

Gran parte de los economistas que intervienen en el debate público justifican y racionalizan la sumisión de los políticos y, por lo tanto, del Estado a la exigencia de los mercados, ofreciendo la lejana esperanza del progreso global, adjudicándose ser los únicos que pueden guiarnos hasta alcanzar esa meta.

El software neoliberal siempre es el único que se reconoce como legítimo, a pesar de sus patentes fracasos. (2)

Ese «software», basado en la eficiencia de los mercados, recomienda reducir el gasto público, privatizar los servicios públicos, flexibilizar el mercado del trabajo, liberalizar el comercio, los servicios financieros y los mercados de capital, aumentar la competencia en todos los campos y en todas partes.

Frente a esas recomendaciones, llevadas a la práctica con consecuencias sociales devastadoras, el manifiesto del grupo Les Économistes Atterrés enumera falsas afirmaciones del neoliberalismo, poniendo en discusión verdades consideradas absolutas del debate económico.

1. Los mercados son eficientes.
2. Los mercados son favorables al crecimiento económico.
3. Los mercados financieros son buenos jueces de la solvencia de los Estados.
4. El alza de las deudas públicas es el resultado de un exceso de gastos.
5. Hay que reducir el gasto para reducir la deuda pública.
6. La deuda pública traslada el costo de los actuales excesos a las futuras generaciones.
7. Hay que tranquilizar a los mercados financieros para poder renovar la deuda pública.

Estas afirmaciones no son cuestionadas en etapas de bonanza económica. Recién cuando irrumpe la crisis queda al descubierto su carácter dogmático. Son sentencias reiteradas hasta el hastío

por quienes toman decisiones en el mundo empresario y por bastantes políticos. La debacle económica europea y el estancamiento de la economía de Estados Unidos desde 2008, y la experiencia latinoamericana en las décadas del 80 y 90, se han encargado de demostrar que los mercados no son eficientes y que no permiten una asignación eficaz del capital.

Pese a esos fracasos, los defensores del neoliberalismo se refugian en la definición: «Es esencial reducir el tamaño del Estado». El Premio Noble Paul Krugman la cuestiona.

Esta afirmación suele ir acompañada de aseveraciones sobre que la propia crisis económica demuestra la necesidad de reducir el Estado. Pero eso es manifiestamente falso. Fíjense en los países europeos que han capeado mejor el temporal y, en lo alto de la lista, encontrarán naciones con grandes Estados como Suecia o Austria. (3)

Como el mundo económico de la ortodoxia está bastante alejado de la realidad, sus propagandistas avanzan en la defensa de mercados libres afirmando que ante distorsiones externas —la injerencia estatal—, que interfieren en esa dinámica virtuosa, el mercado alcanza equilibrios subóptimos. Es la justificación a las fallas de los mercados libres en la economía.

Las crisis o las dificultades en el desarrollo de los países son siempre originadas entonces por factores externos que interfieren en las decisiones de los agentes económicos. Esos factores externos sólo provienen del Estado.

La corriente ortodoxa afirma que las limitaciones de los mecanismos de mercado constituyen una amenaza a la libertad económica y política. Empezaron a batallar con ese relato desde el mismo momento que se expandía el Estado de Bienestar, consolidado luego de la Segunda Guerra Mundial. En ese período, quienes postulaban las ideas del liberalismo no reunían apoyos mayoritarios porque el crac del 29 y la Gran Depresión los tenían como principales responsables. Con apoyo del poder económico, fueron insistiendo en que los desequilibrios en la economía se debían al aumento excesivo de poder del movimiento obrero, que había socavado las bases de la acumulación capitalista e incrementado los gastos sociales del Estado a un nivel insostenible.

Esto había generado inflación y estancamiento, afirmaban, cuya reversión exige la contracción del gasto social, la disciplina presupuestaria del Estado, el cese de su intervención en los mercados, el restablecimiento de una tasa «natural» de desempleo y reducciones de los impuestos sobre las ganancias más elevadas y las rentas a fin de restituir una «saludable» desigualdad. (4)

Los mercados libres, con la eficiente asignación de los recursos que ellos conllevan y los incentivos que brindan al ahorro y a la

inversión, asegurarían un bienestar imposible de alcanzar con políticas que distorsionaran esa acción. El papel del Estado en la economía es un potente perturbador y sus intervenciones sólo deben ser subsidiarias del supuesto devenir armónico del capital.

El rechazo a los impuestos y, por lo tanto, la resistencia a pagarlos para financiar el Estado tiene ese origen conceptual. La constante observación de las usinas conservadoras sobre la asfixiante presión tributaria es uno de los vehículos para deslegitimar el rol del Estado en la economía.

Una de las afirmaciones más usuales del neoliberalismo es que con menos impuestos y reducción del gasto público, o sea menos Estado, la economía sería más sana, al permitir la expansión de las potencialidades del sector privado. Por el contrario, el despilfarro del gasto por parte del Estado provoca el aumento de la deuda pública que obliga a subir los impuestos y, por consiguiente, ahoga las fuerzas vitales de empresas y particulares.

Con los gobiernos de Ronald Reagan en Estados Unidos a comienzos de la década del 80, y de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, se concretó la ofensiva liberal, con la fuerza acumulada durante su ostracismo de tres décadas de vigencia plena del Estado de Bienestar. Bajo la consigna menos Estado y más mercado, el liberalismo utilizó la estructura estatal para reordenar el funcionamiento del capitalismo global a favor del mundo financiero y las grandes corporaciones. El Estado ausente del neoliberalismo fue una construcción ideológica que autorizó enmascarar profundas transformaciones económicas, políticas y sociales.

La reducción de impuestos a los sectores de mayor poder adquisitivo dispuesta por la administración de Ronald Reagan en Estados Unidos, imitada luego en Europa, fue una política fiscal de redistribución regresiva que agravó de manera creciente las desigualdades sociales y los déficit públicos. Esta política fiscal obligó a las administraciones públicas a endeudarse en los mercados para financiar los déficit así creados. El aumento constante de la deuda pública fue así un mecanismo de transferencia de riquezas de los contribuyentes hacia los rentistas.

A esta política económica se la conoce como efecto jackpot, «sacarse la grande de la Lotería»: con el dinero ahorrado de sus impuestos, los grupos beneficiados pudieron adquirir títulos de la deuda pública, que generaban intereses. Esos bonos de deuda fueron emitidos para financiar el déficit público provocado por las reducciones de impuestos. La proeza brillante del neoliberalismo fue hacer creer a la sociedad que el culpable de la deuda era el gasto público en funcionarios, jubilados y la salud pública para

justificar el ajuste en esos rubros; y no la rebaja de impuestos a los sectores sociales de altos ingresos.

Interpelar esa concepción sobre el Estado y el mercado requiere, en estos momentos turbulentos y de desorientación por la crisis global, un esfuerzo adicional para no caer en confusiones. No toda intervención estatal significa desplazamiento del neoliberalismo.

La fabulosa expansión fiscal en Estados Unidos y en Europa en la asistencia millonaria a los bancos no constituye una estrategia de recomposición del Estado, pese a que esa activa participación pueda hacerlo suponer. Más bien fue un salvataje de banqueros, quienes utilizaron ese dinero para distribuirlo entre accionistas, pagar compensaciones a sus ejecutivos y acumular liquidez sin volcarlo en créditos al circuito de la economía real. Esto es un Estado subsidiario del mercado en línea con el pensamiento neoliberal.

Durante el predominio del neoliberalismo desde mediados de la década del 70 no se produjo una retirada del Estado, sino que éste institucionalizó la hegemonía de ciertos grupos económico-financieros redefiniendo la vinculación de cada economía con el capitalismo global.

El retroceso socioeconómico de la economía argentina en ese período no fue por la ausencia de Estado, sino por su reorientación en función de objetivos y prioridades del poder económico.

¿Por qué es importante precisar la naturaleza del Estado y qué tipo de intervención tiene en la economía?

Porque el Estado cumple un papel fundamental en el desarrollo económico debido a que tiene un rol central del sector público en el proceso de acumulación de capital de las empresas privadas. En términos históricos y estudiando las experiencias de países que pudieron construir un sólido sendero de desarrollo económico, Aldo Ferrer explica que el Estado intervencionista fue el instrumento esencial para poner en práctica las ideas del desarrollo nacional y la vinculación soberana del país con el contexto externo. En virtud de las circunstancias propias de cada caso y cada época, el Estado intervino todo lo que hizo falta para regular los mercados, abrir o cerrar la economía, e impulsar, orientando el crédito interno y por múltiples otras vías, las actividades consideradas prioritarias.

Las ideas económicas fundantes de la política económica de los países exitosos nunca estuvieron subordinadas al liderazgo intelectual de países más adelantados y poderosos que ellos mismos. Respondieron siempre a visiones autocentradas del comportamiento del sistema internacional y del desarrollo nacional. Cuando aceptaron teorías concebidas en los centros lo hicieron adecuándolas al propio interés. Fueron visiones y

enfoques funcionales a la puesta en marcha de procesos de acumulación en sentido amplio, fundados en la movilización de los recursos propios disponibles. (5)

El Estado interviene en tres espacios centrales para el desarrollo económico. Ana Castellani, doctora en Ciencias Sociales, las precisa. (6)

1. Establece las reglas de juego fijando marcos normativos que regulan el funcionamiento de los diversos mercados.
2. Interviene en la orientación general del modelo de acumulación, diseñando y aplicando diversas políticas económicas que promueven la realización de ciertos intereses sectoriales por sobre otros.
3. Las propias actividades económicas que realiza a través de sus múltiples reparticiones y empresas productoras de bienes y servicios, generando transferencias de recursos públicos hacia el sector privado, ya que las firmas estatales suelen operar con precios y tarifas diferenciales que benefician a sus proveedores y consumidores.

El vínculo de las burguesías, las elites empresarias, con el Estado fue condicionando la orientación de éste a lo largo de la Historia.

En el caso argentino, durante muchas décadas el faro que guiaba a las elites locales fue Inglaterra. En el proceso de decadencia del Imperio Británico, Estados Unidos fue ocupando una centralidad cada vez mayor. Así fueron forjando su propia identidad, que es la de carecer de una definida, puesto que siempre están señalando a otros países como modelos exitosos.

La idealización de experiencias del exterior, que se saben complejas y contradictorias, refleja la incapacidad de la burguesía local de constituirse en un factor dinámico del desarrollo nacional. Es una de las carencias de lo que Ferrer define como densidad nacional, que consiste en

[…] la integración de liderazgos con estrategias de acumulación de poder fundado en el dominio y la movilización de los recursos disponibles dentro del espacio nacional. (7)

Las elites argentinas, en cambio, tienen una predilección por la fuga de capitales y, por lo tanto, para dirigir la mirada al exterior. Esto explica los elogios permanentes a economías de otros países. En los últimos años, las alabanzas estuvieron distribuidas en el Brasil de Lula da Silva y Dilma Rousseff, en el Chile de Michelle Bachelet y después en el del derechista Sebastián Piñera, y en el Uruguay del presidente Pepe Mujica. Hasta no hace mucho, antes

de la caída del Muro de Wall Street, el modelo a imitar y envidiar era Irlanda y España, ambas economías que desbarrancaron.

Las elites es el conjunto de empresarios individuales o de organizaciones empresarias de mayor peso económico y político que moldean el sendero del resto de los agentes económicos. Las latinoamericanas han tenido una tendencia histórica a estar referenciadas en las de países centrales. Pero no todas tuvieron la misma intensidad de imitación. Algunas han logrado cierto grado de compromiso con el desafío del desarrollo nacional de sus países, actuando como un factor dinámico de la economía, como la brasileña. Pueden tener conductas e intereses contrapuestos que se reflejan en diversas líneas políticas, pero mantienen una base local relativamente sólida. Saben de sus limitaciones pero no actúan en forma destructiva y mucho menos en forma despectiva sobre su propio país.

No es el caso de las elites argentinas. Éstas han combatido cada intento de emprender un camino de desarrollo nacional, lo que explica gran parte del retroceso relativo de la economía argentina.

> La elite económica argentina mantiene dos rasgos bien definidos: la sistemática búsqueda de cuasi rentas de privilegio y la adaptación a las ventajas generadas en el contexto externo. (8)

La identificación de las razones que explican el atraso relativo de ciertas naciones con respecto a otras brinda la oportunidad de comprender ciertos procesos político-económicos. El comportamiento de las elites ilustra sobre la dinámica económica, social y política del país, por dos motivos principales,

> […] por un lado, porque juega un papel central en el proceso de acumulación de capital como consecuencia de las decisiones macroeconómicas que toman las empresas que la componen (sobre todo aquellas vinculadas con el nivel y tipo de inversión), que son cruciales para marcar el rumbo del resto del sistema económico. Por otro lado, porque el accionar colectivo e individual de sus miembros suele incidir en la determinación de las políticas públicas, en especial, aquellas que definen la orientación de la intervención económica estatal. (9)

Las características estructurales de las elites empresarias se van modificando a lo largo del tiempo como resultado del comportamiento seguido por las empresas o actores sociales que la integran, y como consecuencia del contexto generado por la intervención estatal en la economía. Por eso van surgiendo en su seno proyectos políticos diferentes que expresan los intereses de las distintas fracciones existentes en ese sector socioeconómico.

Elaboramos una definición propia para las elites empresarias argentinas. Para ello recurrimos al ámbito de las ciencias

políticas, donde se habla del concepto Estado fallido. Es una idea impulsada por académicos y think tank estadounidenses que considera, entre otros aspectos, que son fallidos los Estados que no pueden brindar adecuadamente los servicios básicos a la población y, por lo tanto, pierden legitimidad política en un contexto de creciente violencia social. (10)

En una licencia académica, apropiamos la idea para definir la existencia de la «burguesía fallida» argentina.

En una economía capitalista, la burguesía desempeña un papel central, y en términos históricos fue revolucionaria al desplazar el régimen feudal. También lo ha sido en el desarrollo de las fuerzas productivas con innovaciones e inversiones que fueron modificando el sistema de producción y el orden social, expandiendo sus fronteras hasta lugares remotos del planeta.

La burguesía argentina busca, como cualquier otra, maximizar ganancias y su desenvolvimiento no está determinado por razones culturales, vinculadas con corrientes inmigratorias o creencias religiosas. Pero se ha convertido en burguesía fallida por ser uno de los principales protagonistas del fracaso del desarrollo económico del país. A pesar de contar con el apoyo de gobiernos de distinto origen, de recibir amplios y diversos beneficios fiscales y financieros, no pudieron ser un agente dinámico de un modelo de acumulación competitivo. Su rasgo esencial fue y es la de ser rentista y fugar capitales.

Una de las expresiones más notables de la burguesía fallida fue la venta de sus empresas al mejor postor, para girar parte de esos fondos al exterior y otra para destinarla a la compra de campos y a la producción agropecuaria.

La existencia de la burguesía fallida tiene su raíz en un modelo de desarrollo latifundista, con rentas extraordinarias obtenidas por las ventajas comparativas a nivel internacional del campo argentino, que terminó conformando una élite periférica y dependiente. Tiene especial vocación por la especulación financiera, resistencia a constituir una base industrial medianamente desarrollada, pese a los millonarios subsidios otorgados por el Estado, y tendencia a reorientar excedentes a la compra de campos.

Mario Rapoport explica que la debilidad de la burguesía nacional tiene su origen en componentes históricos cuando la elección del librecambio se concretó en el momento de la conformación de la Argentina moderna, dejando una marca que aún conserva un considerable poder ideológico. En ese entonces los intereses y grupos de poder durante la denominada Organización Nacional impusieron el liberalismo económico como

la piedra angular del progreso argentino.

Se desechó la posibilidad de un desarrollo económico integral mediante la protección de la industria local y, de esta manera, las clases dominantes argentinas rechazaron el camino proteccionista que, por el contrario, fue adoptado por países como Estados Unidos y Australia, y prefirieron un país para pocos ligado a la producción primaria. (11)

El saldo fue la consolidación de conductas rentísticas, ya sea proveniente del campo o de recursos naturales no renovables. Esta característica de la burguesía nacional sólo pudo expandirse con un Estado subordinado a esos intereses.

La pujanza de las burguesías brasileña o coreana es mostrada en general como ejemplos de actores relevantes para el desarrollo de sus países. No se destaca con tanto énfasis que para que ello ocurriera fuera necesario un Estado disciplinador.

No se trata de empresarios diferentes a los argentinos, sino de distintos tipos de Estado. En Asia las reglas del juego que ponen los Estados permiten que las elites empresarias conserven sus lugares de privilegio mientras inviertan, promuevan el cambio tecnológico, innoven, creen empleo e impulsen el crecimiento económico. Las elites argentinas, en cambio, se comportan como si fueran eternas, inmutables e independientes del destino nacional, y piensan el Estado entregado a su poder.

Aldo Ferrer gusta mencionar, cuando habla de burguesías nacionales, que si un empresario asiático o brasileño con vocación de inversión e innovador es trasladado a la economía argentina sin un Estado disciplinador, rápidamente se adaptará y absorberá los vicios de las conductas locales.

¿Por qué actuaría diferente?

La conducta de la burguesía nacional no se modifica con voluntarismo político. Sólo con un Estado activo, interviniendo y estableciendo límites, se logra cambiarla. Así pasó en todos los países para consolidar una burguesía. El disciplinamiento del Estado no tiene que ver con obediencia o subordinación a un gobierno, como traduce el rústico análisis conservador fascinado con la muletilla «capitalismo de amigos».

El Estado tiene capacidad para disciplinar a las elites empresarias porque a cambio de brindar diferentes beneficios puede reclamarles aumentar exportaciones, innovación, impulsos al cambio tecnológico e inversiones para ampliar la producción.

En Asia entre el 66 y 75 por ciento de la riqueza de la que se apropian las elites es reinvertida en la producción. En América latina, en cambio, el 10 por ciento más rico de la población se lleva el 45 por ciento de la torta, pero la inversión privada es el 15 por ciento. (12)

No son diferentes los capitalistas, sino el factor distintivo es la capacidad de los gobiernos para disciplinarlos. Sólo un tercio de lo que se apropian las elites empresarias en Latinoamérica vuelve a la economía como inversión productiva, cambio tecnológico e innovación. La comparación con los países asiáticos descoloca a la corriente de pensamiento neoliberal que cuestiona controles y la injerencia del Estado en la economía, mientras elogia experiencia de desarrollo de otros países, como la de los asiáticos.

No significa que los empresarios dejen de ganar plata, sino que reinviertan sus ingresos, suban productividad e innoven tecnológicamente. Son dos conceptos de capitalismo totalmente distintos. En América latina, el capitalismo funciona bien sólo si los ricos están contentos. En Asia, la política económica se rige por el principio de que el capitalismo funciona bien sólo si los ricos están disciplinados. Los sectores dominantes latinoamericanos tuvieron una capacidad de imponer su voluntad rentista mucho más fuerte que en Asia. (13)

Corea del Sur muestra un vínculo estrecho de las elites con el Estado. A comienzos de los años sesenta, era un país pobre dedicado fundamentalmente a la agricultura. Empezó a tomar una serie de medidas para convertirse en una economía independiente sobre la base de un capitalismo dirigido. Las políticas públicas se centraron expresamente en el desarrollo de capacidad industrial y tecnología nacional, con el fin de adquirir competitividad internacional. El objetivo fue fortalecer los conglomerados nacionales (chaebols) y la recepción de inversión extranjera directa no tuvo influencia en esa etapa de desarrollo del país. El notable aumento del PBI que se produjo en las décadas posteriores respondió a un proceso de industrialización orientado al exterior, convirtiendo a Corea en la décima economía mundial.

Un elemento central de la política económica coreana fue que el gobierno pudo disciplinar al sector privado para asegurar el cumplimiento de ciertos objetivos al introducir distintas clases de incentivos y subsidios que beneficiaban a los chaebols, que se comprometían a alcanzar las metas propuestas bajo el rigor estatal. (14)

La experiencia asiática sirve como referencia, sin pensar que se pueda hacer una traslación automática a la Argentina por las características de sus regímenes políticos muy rígidos y organizaciones sindicales muy flexibles.

El comportamiento de las elites empresarias es relevante para entender la dinámica económica, social y política del capitalismo en cada país. Esa importancia se manifiesta porque juegan un papel central en el proceso de acumulación de capital.

Especialistas dedicados a estudiar paradigmas del desarrollo económico, basados en casos de países con diversas condiciones sociales y económicas, coinciden en que un factor fundamental de esos procesos ha sido la existencia de un Estado activo

interviniendo en la economía, con capacidad de disciplinar y de negociar en relativa igualdad con grupos empresarios.

¿Cómo se desarrolla, entonces, una burguesía nacional?

Desde la izquierda y el liberalismo cuestionan el comportamiento de la burguesía argentina a partir de distintas pautas conceptuales, arribando a la misma conclusión. Los primeros destacan que debido a su carácter rentístico o especulativo no fue capaz de liderar un proceso de acumulación basado en la innovación y la inversión en capital físico y humano. Indican que se limitó a aprovechar las oportunidades que se le presentaban en cada una de las fases de la economía en distintos momentos históricos. La corriente liberal, en tanto, sostiene que la existencia de conductas empresarias «de lobby» o «de captura de rentas» no es por culpa de las características de la burguesía local, sino de políticas económicas erróneas, cuyo origen lo ubican en el régimen mercado-internista surgido tras la crisis del 30 y consolidado a partir de los gobiernos peronistas.

Ambos enfoques se unifican en la profunda desconfianza que tienen hacia toda forma de vinculación entre el Estado y la clase empresaria, ya que dicen que cuando existe esa interacción es usualmente para generar beneficios hacia un sector limitado de la sociedad a costa del resto.

Para los liberales, esa interacción es a priori sospechosa de ser el resultado o el prolegómeno de algún acto de corrupción o una transferencia de renta. Para la corriente de pensamiento de izquierda, es la consecuencia del sometimiento del Estado a las necesidades del gran capital. (15)

La evidencia empírica muestra que el origen y desarrollo de las burguesías nacionales están íntimamente ligados al Estado, al proteccionismo y al favoritismo sectorial. Todos los procesos de países industrializados implicaron una transferencia de recursos desde el Estado hacia la naciente burguesía. Fue así tanto en Francia como en Estados Unidos, Alemania, Japón o Corea del Sur. Esas burguesías se han consolidado como tal y no se han quedado sólo en la captura de rentas o en conductas rentísticas, para reconvertirse en una élite con estrategias competitivas, dinámicas, de expansión, actuando como un factor de estabilidad económica y no de perturbación.

No ha sido el caso de la burguesía argentina. Por eso, es una burguesía fallida.

La clave del desarrollo capitalista y, por lo tanto, de la consolidación de la burguesía, se encuentra en la reinversión del excedente.

Desde el punto de vista del desarrollo capitalista, la raíz de los problemas en la economía argentina reside en que un porcentaje

sustancial del excedente no fue reinvertido en ampliar la capacidad productiva. Gran parte de ese excedente fue destinado a colocaciones en el exterior, lo que debilitó el ciclo de acumulación y, por lo tanto, las bases del desarrollo potencial.

Una característica del proceso económico y social del ciclo político kirchnerista fue que ha provocado, pese a limitaciones y contradicciones, un escenario de tensión con la conducta tradicional de las elites empresarias.

La idea de recuperar una burguesía nacional como actor relevante del desarrollo capitalista en Argentina fue expresada en el discurso inaugural de la presidencia de Néstor Kirchner, el 25 de mayo de 2003. (16) Tras ese objetivo puede detectarse el despliegue de cuatro movimientos, con evolución superpuesto.

1. *Voluntarismo político.* Una serie de iniciativas políticas que definieron condiciones macroeconómicas para motorizar un crecimiento elevado incentivando la inversión privada y la expansión de empresas nacionales, desalentando la fuga de capitales y apostando a la reinversión de los excedentes.
2. *«Argentinización»*. Facilitar el desembarco de empresarios nacionales en compañías privatizadas en manos de extranjeros. El ingreso del grupo Eskenazi en YPF fue el último intento.
3. *Estatizaciones*. Fue el resultado del fracaso de los dos movimientos anteriores.
4. *Estratégico*. Decidir un plan de sustitución de importaciones y proteccionismo del mercado interno por la irrupción del peligro de la restricción externa. Con desenlace incierto, es un proyecto que busca hacer surgir una nueva burguesía nacional o, por defecto, reciclar la existente en una que sea dinámica e innovadora.

El primer movimiento, el del voluntarismo político, no logró cambiar la conducta de las élites empresarias pese al extenso período de muy elevado crecimiento económico.

La inversión privada implica el desembolso de dinero para el comienzo o la ampliación de la producción de bienes y servicios, capital cuyo origen pueden ser fondos propios del empresario, o tomar deuda en el sistema financiero, o recibir fondos del Estado mediante créditos a tasas preferenciales, diversos regímenes de promoción o subsidios. Cuando una economía crece mucho y durante varios años seguidos, un factor importante para mantener ese ritmo es la intensidad y tipo de inversión, además de quiénes lideran el aporte de capitales.

> Los grandes actores económicos asumen especial importancia debido a que se trata de las fracciones del capital que, por su poderío económico, su centralidad estructural en la dinámica del modelo de acumulación y su consiguiente capacidad de *lobbying*, tienen una influencia notable en la definición del sendero evolutivo de las principales variables macroeconómicas, el perfil de crecimiento desde la perspectiva sectorial, los grados y las modalidades de integración al mercado mundial. (17)

Las elites empresarias argentinas tienen como rasgo destacado la constante fuga de capitales, operar en mercados concentrados donde pueden apropiarse de ganancias extraordinarias, y desplegar una política de ajustar por precios en lugar de invertir para ampliar cantidades de producción. La profunda extranjerización de diversos sectores de la economía argentina ha significado, además, que decisiones de inversión y de distribución de utilidades sean subordinadas a objetivos de las casas matrices, independientes de las necesidades locales.

Pese a la expansión y ampliación de los mercados, con una demanda interna y externa en crecimiento, que, según los manuales del pensamiento económico convencional, debería haber alentado la vocación inversora, no alteraron sustancialmente el carácter de las elites empresarias. Varios sectores han disfrutado de elevados precios internacionales de los principales productos de exportación, bajos costos laborales en términos históricos y aun internacionales, tasas de interés reales negativas y, fundamentalmente, importantes márgenes de ganancia.

Estos incentivos fueron insuficientes para motivar a las grandes empresas a realizar inversiones de magnitud. Si se compara el comportamiento de la tasa de inversión bruta entre la década del noventa y la posconvertibilidad se advierte un incremento en el conjunto de la economía y, llamativamente, un descenso en la de la cúpula empresaria integrada por las 500 de mayor tamaño, según la Encuesta Nacional a Grandes Empresas.

En ese lote de compañías predominan las de capital extranjero, que han aumentado del 19,6 al 30,4 por ciento la concentración económica, en el período 1993-2009, incrementando el dominio de mercados. Ese porcentaje es relevante porque el creciente peso de las multinacionales provoca que su acción sea aun más determinante para la dinámica del conjunto de la economía, y para la inversión.

La participación de la inversión bruta en el valor agregado de la cúpula empresaria descendió del 24,7 por ciento del PBI en el período 1993-2001 al 14,7 por ciento en la posconvertibilidad (2002-2009). En uno de esos años, en 2008, mientras que en las 500 firmas más grandes la tasa de inversión fue del 19,3 por ciento del PBI, en el conjunto de la economía nacional dicha tasa

trepó hasta alcanzar el 25,1 por ciento, casi seis puntos porcentuales más elevada que la de las grandes corporaciones. (18)

El resto de las empresas, integrado por un amplio y heterogéneo universo de pequeñas, medianas y grandes firmas, fue el que ha traccionado la ampliación de la capacidad productiva.

Es irrefutable, por consiguiente, la afirmación de que no es la cúpula empresaria la que está impulsando el crecimiento relativo de la inversión en la Argentina de la posconvertibilidad. Aun cuando su aporte a la inversión sea relevante, no son estos actores —neurálgicos y decisivos en materia del crecimiento económico— los que estarían promoviendo la formación bruta de capital y, por ende, el desarrollo potencial (y de largo plazo) de la economía. (19)

Las inversiones no dependen de elusivas expectativas sobre el «clima de negocios», que es un abismo de percepciones subjetivas. Las experiencias de crecimiento e industrialización han sido procesos de desarrollo inducido por el Estado, y la inversión guarda una relación estrecha con la evolución de la demanda agregada, en particular con el consumo (público y privado) y con el saldo comercial (exportaciones menos importaciones). En otros términos, la inversión no es exógena a la evolución de la demanda de bienes finales y de la acumulación de capital.

El comportamiento del núcleo del poder económico ha definido restricciones al crecimiento. Las tensiones que fueron irrumpiendo con grupos económicos denominados «amigos» del gobierno durante cientos de crónicas periodísticas, resultaba que no eran tan «amigos» o, en realidad, de lo que se trataba era de una política pública, no de amistad, con empresarios nacionales, en la búsqueda de una imaginaria burguesía local, que en los hechos demostró sus limitaciones, más afecta a la fuga de capitales que a las inversiones productivas.

El objetivo oficial era que la elite empresaria, en un entorno económico favorable, incrementara la inversión reproductiva, reinvirtiera utilidades y disminuyera la fuga de capitales.

El resultado no fue el esperado.

El segundo movimiento del kirchnerismo para recrear la burguesía nacional fue el diseño de una estrategia de desplazamiento de operadoras multinacionales de empresas de servicios públicos privatizados, para que grupos económicos locales ocupen ese lugar.

El objetivo fue «argentinizar» la administración de servicios públicos y actividades estratégicas, en un contexto de tarifas pesificadas y congeladas para impulsar el consumo doméstico y la industrialización. Los grupos locales no tuvieron que efectuar

desembolsos relevantes para quedarse con las compañías.

En esa etapa, predominaba la idea de que la presencia de empresarios nacionales aseguraría un mejor diálogo con el Gobierno, teniendo en cuenta que el CEO de una multinacional responde primero a su casa matriz antes que a un funcionario del Estado.

En términos prácticos, el saldo fue también poco favorable al objetivo oficial. Las inversiones no aumentaron y mantuvieron la política de distribución creciente de dividendos, retirando recursos a planes de expansión. Los escasos resultados derivaron en varias estatizaciones, como veremos más adelante.

Había también mucho voluntarismo político en la misión de «argentinizar», una visión mágica de poder transformar a las elites empresarias sólo por acercarles oportunidades de negocios.

La constante fuga de capitales, la acumulación de abultadas ganancias, la morosidad en las decisiones de inversión y la persistencia de conductas rentísticas de la burguesía nacional impusieron limitaciones. El punto de inflexión fue el conflicto con el campo en 2008. Fue el primer indicio del agotamiento de la misión ambiciosa de recrear una burguesía nacional con los grupos económicos dominantes. A principios de ese año fue el último intento con el Grupo Eskenazi desembarcando en YPF bajo el control de la española Repsol.

¿Por qué la familia Eskenazi, como otros grupos que desembarcaron en otras privatizadas, iba a cambiar su estilo empresarial sólo por pasar a manejar YPF?

¿Por qué harían algo diferente en YPF de lo que hacían los españoles de Repsol?

El Grupo Eskenazi en YPF mantuvo sin alterar la predatoria política extractiva de los recursos hidrocarburíferos, inversiones moderadas y agresiva distribución de dividendos. Para Eskenazi ese reparto de utilidades le sirvió para pagar las acciones de YPF; y a Repsol, para expandir sus negocios en otros países, en un contexto de una profunda crisis económica en España.

Miembros de la familia Eskenazi fueron los que más dólares compraron en el mercado único de cambios de enero a octubre de 2011, siendo uno de los principales accionistas de la empresa líder del país. La propensión a la fuga de capitales fue más fuerte.

El agotamiento de la política de argentinizar empresas de servicios públicos privatizadas tuvo como respuesta una serie de estatizaciones, siendo YPF la más destacada.

La recuperación del control estatal de la principal petrolera nacional fue importante en términos económicos, políticos y sociales. Era la empresa número uno del país en ranking de

facturación, con una de las plantillas más numerosas, de 10 mil trabajadores. YPF era líder en la producción de petróleo, segunda en gas y concentraba más del 50 por ciento en la refinación y comercialización de naftas y gas en garrafa. Era un conglomerado de empresas, con participación en el mercado de agroquímicos, servicios, constructoras y distribución de gas de red domiciliario.

Con la estatización de YPF, los hidrocarburos pasaron a ser considerados bienes estratégicos y no simples commodities. Se puso límite a la libre disponibilidad del recurso del que gozaban todas las petroleras. Parte de la significativa renta petrolera fue nacionalizada, recuperando la soberanía energética tras el objetivo del autoabastecimiento y la diversificación de la matriz energética.

Con YPF en manos del Estado se abrió la oportunidad de recuperar el complejo tecnocientífico de investigación y desarrollo históricamente vinculado con la compañía. También la posibilidad de reconstruir el encadenamiento productivo con proveedores locales, que implicaría un notable efecto multiplicador sobre el nivel de actividad y del empleo.

La expropiación de las acciones de la española Repsol fue, además, una potente iniciativa de legitimación política, con una carga simbólica elocuente.

Todas esas repercusiones ubicaron la decisión de recuperar YPF para el Estado entre las más relevantes del ciclo kirchnerista. Otro efecto no tan evidente en superficie, pero que sus destinatarios se anoticiaron, fue el inequívoco mensaje de esa decisión política. Si una fracción de la burguesía nacional se revela fallida, ya sea porque invierte poco, se asocia con el grupo extranjero en la predación de recursos hidrocarburíferos, fuga capitales, especula contra el peso comprando dólares en cantidad o distribuye dividendos en vez de emprender planes de expansión productiva, el Estado puede aceptarlo como parte del costo asociado de una crisis por venir, o pasar a tener un rol central en sectores productivos clave de la economía para sostener el ritmo de crecimiento y creación de empleo para, precisamente, evitar una crisis. La segunda opción fue la elegida.

Con una burguesía sin liderazgo, un capitalismo dinámico, no rentista, requiere de un Estado activo definiendo regulaciones, exigiendo al sector privado dinamismo inversor, estableciendo objetivos y controlando que se cumplan. Y, cuando resulta necesario, pasando a ocupar también el lugar de proveedor directo de bienes y servicios en eslabones fundamentales de la cadena de producción para favorecer la competitividad de la economía.

Es lo que se conoce como disciplinamiento de las elites, para desplazar al capitalismo rentístico, débil y protagonista destacado de pasadas crisis económicas.

El fin de las AFJP y la consiguiente absorción por parte del Estado de paquetes accionarios de empresas líderes fue el primer paso de la transición del voluntarismo político con la burguesía nacional hacia la intervención activa del Estado.

En abril de 2011, el Estado empezó a ejercer plenamente los derechos societarios que le daban las acciones en 42 empresas privadas, paquetes antes en manos de las AFJP. La presencia estatal avanzó en la medida en que se fueron renovando los directorios. Para coordinar el trabajo, casi todos los directores designados por el Estado pasaron a ser funcionarios del Ministerio de Economía y la Anses. Como la mayoría de esas empresas mantenía el plan de distribuir utilidades entre los accionistas, en una lógica financiera de la actividad productiva, el Estado intervino para modificar esa conducta. Después de varias negociaciones, ese grupo de empresas líderes decidió no distribuir ganancias por un total de 9.016 millones de pesos en 2012, monto que destinaron a inversiones para ampliar la capacidad productiva. Fueron autorizadas a girar utilidades a los accionistas por menos del 10 por ciento del total. (20)

El control estatal de YPF, el fin de las AFJP y el resto de las estatización emergieron por el fracaso de las dos primeras iniciativas del kirchnerismo para recuperar una burguesía nacional: las condiciones macroeconómicas para fomentar la inversión, y la argentinización de las compañías privatizadas.

Las estatizaciones no fueron una política deliberada, sino el desenlace a partir del comportamiento de una burguesía fallida. Cada una tuvo motivos diferentes.

- El grupo Macri fue desplazado de Correo Argentino, entre otras razones, porque no cumplió con el pago del canon que había prometido, e incluso contabilizó como inversión el despido de 3 mil trabajadores.
- Los franceses del Grupo Suez exigían aumento de tarifas antes de realizar indispensables inversiones para la expansión de la red. Fueron reemplazados por el Estado en el manejo del servicio de agua potable y cloacas del área metropolitana en marzo de 2006 por el «peligro potencial» a la sociedad al distribuir aguas contaminadas en el sudoeste del conurbano, último capítulo de la decisión de no invertir del Grupo Suez.
- Los españoles del Grupo Marsans, juzgados en su país por

insolvencia, tuvieron que abandonar Aerolíneas Argentinas luego de años de vaciamiento de la línea de bandera.

- El manejo del espectro radioeléctrico por los franceses de Thales Spectrum pasó a manos del Estado en enero de 2004, por el incumplimiento de inversiones comprometidas por 300 millones de dólares.
- La administración de recursos previsionales por parte de bancos y compañías de seguros con AFJP fue liquidada, pasando el Estado a reparar un sistema jubilatorio de reparto de solidaridad intergeneracional.
- La recuperación de los fondos previsionales de los trabajadores implicó además la administración de paquetes accionarios de 42 empresas, con porcentajes variados. 43 directores estatales pasaron a participar en 31 compañías.
- La ex fábrica militar de aviones de Córdoba, concesionada a la estadounidense Lockeed Martin, fue estatizada.
- El Estado asumió el control de Talleres Navales Dársena Norte (Tandanor) y de Yacimientos Carboníferos Río Turbio.
- El gobierno rescindió la concesión del ferrocarril San Martín en junio de 2004 e hizo lo propio con las líneas Roca y Belgrano Sur en mayo de 2007, del Grupo Taselli, en ambos casos por reiterados incumplimientos en la oferta del servicio. Lo mismo hizo con la concesión de TBA (Grupo Cirigliano), que manejaba las líneas Sarmiento y Mitre, en mayo de 2012.
- El Estado nombró interventores en Metrogas (Repsol-British Gas), Autopista del Sol (española Alberti y Sideco-Macri) y Transportadora de Gas del Norte (Techint).
- El Estado creó la fallida empresa aérea Lafsa, la de petróleo Enarsa y Arsat. Esta última pasó a ocupar un rol central en la planificación de la política de telecomunicaciones del Estado.
- La primera estatización de una empresa privada del sector productivo fue la papelera Massuh, para preservar 600 puestos de trabajo y luego que la planta permaneciera parada durante cuatro meses. El proyecto fracasó.
- La segunda estatización de una empresa privada fue la Compañía Sudamericana de Valores (ex Ciccone).
- El Estado expropió el 51 por ciento de las acciones de YPF en manos de la española Repsol.
- Con la Empresa de Soluciones Satelitales SA (Arsat), el Estado pasó a concentrar el 20,1 por ciento de las frecuencias disponibles del espectro radioeléctrico por el que pugnaban las compañías de telefonía celular.

Varios países tienen empresas estatales como una herramienta

del desarrollo. Cumplen un papel importante en la economía por su capacidad de coordinar el comportamiento de varios actores privados y públicos.

> Existen actividades económicas que por sus características tecnológicas requieren de la inversión simultánea de varios agentes, para que las mismas sean rentables individualmente. Además hay proyectos de inversión individuales que terminan beneficiando a una gran cantidad de empresas. En este caso, el Estado puede tomar un papel protagónico al coordinar expectativas y comportamientos a través del involucramiento activo de las empresas del Estado y de esta manera facilitar a los agentes privados realizar las inversiones necesarias. (21)

El pensamiento conservador afirma que las empresas estatales son ineficientes, deficitarias y poco competitivas, proponiendo entonces la privatización. De hecho, la reforma de los 90 fue justificada con esos argumentos, y hoy las críticas para erosionar la intervención del sector público son las mismas.

Las compañías públicas fueron fundamentales para afianzar la presencia del Estado en todo el territorio nacional. Fueron actores destacados en la creación de tecnología y conocimiento nacional aplicado, y han tenido un papel primordial en la producción de bienes de capital e intermedios, propiciando la creación de valor y riquezas de forma complementaria y subsidiaria al sector privado.

El Estado invirtió para construir las redes de infraestructura básica para brindar luz y gas a industrias, comercios y viviendas, pensando en la expansión del consumo y en el crecimiento de la economía. Destinó millonarios recursos con el criterio de rentabilidad social sin evaluar el retorno económico inmediato como una empresa privada.

La historia del gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires es un antecedente ilustrativo para entender el espacio indelegable del Estado en la prestación de servicios públicos esenciales a la población.

A fines de diciembre de 1949, el primer gobierno de Perón inauguró el gasoducto luego de dos años de intenso trabajo. Con casi 1.700 kilómetros de longitud se convirtió en el segundo más extenso del mundo, después del Gasoducto Transiberiano. Tuvo un costo de 140 millones de pesos de entonces, equivalentes a unos 50 millones de dólares.

La dimensión de ese gasoducto era desproporcionada con la demanda existente. Nunca hubiera sido realizado por empresas privadas porque la inversión no les garantizaría un rápido retorno. Pero era una obra estratégica pensada para un proyecto de país en expansión. Sirvió para que la distribución de gas aumentara de 300 mil a 15 millones de metros cúbicos por día.

Hasta ese momento el gas se venteaba en Comodoro Rivadavia, sin aprovecharse, mientras se importaba carbón desde Inglaterra con el argumento de que el carbón argentino era de bajo poder calórico y no servía para la producción de gas. La concesionaria del servicio de gas manufacturado para uso domiciliario era la «Compañía Primitiva de Gas», de capitales ingleses. La concesión databa de 1919 y en la década del 40 contaba con 105.000 usuarios en la Ciudad de Buenos Aires. (22)

A partir de esa obra empezó una política tendiente a la baja de tarifas y a la expansión del sistema de gas por redes, para ampliar el acceso al servicio. En 1951, Gas del Estado contaba con alrededor de 700.000 clientes, y a fines de 1960 ya sumaban 1.300.000 clientes, lo cual muestra el firme crecimiento operado desde el nacimiento de la empresa estatal. Argentina se colocaba así entre los tres países más avanzados en el aprovechamiento del gas natural, junto con los Estados Unidos y la Unión Soviética.

El gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires, como gran parte de la infraestructura energética del país, es la que hoy sigue siendo la base del sistema energético nacional. Ese emprendimiento exhibe la distinta función que cumplen el Estado y el sector privado cuando se trata de brindar un servicio público esencial a la población.

Por eso mismo la expropiación del 51 por ciento de las acciones de la petrolera nacional YPF en manos de la española Repsol pasó a integrar el podio de las principales iniciativas de reparación de los efectos devastadores de la reestructuración neoliberal de los noventa.

La primera fue la renegociación de la deuda en cesación de pagos con quita de capital, fuerte reducción de la tasa de interés y extensión del plazo de los vencimientos, el pago del total de la deuda con el Fondo Monetario Internacional, y la cancelación de deuda con reservas. De ese modo comenzó el sinuoso camino de recuperar la soberanía en materia económica ampliando márgenes de autonomía de la política económica. La segunda fue el fin al negocio especulativo de bancos y compañías de seguros con el dinero de los aportes previsionales de los trabajadores a través de las AFJP. Se reconquistó la soberanía fiscal y financiera del Estado vinculada con la seguridad previsional de trabajadores y jubilados y con la cobertura social de los sectores más vulnerables.

La estatización de YPF fue el punto final de la historia de los españoles de Repsol en YPF luego de casi catorce años de predación de recursos naturales estratégicos no renovables. La expropiación de acciones junto a la declaración de interés público

nacional de la producción de hidrocarburos inició el tránsito empinado de restaurar la soberanía energética.

Esto último es esencial para el desarrollo económico, pues su viabilidad está vinculada con la disponibilidad y producción de energía para el sector productivo. Se necesita energía abundante y sin interrupción para sostener ritmos de crecimiento acelerados. A la vez, esa energía debe ser comercializada a costos que permitan a las actividades ser competitiva, local e internacionalmente. Para alcanzar ese objetivo es fundamental el autoabastecimiento. Para lograrlo fue tan importante la expropiación de las acciones de Repsol como la declaración de interés público nacional el autoabastecimiento de hidrocarburos, así como la explotación, industrialización, transporte y comercialización de hidrocarburos.

Determinar que no habrá libre disponibilidad del recurso extraído, del que gozaban las compañías privadas, archivó el ruinoso concepto de materia prima (commodity) para el petróleo y gas, cuyo destino lo decide quien lo extrae (las petroleras). Recuperó nuevamente la idea de recurso estratégico, como lo consideraba la YPF estatal y como lo siguieron considerando todos los países petroleros pese a la ola neoliberal.

El petróleo y el gas, combustibles que por el momento son imprescindibles para impulsar el motor de la economía, son recursos escasos no renovables. Característica que los convierte en estratégicos. Esto no es materia de discusión ni debate en los países centrales, donde el acceso, control y utilización del petróleo son una política de Estado. La pérdida del autoabastecimiento lesionó entonces la seguridad económica, fiscal y energética del país. La YPF estatal tiene el objetivo de recuperarla.

La intervención del Estado se presenta imprescindible en la gestión y control del mercado de hidrocarburos, no sólo impulsando inversiones en infraestructura, como gasoductos o centrales eléctricas, sino también en la administración y planificación de la disponibilidad de petróleo y gas. Esto significa recuperar la soberanía energética, que incluye a los privados, bajo una planificación estratégica del Estado.

Con legítima lógica empresarial, el objetivo de una compañía privada es maximizar ganancias y tras ese objetivo invertir de acuerdo con una pretendida tasa de retorno económico-financiera. Exigirá un precio acorde con esa utilidad esperada o reclamará un subsidio estatal para alcanzarla o disminuirá la inversión. Cada una de esas opciones encierra efectos no deseados: si suben las tarifas se afecta el poder adquisitivo de la población; si aumentan los subsidios se pone en tensión el

presupuesto nacional; y si reducen las inversiones se generan cuellos de botella en la producción y abastecimiento de combustibles.

Los conflictos que surgen de esas situaciones quedan amortiguados cuando prevalece la concepción «bien estratégico», con el petróleo y el gas, y «beneficio social», con los servicios públicos. Operando bajo esos conceptos, cuando el Estado es el encargado de administrar, controlar y expandir esos sectores, en algunos casos asociados con el capital privado, existe la posibilidad de reducir tensiones de tarifas, fiscales y productivas.

Existen antecedentes recientes de beneficio social en el manejo de una empresa pública, cuando el Estado tomó el control del servicio de aguas y desagües cloacales. En seis años, invirtió unos 8.000 millones de pesos para ampliar la prestación de AySA, heredera de la ex Obras Sanitarias de la Nación privatizada con Aguas Argentinas. Los fondos públicos fueron desembolsados sin pretender un retorno financiero en determinada cantidad de años, sino que el retorno esperado ha sido el social, con impacto positivo en la población al extender la cobertura de agua y cloacas. Lo mismo sucedió con el Correo Argentino y con Aerolíneas Argentinas, empresa tan vapuleada por los mismos que protegían a los españoles de Marsans, que la vaciaron. Es lo mismo que se puede hacer con los trenes para mejorar la prestación del servicio. El Estado tiene la posibilidad de invertir con el objetivo de retorno social para beneficio de toda la población.

La diferencia esencial es la misión última de la gestión, privada o estatal. Para una empresa privada es la maximización de la ganancia; para una compañía controlada por el Estado, procurar el beneficio social, que a veces lo consigue, y otras, no.

Beneficio social es un concepto más amplio que la utilidad contable, que no la excluye. El beneficio social de una empresa estatal, como Aerolíneas Argentinas, el servicio ferroviario o YPF, es un aspecto significativo para comprender el rol del Estado en la economía. Explicitar su significado permitiría avanzar en su legitimación cultural y social, además para contrarrestar los previsibles cuestionamientos conservadores acerca de resultados contables de empresas estatales que no buscan la maximización de ganancias.

El beneficio social no desconoce las restricciones presupuestarias ni la necesidad de imprescindibles controles de gestión y de administración de fondos, sino que éstos son considerados dentro de una concepción más abarcadora. No se cuantifica en billetes en la caja de la compañía, y sí permite

evaluar las externalidades positivas al momento de realizar el ejercicio contable y económico. Por ejemplo, determinada decisión empresaria de una compañía estatal puede tener un impacto neutro o negativo en el resultado contable del balance —que una gestión privada no admitiría—, pero puede generar un efecto positivo en eslabones importantes de la sociedad. Este tipo de análisis implica un abordaje no sólo contable de los costos de explotación y de la inversión en la empresa estatal. Para comprender ese concepto, el servicio ferroviario es el más elocuente.

El beneficio social de la red ferroviaria es primordial para proyectar la calidad del servicio, el papel del Estado y el lugar de los privados, como proveedores y hasta operadores. Esto implica un abordaje no sólo contable sobre los costos de explotación y la inversión en el sistema de transporte. La utilidad social está compuesta por la menor contaminación, el menor tiempo de los viajes, el ahorro en combustibles fósiles, el ahorro de vidas y accidentes, la menor infraestructura para movilizar la misma cantidad de pasajeros o unidades de carga por año. (23)

En 1983, la administración estatal de Ferrocarriles Argentinos utilizó ese criterio de contabilizar las externalidades positivas con un resultado asombroso. El balance tradicional de doce meses arrojaba un déficit operativo equivalente a unos 300 millones de dólares, en línea con la consigna privatista «los trenes pierden un millón de dólares diarios». Pero el beneficio social había sido de unos 600 millones de dólares. Esto significaba que la gestión operativa del tren daba pérdida, pero ofrecía una ganancia social a la población superior a ese quebranto contable. (24)

Hemos desarrollado los dos primeros movimientos del kirchnerismo en su objetivo de reconstruir la burguesía nacional. Uno, el voluntarismo político de incentivarla con condiciones macroeconómicas que impulsaban el crecimiento. El segundo, la decisión política de cambiar la cúpula extranjera por grupos económicos locales en empresas de servicios públicos privatizadas. El resultado poco alentador de ambas iniciativas tuvo como desenlace el tercero, que consistió en un ciclo intenso de estatizaciones, hasta la recuperación para el Estado de la petrolera nacional YPF.

El cuarto movimiento, con resultado aún incierto, es el estratégico. Es la apuesta a crear una burguesía nacional, nueva o sobre la base de la existente, como lo han realizado otros países con éxito a partir de una política deliberada de sustitución de importaciones, proteccionismo al mercado interno, financiamiento público y la presencia del Estado en áreas

estratégicas de la economía, como la de hidrocarburos, intervención necesaria para la expansión, precisamente, de la burguesía nacional.

La intensificación de las medidas de administración del comercio exterior a partir de 2011, motivadas por factores internos y externos, estuvo orientada a consolidar aspectos estructurales del desarrollo.

La mayoría de los actuales países ricos usaron la protección arancelaria y los subsidios para desarrollar sus industrias en las primeras etapas de su desarrollo. (25)

Aunque la historia oficial del capitalismo lo presente de otra manera, lo cierto es que todos los países desarrollados practicaron el intervencionismo estatal en la búsqueda de convertirse en economías avanzadas. Gran Bretaña se hizo librecambista a mediados del siglo XIX, más precisamente en 1846 con la abolición de las leyes de granos, cuando ya era la principal potencia industrial del mundo y podía colocar ventajosamente sus manufacturas y bienes de capital.

Estados Unidos es otro ejemplo. Los industrialistas y proteccionistas del Norte necesitaron una guerra civil para eliminar a los librecambistas sureños, cuya base de sustentación económica era el sistema esclavista.

Más adelante, Alemania en el siglo XIX, Japón en el XX, los países del sudeste asiático después de la Segunda Guerra Mundial, que forman hoy parte del mundo industrializado, practicaron el proteccionismo para defender sus industrias.

Esto significa que casi todos los países cuidan sus mercados, vigilan el ritmo de ingreso de las importaciones y diseñan políticas para equilibrar los intereses de la producción nacional y los de sus principales socios en el comercio internacional. Forma parte de una estrategia compleja para mejorar la integración de la industria nacional y su inserción en el comercio internacional. Para ello los sectores beneficiados por el proteccionismo, la burguesía nacional, asumen compromisos de producción, precios domésticos, empleo y exportación.

La historia de la consolidación industrial de los países desarrollados, y formación de sus propias burguesías nacionales, se reconoce en la estrategia del proteccionismo y sustitución de importaciones.

En el caso argentino, la decisión de emprender un ciclo de industrialización por sustitución de importaciones fue forzada en sus comienzos por la crisis del 30 del siglo pasado, para luego pasar a ser un objetivo deliberado durante el primer peronismo. Esto muestra que los procesos de sustitución no necesariamente se

encaran al inicio mediante una política ordenada, coherente y eficiente. Irrumpen en forma brusca y pragmática ante la urgencia de la coyuntura, que hoy se expresa en la confluencia de la crisis internacional y la fuga de capitales que pone bajo tensión la cuenta corriente.

Los países que transitaron senderos de desarrollo tuvieron una burguesía nacional dinámica e innovadora. Saber la existencia de esas experiencias no es para extrapolarlas ingenuamente, pero sí para tener marcos conceptuales generales. Uno de ellos es el decisivo rol del Estado en la economía para inducir el proceso de industrialización con fuertes incentivos al sector privado. La transformación de las elites empresarias, como lo revela la expansión asiática y antes la estadounidense y europea, pudo concretarse

> […] con una interacción mutuamente reforzadora con el desarrollo económico; persuasión ideológica, y políticas e instituciones complementarias que fomenten determinadas formas de conducta, que con el tiempo se conviertan en cambios estructurales de comportamiento. (26)

La acción disciplinadora del Estado sobre la burguesía nacional existente, o la nueva que nazca por la sustitución de importaciones y el proteccionismo, es la apuesta final para que la elite empresaria, sujeto económico esquivo en comprometerse en el destino del país, sea un actor activo en la ampliación de la frontera productiva, en la creación de empleo, en el aumento de las exportaciones y, en definitiva, en el desarrollo nacional.

1 Sacroisky, Ariana y María Sol Rivas, «Globalización financiera y crisis. Los límites que impone la OMC para la regulación estatal», *Documento de Trabajo*, nº 42 Cefid-Ar, abril de 2012.

2 «Crisis y deuda en Europa», grupo Les Économistes Atterrés, septiembre de 2009, economistes-atterres.blogspot.com y atterres.org.

3 Krugman, Paul, «El programa de la austeridad», *El País* de Madrid, 3 de junio de 2012.

4 Arceo, Enrique y María Andrea Urturi, «Centro, periferia y transformaciones en la economía mundial», *Documento de Trabajo*, nº 30, Cefid-Ar, agosto de 2010.

5 Ferrer, Aldo, *Globalización, desarrollo y densidad nacional*, Fundación Políticas Públicas, 28 de abril de 2005.

6 Castellani, Ana, *Recursos públicos, intereses privados. Ámbitos privilegiados de acumulación. Argentina, 1966-2000*, UNSAM-Edita, junio de 2012.

7 Ibíd.

8 Notcheff, Hugo, *Los senderos perdidos del desarrollo. Elite económica y restricciones al desarrollo en la Argentina*, Siglo XXI Editores, 1994.

9 Castellani, Ana, *Estado, empresas y empresarios*, Prometeo, 2009.

10 El centro de estudio estadounidense *Fund for Peace* elabora cada año el Índice de Estados Fallidos (Failed States Index), que publica la revista *Foreign Policy*. Los define con los

siguientes parámetros: • Pérdida de control físico del territorio, o del monopolio en el uso legítimo de la fuerza. • Erosión de la autoridad legítima en la toma de decisiones. • Incapacidad para suministrar servicios básicos. • Incapacidad para interactuar con otros Estados, como miembro pleno de la comunidad internacional.

11 Rapoport, Mario, y Alfredo Zaiat, *Historia de la economía argentina del siglo XX*, Página/12, 2007.

12 Entrevista al economista chileno, investigador en la Universidad de Cambridge, Gabriel Palma, suplemento económico Cash, 6 de mayo de 2012.

13 Ibíd.

14 Amsden, Alice, *Asia's new giant: South Korea and late industrialization*, Oxford University Press, 1992.

15 López, Andrés, «Empresas, instituciones y desarrollo económico: un análisis general con reflexiones para el caso argentino», *Boletín Techint*, nº 320, mayo-agosto de 2006.

16 «En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de reconstruir un capitalismo nacional que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente. No se trata de cerrarse al mundo. No es un problema de nacionalismo ultramontano, sino de inteligencia, observación y compromiso con la Nación. Basta ver cómo los países más desarrollados protegen a sus productores, a sus industrias y a sus trabajadores», discurso de Néstor Kirchner, Asamblea Legislativa, 25 de mayo de 2003.

17 Schorr, Martín, Pablo Manzanelli y Eduardo Basualdo, «Elite empresaria y régimen económico en la Argentina. Las grandes firmas en la posconvertibilidad», *Documento de Trabajo*, nº 22, Área de Economía y Tecnología, FLACSO, febrero de 2012.

18 Manzanelli, Pablo, Evolución y destino del excedente de la cúpula empresaria en la posconvertibilidad. La formación de capital, documento presentado en III Congreso de la Asociación de Economía para el Desarrollo de la Argentina (AEDA), agosto de 2011.

19 Ibíd.

20 «Con la cancha marcada», David Cufré, *Página/12*, sábado 28 de abril de 2012.

21 Re Crespo, Santiago, Alfredo Schclarek Curutchet y Lucas Ariel Torres, *Empresas del Estado. Errores del pasado. Soluciones a futuro*, Centro de Investigaciones Participativas en Políticas Económicas y Sociales, 2012.

22 Más detalles del extraordinario emprendimiento del gasoducto Comodoro Rivadavia-Buenos Aires se pueden leer en un escrito de Roberto Oscar Requejo en http://papatricios.blogspot.com/2010/01/primer-gaso ducto-argentino.html.

23 El concepto de la renta social y el beneficio público del tren fue expuesto en el Congreso Panamericano de Ferrocarriles, en Lima, Perú, en 1978, significando un punto de inflexión en la consideración económica del ferrocarril en el mundo.

24 Documento de trabajo del especialista Jorge de Mendonça.

25 Chang, Ha-Joon, «Patada a la escalera: La verdadera historia del libre comercio», documento presentado en la conferencia Globalisation and the Myth of Free Trade, en la New School University de Nueva York, 18 de abril de 2003. El documento está basado en su libro *Patada a la escalera: La estrategia de desarrollo en perspectiva histórica*, 2002.

26 Chang, Ha-Joon, *¿Qué fue del buen samaritano? Naciones ricas, políticas pobres*, pág. 231, editado por AEDA y Universidad Nacional de Quilmes, 2009.

NUEVE
El saber

La adaptación de una definición del novelista vasco Pío Baroja sobre la existencia de distintas clases de españoles, de principios del siglo pasado, es útil para retratar el vínculo con la economía de

- los que no saben;
- los que no quieren saber;
- los que odian saber;
- los que sufren por no saber;
- los que aparentan que saben;
- los que triunfan sin saber, y
- los que viven gracias a que los demás no saben.

Estos últimos se califican a sí mismos «economistas profesionales», conocidos por ser débiles a los intereses del poder económico, por ser hombres de negocios dedicados a la comercialización de información económica, y por circular por medios de comunicación con el objetivo de alimentar la ansiedad y el miedo de la sociedad con los temas económicos.

En un mundo económico dominado por las ideas y las políticas de la ortodoxia, transitar a contramano del universo conservador es una opción para que sepan quienes no saben, entusiasme a quienes no quieren saber, disuada a quienes odian saber, brinde un paliativo a quienes sufren por no saber, desenmascare a quienes aparentan saber, desplace a quienes triunfan sin saber. Y, especialmente, moleste, incomode, a quienes viven gracias a que los demás no saben.

Agradecimientos

A mis seres queridos, Adriana, Tita, Clarita, Ángel, Brenda, y mis sobrinos Keren, Nadine, Martín y Caro.

A Alberto Neiman, porque estaría muy contento con el libro.

A Horacio Verbitsky, quien me abrió las puertas al fascinante mundo del periodismo.

A Ernesto Tiffenberg, por compartir el apasionante momento político y económico que está viviendo Argentina.

A mis compañeros de la Sección de Economía de *Página/12*, Raúl Dellatorre, David Cufré, Fernando Krakowiak, Tomás Lukin, Sebastián Premici, Cristian Carrillo, Javier Lewcowicz y Claudio Scaletta, por construir un equipo de trabajo con alegría y compromiso por el periodismo.

A Miguel Rep, que embellece mis panoramas económicos en el diario.

A la redacción y familia de *Página/12*, donde ya llevo 25 años de crecimiento profesional.

A mis amigos y compañeros de *Cheque en Blanco*, Maximiliano Martina, Julio Leiva, Martín «El Tucu» Abusambra, Alfredo Ávalos, Esteban D'Aranno, Maxi Díaz, Carlos Sanfelippo y Matías Mac Laughlin, por haber comprobado que se puede construir un colectivo de trabajo andando a contramano.

A Mario Pergolini, por confiar en *Cheque en Blanco* para el extraordinario proyecto Vorterix Rock.

A Mario Rapoport, por compartir su sabiduría y entrañable amistad.

A Eduardo Basualdo, por ser referente insustituible en la comprensión con mirada crítica de la economía argentina.

A Abraham Gak y al resto de los economistas del Plan Fénix, que fueron una guía inestimable en mi formación.

A Bernando Kliksberg, por el apoyo y aportes esenciales para construir una sociedad mejor.

A Julio Nudler y Marcelo Zlotogwiazda, por lo que aprendí con ellos.

A los compañeros de «Consentido Público», Federica Pais, Osvaldo Quiroga, Mariana Carbajal, Enrique Vázquez, José Natanson, y el equipo de producción liderado por Daniel Bustos, por enseñarme un mundo que aún me resulta un misterio.

A Luciana Glezer, por colaborar en el archivo y fuentes para el libro.

A Tristán Bauer y Martín Bonavetti, por recuperar una televisión pública de calidad.

A Silvia Ibarra, por saber acompañarme.

A Marcelo Teiblum, un hermano de la vida, a Roxy y Eric.

A mis amigos de toda la vida, Javier Rusansky, Julio Feld, Claudio Epstein y Sergio Saposnic.

A Ernesto Tenembaum, por la amistad infranqueable, y a Ale Glombovsky.

A Dani Goldman, por ofrecernos afecto, saberes y compromiso.

A Lucas, mi profe de tenis.

A Adriana Fernández, Nacho Iraola y su equipo, por recibirme tan bien en la editorial Planeta y aceptar el libro con tanto entusiasmo.

Table of Contents